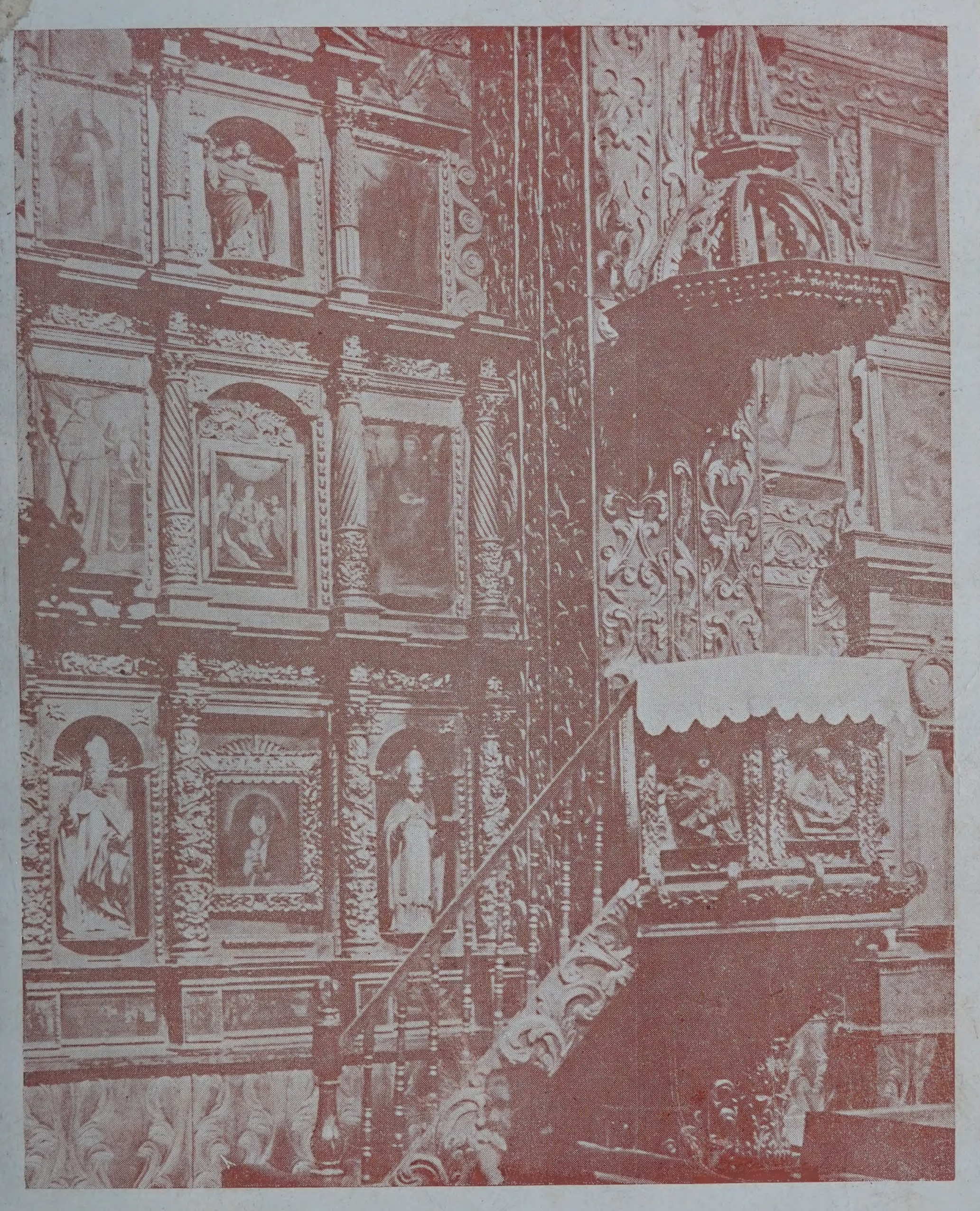


| | | |
|---|---|---|
| | | |

# Lecturas.

Bogotá, marzo de 1924. ◆ Revista mensual ilustrada. ◆ Volumen I.—N.º 1.º

Director, JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ, Presbítero.



Altar de Nuestra Señora de los Dolores en la iglesia de Santa Clara.

EDITORIAL DE CROMOS

Director:
JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ, Presbítero.

Dirección y Administración: calle 11, No. 60

Teléfono No. 1266

# Lecturas.

Revista mensual ilustrada.

N.º 1.º — Bogotá, 1.º de marzo de 1924.—VOL. I

Con licencia de la autoridad eclesiástica.

Condiciones:

Número suelto. . 0.10
Un trimestre. . . 0.30
Un semestre . . . 0.50
Un año . . . . . . 1.00

PAGO ANTICIPADO

## Nuestros propósitos.

El deseo de dar a conocer algunas de las muy importantes obras en que se ocupa desde el año de 1864 la Congregación del Corazón de Jesús establecida en Bogotá, llevó al Consejo Directivo a solicitar del señor Arzobispo la licencia del caso para editar una revista. Mas, como la sola publicación de los actos oficiales de la Congregación podría acaso parecer poco amena, juzgó el mismo Consejo que haría una obra laudable, si daba cabida en esta revista a toda clase de artículos, siempre y cuando, que ellos no contrariasen en nada la fe y las buenas costumbres.

Según esto, es nuestro propósito incluir en LECTURAS—que tal será el nombre de la revista todo cuanto en alguna manera contribuya a la perfección religiosa, moral e intelectual, no sólo de las socias, sino de todas las demás personas que quieran leerla.

La índole de esta revista pide, es verdad, que se dé preferencia a los artículos religiosos; ello no quiere decir, sin embargo, que no insertemos en ella artículos literarios y científicos: temas de fiestas sociales y noticias que en alguna manera puedan interesar a los lectores. Hasta las mismas *modas* hallarán aquí cabida, entre otras cosas, para mostrar de qué manera pueden aunarse el pudor, la elegancia y la corrección en el vestir. Tenemos, pues, el propósito de dar la mayor amenidad posible a estas LECTURAS que esperamos vengan a servir de medio de instrucción y de deleite en los hogares de toda la República.

Quiera el Corazón Sacratísimo del Redentor, a quien la obra de la Congregación está consagrada, hacer útil y fructuosa la labor que hoy, en su nombre, emprendemos.

LA DIRECCIÓN

## Historia de la Semana Santa.

Guiado por el deseo de dar a conocer en LECTURAS algo de la liturgia cristiana, he creído oportuno comenzar por la de la semana santa, entre otras razones, porque ella es en general más conocida de los fieles que suelen seguirla en algún devocionario especial. No pretendo buscar la originalidad en esta materia, harto trillada yá por ingenios superiores; en efecto, los benedictinos y en particular don Cabrol y don Gueranger, han hecho estudios tan sólidos y hermosos en estos puntos, que sería empresa necia quererlos emular. Me contentaré pues, con tomar de ellos lo que más conduzca a la edificación y enseñanza de las personas del mundo.

Honraron los antiguos cristianos estos días con nombres que dieran a entender la alteza y dignidad de los misterios que en ellos se celebran, y así les llamaron semana santa, semana mayor, semana de penitencia e indulgencia. Los ayunos se hacían más y más rigurosos a medida que la semana santa se aproximaba; se multiplicaban las vigilias que iban a terminar en la grande y mayor de la noche del sábado santo; cesaba casi por completo el trabajo material, y el pueblo cristiano se entrega de continuo a la oración. Por su parte, la iglesia iba paulatinamente enriqueciendo el ceremonial litúrgico de estos días, y tánto en oriente como en occidente, los ritos y los sím-

bolos se iban añadiendo armoniosamente, hasta rematar, en la edad media, en el ceremonial completo que hoy conocemos.

Tres cosas principales se propuso la Iglesia desde un principio en la liturgia de estos días, y todo el simbolismo de la semana santa se explica fácilmente si se tienen en cuenta estos tres fines que la liturgia intenta conseguir en este tiempo. El primero consiste en recordar a los cristianos la muerte y pasión de Jesucristo; es este fin tan notorio, que no parece necesaria una mayor explicación. El segundo estaba en otro tiempo íntimamente relacionado con lo que los antiguos llamaron la exomológesis, es decir, la penitencia pública de los pecadores, que se terminaba solemnemente el dia del jueves santo. El tercero, por último, descifra toda la ceremonia del sábado santo y nos trae a la memoria la solemnidad con que en los primitivos tiempos eclesiásticos se administraba el bautismo; después de haber bendecido el fuego y la luz, el incienso y el agua que la Iglesia destina a la mistica transformación del hombre. Guiado por estos tres fines de la liturgia de estos dias, explicaré algunas de las principales ceremonias de la semana santa.

## PROCESIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS

Quien con alguna atención haya seguido la ceremonia litúrgica de este domingo, habrá advertido que ella se compone de dos partes diversas: de la misa y de la procesión propiamente dicha. La misa no presenta particularidad alguna, si no es la lectura que en ella se hace de la pasión de Jesucristo, según la escritura de San Mateo; en cambio, la procesión tiene una historia curiosa que conviene recordar.

Tiene ella tres partes diversas: la primera se semeja grandemente a una misa que comienza por el introito: Hosanna al hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor; viene luego una oración, una epistola o lectura del sagrado libro del Exodo; un gradual que nos trae a la memoria la prisión del Redentor, y un evangelio que evoca la entrada triunfal del Salvador en Jerusalén.

Hasta aqui la ceremonia de los ramos no presenta nada singular; mas, luego al terminar el evangelio, el celebrante interrumpe la misa y entona una plegaria que da comienzo a la segunda parte del acto litúrgico. «Aumenta Señor la fe; venga sobre nosotros la multitud de tus misericordias, a fin de que reciban la bendición estos ramos de palmas y de olivos», A esta primera bendición sigue un prefacio solemnisimo, que indudablemente se debe, como todos los prefacios, a la liturgia llamada romana, y luégo siete oraciones que, en un principio, podian rezarse a voluntad, y sin que fuera necesario, como acontece hoy, rezarlas todas.

Quien desee conocer el simbolismo de la procesíón de ramos, debe leer estas oraciones, y en particular la tercera; aqui aparece la oliva como simbolo de la protección con que Dios atiende a los hombres; aquí los ramos de olivo anuncian el triunfo del Salvador sobre el demonio; fuera de que el arca de Noé, la paloma que de ella salió y la entrada de los israelitas en la tierra de la promisión, prefiguran también la entrada triunfal de Cristo y de sus escogidos de los cielos.

Naturalisimo parece que los cristianos hubiesen visto en las palmas un simbolo de Cristo, puesto que ellas son emblema en las Escrituras de la victoria y la inmortalidad; porque son imagen del hombre justo adornado de toda especie de virtudes o del bienaventurado que lleva en la gloria palmas de victoria en las manos y vestidura blanca en el cuerpo, como figura de la pureza que adorna su alma.

Terminada la bendición, el clero y el pueblo van procesionalmente del altar a las puertas del templo y de éstas de nuevo al altar. Ya en las puertas, mientras un doble coro, que representa el cielo y la tierra, canta el hermosisimo himno que en el año 800 compuso Teodulfo de Orleans, el subdiácono, imagen de Cristo, golpea las puertas que se abren para dar entrada al corjeto glorioso que acompaña al Salvador.



El mar, cerca al barrio de Crespo.—Cartagena.

La primera parte de la ceremonia de este dia nos deja ver que en otro tiempo hubo una misa especial para la bendición de los ramos, diversa de aquella otra en que se recuerda la pasión de Jesucristo. La segunda parte, que comprende la bendición propiamente dicha o la anáfora, como dirian los antiguos, es una ceremonia en parte romana y en parte galicana. Mas, la tercera parte que forma principalmente la procesión, es de origen oriental, puesto que ya en el siglo IV se celebraba una ceremonia en Jerusalén muy semejante a la de hoy.

San Cirilo de Jerusalén nos da entender en la décima de sus famosas catequesis, algo de esta ceremonia, pero sobre todo la peregrina Eteria, aquella noble mujer que, a mediados del siglo IV, peregrinó desde Burdeos hasta Jerusalén, nos describe muy al pormenor todo lo relativo a esta primitiva procesión de ramos. «Hacia la hora nona—dice ella—va el pueblo con el obispo cantando himnos al Inbomon, es decir, al lugar de la ascensión del Señor. Allí se rezan himnos o antífonas, acomodados al lugar y a la hora, y lecciones y oraciones que se van alternando. Hacia la hora undécima se lee en aquel mismo lugar el evangelio en donde se recuerda la manera como los niños salieron con palmas al encuentro del Señor, y todos dicen: Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Luégo se levanta el obispo y con él todo el pueblo y van a pie desde el monte Olivete hasta la iglesia de Anastasia. Todos los niños y aun los que por si mismos no pueden andar, van, en brazos de sus madres, con palmas en las manos, y en medio de ellos, va el obispo, que representa a Cristo. Al llegar a la iglesia, aunque ya esté tarde se encienden las luces en el interior del templo, y se hace la adoración de la cruz, terminada ella se retira el pueblo» (1).

Esta sencilla descripción de la Peregrina Eteria nos muestra cómo la ceremonia del domingo de ramos estaba ya en uso en Jerusalén poco después del año 300 de nuestra éra, y nos revela también cuán antiguas y venerables son las ceremonias del culto cristiano.

Muy presto se introdujo en Europa la

---

(1) Duchesne, *Orígenes de Culte Chretien*, pág. 525 en donde está casi todo el Itinerario de la Peregrina.

costumbre de hacer esta procesión; sólo que no siendo posible hallar en muchas regiones de Europa palmas y olivos, se apeló a otros árboles, como nos lo da a entender la cuarta oración de la anáfora de este día. Piensa, sin embargo don Gueranger que esta ceremonia no se celebró en toda Europa sino a mediados del siglo VII, y es lo cierto que los sacramentarios de esta época nos atestiguan que ella ya estaba en uso al menos en Roma por esta época (1).

En algunas iglesias de las Galias se acostumbró en este día, como en Jerusalén, hacer la adoración de la cruz; en la Normandia se llevaba, siglos más tarde, el Santisimo Sacramento en procesión, y en otras iglesias se llevaba solemnemente el Evangelio.

La ceremonia final—advierte el ya citado don Gueranger—es de un altisimo simbolismo. Al llegar el pueblo a las puertas del templo, las halla cerradas; el cortejo triunfal se detiene, pero los cantos de alegria no se suspenden y el *Gloria Laus* se alterna en dos coros.

Esta escena misteriosa tiene por objeto recordar la entrada de Cristo en aquella otra Jerusalén que está en los cielos. El pecado nos cerró la entrada a esta Jerusalén celeste, y la cruz nos abre las puertas de ella. El coro que canta fuéra del templo simboliza a la tierra; el que está dentro figura es de los ángeles y de los santos que ya están en los cielos. El canto del obispo Teodulfo no puede ser más adecuado y por eso mientras unos cantan: «En las alturas todo coro celeste te alaba», los otros responden: «Y acá abajo, el hombre y cuanto en el orbe crias, a ti reinante celebra con sus cánticos».

## JUEVES SANTO

Los tres últimos días de la semana santa, que los antiguos conocieron con el nombre de triduo pascual, abundan en hermosisimas ceremonias que conviene recordar por el múltiple simbolismo que entrañan.

(1) L., Anne Liturgique, vol 6.º, pág. 239.

La del jueves santo, por ejemplo, tenía en la antigüedad tres misas diversas. En la primera se hacía la pública reconciliación de los pecadores que habían hecho penitencia durante los cuarenta días anteriores; en la segunda se consagraban los santos oleos; y en la tercera, que se celebraba ya de noche, se recordaba la institución de la Eucaristía. Hoy, en cambio, no se celebra sino una sola misa; la forma privada de la penitencia hizo desaparecer la penitencia pública, y la bendición de los óleos hace parte, en las iglesias catedrales, del rito de la misa única que ahora se canta. El lavatorio de los pies y el despojo de los adornos en los altares son ceremonias antíquisimas que aun están en uso en la liturgia universal.

En una misa que se cantaba muy de mañana se hacía la reconciliación de los pecadores. Presentábanse ellos a las puertas del templo en hábito de penitencia, con los pies descalzos, los cabellos en desorden y la ceniza sobre la frente. Mientras el obispo rezaba cerca del altar los salmos penitenciales y las letanías, los penitentes lloraban desde los atrios. Esta ceremonia conmovedora se interrumpia de vez en cuando, porque el obispo enviaba, para consolar y alentar a los penitentes, a algún sacerdote que les prometía el perdón. Luégo se les permitía entrar en el templo, y entónces el obispo descendía con su clero del altar e interrogaba en forma solemne al arcediano para saber si aquéllos penitentes eran dignos de la absolución, y mientras el obispo cantaba las palabras del salmo 33: «Acercaos a Dios y El os iluminará y no tendrán vuestros rostros sonrojo alguno,» los penitentes iban penetrando en el interior del templo. Entónces el obispo los exhortaba a la penitencia, y tomaba de las manos a uno de ellos, y éste a otro y así sucesivamente hasta formar una cadena que se desenvolvía hasta muy cerca del altar, y todos cantaban, a una, la siguiente antifona: «Se hará regocijo en el cielo por un solo pecador que haga penitencia.» Terminada esta ceremonia el mismo obispo entonaba un prefacio solem-



Bocagrande.—Cartagena.

nisímo que nos conservan los antiguos sacramentarios, y luégo de rociar a los penitentes con agua bendita y de bendecirlos con el incienso, les decía: Levantaos vosotros los que dormis; levantaos de entre los muertos y Cristo será vuestra luz.

De esta ceremonia que desapareció hace ya siglos no queda otro vestígio que la solemne bendición papal, que en este día o en el de la pascua, concede a la Ciudad de Roma y al orbe entero el Romano Pontifice en persona. Reconciliación es esta sumaria, pero eficacisíma que el mismo Vicario de Cristo otorga a todos los pecadores del mundo.

A más de la misa llamada de la reconciliación, que acabamos de recordar, se celebraba en la antigüedad otra misa destinada a bendecir los óleos sagrados. Cuando depareció la costumbre de celebrar varias misas el día del jueves santo, la consagración de los óleos vino a formar parte de la misa única que se celebraba en las catedrales.

¿En qué época desapareció esta costumbre? Es cosa dificil de saberlo; más es lo cierto, sin embargo, que ya en el sacramentario de san Gregorio Magno que, en su parte esencial no es del Santo, sino de algún escritor posterior, la ceremonia de la consagración de los óleos forma parte de la única misa que ya por entonces se celebraba (1).

En todo caso la ceremonia de la consagración de los óleos que sólo hacen los obispos en el día del jueves santo, contiene las siguientes partes principales: 1. Poco después de la consagración del cuerpo y la sangre de Cristo, y antes del Paternoster, el obispo abandona el altar y se dirigue al sitio destinado a la consagración en donde bendice el óleo llamado de los enfermos. 2. Después de la comunión bendice y consagra el crisma y el aceiconócido con el nombre de óleo de los catecúmenos.

Antiguamente todos los fieles traían sus ampolletas para la consagración del óleo de los enfermos, porque éste se usaba para remedio de toda suerte de enfermedades; hoy sólo sirve para el sacramento de la extremaunción. La consagración de este óleo es la menos solemne de todas las de

(1) P. L. M., vol. 78. col. 83.

éste día. Después de que el arcediano ha entonado la antifona *Oleum infirmorum*, un subdiácono, acompañado de dos acólitos, va a la sacristía en busca de la redoma que debe consagrarse. Hay, como siempre un exorcismo previo, y luégo una oración en que el obispo pide al Señor que dé a éste aceite sagrado la potestad de curar en el hombre toda especie de dolencias, así corporales como espirituales. Después de esta breve consagración, y mientras el subdiácono lleva el óleo a la sacristiía, el obispo continúa la misa hasta el momento en que termina la comunión de los fieles. Entónces, de una parte, el obispo regresa al lugar de la consagración de los óleos y de otra, se desenvuelve una procesión triunfal que va a traer el crisma sagrado y el óleo de los catecúmenos.

Esta procesión en la liturgia actual de las catedrales es un recuerdo de las procesiones que, en otro tiempo, daban comienzo a las más solemnes festividades de la iglesia romana allá por los años de 900. Por eso aparecen ahora siete subdiáconos y otros tantos diáconos, y doce presbíteros que representan a los apóstoles y que serán testigos y actores en la consagración de los óleos. Todos cantan desde el altar hasta la sacristía y desde aqui otra vez hasta el altar, la antifona *O Redemptor*.

Las estrofas de esta antifona fueron compuestas por aquel famoso santo que, comenzó por ser errante trovador y terminó, debido a los ejemplos de una piadosisima matrona, por llegar a ser Obispo de Poitiers. Venancio Fortunato, el autor de *Vexilla Regis prodeunt* que la Iglesia canta en estos mismos dias y del *O Redemptor*, se mostró en esta ocasión un vate verdaderamente inspirado.

El más noble de todos los aceites sagrados, es el crisma, y por eso la Iglesia emplea toda la pompa de sus ceremonias en consagrarlo. El crisma sirve, en efecto, para ungir a los que ya han sido bautizados; para aumentar la gracia y el valor en los que reciben el sacramento de la confirmación; para consagrar solemnemente a los obispos; para bendecir y consagrar las iglesias y los altares, los cálices y las patenas, las cruces de los templos y las campanas que llaman a oración.

Juntamente con el crisma, bendice el obispo el bálsamo que se mezclará eon el óleo sagrado. En la antigüedad se empleaban en oriente más de treinta y tres resinas olorosas en la confección de este bálsamo que es para la Iglesia figura del suavísimo olor de las virtudes de Cristo. A este bálsamo lo llama Ella en poético lenguaje «lágrima salida de la corteza feliz del árbol que sirve de perfume sacerdotal». La virtud del Espíritu Santo desciende sobre él al soplo del obispo y los doce presbíteros saludan regocijados, como saludarán luégo el óleo sagrado.

El obispo, después de haber exorcizado el crisma, entona sus alabanzas en un prefacio solemnísimo que se remonta a la más venerable antigüedad, y que presenta en un admirable conjunto todo el simbolismo de que usa la Iglesia. Aqui aparece David, cantor insigne de este óleo sagrado; aqui se deja ver la paloma que trajo, por medio del olivo, la calma en medio de las borrascas del diluvio; aqui se nos recuerda la institución del sacerdocio por medio de la unción del óleo y Cristo aparece por doquiera como centro de toda la acción litúrgica.

Después de la consagración del crisma viene la del óleo de los catecúmenos que ha de recibir el cristiano antes del bautismo, y con el cual se ungen las manos de los sacerdotes y los brazos de los reyes. Aunque menos solemne que la del crisma, ésta va precedida como las anteriores, de un exorcismo y de una oración que termina con el saludo del obispo y de los presbiteros.

Todas las demás ceremonias del dia del jueves santo conmemoran la institución de la Sagrada Eucaristía, y por eso, en otro tiempo, la misa, que para este fin se celebraba, comenzaba al caer de la tarde. En cuanto al lavatorio de los pies y al despojo de los altares, el simbolismo es tan claro que no necesita mayor interpretación.

J. A. B.

## Las causas de los temblores.

Juzgaron muchos en la antigüedad, guiados solamente por la imaginación, que los temblores de la tierra se debían a causas meramente sobrenaturales. Los chinos, por ejemplo, pensaron que un dragón infernal estaba encarcelado en las entrañas de la tierra y que cada movimiento de aquel monstruo correspondía a un temblor de la tierra. Por este mismo estilo se hallan en todos los pueblos superticiones más o menos groseras a este propósito.

Otros fundados en principios científicos han atribuído los temblores de la tierra a causas astronómicas y meteorológicas. Las mareas, por ejemplo, llevaron a Perrey a pensar que hay en la tierra una intumecencia semejante a la del mar, y que a veces ella debe manifestarse en forma de fuertes sacudimientos terrestres. De ser esto así los temblores serán regulares como lo son las mareas. Por su lado Zenger sostuvo que las manchas solares y las estrellas errantes producen, debido a causas magnéticas, los temblores de tierra. Esta teoría, en lo que se refiere a las manchas solares, la ha defendido recientemente con gran calor el conocido astrónomo católico Moreux. Otros, como Laur, piensan que los temblores guardan relaciones estrechas con los enfriamientos de la atmósfera y tienen por averiguado que ellos coinciden casi siempre con las tempestades y los ciclones. Todas estas teorías se han abandonado casi completamente en nuestros días.

Por consiguiente la opinión más aceptable en nuestros tiempos se inclina a pensar que la causa de los temblores está en la tierra misma. Esta opinión que sostuvo en otro tiempo el americano Isaac Lea, ha adquirido mayor importancia que toda otra, en nuestros días. Sólo que ella, a su vez, presenta varios aspectos; porque mientras unos piensan que el enfriamien-



La isla de Capri.

to y solidificación de la capa terrestre producen fluídos elásticos que tienden a salir a la superficie y producen los temblores; otros, como el célebre Suess, clasifican los temblores de tierra en tectónicos propiamente dichos y en volcánicos. Los primeros se deben a desprendimientos de capas internas de la tierra que hacen conmover la superficie; los segundos a erupciones volcánicas. Como se ve es muy difícil en el estado actual de la ciencia saber la causa verdadera de los temblores, y más difícil todavía poder anunciarlos.

S. MEUNIER.

---

## Recetas de cocina

*Croquetas o frituras de papa.*—Se cuecen 500 gramos de papa pelada, y luégo de dejarla escurrir para que se evapore la humedad, se cierne aquello y se le añaden 100 gramos de mantequilla. Terminado esto se revuelve cuidadosamente, se añaden 4 yemas de huevo, sal, pimienta y nuez moscada rallada. Se hacen finalmente rollos de 1 ½ centímetros de grueso por 3 de largo envueltos primero en harina y luégo en huevo batido y por último en miga de pan blanco. Y antes de servirlos a la mesa se fritan en manteca muy caliente.

*Conservación de los huevos.*—Hay varios modos para conservar los huevos: uno de los mejores consiste en un barniz de cera blanca derretida para preservarlos del aire y cubrirlos luégo en cisco de carbón de palo.

(Del *Cordon-Bleu*)

---

## Una visita extraña a Tiberio.

El viejo Tiberio había subido aquella noche solo, después de la cena, al terrado del palacio de Capri. Era aquella una noche suave de abril embalsamada por el fresco olor de la tierra. Las brisas traían a la isla el exquisito aliento de los naranjos y de los limoneros de Sorrento. La luna, casi llena brillaba en las espumas del mar. A lo lejos Nápoles centellaba y las altas montañas de las costas se erguían gloriosamente circundadas de un velo azul.

Capri dormía. En el golfo reinaba el silencio, y el Emperador no oía sino el golpe monótono de las olas que se rompen en las rocas o los pasos acompasados del centurión de guardia que recorría a esas horas los desiertos pasillos del palacio. Rodeado de la paz del cielo y del mar, arrullado por las caricias de la naturaleza, Tiberio sintió repentinamente crecer allá en el interior de su espiritu agitado, un temor vago.

No habia en el vasto imperio romano que temblaba delante de él, hombre más miserable. Livia, su madre, luz para su espiritu y energia para su voluntad, habia muerto hacía ya cinco años. Elio Seyano, el ministro a quien por mucho tiempo confió el cuidado de gobernar por el temor á Roma, habia sido estrangulado y no le habia sido posibe hallar un sucesor digno. Hallábase pues, Tiberio, solo en presencia de Roma, de Italia y hasta de su propia conciencia de tirano. El peso de sus crímenes y de sus deshonras le parecia ahora demasiado duro; no amaba a nadie y bien sabia que a la fecha nadie le amaba. Calígula, su sobrino, heredero del imperio, le causaba horror, y muchas veces Tiberio se preguntaba a si mismo cuál seria el acontecimiento imprevisto que habria de servir a ese joven, que ya era un monstruo, para festejar su propio advenimiento al trono de Roma. Temia Tiberio a los soldados y a los esclavos, a los palaciegos y a los favoritos y hasta al mismo médico que le acompañaba. Roma le hacia temblar, y era el caso que no se atrevia a volver de nuevo a presentarse en medio de la ciudad, atemorizado por el pasado, por el presente y por el misterioso porvenir. Todas las noches los lúgubres fantasmas de las victimas se acercaban a su lecho y la mano marmórea de Germánico se hacia sentir sobre la frente atormentada del desdichado Tiberio. A causa de todo es-

to, él, que era un César trágico, envidiaba la tranquilidad del misero pescador cuya cabaña azotaba el viento como azota también los nidos de pájaros maritimos que se esconden en las escarpadas rocas de aquella isla siniestra.

Bajo las ruinas de esta alma imperial se guarecia un último afecto noble: el culto por la grandeza de Roma. Admiraba él esa obra grandiosa y frágil que Roma habia edificado en ocho siglos de paciente labor, de heroismo y de sabiduria; contemplaba el poder de esta ciudad que habia dominado al universo, que habia dado leyes que saliendo del Capitolio o del Palatino, augustas e inviola-das, recorrian luégo los bosques de Germania, los valles de Hispania, las soledades del Nilo y del Eufrates. Todos los pueblos, todas las religiones, todos los dioses, se inclinaban humildemente ante el cetro de Roma, y la vida del universo pendia de la voluntad del Emperador. Y él, que era el dueño y señor de todo esto, era un centinela perdido en las rocas de Capri que velaba en estos momentos a la luz de las estrellas por la tranquilidad de este vasto Imperio.

En esta vigilia cree oir allá en las fronteras donde comienzan a reinar los bárbaros, rumores inquietantes, gritos de sufrimiento, clamores de revuelta; cree oir también el murmullo amenazador del populacho ocioso que en Roma se irrita por la prolongada ausencia del Emperador; oye el grito de las palabras soberbias que murmuran al oido los viejos amigos de la antigua libertad, los patricios y los filósofos y los ciudadanos revoltosos prestos siempre a sufrir la muerte o el destierro por devolver a la ciudad la verdadera justicia. Y en la tranquilidad de aquella noche de primavera atormenta el corazon de Tiberio una angustia más cruel que todas las anteriores; parécele que algo nuevo se acerca, que algo grande, como un cataclismo se agita en el alma de los hombres que habrá de turbar definitivamente la paz del Imperio.

Apoyado en la balaustrada ve Tiberio las luces de Nápoles, la cúpula sombria del Vesubio, los inciertos fulgores de Herculano, de Pompeya y de Estabies que se balancean, como fanal solitario, en el cabo de Misena. Allá, hacia la media noche, oyó Tiberio el rudo golpear de los remos que al choque de las olas hacian saltar haces de luz. La barca llegó al estrecho puerto, y un hombre que desembarcó, se apresuró, sin temor alguno, a subir por la escalinata tallada en la roca. Minutos más tarde el extraño visitante, acompañado del centurión, estaba delante del Emperador.

Era un egipcio de melancólica mirada, de ojos ensombrecidos, de palabra quejumbrosa; alto, casi desnudo, la frente extrecha y mezquina cubierta de una bandeleta de lana blanca que le caía, por ambos lados, hasta los hombros.

Traía, según decia él, un mensaje secreto para el Emperador.

—Habla, le dijo el César.

Y el advenedizo comenzó a hablar en un lenguaje en que el latín se mezclaba con el griego: Soy Thamos, un piloto de Alejandria; hace ya veinte años que viajo desde Egipto a todos los puertos del orbe; en mis viajes he visto cosas maravillosas; he oido en las costas de Sicilia el canto de las sirenas; he visto en los mares cimerios, cerca de la laguna Meotides, flotar en la neblina los espectros de los muertos desconocidos; en las aguas de Citerea y en las de Pafos he contemplado el cuerpo sagrado de Afrodita, y muchas veces, durante la noche, he hallado por los mares la negra barca de Sérapis cargada de almas, que van sin piloto, sin velas y sin remos. Jamás al contemplar tales maravillas, mi corazón habia desfallecido. Mas la otra tarde vi un milagro espantable, algo que jamás habia contemplado: navegábamos cerca de las tierras de la Elide y alcanzábamos ya a divisar las alturas de la Arcadia; el mar estaba en calma y la noche caía ya sobre los montes; todos los viajeros conversábamos familiarmente en el puente, cuando una voz, que nada tenía de humano y que parecia venir de muy lejos, dijo:

—Thamos, Thamos.

En un principio no respondí nada, parecíame que era víctima de una alusinación.

—Thamos, volvió a repetir la voz oculta ¿Thamos, no me oyes?

Entonces me acerqué al mástil y volviéndome hacia la costa, grité: ¿Qué quieres de mí? Estoy listo a obedecerte.

—Thamos, vé a buscar al Emperador de Roma y dile que el gran Pan, el dios de los pastores y de los rebaños, ha muerto. Tres veces repitió, con grito lastimero, este mismo anuncio, y luégo, por todas partes, en el cielo y en las ondas del mar, se oyó un inmenso y monótono suspiro, un canto funerario que no cesó hasta el comienzo del alba. Hé aquí lo que he oído y lo que estaba obligado, en virtud de mi promesa, a referir al Emperador.

Tiberió palideció. Por algunos momentos guardó silencio, y luégo fijó las miradas en los ojos de Thamos. Aquel egipcio podria ser un visionario, pero seguramente no mentía.

Ven conmigo, le dijo por fin el Emperador; vamos a consultar este caso con Trasiles, el sabio astrólogo que tanto amó mi padre Augusto a causa de su grande ciencia; a él le referirás lo que has visto. Trasiles observaba todas las noches la comba del firmamento, el paso de las estrellas. Tiberio, que dormía poco, solía visitarle con frecuencia. Si las costelaciones no decían nada, hablaban gustosos de filosofía y de música; Trasiles era un platónico que gustaba del laúd.

Thamos repitió al astrólogo el relato, y a la luz de la luna, aquel egipcio inmóvil, de cuerpo bronceado y de rostro rígido, parecía en realidad un dios del país del Nilo. Trasiles era ya viejo y vestía una túnica oriental adornada de oro y de púrpura. De vez en cuando en medio del relato que oía, miraba a Tiberio. Este, con la cabeza cubierta con un estremo de la blanca toga orlada de escarlata, estaba recostado en uno de los muros de la torre, y oía ansiosamente la respuesta del Astrólogo.

Este es, dijo Trasiles, un hecho misterioso, y acaso la voz que venia de las costas en que el sol se levanta, no dijo a Thamos sino parte de la oscura verdad. Los signos que aparecen en Asia son difíciles de explicar, pero en todo caso son símbolo de algo amenazador.

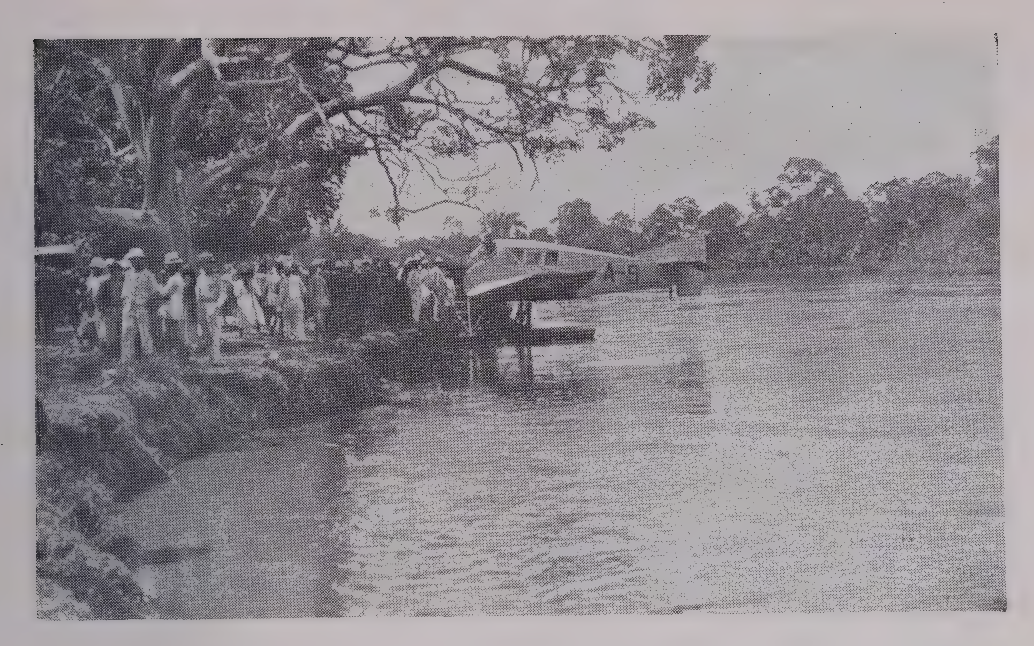
Acaso, respondió Tiberio, ¿una de esas hordas de salvajes que de continuo amenazan las fronteras del Imperio, se aproxima?

No, señor, muchas veces os lo he dicho: la paz de Augusto, afirmada por las victorias, perdurará. Las Galias están tranquilas, y en Burdeos, Lión, Marsella y Autun, los galos hacen versos latinos y recitan trozos de Cicerón. En Lutecia hay pasión por los estriones, los magos y las bailarinas. En Germania se beben licores fermentados y se duerme luégo al son de una música salvaje. La Grecia hace silogismos, y Egipto se entretiene con las momias y el canto, con los bueyes sagrados embalsamados hace ya más de tres mil años. Puede, pues, el César estar tranquilo, la paz del Imperio no se turbará.

Trasiles finge entonces mirar de nuevo las estrellas, mas su mirada se fija disimuladamente en el rostro de Tiberio, medio oculto por la roja franja de la blanca toga. Si, continúa, ella durará al menos hasta la hora de mi muerte; lo que suceda después de este día funesto, los astros no me lo han dicho.

El Emperador se sonríe irónicamente y dice al Astrólogo: Pero si los dioses mueren, por qué no han de morir los imperios? Acaso los príncipes serán capaces de gobernar el rebaño humano cuando las zarzas cubran las ruinas de los templos?

Los dioses pueden morir, replicó Trasiles, pero Dios es eterno. Todos los dioses han muerto; murieron los de Etruria y de Fenicia: morirán los de Roma y de Grecia. Los poetas les han dado la muerte al cantar sus vidas, y el Olimpo es hoy una necrópolis. El gran Pan, la Naturaleza fecunda, fuente de todos los seres vive; mas hé aquí que alguien ha anunciado su agonía y es porque la naturaleza no es una divinidad; es demasiado



Uno de los aviones de la Compañía Colombiana, en el río Cauca, cerca de Cali.

indiferente a los dolores y a los goces del hombre, para ser un Dios.

Necesitamos, pues, añadió Tiberio, un Dios nuevo, un Dios que proteja la ley y que se haga obedecer.

Sí, replicó Trasiles, necesitamos de un Dios que consuele a las multitudes oprimidas por la ley que ellos obedecen con lágrimas en los ojos.

Duras son tus palabras, dice Tiberio, quiero, pues, que leas sin tardanza el porvenir en las estrellas.

Venus ha salido hace ya una hora; por la región donde brilla esta diosa debo ahora contemplar el cielo, observó el Astrólogo. Y puso a los rayos de este astro un espejo de acero que tenía grabado, en medio de figuras geométricas y de signos extraños, el mapa del Imperio; luégo trazó en una mesa cubierta de arena, figuras mágicas que el capricho del viento acabó por mezclar, mientras Tiberio seguía con inquietud visible, el trabajo de su adivino, y el egipcio Thamos pensaba en cosas lejanas y misteriosas. Al fin gritó Trasiles:

Del lado se Asia se inclina la revelación de los astros; ella se detiene en Judea, sobre Jerusalén, la ciudad santa de los judíos, y allí se manifiesta con grande claridad.

El Emperador y el Astrólogo, encorbados sobre la mesa profética, seguían atentos los cambios de la arena. De pronto Trasiles dijo a Tiberio:

—Puedes, señor, fiar completamente del Procurador Poncio Pilato? Será el digno de representar en Judea la majestad del Imperio?

—Pilato conoce muy bien la ley romana, respondió el Emperador.

—Puede conocerla, señor, pero la destroza; él acaba de entregar a la sinagoga de Jerusalén una causa de lesa majestad imperial; él acaba de entregar a la ferocidad de los sacerdotes y del pueblo a un acusado a quien él ha declarado inocente. Y ese crimen de un magistratrado romano tendrá consecuencias inauditas; la cobardía de Pilato causará la muerte de todos los dioses. Sí, es cierto, el verdadero Dios que todo lo hizo, acaba de morir. ¡El Dios Pan ha muerto!

—¿Y el Imperio y los emperadores? preguntó Tiberio con voz entrecortada.

—En cuanto a ellos, en cuanto a su suerte futura, respondió el prudente Mago, yo no sé nada, porque el cielo está

ahora mudo. Mirad, señor, cómo el viento acaba de revolver la arena y cómo se ha cerrado ya el libro en que se leen las cosas futuras.

—Que los dioses arreglen este negocio, Trasiles; por lo demás, el suplicio de un inocente no creo que haya de turbar la paz de mis provincias. Cierto es todo esto, respondió el Astrólogo, y después de todo esos judios cumplen una ley ineludible. Mas tú, señor, no te has acordado ahora de la palabra de Platón: «Que el justo sea flagelado, encadenado, torturado y crucificado, eso qué importa»?

Pensativo descendió aquella noche Tiberio de la torre. Puso en las manos del egipcio una bolsa de oro, a tiempo que le dijo: Si quieres conservar la vida, Thamos, no hables nunca de lo que has oido en Capri.

El sol se levantaba ya rodeado de nubes grises que poco a poco velaron el azul del firmamento. El golfo de Nápoles tomó el color oscuro de la pizarra, y los vapores espesos circundaron las montañas. El cráter del Vesubio retumbaba con el ruido del trueno, y los pájaros amedrentados callaban. Aterrado el Emperador quiso refugiarse en Estabies, e hizo preparar la barca dorada que dirigían doce remeros acompañados de otros tántos músicos. Al són de las flautas y de las liras, la barca imperial abandonó a Capri.

Esa mañana en Estabies los sacerdotes de Isis habían sorprendido a cierto joven asirio en el momento de entrar al santuario de la diosa, sin haber hecho antes las abluciones prescritas por el ritual. A los primeros rugidos del Vesubio hicieron condenar precipitadamente por los magistrados al joven, para apaciguar así la cólera divina que se manifestaba en el volcán. Tiberio vio en medio de la arena una gran cruz negra y pensó en las palabras de Platón.

—Dejad dijo, a ese desgraciado; cualquiera que sea el delito que haya cometido yo le perdono, y ojalá que así como esta cruz no tiene víctima no la tenga tampoco en parte alguna de mi Imperio.

Hizo subir luégo a la barca al esclavo, y mientras él abrazaba agradecido los pies de Tiberio, los sacerdotes y el pueblo de Estabies seguían con los ojos atónitos la barca que se llevaba al Emperador y a la víctima. El canto melancólico de las flautas y las liras venían de ola en ola a morir en la playa al pie de la gran cruz negra...

Y en la tarde de aquel día, el joven Caligula declaró a sus familiares que su tío Tiberio había perdido el juicio, y que un Emperador loco sería una gran desgracia para el género humano.

EMILIO GEBHART.

(Traducción especial para *Lecturas*).

---

## El paralítico de Betsaida.

Cerca de la piscina aguarda la salud el paralititico. Nadie le ayuda a descender al agua milagrosa. Jesús se acercó un día y le dijo: ¿Quieres ser sano?

Sin duda alguna, a la hora de la muerte, si el moribundo se ve, sin su culpa privado de la eficaz ayuda del sacerdote, Jesús se acercará a él, como se acercó al paralítico, y le dirá ¿quieres ser sano? Y si la voluntad de aquel hombre se rinde a Cristo, él obrará invisiblemente esta curación milagrosa; le dará la gracia que despierta el amor divino y le llevará a hacer un acto de perfecta contrición. Pensando en estas cosas tenemos que convenir en que nadie conoce los secretos que esconde la agonía.

La piscina probática es, pues, una figura de la gracia. El ángel, mensajero del Señor, es figura del sacerdote que da la absolución; es éste, hasta cierto punto, un socorro que tiene algo de humano. Otras veces no puede intervenir el ángel e interviene sólo Cristo; entonces se obra una curación espiritual verdaderamente milagrosa, para mostrar que donde abunda el pecado sobreabunda la divina misericordia, y que si faltan los socorros humanos, Dios no falta.

*Mad. Lucie Felix-Faure Goyau*

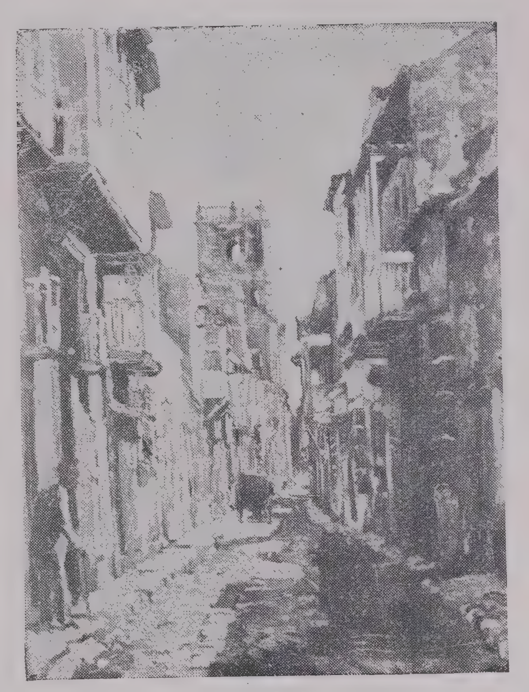
## OFICIAL

### Actos de la Congregación.

No siendo posible dar en este primer número, en todos sus pormenores, noticia de los principales actos de la Congregación que se llevaron a cabo en los últimos meses del año pasado, daremos cuenta sumariamente de los principales:

*Sesión solemne.*—El día 14 de octubre con asistencia del Ilustrísimo señor Ismael Perdomo, Arzobispo Coadjutor, y de numeroso clero, se verificó la sesión solemne que todos los años tiene lugar en la iglesia de Santa Clara. La señora Directora doña Elvira del Corral de Restrepo Sáenz, presentó el informe reglamentario en el cual indicó que todas las fiestas religiosas que están a cargo de la Congregación, se habían celebrado con toda regularidad. Dijo que en los días 27 y 28 de noviembre del año de 1922 se habían celebrado los funerales por las socias muertas, y a propósito de esto recordó a las señoras Matilde Pombo, que había sido Directora y a la señora María Antonia Orrantía, Directora en un tiempo y luégo religiosa visitandina, muertas ambas en aquel año. Puso de presente la pena con que la Congregación habia recibido la muerte de las señoras, Magdalena Carrizosa, que en otro tiempo ejerció el cargo de Subdirectora y Mariana Rubio que ejerció el cargo de Secretaria y luégo el de Tesorera, para terminar por servir a la Congregación en el puesto de Celadora hasta la hora de la muerte.

Habló la señora de Restrepo Sáenz de la novena y fiesta de la Inmaculada Concepción, de las festividades de la Semana Santa, de los retiros mensuales, del retiro anual, de la fiesta del Corazón de Jesús, celebrada pomposamente en la Catedral, y de todos los actos reglamentarios de la Congregación. Al terminar su informe anunció a las socias la elección de las nuevas Dignatarias que forman el Consejo, y que, según las actas quedó constituído así:



Una calle de Cartagena.

(Cuadro de Villá).

Directora, señora Elvira del Corral de Restrepo Sáenz. Subdirectora, señora Soledad Ortiz de Rodríguez Pérez. Secretaria, señora María Valenzuela de Santamaría. Tesorera, señora María Luisa Lorenzana de Camacho. Auxiliar de la Subdirectora, señorita Matilde Marroquín. Subsecretaria, señorita Isabel Sáenz Londoño. Subtesorera, señorita Teresa Marroquín. Directora del culto, señora Ana Vasquez de Carrasquilla. Directora de la sección celadora, Paulina Rueda de Esguerra. Directora de la sección catequistita, Soledad Ortega. Directora de sección de propaganda de vocaciones sacerdotales, señora Ines Marroquin de Vargas. Secretaria de la Revista, señora Belén Lorenzana de Manrique.

Acto continuo se leyeron uno a uno los diversos informes de la secciones y se terminó el acto con la lectura del estracto de cuentas de la Congregación en el año de 1923, que copiamos en seguida:

## Balance general

de la Congregación de 1.º de noviembre de 1922 a 14 de octubre de 1923.

*Ingresos:*

Sección de vocaciones sacerdotales:

| | | |
|---|---|---|
| Saldo en caja el 31 de octubre de 1922.. . . . . . $. | 2.048 32 | |
| En Cédulas. . . | 1,000 00 | |
| Entrada del 1.º.. de noviembre a hoy. | 1.589 81 | 4,638 13 |

Sección de sirvientas:

| | | |
|---|---|---|
| Saldo en Caja el 31 de octubre de 1922.. . . . . . . . | 4 49 | |
| Entrada del 1.º. de noviembre a hoy. | 92 45 | 96 94 |

Tesorería general:

| | | |
|---|---|---|
| En cédulas. . . . | 200 00 | |
| Entradas del 1.º de noviembre a hoy; así: | | |
| Por intereses de las cédulas. . . . . | 4 67 | |
| Cuotas anuales.. | 779 12 | |
| Limosna colecta da para la fiesta del Corazón. de Jesus | 683 34 | |
| Limosnas para el culto. . . . . . . . . | 103 38 | |
| Producto de la venta de cintas y medallas.. . . . . . | 311 90 | |
| Producto de la venta de unas flores artificiales.. . . | 16 00 | |
| Producto de la venta de estatutos. | 35 72 | |
| Auxilio a la sección celadora... . . | 36 00 | 2011 36 |

*Egresos;*

| | |
|---|---|
| Gastos de la sección de vocaciones sacerdotales... . . . . | 3. 451 24 |
| Gastos de la sección de sirvientas.. | 92 84 |
| Gastos de la tesorería general.... . | |
| Para Fiesta del Corazón de Jesús. | 678 33 |
| Para atender al culto de santa Clara.... . . . . . . . . | 736 04 |
| Para la impresión de unos estatutos.. | 50 00 |
| Para auxilio a niñas huérfanas (sección celadora). . . | 260 00 |
| Para auxilio a la sección catequística | 14 00 |
| Diferencia a favor | 1. 463 98 |

Sumas iguales $ 6 746 43 6 764 43

La existencia el 14 de octubre se descompone así:

En la tesorería de vocaciones sacerdotales:

| | |
|---|---|
| En dinero... . . | 186 89 |
| En cédulas... . | 1, 000 00 |
| En la tesorería de sirvientas.. . . | 4 10 |
| En la tesorería general..... . . . . | 272 99 |
| | 1 463 98 |

*María Luisa L. de Camacho*
Tesorera.

Luégo el señor Perdomo habló por vez primera a la Congregación, y después de recordar los diversos trabajos en que se ocupa esta Congregación, que es la más antigua de Bogotá, ofreció bondadosamente ayudar a las socias en sus laudables obras. Durante el Tedeum las nuevas dignatarias tomaron posesión de sus cargos.

## Bazar para allegar fondos para la Revista.

El día 18 de noviembre de 1923 tuvo lugar en el parque de los Mártires un bazar para allegar fondos a fin de poder atender en parte a los gastos que ocasiona la publicación de la presente revista. El bazar produjo la suma de $ 452 y las mesas estuvieron a cargo de las siguientes señoras que se asociaron de muchas otras: Elvira del Corral de Restrepo Sáenz y Ana María Londoño de Sáenz, María Luisa L. de Camacho y Belen L. de Manrique, Ana Vásquez de Carrasquilla, María Valenzuela de Santamaria, Saturia Alvarez de Garcia, Maria González de Martinez, Mamerta Osorio de Castro, Pepita Pérez, Carmen P. de Guerra y Soledad Portocorrero de Uribe. Contribuyeron además las señoras Leonor Mejia de Salazar, Leonor Gutiérrez de Salazar e hijas, Señoritas Sáenz Londoño y Saiz Gutiérrez. Señora Isabel Lara de Umaña y varias otras que enviaron objetos a la Congregación para que fueran rifados en el bazar. «LECTURAS» envia sus agradecimientos a estas señoras y a todas las socias que tan eficazmente contribuyeron a la fundación de esta revista.



La iglesia de Santa Clara

## Defunciones.

En los meses que van de noviembre a marzo han muerto las siguientes socias, Cecilia Arboleda de Holguín, Virginia Cuéllar de Gómez, Zoila Aldana de López, Emilia Servois de Sarmiento, Hipólita Tamayo de Durán, Eulalia Galindo de Páez, Marcelina Soto de Chaves, señoritas, Maria Ballesteros Altonso, Juliana Pinzón, Betsabé Montero, y Rosa Rodriguez, La Congregación presenta a los deudos de estas socias su más sentido pésame.

## Retiro mensual.

El retiro mensual del mes de marzo tendrá lugar en santa Clara el sábado 22 a las 3 de la tarde y el domingo 23 será la comunión reglamentaria.



## Modas.

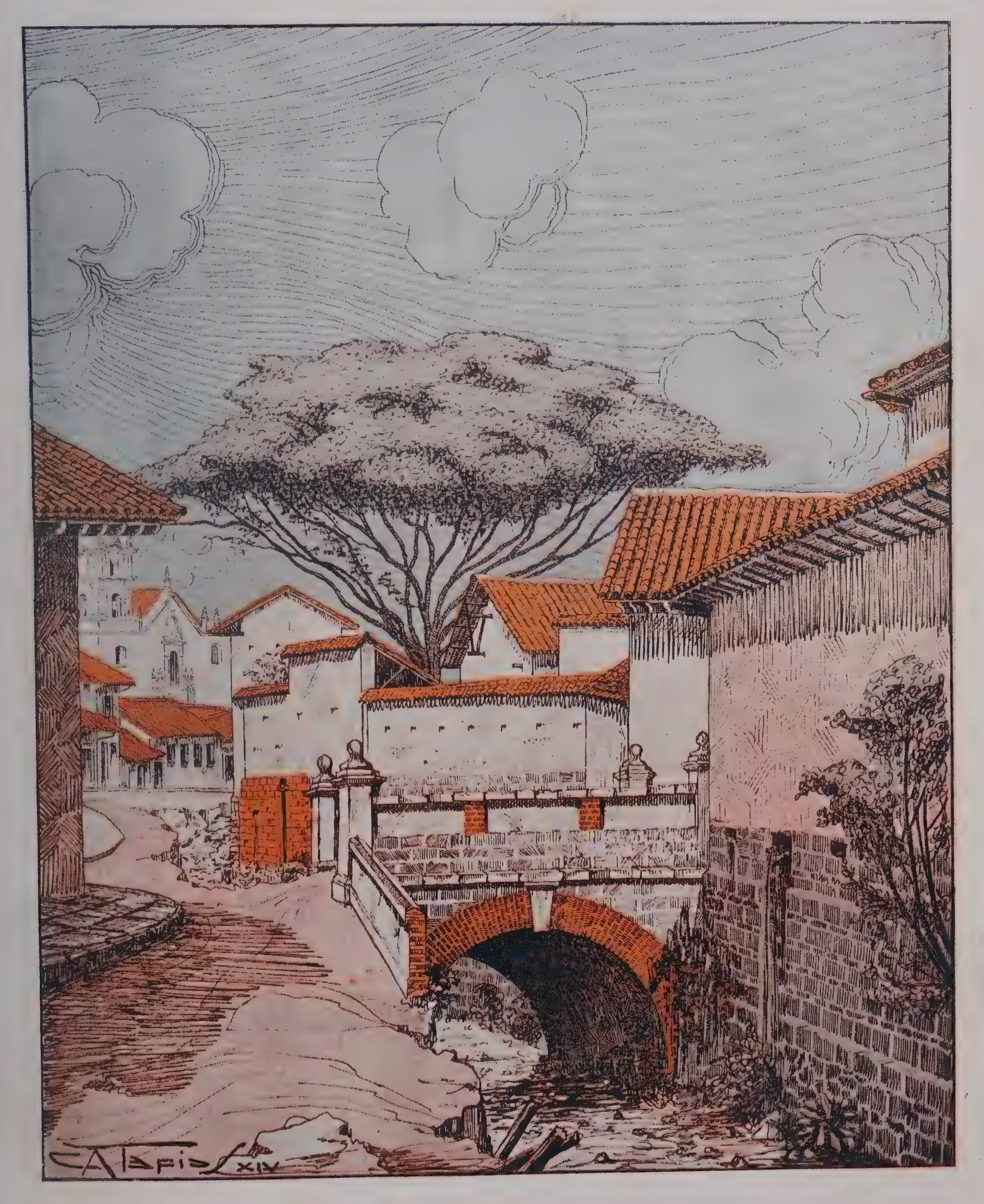




Estos tres modelos de sombreros que se acaban de recibir de la *casa Milady Fall Weor,* son de los más elegantes que hoy se usan en París.

# Lecturas

Número 2. Bogotá, abril de 1924. Precio, $ 0.10.


El antiguo Puente de Lesmes.

(Dibujo de Tapias).

EDITORIAL DE CROMOS

Director:
JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ, Presbítero.

Dirección y Administración: Apartado 386

Teléfono No. 1266




Revista mensual ilustrada.

N.º 2.º — Bogotá, abril de 1924.—VOL. I

Condiciones:
Número suelto. . 0.10
Un trimestre . . . 0.30
Un semestre . . . 0.50
Un año . . . . . . 1.00

PAGO ANTICIPADO

# El escondrijo de un Secretario de Estado en 1861.

(J. A. B).

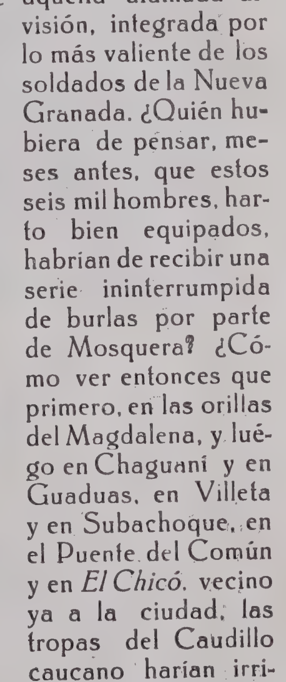
En la mañana del 18 de julio de 1861 las fuerzas del Cauca, capitaneadas por el General Tomás Cipriano de Mosquera, rodeaban la ciudad por doquiera y, después de muchos meses de constante y tenaz lucha, se aprestaban ya a entrar victoriosas a la capital de la República. Hacia el medio día la condición del ejército de *La Legitimidad* hízose por todo extremo precaria, puesto que uno a uno fueron sucumbiendo los diversos escuadrones, tánto por el lado sur, en las cercanías de la iglesia de Las Cruces, como por el costado norte, que parecía presentar mayores resistencias al enemigo, sobre todo en el Convento de la Recolecta de San Diego, convertido, a última hora, en cuartel general de los ejércitos del Gobierno. A causa de esto fue menester que la otra parte de las fuerzas, cuyo comando dirigía en persona el valeroso Capitán Joaquín Posada Gutiérrez, se entregara a eso de las tres de la tarde.



Don Ignacio Gutiérrez Vergara.

Y de esta suerte, vencido el Gobierno legítimo, pudo el General Tomás Cipriano de Mosquera entrar victorioso a Bogotá en la tarde de este famoso día.

Los que le habían precedido a éste de la final rendición, fueron de suprema angustia para la ciudad, que en vano aguardó las victorias de aquella afamada división, integrada por lo más valiente de los soldados de la Nueva Granada. ¿Quién hubiera de pensar, meses antes, que estos seis mil hombres, harto bien equipados, habrían de recibir una serie ininterrumpida de burlas por parte de Mosquera? ¿Cómo ver entonces que primero, en las orillas del Magdalena, y luégo en Chaguaní y en Guaduas, en Villeta y en Subachoque, en el Puente del Común y en *El Chicó*, vecino ya a la ciudad, las tropas del Caudillo caucano harían irrisión de las del Gobierno, y las traerían de mofa en mofa hasta las goteras mismas de Bogotá? En verdad, que esta sexta división se evaporó poco a poco, como lo demuestra don Angel Cuervo, y que el Gobierno legítimo perdió el poder, más que por la fuerza del enemigo, por la inepcia de



quien capitaneaba los ejércitos de *La Legitimidad.*

En la tarde melancólica de este dia, los últimos vestigios del Gobierno y del ejército fueron medrosos a refugiarse en las legaciones de Francia y de la Gran Bretaña, el vencedor recorrió regocijado la ciudad y fue a hospedarse en casa de su propia hermana, esposa del benemérito General Herrán.

Para colmo de males, el período presidencial de don Mariano Ospina había concluído desde los últimos días del mes de mayo, y el Presidente electo, que lo era el vate y guerrero Julio Arboleda, andaba lejos de la capital, por las costas del mar Pacifico. Fue menester, por tanto, que entrara provicionalmente a ejercer este cargo don Bartolomé Calvo, Procurador General de la Nación.

Si entramos a la Legación inglesa, cercana al Puente de San Victorino, veremos en un rincón de la sala a don Bartolomé, «privado ya de su Secretario de Gobierno y de Guerra, que agoniza lejos de aquí por causa de las heridas que esta mañana recibió en San Diego». El Presidente de la República es una imagen perfecta de la desolación en que está la Ciudad; al lado de él podemos ver a don Joaquín París, a quien sus enfermedades privaron del mando de los ejércitos y de la victoria; allí está asimismo, el General Espina, más triste que todos y con razón porque sus dudas y vacilaciones hicieron poderoso a Mosquera. Si nos acercamos a la casa del Barón Goury de Rosland, hallaremos en ella, no menos consternado que el Presidente, a don Ignacio Gutiérrez Vergara, Secretario de Hacienda a quien tocará en suerte buena parte de las persecuciones con que el vencedor regalará a los vencidos.

Pasado el primer momento de natural turbación, Mosquera, como supremo Director de la guerra, comenzará a ejercer aquella dictadura que no terminará sino en parte, por obra de la más quimérica de nuestras constituciones politicas. Como dictador hace dar muerte, sin juicio alguno, a tres ciudadanos inocentes de los crímenes que se les achacaban; como dictador, expulsa a los jesuitas y se apodera de los bienes de las comunidades religiosas; como dictador, convence a don Bartolomé que salga del asilo inviolable de la Legación inglesa, y una vez fuéra de ella, le envía en compañía de don Pastor y de don Mariano a las mazmorras de Bocachica.

Esta última medida del General fue para don Ignacio Gutiérrez Vergara signo cierto de que las persecuciones comenzarían para él desde aquel mismo momento. Era en efecto, Secretario de Hacienda de la pasada administración, y según precepto constitucional debía entrar a ejercer la Presidencia hasta la llegada del General Arboleda.

Aceptó el cargo con todos los sinsabores que él por fuerza le traería, y por pronta providencia se preparó a abandonar el hogar, no para ir, como otros de sus predecedores al Palacio de san Carlos, sino para buscar refugio seguro en alguna casa de los amigos, a fin de que el Dictador no pudiera hallarle, y de esta suerte dictar todas las medidas que su nuevo cargo y la mala situación política exigían.

Una noche, de las últimas del mes de julio salió, embozado en su capa, del portón de la casa de don Rafael Alvarez, que era desde la muerte de la esposa, el hogar de don Ignacio; tomó por la calle de san José hacia el oriente, y al llegar a la esquina cruzó por la carrera que conduce al Palacio de san Carlos, para ir a esconderse en una casa vecina al convento de Carmelitas. Poco seguro debió de hallarse en aquel primer escondrijo porque a pocos dias salió de él para ir a ocultarse en casa de la familia del Castillo cercana al Puente de Lesmes.

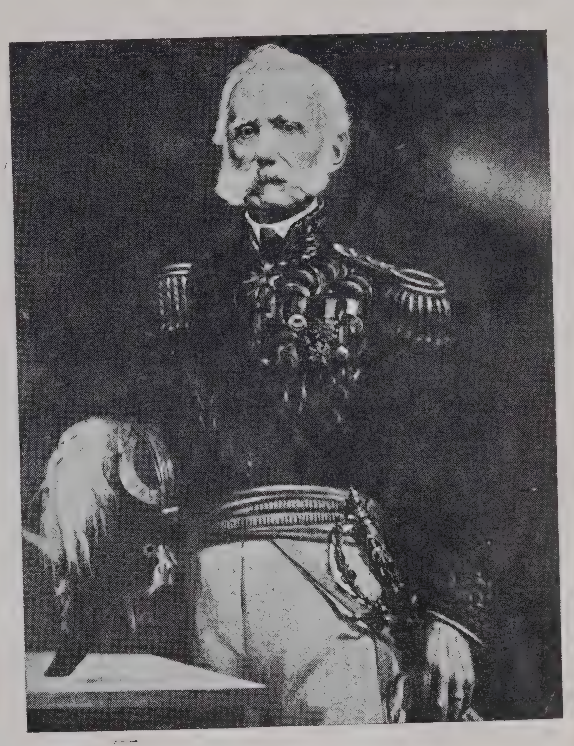
Mosquera que fácilmente había logrado apoderarse de don Bartolomé Calvo y de don Mariano Ospina, creyó que el Secretario de Hacienda caería sin mayor dificultad en su poder; mas cuando vió que la cosa no le iba resultando fácil comenzó a impacientarse y a poner en juego todo lo que su astucia de ti-

ranuelo le indicaba. Puso cerco a la tercera Calle Real y a la de san José, y rondó una a una las casas sin hallar al que buscaba. Burlado en sus intentos, determinó desterrar a doña María Josefa y a sus hijas a Nocaima; mas presto por esa volubilidad que es propia a veces de los tiranos, mudó de propósito, y juzgó que era oportuno buscar al presunto Presidente en la casa del Puente de Lesmes, que en otro tiempo había pertenecido al abuelo del señor Gutierrez y que aun estaba en poder de la familia.

Y en verdad que no se equivocó porque allí estaba realmente don Ignacio; sólo que los caucanos no pudieron dar con él y eso que estuvieron una y muchas veces en aquella casa que el Dictador había hecho desocupar. Perdió el juicio Mosquera y quiso averiguar si el perseguido Presidente se hallaba en la Capilla del Sagrario, donde él sabía que reposaban las cenizas de algunos de los Gutierrez, más, como era natural, tampoco se halló allí.

Mientras tanto don Ignacio pasaba la mayor parte del día y a veces las noches en una ratonera. Porque es el caso que dos dormitorios vecinos al comedor en casa de los Castillos, estaban separados por una muy gruesa pared de tapia pisada, lo que había permitido que entre uno y otro aposento hubiera una especie de pasillo con dos alacenas pequeñitas a ambos lados. En una de ellas había, desde tiempo inmemorial, un estante de libros cerrado por detrás con una cortina que remedaba a maravillas el papel de colgadura. Retiróse un poco el estante que estaba contra la pared y ello permitió a don Ignacio hallar la ratonera de que he hablado, en la cual permaneció casi de continuo desde comienzos del mes de agosto hasta bien entrado el de enero del año siguiente.

Cuando los soldados no estaban en la casa, don Ignacio salía libremente por ella, y aun llegaba a dar por medio de Julián Escallón las órdenes que como Presidente legítimo debía impartir para toda la República. Otras veces, le sorprendían los soldados sin haber alcanzado a



General Tomás C. de Mosquera.

entrar en la ratonera y entonces era de ver al buen anciano cómo corría en cuclillas a meterse en el escondrijo a donde no llegaba sino después de haberse arrastrado por el suelo.

En esas ocasiones don Ignacio no podía tomar alimento en todo el día, y sólo a merced de las tinieblas de la noche le era dado ir a buscar en el corral de gallinas la poca cosa que allí habían podido dejarle las criadas a quienes se permitía ir a llevar la granza a aquellas aves, únicas habitadoras conocidas de la desmantelada vivienda de los Castillos.

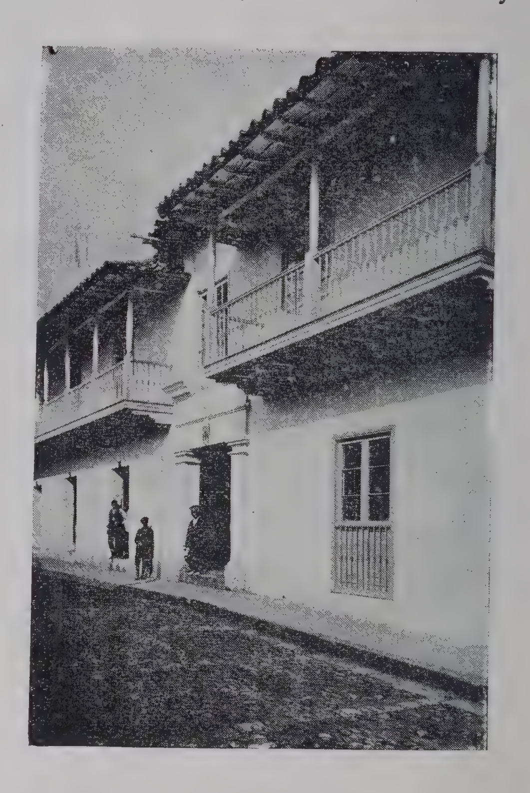
Viendo Mosquera que no era fácil hallar a don Ignacio, dióse a perseguir a la familia del presunto reo. Buscó a Ma-

ría Josefa, hija del señor Gutierrez y ésta se escondió primero en una alacena de la calle de San José, y luégo, se disfrazó de *china*, que desyerbaba en casa de la familia Cárdenas, cercana al Observatorio Nacional. No siendo posible hallar a la hija, fue a buscar a los hijos hasta en la hacienda de *Yerbabuena*, y allí, para completar las burlas, uno de ellos, vestido de jornalero, ayudó a los soldados a buscarse a sí mismo.

Bien comprendió el señor Gutiérrez que este estado de cosas era perjudicial sobre todo para la familia del Castillo, que no podía habitar la casa hacía ya meses y solicitó de doña Magdalena Caicedo y Bastilla que le diera alojamiento. Vivía esta señora a pocos pasos de la familia del Castillo, en una casa situada hacia el costado oriental, del otro lado del Puente de Lesmes, y obtenida la respuesta, que fue favorable, juzgó oportuno aprovechar la noche del 18 de enero para trasladarse a ella; mas con tan mala suerte que habiendo salido, para burlar toda vigilancia, por una portezuela que daba al río, se enredó en unas cuerdas que las vecinas lavanderas habían colocado allí, y cayó al cauce del río, escaso de aguas y abundante en piedras. Esta caída fue causa de que don Ignacio se fracturase una pierna, y hubiera caído irremediablemente en poder del Dictador, si un jornalero conocido con el apodo de *Negro Camilo*, no pasara por allí y diera aviso en casa de Castillo de lo que había sucedido.

Grande fue la consternación de la familia, y mientras unos procuraban con toda cautela sacar a don Ignacio de entre las piedras, una de las señoras fue en busca del señor Ponce de León, cuñado de don Ignacio. Allá, hacia la media noche, el doctor Zerda hizo la reducción de los huesos rotos y arregló convenientemente la pierna del perseguido Secretario de Hacienda. Mas como era por todo extremo peligroso permanecer, después de este acontecimiento en la misma casa, hízose más que nunca necesaria la traslación de don Ignacio a casa de la señora Caicedo.

Nuevas peripecias vinieron a dificultar la traslación. No era posible conducir a don Ignacio en una camilla porque no la había y aun dado caso que la hubiera, ella llamaria la atención de las guardias cercanas que no se separaban de los cuarteles de San Agustín. Se improvisó la tabla de una cama para que sirviera de camilla y atado a ella iban ya



Casa que habitó don Ignacio Gutiérrez Vergara, vista por el costado occidental.

a trasladarle cuando se oyeron los pasos de una patrulla que rondaba por las vecindades de la casa; horas más tarde, iban a salir de nuevo con don Ignacio, cuando se advirtió que, perdido en la penumbra, se ocultaba un bulto misterioso, a pocos pasos de la casa, y para colmo de males el bulto aquel no se movía de su sitio y las horas pasaban y la aurora se venía a toda prisa. Al fin, a la madrugada, el misterioso espanto se acercó a la casa, y resultó que quien así se escondía era doña Magdalena que, ignorante de todo

lo acaecido, no sabía por qué no estaba ya en su nuevo escondrijo don Ignacio.

Al fin fue posible la traslación, y el desgraciado Secretario de Hacienda vino a quedar en un cuarto cercano al salón principal de la casa de doña Magdalena. Para cerrar la puerta de comunicación se puso un altar, y los visitantes que acompañaban a don Ignacio entraban y salian por debajo de los manteles que casi caían hasta al suelo y que ocultaban una tabla que fácilmente podía retirarse cuando lo exigían las visitas,

Exasperado Mosquera de no hallar el que para él era un revoltoso, resolvió con fecha 23 de enero que la familia Alvarez Gutiérrez fuera desterrada a la hacienda de Terreros del vecindario de Bosa. La suerte, sin embargo, debía favorecer muy presto al tiranuelo, porque a pocos días de este destierro, un ciudadano francés, domiciliado en esta ciudad fue, como de costumbre, a visitar a doña Magdalena, y advirtió facilmente que el altar había cambiado de sitio y que la puerta que comunicaba con el aposento vecino había desaparecido; esto sólo bastó para que él pensara que allí se hallaba don Ignacio y presto el denuncio fue dado en forma al General Mosquera. Este que ya antes habia hecho rondar la casa de doña Magdalena, envió esta vez al Mayor Pérez Solano quien se presentó a las puertas de aquella patriarcal vivienda a eso de las diez de la noche con un piquete de soldados.

El señor Ponce de León declaró que en efecto allí se hallaba don Ignacio Gutierrez Vergara, Secretario de Hacienda y Encargado del Poder Ejecutivo, pero que, a causa de una caida, tenía fracturada una pierna, y que no era posible, sacarle de la casa en condiciones semejantes a la de cualquier otro prisionero. Habló con Mosquera, quien quiso traerle a su propia casa, mas como el Secretario afirmara que en ningun caso renunciaría el poder de que la Constitución lo habia investido, el Dictador resolvió reducirle a prisión en el convento de dominicanos.

Al dia siguiente se presentó en casa de doña Magdalena el cruel y sanguinario Victoria, el famoso General caucano,



Casa que habitó don Ignacio Gutiérrez Vergara, vista por el costado sur.

émulo en atrocidades de los indios pijaos que, como los demás guerrilleros del Cauca, dejaron amarga memoria de sus crueldades en los fértiles valles que riegan las aguas límpidas del Cauca. La presencia de Victoria en casa de doña Magdalena ponia frente a frente la legitimidad y el latrocinio; el anciano venerable que llevaba en sus venas sangre de próceres y el sanguinario advenedizo que los caprichos de Mosquera hicieron famoso.

Este mismo dia, 26 de enero de 1862, don José Maria Rojas Garrido concedió pasaporte a la familia Alvarez Gutiérrez «puesto que han desaparecido- dice el certificado que tengo a la vista- los motivos que ocasionaron su confinamiento». Con este sólo documento se demuestra que en época del gobierno provisorio era lícito confinar a unas señoras respetabilísimas por motivos políticos y sin que ellas tuvieran en esos asuntos dares ni tomares de ninguna especie.

Trasladado don Ignacio al monasterio de Santo Domingo, sufrió alli las consecuencias funestisimas de haber caído en poder de un déspota inquieto y versátil. Unas veces se daban las órdenes del caso para fusilar al desgraciado prisionero, y otras, se le declaraba que él permaneceria en rehenes para que los del bando opuesto a Mosquera y en especial los guerrilleros de Guasca no se atrevieran a atacar la ciudad. Cuando Canal puso cerco al cuartel de san Agustin, don Ignacio fue trasladado alli para volar, llegado el caso, el cuartel con el Presidente que el ejército impugnador reconocia. Cansado al fin del juego, como se cansan los chicuelos cuando han atormentado a algun pajarillo que ha caído en sus manos, Mosquera resolvió desterrar, al señor Gutiérrez Vergara, que pudo al fin gozar en Europa de una paz que le negó tenazmente el gobierno de su propia Patria.

Sé de sobra que muchos otros, antes que yo, han narrado minuciosamente las peripecias de esta prisión; mas, como yo la oí muchas veces en mi infancia, ella tiene para mí el grato sabor de los recuerdos familiares y al callarla me parecia que me olvidaba de quienes por ser sobrinas de Gutiérrez Vergara sufrieron las malas consecuencias del odio de Mosquera.

---

## Los Murciélagos.

J. H. FABRE.

El murciélago se alimenta solamente de insectos. Todos son buenos para él: escarabajos de duros élitros, delgados mosquitos, regordetas mariposas, sobre todo crepusculares, falenas, *bombix*, polillas; en fin, todos esos destructores de nuestros cereales, árboles y de nuestras telas de lana, los cuales, atraídos por la claridad, acuden por la noche a quemarse las alas en las lámparas de las habitaciones. ¡Quién sabría decir el número de insectos que los murciélagos destruyen cuando rondan alrededor de una casa!

Observad lo que pasa en un atardecer tranquilo de verano: atraidos por la temperatura suave del crepúsculo, multitud de insectos dejan sus viviendas y, convidados a la fiesta de la vida, juegan por los aires en busca del alimento que les es necesario. Es la hora en que la mariposa *sphinx* vuela bruscamente de flor en flor para hundir su larga trompa en el fondo de las corolas que destilan miel; hora en que el mosquito, ávido de sangre humana, hace zumbar su canción guerrera en nuestros oídos y escoge en nosotros el punto más tierno para meter su lanceta ponzoñosa; hora en que el abejorro deja el refugio del follaje, despliega sus alas zumbadoras y vaga por los aires en busca de sus semejantes. Los mosquitos danzan alegres por los aires, mientras el menor soplo de aire les destruye, como a columna de humo; las falenas y las polillas, en traje de bodas, con las alas cubiertas de polvo argentado y las antenas extendidas en forma de penacho, dan sus paseos en busca del sitio propicio para depositar los huevos; el *scolytus* sale de sus galerías

bajo la corteza del olmo; la *calandra* rompe su celda abierta en un grano de trigo; las *alucitas* se elevan en nubes de los montones del trigo devastado; las *pirales* exploran, unas los pámpanos de la vid, otras, los perales, manzanos y cerezos, todas afanosas de asegurar la vida y el alimento de su futura prole.

En medio de estos alegres pobladores del aire, llega de pronto y sin que nadie le espere, el aguafiestas: el murciélago que, con vuelo tortuoso, va y viene, infatigable; sube y baja; desaparece y vuelve de nuevo a aparecer, y cada vez atrapa al vuelo algún insecto que inmediatamente queda triturado. La caza es muy buena; mosquitos, escarabajos y mariposas; de vez en cuando lanza un grito de alegría; ha atrapado algún *falénido* regordete que le satisface por completo. Y mientras lo permitan los moribundos resplandores del crepúsculo, el cazador proseguirá su obra de exterminio. Saciado ya el murciélago vuelve a refugiarse en algún sombrío escondrijo, para reanudar de nuevo sus cacerías al día siguiente.

Para darnos una idea somera del número de destructores que atormentan a los campesinos y de que los murciélagos nos libran, os citaré un pasaje de Buffon que con tánta elocuencia habló de estas cosas en otro tiempo: «Habiendo bajado un día, dice el insigne naturalista, a las grutas de Arci, quedé sorprendido al encontrar en ellas una especie de tierra de naturaleza singular; era una capa de materia negruzca, de varios pies de espesor, casi toda ella formada por alas y patas de mariposa, como si esos insectos se hubieran reunido allí en número crecidísimo para perecer y podrirse juntos. Aquello era el resago de una fiesta de murciélagos amontonado en los dormiterios de estos curiosos animales».

Cinco o seis docenas de moscas o de mariposas apenas bastan para una cena pobre del murciélago, y así si se presentaran abejorros, serían devorados inmediatamente. Si la banda de cazadores es numerosa, perecen por millares moscas y mariposas. Después de los pájaros, estos animales son los más poderosos auxiliares de la agricultura. Mientras nosotros nos entregamos al sueño pensando en las mieses, hacen en silencio la guerra de exterminio a los enemigos de la cosecha, y destruyen cada noche miriadas de abejorros, falenas, pirales y polillas que constantemente amenazan al hombre. Dicen, sin embargo, muchos, que ese animal es tan feo y que nos causa muchos males. Dicen que los murciélagos, con sus dientes puntiagudos, hieren las cabras y chupan la sangre de los que están dormidos. He visto personas que lanzan un grito de horror a la sola vista del murciélago a quien tienen por animal que trae consigo la mala suerte.

Mas esto, como muchas otras cosas, hay que atribuírlo a la imbecilidad humana, para quien el error es siempre más familiar que la verdad. El murciélago es para el vulgo un sér maléfico, horroroso, venenoso, de mal agüero, a quien hay que destruír. La ciencia, por el contrario, dice: el murciélago es una criatura inofensiva, que lejos de hacernos daño o de ser presagio de funestas desgracias, nos presta inmensos servicios como destructor de los animales nocivos a la agricultura. No debemos perseguirlo con el odio de nuestra ignorancia, ni darle torpe mente la muerte; este animal no merece en ningún caso la triste reputación de que injustamente goza. El no nos trae la mala suerte, ni nos chupa la sangre; yo quisiera que él viniera a visitarme por las noches, porque de esta manera me vería libre de los mosquitos que me causan males sin encuto,

## Recetas de cocina.

*Bizcochos de queso*—125 gramos de harina de trigo, 125 gramos de queso amarillo rallado, 125 gramos de mantequilla, pimienta y sal. Se amasa muy bien, se extiende con el rollo y se corta en cintas delgadas. La pasta no debe quedar difícil de manejar, más bien blanda; horno no muy caliente.



Modelos de cojines.

## Cojines.

1.° *Cojín en seda azul turquesa.* Los redondeles en terciopelo cojor naranja, aplicados con filete, los centros negros, tambien de terciopelo. Los palos y hojitas bordados con seda color vieleta oscura. (segundo cojín)

2.° Cojin carmelita muy oscuro, con aplicaciones de seda azul pavo; el filete que une las dos telas será de seda color naranja (primer cojín)

3.° El cojín redondo lleva un centro de brocado, alrededor del cual se recoje una tira ancha de seda unida; para tatapar la costura se hace un filete *ralo* de hilo de oro pisando una felpa violeta. (tercer cojín)

Para que queden bien montados los cojines, es necesario hacer un primer forro y luégo poner el de encima. Para rellenarlos, lo mejor y lo más económico es la cerda. Una libra es suficiente para un cojín de gran tamaño,

*Puntada de piedras.*

La puntada de tejido llamada «Piedras» es muy apropósito para edredones de bebé; se hace en azul celeste y rosado pálido. También se usa pura franja, botamanga y cuellos de las blusas tejidas modernas; se hace el cuerpo en color unido y puntada sencilla. Lo característico de la moda hoy es la mezcla de colores, tres o cuatro un una misma obra, siempre matizado con negro que los amalgama y suaviza.

Se enmalla con lana azul un número de mallas que sea divisible por seis; 1.ª carrera, tejida; 2.ª carrera, ensortijada; 3.ª carrera, tejida; 4.ª carrera, ensortijada; 5.ª carrera, con lana rosada, se tejen cuatro *y* se sacan dos se sigue practicando estos puntos mismos hasta terminar la carrera. 6.ª carrera, se ensortijan cuatro puntos y se sacan dos, los mismos que se sacaron en la carrera anterior. La 7.ª carrera igual a la 5.ª, y la 8.ª carrera igual a la 6.ª, 9.ª carrera con lana azul, se teje toda inclusive las mallas que se sacaron en las carreras anteriores; 10.ª carrera, ensortijada; 11 carrera, tejida, 12 carrera, ensortijada; 13 carrera igual a la 5.ª teniendo cuidado de que las mallas que se sacan sean las del centro del grupo de cuatro, para que las piedras queden alternadas.

*Lavado de telas.*

Las telas de seda, medias, pañuelos, etc. se lavan con sálvado cocido disuelto en agua tibia, sin usar jabón. Se enjuagan con agua fria, y se extienden en la sombra. Cuando aún estén húmedos, se aplanchan poniendo sobre ellos un paño blanco, esto es absolutamente indispensable si son de colores delicadog como el azul pálido, rosa, malva, riss, etc.

## Perfumes en la noche.

(Adaptación de un cuento de Adrien le Corbeau).

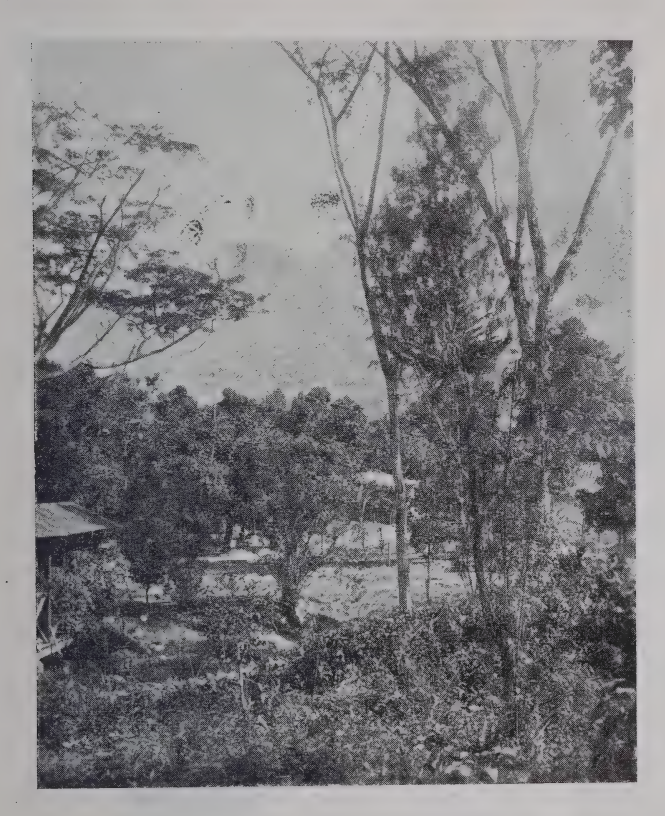
—¡Amalia!

Oigo que la puerta de la cocina se abre; siento los pasos de la vieja criada que resuenan en el vestibulo; oigo

finalmente cómo se acerca al cuarto del escritorio donde ahora me hallo.

—Señor?

—Amalia, estás segura de que nadie estuvo anoche en este cuarto, después de que yo salí para la Opera?



Una hacienda de Cundinamarca (región de Viotá)

—Casi podria jurérselo, señor. Más, por qué me pregunta usted esto?

—Porque alguien ha entrado aquí durante la noche y mientras yo estaba ausente. Dime a qué horas te acostaste?

—A eso de las nueve o nueve y cuarto, cuando hube terminado en la cocina el trabajo de limpiar la bajilla, y le advierto que a esa hora cerré este cuarto y llevé conmigo la llave que puse debajo de la almohada.

—Fijate, con todo, si hay en este cuarto algo que esté fuera de su sitio.

—Observándole he estado todo, y nada de raro encuentro en él.

—Ya lo creo, añadí irritado. Comprendo que el techo no haya variado de si tio y de sobra me doy cuenta de que los muebles principales no pueden haber desaparecido. Pero los pormenores...Estará la ventana bien cerrada? Los muebles presentan alguna señal reveladora del ladrón? Habrá acaso alguna arruga misteriosa en la alfombra? Míralo todo, pero míralo con cuidado, sin ir a cambiar nada de lo que encuentres.

Por varios minutos oigo, en medio del silencio la respiración anhelosa de la vieja que hace toda clase de esfuerzos por cumplir con todo rigor mis órdenes. Al fin me dice:

—Le aseguro, señor, que en este cuarto no hay señal alguna de un robo; le prometo que nada falta en él.

Hago un gesto de impaciencia, a tiempo que advierto de nuevo a la vieja:

—Y sin embargo, alguien entró esta noche al cuarto mientras yo estaba ausente. Un olor reunido de alelíes y verbena flota aquí, y yo sé de dónde viene este olor.... Yo lo he sentido en muchas otras ocasiones; de ello hace ya varios años... Si, ese olor viene de él...y él estuvo aquí anoche. Estuvo para burlarse de mí, como se burló en otro tiempo, cuando en el *Stella-Palace* se me escapó de entre las manos. Yo creo que él ha dejado algún vestigio de su presencia en este cuarto, más yo no lo puedo ver; porque en el estado en que ahora me hallo nada, absolutamente nada puedo hacer.

Los sollozos me impidieron continuar; mi cabeza se inclinó y la frente vino a buscar apoyo en el escritorio; sentí entonces que las manos de la anciana me acariciaban suavemente.

—No se afane tánto, señor; le aseguro que nadie ha entrado en esta habitación.

Usted quizá se imagina las cosas, mas ellas no han pasado. Calma, señor, quiera el cielo que las ideas melancólicas que tanto le atormentaban antes de entrar en la guerra, no vuelvan a acongojarle.

Aunque por completo me faltaba esa calma que la buena ancina me pedía, le dí orden de que saliera del cuarto, y sentí que la puerta se cerró suavemente. Estaba solo.

En la negra e inmensa soledad, los pormenores y recuerdos de la vida pretérita se agolparon a los oídos y a las narices; porque los ojos, faltos de luz, nada podían recordarme. Respiro el aroma del chocolate que la criaaa acaba de llevarse; el olor fuerte del tabaco se mezcla y confunde con el de las rosas que Amalia puso esta mañana en mi escritorio. El rumor lejano de la calle llega casi inperceptible a mis oídos, y a él se junta el tic-tac monótono del reloj de bolsillo en consonancia con los demás ruidos y hasta con los olores de que disfruto en esta hora meláncolica.

(Tales son algunos de los encontrados afectos y sensaciones que en esta tarde experimenta el teniente Daniel Flour, ciego a causa de unos gases asfixiantes que le rodearon en la toma de Verdun).

Y en este estado podré yo contar la peregrina aventura de que fuí víctima o quizá principal protagonista en esta noche de verano? Soy ciego y no puedo hablar, ni pensar sino como ciego. Cómo haré pues, para dar a conocer los pormenores de estas escenas que se juntan a las interiores visiones de un ciego? Yo, que no puedo sino tocar, oir y oler. que podré hacer? Llevaré al lector por los caminos de una noche negra, de una negrura absoluta. Heridos los ojos por la muerte hace ya seis años, mi espíritu ha olvidado por completo hasta la propia envoltura que le cubre, cuánto más la figura y las formas de todos los otros seres que me rodean. En el fondo tenebroso de mi vida actual, las visiones se esfuman cada día con mayor rapidez; las imágenes se confuncen, como si fueran claridades vagas cercenadas del centro de una esfera sombría, y parecen semejarse en parte a los misterio-



El río Bogotá abajo del Salto de Tequendama.

sos canales que en el planeta Marte alcanzamos a ver a través del telescopio.

Hay, en cambio, otros recuerdos que perduran allá en mi interior; son recuerdos de cosas que he tocado, que he olido, que he oído. Sonidos que en otro tiempo escuché; olores de que gusté; voces que en el pasado oí. Merced a ellos, puedo vivir de ese pasado, y por eso el perfume de alelíes y verbena, evocan ahora en mi espiritu el nombre, ya que no la imagen, de un sér extraño y exótico que un día perseguí por ladrón.

Recuerdo ahora a Carlos, aquel hombre que vi deslisarse un día por los pasillos del hotel y ocultarse misteriosamente a mis miradas. Quiso el ladrón apoderarse aquella noche de un riquísimo aderezo de diamantes que traía consigo una americana millonaria; el robo pudo impedirse, y esa noche tuve ocasión de ver muy de cerca al ratero; era un joven, casi un adolescente; delgado, ágil y de una belleza sorprendente en un varón; el óvalo alargado de su faz, los grandes ojos azules y los labios finos y delgados, formaban un conjunto admirable que engendraba a la vez la admiración y el terror. En ese día sentí por vez primera este olor de alelíes y verbena que ahora he vuelto a saborear. Recuerdo muy bien que le perseguí largo tiempo por los pasillos, hasta que al fin en una de las revueltas, se me perdió de vista; pero el perfume del ladrón lo continué sintiendo por mucho tiempo, y cosa rara, un día en que herido por los gases, dormía en un hospital de ambulancia, cerca de Verdun, volví a respirar este mismo perfume, no sé por qué; pero es lo cierto que en medio de aquel conjunto desagradable de olores en que el yodoformo se mezcla con el éter y el cloroformo, de vez en cuando creía sentir el olor de los alelíes y la verbena. Aquella debió de ser una ilusión de enfermo; al menos así lo creo yo.

Decía yo que la noche del robo a la americana, Carlos desapareció a la vuelta del pasillo; pero advertiré también, que en ese mismo momento se extinguieron en el hotel todas las luces. Cuando ellas volvieron a brillar, en medio de los huéspedes que afanosos salían de sus cuartos, vi a una joven americana, graciosa y delgada que ocultaba su rostro debajo de un gran sombrero adornado de encajes. Preguntóme afablemente por lo acaecido, y yo temeroso de hacer un escándalo que dificultara el hallazgo del ladrón, le di cualquier disculpa y seguí en mis pesquisas que resultaron del todo infructuosas.

Tal es el adversario a quien viendo, no pude vencer; podré ahora, ciego como estoy, vencerlo? ¿Yo que llevo en vez de los ojos, unas cavidades tan negras como las tumbas. Por eso he pasado todo el día en mi cuarto sin hacer absolutamente nada; nunca mi enfermedad me había parecido tan dura de llevar como hoy. Por fin, ha llegado la tarde y con la ida del sol que ya no insulta mi oscuridad, ha renacido en mí la paz. Al comenzar la noche me ocurrió una idea feliz, y llamé en mi ayuda al amigo Cerice, Prefecto de la Policía.

A poco llegó él y conversamos largo tiempo. Después de haber dado la orden a Amalia de que subiera a las buhardillas y no volviera a bajar hasta el día siguiente, Cerice vestido con mi sobretodo, con anteojos negros, mi sombrero y mi bastón, salió a la calle, mientras yo me quedé en mi cuarto aguardando al ladrón. Héme aquí muy cerca del escritorio, con un revólver en la mano en espera del famoso ratero a quien piensa sorprender un ciego.

Pasa el tiempo larga y penosamente y eso que para un ciego, acostumbrado a la oscuridad, no debiera ser tan largo; dos horas han pasado y yo permanezco inmóvil en un mismo sitio. Entretanto el rumor de la calle se va haciendo cada vez más imperceptible; oigo pues los latidos de mi propio corazón, el frote momentáneo de los zapatos debajo del escritorio, el ruido mecánico del reloj que llevo en el bolsillo... En la mesa, las rosas despiden, desde el jarrón, el aroma que sube hasta mis narices mezclado con el del agua de colonia que guarda el pañuelo que llevo en el bolsillo de la levita... Por fin oigo un ruido en la puer-

ta de fuéra, pasos ligeros en el vestíbulo y el aire frío de una puerta que se entreabre; el olor de alelíes y verbena se acerca pero está mezclado con el de violetas: Carlos, el ladrón, está ya en mi cuarto.

Inmóvil, con el cañón del revólver en dirección al escritorio, aguardo; toda la energía de otros tiempos, toda la tranquilidad de un sano, vuelve a resurgir en mí al contacto del peligro; pero como de otra parte comprendo que soy ciego sólo podré luchar, si el ladrón se pone cerca de mis manos, Aguardaré, pues, a que él se acerque.

Carlos obra según mis previsiones.... Con movimiento ágil y lento se acerca; le oigo, sólo que escucho el frote de las vestiduras, cosa que de ninguna manera me explico en un hombre. Algunos pétalos de rosas caen sobre el escritorio; el ladrón juega con las flores.... El ladrón se aproxima a la silla donde yo me hallo; es el momento de obrar; pongo el dedo en el gatillo, y digo en toda calma:

—Manos arriba.... No se mueva o hago fuego.

Un grito suave se oye en el momento en que yo me pongo de pie. Mas, la voz que he oído no es voz de hombre, es de mujer, Esto qué significa? Y mientras oigo el anheloso respirar de una persona que revela miedo, el perfume de los alelíes y de la verbena se acentua. Me acerco y toco un sombrero adornado de terciopelo y debajo unos risos que me dana conocer que el ladrón es evidentemente una mujer.

— Quién es usted, señora y que busca aquí?

Por lo pronto no se me da respuesta alguna; las flores caen de entre las manos, y al fin con voz dulcísima y quejumbrosa, dice:

—Daniel, no he venido aquí con intención alguna de robar. Créamelo.

Por precaución le cogí ambas manos con una de las mías, sin que ella opusiera la menor resistencia.

—Pero cómo podrá usted explicarme su presencia en este cuarto y a esta hora? A qué vino usted ayer aquí?

—Vine, responde suavemente, a traerle unas flores, nada más.

—Unas flores? Y eso para qué?

—Ayer traje unas rosas, hoy traía unas violetas.

—Entonces esas rosas que hay en mi escritorio las trajo usted?

—Si, las traje yo.

Instintivamente he dejado de agarrar con dureza a la mujer, aunque no la he soltado del todo. La aventura de esta señora me parece, en todo caso, peregrina y exótica.

—Yo no la conozco a usted, jamás he oido su voz, Querrá usted explicarme ahora mismo todo el misterio que esto oculta?

—Usted se equivoca, Daniel, sí me conoce. Ya en otra ocación nos encontramos en un hotel. Y sus manos temblaron entre las mias,

Volví a agarrarla con tal violencia que ella lanzó un grito de dolor; levanté de nuevo el revólver hasta la frente del enemigo y grité encolerizado:

—Usted me engaña Usted es Carlos, el ladrón miserable, que ahora se ha disfrazado de mujer para robarme.

Ella se echó a llorar y al fin me dijo:

—Sí yo soy ese Carlos de que usted habla: pero ahora no estoy disfrazada; lo estuve sí, en otro tiempo; por la admiración que le tengo, por el sincero amor que le profeso, creame, Daniel; yo no le engaño; soy realmente una mujer; soy la hija de un famoso ladrón americano que, perseguido por la policía de Nueva York, vino a Paris; aquí ayudé a mi padre en sus robos; usted me persiguió muchas veces, y su grande habilidad hizo que yo le admirara mucho. Vino luégo la guerra; ella me hizo ver las virtudes de los hombres; ella obró mi transformación interior; serví a los ejercitos americanos en calidad de enfermera; llegué a Verdun, y allí, en la enfermería, le hallé a usted ya ciego: mi admiración se convirtó en verdadero amor;

más, como comprendia que la hija de un ladrón no podia ser su esposa, me contenté con traerle flores....

En este momento entró Cerice quien al encender la luz, vió con asombro que en vez del ladrón, estaba allí una mujer.

Mas yo le declaré que el ladrón había llegado pero no a robarse cosa alguna, sino antes bien para traerme con el amor la felicidad.



La nueva estación de *El Zarzal*, en el Ferrocarril del Pacífico.

# El hato.

*En muchedumbre abigarrada y lenta*
*echando al aire el polvo del camino*
*y el grato olor del heno campesino,*
*viene el hato de larga cornamenta.*
*Sobre sus ancas el fulgor se ostenta*
*del sol que raya sobre el cerro andino,*
*y cada madre hacia el corral vecino*
*la oreja tiende, y la mirada, hambrienta;*
*pero al ver su becerro suplicante,*
*se desata en gemido prolongado;*
*corre, se pára, yérguese elegante;*
*y por entre las varas del cercado,*
*que hace crugir con cuerno amenazante,*
*lame al vivaz animador del prado.*

ENRIQUE W. FERNANDEZ

# La prisión de María Teresa, princesa de Angulema después de la muerte de Madama Isabel.

G. LENOTRE

Hacia las nueve de la noche, del 9 de mayo de 1794, Madama Isabel y su sobrina la Princesa Real, hija de Luis XVI, prisioneras desde tiempo atrás en el tercer piso de la torre del *Temple*, iban a acostarse, cuando oyeron golpear violentamente a la puerta que las separaba de la otra habitación donde a todas horas permanecían los vigilantes y carceleros.

Vistiéronse de prisa, mientras Isabel, levantando la voz, les suplicaba que aguardasen un momento. Respondieron groseramente los de fuéra y siguieron golpeando con tal rabia que casi la puerta se vino abajo.

La Princesa abrió finalmente, y se hallo en presencia de una multitud de hombres, fuéra de los cuatro comisarios de la Comuna, Eude, Mouret, Magendie y Godefroy, de servicio en aquel día, y fuéra de los carceleros y alcaides indispensables para ponerse en comunicación con los presos. Allí estaban en este momento el alguacil Monet, del tribunal revolucionario, un ayudante general de artillería, llamado Fontaine y un tal Serai llé, ayudante del General Hanriot.

—Bajarás al fin, le dijo groseramente a Madama Isabel uno de los comisarios.

—¿Y mi sobrina?

—Eso queda por cuenta nuestra, se le respondió.

Abrazó entonces Isabel a la Princesa real; le dijo que se tranquilizara, y le advirtió que pronto volvería a reunirse con ella.

—Nada de eso, replicó uno de los comisarios; acába de vestirte y vamos andando.

Agrupados a la puerta y espiándolo todo, aguardan aquellos hombres a Madama Isabel, la cual fingiendo que buscaba alguna prenda de vestido, halló manera de acercarse a su sobrina; abrazó nuevamente a la infeliz princesa, cuyo terror no tenía límites y procuró darle valor y recomendarle fortaleza y esperanza en Dios.

Estas dilaciones exasperaron a oficiales y comisarios, y en tal ocasión —refiere María Teresa— abrumaron de sarcasmos e invectivas groseras a Madama Isabel, a quien llamaban despectivamente «Hermana del Capeto». Los preparativos no fueron largos y en breve se halló dispuesta a partir.

La Princesa Real vio, por último, que las vestiduras blancas de su tía desaparecieron en medio de los uniformes y de las carmañolas, a la luz vacilante de las linternas que balanceaban los alcaides. La puerta de la prisión volvió a cerrarse, se oyó el correr de los cerrojos, se alejaron los pasos, se extinguieron las voces en la escalera, y la Princesa Real se quedó sola, desesperada y sollozante.

Entre tanto goteaba la lluvia monótona y desoladora sobre los tablones que obstruían las ventanas.

Aquella niña que así abandonaban en el último piso de la torre del *Temple*, tenía apenas quince años. Un año antes había visto salir a su padre de aquel mismo sitio para el cadalso; una noche de julio, del propio año, le arrebataron a su hermano, el principe heredero de la Corona; un mes más tarde le separaron de su madre, la reina María Antonieta a quien ella creía viva, pero encerrada en alguna otra mazmorra del *Temple*; ahora le quitaban la última compañera, única persona con quien había podido hablar durante los últimos diez meses....

¡Qué fantasmas medrosos debieron de atormentar en aquella noche de soledad, el alma de esta desgraciada niña! Las horas interminables se sucedían unas a otras desgranadas por el reloj que en la chimenea, cerca del espejo, representaba artísticamente a la fortuna y su rueda.

En medio del silencio aterrador que rodeaba por todas partes la torre, la princesa trataba de poner algún orden en sus pensamientos... ¿A dónde habrían llevado a la Princesa Isabel? ¿Habría visto ella ya a la Reina?

Aunque las pavorosas catástrofes que

había venido presenciando, la preparasen para temer en toda suerte de desventuras, ella no pensó jamás en que la princesa Isabel estaría dentro de poco en manos del verdugo. Juzgó más bien, como lo confesó más tarde, que la desterrarían de Francia.

Cuando en la mañana siguiente apareció la aurora de aquel día que debía ser el último en la vida de Madama Isabel, ella vino a iluminar tenuemenla mazmorra en donde se hallaba la Princesa Real. María Teresa se levantó del lecho y esperó ansiosa la visita cuotidiana de los comisarios para averiguar por el paradero de Madama Isabel. Se presentaron ellos a la hora acostumbrada tan reservados y soberbios, como siempre. Haciéndose violencia a si misma, María Teresa se atrevió a preguntar por su tía.

—Ella ha ido a tomar aires puros, respondió lacónicamente uno de ellos.

—Puesto que me han separado de mi tía, permítanme ahora sí, el ir a reunirme con mi madre.

—Ya trataremos de eso, se contentaron con responderle,

Esos concejales escogidos diariamente entre los trescientos miembros de la Comuna para visitar de cuatro en cuatro las prisiones del *Temple*, eran casi siempre tenderos o burgueses desconocidos; profesaban opiniones atrevidas, pero no es de suponer que todos fuesen crueles y sanguinarios. Había entre ellos seres buenos que miraban enternecidos los ojos candorosos de aquella desgraciada niña que sólo deseaba volver a ver de nuevo a su madre.

En aquel mismo día le trajeron a María Teresa la llave del armario en que se hallaban las ropas de Madama Isabel. Ella, pensando en que su tía se había marchado sin llevar lo necesario, solicitó licencia de enviarle alguna cosa. Pero se le respondió que esto no se podia hacer. La muchacha insistió de nuevo en que se la dejase ir a buscar a la Reina, y se le dijo, como por la mañana, que más tarde se hablaría de eso. Comprendiendo, al fin, que por este camino no obtenía nada, pidió, sea porque se acordaba de los consejos que su tía le había dado, sea porque tuviese miedo, que una mujer la viniese a acompañar, y a esto se le respondió también que más tarde se pensaría en ello.

Y la noche vino a hacerle compañía a la desgraciada niña, y mientras los comisarios hablaban allá en el piso bajo de la torre, en voz baja del acontecimiento de aquel día, de la muerte de Isabel Capeto, la huérfana lo ignoraba allá arriba y debía ignorarlo hasta quince meses después. Cuando el día 11 por la mañana María Teresa se levantó del lecho, la lluvia que había dejado de caer en el día anterior, volvía a ser torrencial, y la que había sido Princesa Real se puso, después de haber arreglado el cuarto, a hacer calceta, cosa que le fastidiaba mucho, pero que su tía le había recomendado.

A poco oyó pasos en el cuarto vecino; se oyeron los cerrojos, y precedido del acostumbrado cortejo, vió ella entrar a la pieza un hombre: ese hombre era Robespierre.

En qué le reconoció ella? María Teresa no lo dijo más tarde; pero es un hecho que le reconoció. Qué venía a hacer este hombre aquí donde ningún oficio que fuera de su incumbencia, le llamaba? Nadie lo sabe.

Beaulieu dice que el día de la ejecución de Madama Isabel, Robespierre pasó por la librería de Maret, establecida en aquellos tiempos en el Palacio Real, y que al entrar al almacén, como lo hacía con frecuencia, preguntó de qué se hablaba.

—Se habla en contra de usted, se murmura de lo que ha hecho, dijo con franqueza insolente el librero. Se pregunta qué crímenes cometió Madama Isabel, y se pregunta porqué se ha enviado al patíbulo a persona tan inocente y tan virtuosa.

—Pues bien, respondió Robespierre, dirigiéndose a Barrere que se encontraba allí, le aseguro que quise salvarla, pero el bandido de Callot d'Herbois me la arrebató....

Robespierre entró al cuarto de la Princesa Real; no hábló palabra alguna y se contentó con mirarla de un modo insolente. La joven era hermosa, aunque muy flaca y delicada; era muy blanca, de tez fina y suave que perdía algo de su belleza por un ligero sarpullido que le dejaba ver algunas manehas rojas; tetenía unos grandes ojos azules que daban a su rostro una expresión de candor y de susto. Contempló impasible al tirano, sin decir nada, pero se atrevió a entregarle por escrito esta petición:

«Mi hermano está enfermo; me he dirigido a la Convención para obtener la licencia de acompañarle; mas élla no me ha respondido nada; reitero pues mi petición».

Robespierre tomó el papel, miró algunos de los libros que tenía la prisionera, y se retiró, como lo declaran los municipales, con muestra de verdadero respeto por la huérfana. Resonaron en la torrecilla los pasos de las guardias, el ruido de las llaves que cerraban las puertas y los tambores que indicaban la salida de Robespierre....

Le movió a ir al *Temple* la compasión para con aquella huérfana prisionera o tuvo algún otro pensamiento oculto que no podríamos conocer a la fecha? No lo sabemos. En todo caso de este hecho no queda otro documento que el del relato de la misma Princesa Real, y sería el caso de poner en duda la verdad de este hecho si él no nos descubriera claramente el carácter del dictador.

Por este tiempo, Robespierre, en el apogeo de su gloria llegaba en su soberbia hasta los delirios más grandes. Mas tarde Barrere insinuó la idea de que el Incorruptible había pensado en casarse con la hija de Luis XVI; pero en todo caso cualquiera que fuese el propósito que le guiaba, se comprometía gravemente con esta extraña visita.

Sólo muchos meses más tarde le fué permitido a María Teresa salir del Temple para Austria, cuando ya todos los miembros de la familia real habían muerto a manos de los verdugos.

## Renuncia que hace de sus bienes de fortuna el Virrey-fraile.

(Documento que por vez primera se publica.)

«En el nombre de Dios nuestro señor todopoderoso y de la siempre Virgen María nuestra señora, concebida sin pecado. original. Amen.

Sea notorio a los que la presente vieren, como yo fray José de Jesús María, religioso novicio en el convento de san Francisco de esta Corte, hijo legitimo de los excelentisimos señores don Joseph de Solis Gante, duque de Montellano y doña Josepha Folch de Cardona y Belvis, marquesa de Castelnovo y de Pons, difunta, creyendo, como creo firmemente en el altisímo misterio de la santisíma Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un sólo Dios verdadero, y en todo lo demás que cree y confiesa nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica, romana, regida por el Espíritu Santo en cuya fe y creencia protesto como católico cristiano, vivir y morir. Digo que, por cuanto atendiendo y considerando cuán agradable es a Dios, Nuestro Señor el que el hombre se acuerde de que es mortal y cuán prudente juicio tratar de prepararse para morir, como su divina Majestad manda, para no atemorizarse en aquel trance, con cuya reflección y hállandome con las andadas del Gobierno, como virrey que fuí de este Nuevo Reino de Granada, y deseoso de la salvación de mi alma, para más servir a su divina Majestad, y acordándome que tenía de darle cuenta, determiné apartarme totalmente de dicho Gobierno y embarazas de él que podían distraer mi determinación de entrar en la religión del Seráfico Padre San Francisco, lo cual ejecuté tomando su santo hábito en el convento de esta Corte, en el que he tenido el año de noviciado; hallándome como me hallo, con total resignación de profesar en la religión sagrada, lo cual he conferido con personas doctas experimentadas, tanto en lo temporal como en lo espiritual, y habiéndome desengañado de todas dudas que se me podían ofrecer, firme en mi propósito con espon-

tánea voluntad y porque para efectuar la mensionada profesión se requiere, en conformidad con lo dispuesto en el santo Concilio de Trento y constituciones de la sagrada Religión, el que anteceda la solemne renuncia de todos los bienes temporales, los que poseía y pueda poseer en el siglo, y así para hacerlo impetré licencia de ilustrísimo señor Arzobispo de este Reino, el que me la concedió como aparece de su decreto proveído a mi insinuación, el que se pone en este instrumento y es el del tenor siguiente:

LICENCIA

Ilustrísimo Señor; Mi muy venerado señor y dueño:

Habiéndose ya llegado el tiempo de hacer mi renuncia (de lo que ya no tengo) he de deber al favor de Su Señoría Ilustrísima me conceda la licencia para ejecutarla, según la disposición del Concilio de Trento, a cuya caridad quedaré a Su Señoría Ilustrísima tan agradecido como estoy deseoso de sacrificar en su obsequio mi obediencia.

Dios guarde a Su Señoría muchos años, como deseo.

Santa Fe y marzo trece de mil setecientos y setenta y dos.

Ilustrísimo señor:

Está a los pies de Su Señoría Ilustrísima su más rendido y humilde servidor,

*Fray José de Jesús María.*

Ilustrísimo Señor don Joseph Javier de Arauz.

DECRETO:

Santa Fe y marzo 13 de mil setecientos setenta y dos.

Concédese la licencia que se pide para que pueda hacerse la renuncia que se propone, sin perjuicio de los herederos forzosos, conforme a derecho.

JOSEPH JAVIER
Arzobispo de Santa Fe.

Ante mí Francisco Vélez de Guevara, escribano de Su Majestad y Notario mayor: Usando de la presente licencia, por la presente y en el mejor modo que haya lugar y sea permitido en derecho, en atención a no hallarme con bienes actuales, otorgo, cedo, renuncio, transfiero y traspaso todos los que me pueden tocar y pertenecer en herencia de los expresados Excelentísimos Señores, mis padres, duque de Montellanos y marquesa de Castelnovo, derechos y acciones que puedan ser descubiertas a mi favor, y a que pueda ser llamado por todo derecho, título, causa o razón, en el mencionado Excelentísimo Señor duque de Montellano, mi padre; y en caso de que a la fecha haya fallecido, respeto de ser ya difunta la insinuada Excelentísima Señora marquesa de Castelnovo, mi madre, se verifique esta renuncia que hago de don Alonso de Solís, segundo del Excelentísimo Señor conde de Valdueña, mi hermano, sus herederos y sucesores, para que entren en la herencia, bienes, derechos y acciones, frutos y rentas, y de todo gocen, perciban, cobren, posean y dispongan a su voluntad, como cosa suya, pidiendo y tomando cuentas a quienes las deban dar, cobrando alcances y disponiendo de todo como cosa suya habida y adquirida con derecho y justo título; y porque desde ahora para entonces me desisto y aparto de la propiedad, dominio y señorío que pueda tener y pertenecerme a la dicha herencia, bienes, derechos, acciones y todo, como va dicho, lo cedo, renuncio, transfiero y traspaso en el dicho Excelentísimo Señor duque de Montellano, y habiendo fallecido, en el citado señor don Alonso de Solís, mi sobrino, y sus herederos con cesión de acciones reales y personales y poder cumplido en su hecho y causa propia, poniéndolos respectivamente en el grado que he expresado en mi mismo lugar, con declaración que los derechos que tengo y gozaba y me pertenecían al mayorazgo de segundas de la casa de Solís de Salamanca, y los derechos que por sangre a que era llamado, los renuncio en favor de los que por derecho les toca, para que en-

tren a la tenencia y posesión de ellas sin embarazo ni contradicción. Asímismo y en las arriba dichas, en el mejor modo que proceda en derecho y pueda, renuncio en su favor la Encomienda de Ademuz y Castelfavin que poseo en la orden de Montesa, sus frutos y rentas. Quiero y es mi voluntad que si quedase de la fianza dada para la residencia que se me está tomando del tiempo que fui Virrey de este Reino, algún dinero, o no siendo condenado en costas, se me volviere, lo que así fuera, se entregue a los religiosos de San Juan de Dios para que sirva precisamente para el Hospital, asistencia y regalo de sus pobres en la forma que hallaren los Prelados por más conveniente. Con cuya conformidad de las declaraciones que van expresadas en cuanto pueda y me sea permitido, me obligo a haber por firme este instrumento y a no ir, ni venir contra el tenor de él en manera alguna, ni retocarlo, ni reclamarlo, porque si lo hiciere, por el mismo hecho se ha de entender realizado con toda la mayor fuerza que se me requiere para su firmeza y estabilidad, a cumplimiento de lo cual, obligo los bienes y rentas que puedo y comprende esta renuncia, con poder y sumisión a los señores Jueces y Justicias que de esta causa conforme a derecho puedan conocer; y renuncio todas las leyes, fueros, derechos y privilegios que competan y sean a mi favor, que es hecho en la ciudad de Santa Fe a quince de marzo de mil setecientos setenta y dos. Y asi lo otorgo ante el presente escribano de Su Majestad; de que yo dicho escribano de Su Majestad certifico que el hermano otorgante así lo dijo, otorgó y firmó, siendo testigos don Pedro Caballero, don Francisco Javier de Salazar y Sebastián Forero, vecinos de esta dicha ciudad. Fray José de Jesús María. Ante mí Joseph Vélez de Guevara, escribano de Su Majestad, vecino de Santa Fe, fui presente a su otorgamiento y en fe de ello lo signa y lo firmo.

En testimonio de verdad (hay una cruz)

*Joseph Vélez de Guevara.*

Sin derechos (rúbrica).

Los escribanos del Rey, nuestro Señor, que aquí signamos y firmamos, certificamos y damos fe que Joseph Vélez de Guevara de quien aparece signado y firmado este instrumento, es escribano de Su Majestad como se nombra a sus semejantes y demás, siempre se les ha dado y da entera fe y crédito judicial y extrajudicialmente por ser fiel y legal y de toda confianza.

Fecha *ut supra.*

En testimonio de verdad (hay una cruz)

*Joaquín Sánchez*, Ecno. Pubco,

En testimonio de verdad (hay una cruz)

*Joseph de Roxas*, Escno. Pbco.

En testimonio de verdad (hay una cruz)

*Don Francisco Navarro Peláez.*

## El viernes santo.

Conmemora la Iglesia en este día santísimo la muerte y pasión de Jesucristo y todas las oraciones y ceremonias son imágenes y símbolos de esta muerte afrentosa; los altares están desnudos; los sacerdotes enlutados, el canto es lúgubre y las campanas no se oyen por parte alguna.

La Iglesia recuerda ahora que un día muy de mañana, los pontífices de Israel que ya habían condenado a Cristo, fueron en busca del Pretor Romano que debía confirmar y sobre todo ejecutar la sentencia que ellos venían a pedir. «Qué acusación traéis en contra de este reo?, preguntó Pilato». «Si no fuera malhechor no os lo hubiéramos traído aquí». «Si la causa es religiosa por qué no le juzgáis y sentenciáis vosotros?»

Instado por los pontífices, Pilatos resuelve hacerle azotar, permite que la soldadesca, por burlas, le ponga corona de espinas, y al fin sin acertar a ver cuál sea el delito del Señor, le condena a muerte. Sigue luégo el camino doloroso, y el Calvario, y la Cruz, y la muerte del Salvador que la Iglesia rememora en las ceremonias del viernes santo.

En ellas la lectura de las profecías antiguas se junta a la de la Pasión, que esta vez es de San Juan, el discípulo amado del Señor; vienen luégo una serie de plegarias y por último se adora solemnemente la cruz donde el Salvador entregó en manos del Padre celestial su ánima bendita.

La primera parte de los oficios del viernes santo comienza por las profecías; Oseas nos habla de los tiempos de la misericordia que se aproximan; el libro del Exodo nos recuerda el símbolo del cordero pascual, imagen de Cristo que va a ser crucificado, y luégo sigue el canto de la Pasión que según la mente de la Iglesia deben cantar tres coristas diversos que representan éste al pueblo, aquél la sinagoga y esotro a Cristo mismo.



Santiago de Cúcuta.

Terminado este canto que remeda los insultos de la turba enfurecida, y evoca la tristeza del Salvador, la Iglesia, a imitación de Jesucristo, «ofrece ruegos y súplicas con grande clamor y lágrimas» por el mundo entero, por los pontífices y los reyes, por los sacerdotes y los clérigos de un orden inferior, por los anacoretas y las vírgenes, y hasta por los mismos apóstatas, herejes, cismáticos y

excomulgados; ni se olvida, como no se olvidó Cristo en esta hora, de los judíos pérfidos que entregaron a la muerte al Maestro. Estas oraciones que en otro tiempo se rezaban también en el día del miércoles, son un recuerdo en la liturgia actual de las antiquísimas letanías que formaban buena parte de la misa que en la época primitiva se llamó de los catecúmenos.

La ceremonia de la adoración de la cruz es tan católica o universal como pocas. Comenzó en el siglo IV en Jerusalén; pasó luégo a Roma y de allí se extendió por el mundo entero. En Roma la ceremonia principiaba en la basílica Sesoriana y terminaba en la Lateranense. Con los pies descalzos iba el Papa y el clero romano de una a otra basílica cantando durante el camino la ant fona: *Beati inmaculati in via.* Más tarde, hacia el siglo XV la ceremonia se hizo, como todas las demás de estos días, en la sola basílica de Letrán y después de ella iba el clero en compañía del Papa a la basílica Sesoriana.

La cruz que se reverenciaba en Jerusalén era, después del hallazgo de la emperatriz Helena, la misma en que el Salvador había muerto; los cristianos de aquellos tiempos deseaban ver con frecuencia el madero sacrosanto, mas la iglesia sólo permitía que ella fuese vista y directamente adorada en el día de hoy. He aquí el origen primero de la adoración y de la manera cómo el pontífice la va descubriendo poco a poco a medida que canta el *Ecce lignum crucis.*

Los himnos de la adoración son antiquísimos comó nos lo revela, entre otras cosas, el lenguaje mismo de que usa la Iglesia; el griego, que fue el idioma primitivo de la cristiandad, vuelve a resonar hoy en las iglesias de occidente, como recuerdo de épocas lejanas. Parece, sin embargo, que la litugía galicana hizo algunos retoques en estas letanías que evocan, más que el canto de la pasión misma, los gritos de la plebe y la confusión de los apóstoles en el día de la muerte de Cristo. Es cosa admitida por todos los liturgistas que este trisagio o invocación de la Trinidad se usaba en Constantinopla en el siglo V, y que de allí pasó a occidente.

La adoración de la cruz por el pueblo es un testimonio, público de fe, y es cosa digna de perpetua admiración el ver que hoy, después de tantos siglos, el magnate y el pobre, llegan hasta este madero sacrosanto para besarle, después de haberle adorado por tres veces.

Al terminar la adoración, el pontífice se encamina con toda el pueblo al lugar donde se halla el Santísimo Sacramento y vuelve procesionalmente hasta el altar cantando el himno *Vexilla Regis prodeunt* de Venancio Fortunato. En este momento comienza la misa llamada *Praesantificatorum.* Esta misa, dice Schuster es el tipo de la antigua misa de los catecumenos en que sólo habia la comunión y en que no había consagración propiamente dicha: carece, como esa otra misa, del introito y de las letanías; hay en cambio, lecciones del Antiguo y del Nuevo Testamento, como ya recordamos, y oraciones que se multiplican. Después del lavatorio de las manos y de la incensación que le ha precedido, el sacerdote canta el *paternoster*, y comulga, con lo cual queda terminada la ceremonia.

La falta de preparación en el pueblo cristiano hace que él se extrañe de esta misa que se interrumpe de una manera insólita; sin acordarse de que la historia de la Iglesia le explicaría de sobra; cómo que en este día en que murio Cristo, se dió comienzo a aquella evangelización del mundo que presto se extendió por todas partes, y es natural pensar que la Iglesia quiera evocar hoy algo de este primer momento de evangelización mostrando en la cruz la eficacia divina de la predicación apostólica, y en la de los catecúmenos la conversión de aquellos que, como el Centurión, bajaron, después de haber visto a Cristo en el Calvario, del todo rendidos a la doctrina de Jesucristo, tan maravillosamente confirmada con la muerte y la resurrección del Maestro divino que la enseñó en este mundo.

El canto de este día, eco fidelísimo del Lamma Sabactani, que Cristo gritó desde la cruz, repercute en los oídos

ELEGANCIAS



Elegante traje de calle.

(Creación de la Casa Lacroix).

y penetra, por ellos, como la fe, hasta las profundidades del alma que pasa de los símbolos y del arte a la revelación de los misteriosos arcanos de la muerte de Jesucristo; este canto es la vibración de algo que comienza acá abajo y sube, como el Señor, hasta los cielos.

### Defunciones.

Durante el presente mes la Congregación ha registrado con pena la muerte de las socias Ernestina Galvis de Diaz, Domitila Trujillo y señora Felisa Garcia de Cabrera, benemérita institutora. La Congregación envía a los deudos de estas socias su manifestación de pesar.

## Errata

Por un error de imprenta salió en el número anterior equivocado el nombre de la señora Zoila Aldana de Jiménez; tal errata es tanto más molesta cuando se trata de la distinguidísima dama que encarnó entre nosotros por muchísimos años toda la caridad cristiana que nuestra ciudad tiene por los desgraciados leprosos.

### Retiro mensual.

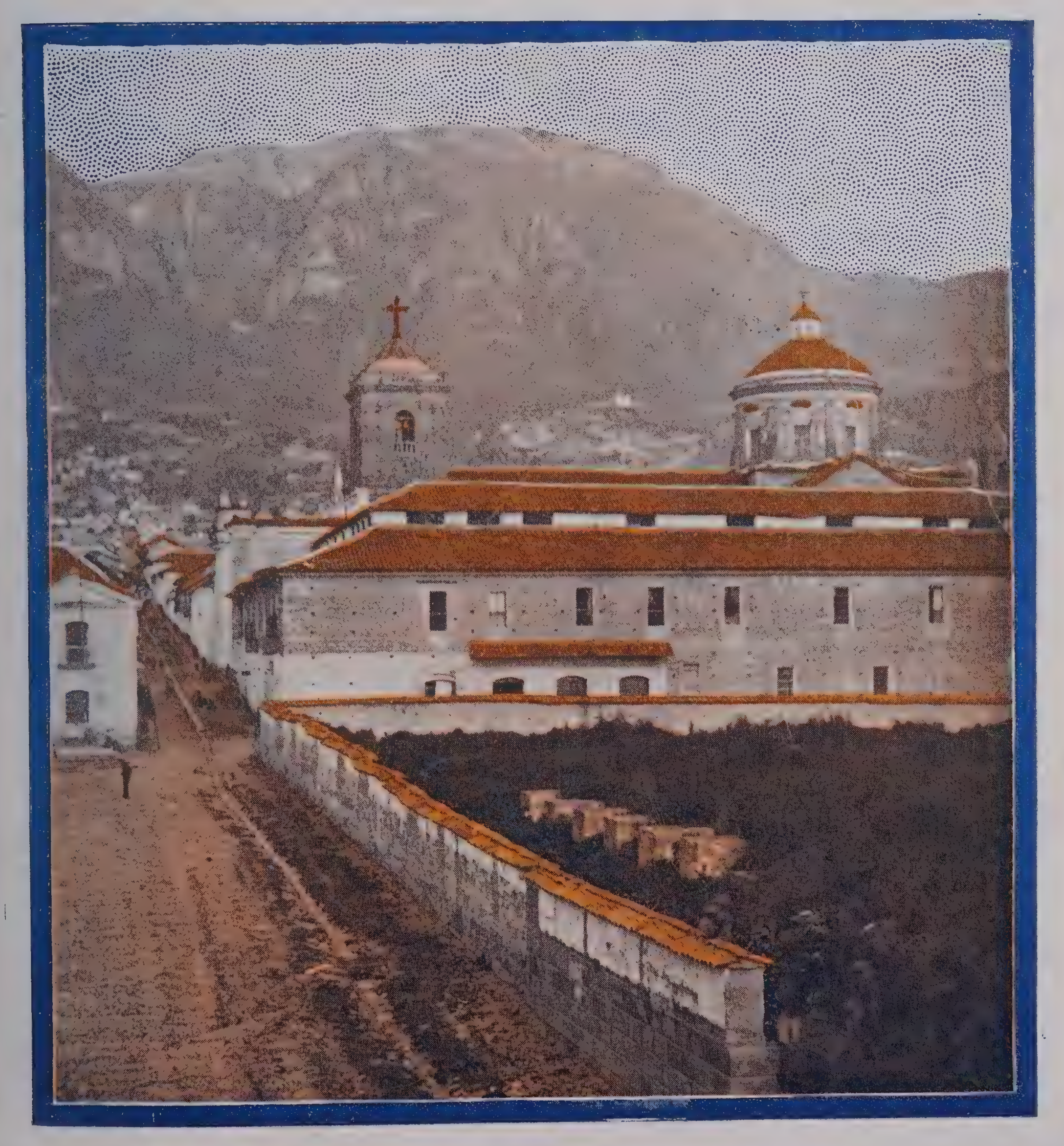
El retiro mensual en el presente mes tendrá lugar en la Iglesia de Santa Clara el sábado 27 a las 3 p. m. y la comunión reglamentaria será el domingo 28 a las 7 a. m.





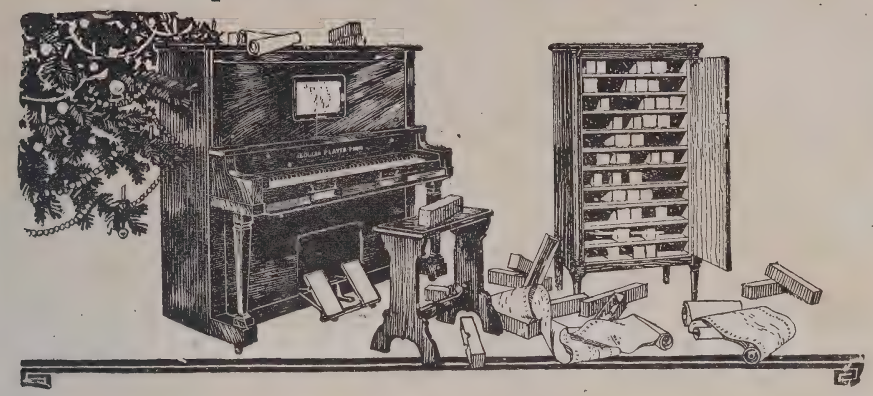
# Lecturas

Número 3. Bogotá, mayo de 1924. Precio. $ 0.10.



Costado sur de la Plaza de Bolívar, de Santafé.

# La pianola Aeolian Duo-Art



Es el nuevo instrumento maravilloso fabricado por la AEOLIAN COMPANY, único capaz de reproducir el estilo de los grandes maestros.

El DUO-ART ha hecho con el piano lo que ha querido hacer el fonógrafo con la voz. Reproducir con absoluta fidelidad, la fuerza, el tiempo, el estilo, el sentimiento.

El DUO-ART repite hasta los más sutiles matices que el ejecutante le haya querido imprimir a la composición.

El DUO-ART se fabrica solamente con las marcas de pianos más afamadas del mundo.

**Tenemos Wheelock, Steck, Stroud, etc.**

**Pianolas de $ 850, $ 1,000, $ 1,100 y $ 1,200**



Unica Agencia de la Aeolian Company,

**CAMACHO ROLDAN & TAMAYO**

Nuevo Almacén: Calle 12, números 159 y 159-A.

Director:
JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ, Presbítero.

Dirección y Administración: Apartado 386

Teléfono No. 1266



Revista mensual ilustrada.

N.º 3.º — Bogotá, mayo de 1924.—VOL. I

Condiciones:

Número suelto. . 0.10
Un trimestre . . . 0.30
Un semestre . . . 0.50
Un año . . . . . . 1.00

PAGO ANTICIPADO

# LOS EMBOZADOS DE 1851.

(J. A. B.)

Muchas veces, al caer de la tarde, suelo salir de casa con ánimo de visitar los sitios que más al vivo me recuerden las costumbres y sobre todo las leyendas de la vieja Santafé. Mas, no sabría decir por qué, con tanta frecuencia, me detengo a contemplar una casuca de balcón alto y de ancho zaguán que casi domina en las alturas de una callejuela que cierra por occidente el colegio de San Juan Bautista de La Salle. Quizá ello se deba a que de chico oí decir que en esta casa vivían los espantos y las ánimas en pena de unos ladrones que, en las noches medrosas, salían hasta el portón como si quisieran recoger los pasos de algún delito por ellos perpetrado en otros tiempos.

Casa donde vivió el doctor Russi.

Es lo cierto, en todo caso, que esta fue la vivienda del doctor José Raimundo Russi, Rábula astuto, que por los años de 1851 capitaneó, según parece, una cuadrilla de malhechores que hicieron de las suyas en Santafé. Y este don José Raimundo es un verdadero tipo legendario, a quien cada día achacará la imaginación popular nuevos crímenes. Nació la leyenda por obra del malogrado ingenio de don José María Angel Gaitán, en la persona de Monterillas a quien el doctor Temis descubre y entrega en manos de la policía; tomó caracteres trágicos con el Sabio Magnetizador de que nos habla Torres Torrente, en la apasionada novela que se llamó *Sombras y Misterios*, y vino a salir de los límites de la leyenda para entrar en los de la historia con las Reminiscencias de José María Cordovés Moure, a quien se deben en este punto, pormenores precisos de esta época que alguien llamó del terror en Santafé.

Favoreció las empresas y robos de este Rábula, la maldad de aquellos tiem-

pos que siguieron a la turbulenta elección del año 49. En ellos las asociaciones políticas se hicieron permanentes, y ellas se encargaron de turbar, con sus retozos democráticos, la paz pública por muchos meses. En esos tiempos, se desató la primera persecución religiosa entre nosotros, y se prepararon los militares para ejercer aquella tiranía política que remató tristemente con la dictadura de Melo.



Antigua Plaza de Santafé.—1851.

El 24 de abril de 1851, al caer de la tarde, conversaban acaloradamente cuatro hombres del pueblo que vestían de ruana y sombrero de *jipa;* hallábanse en esos momentos a pocos pasos del puente, que más tarde se bautizó con el nombre de Santander, y en la esquina sur del Molino del Cubo, cuando se acercó a ellos un hombre alto de cuerpo, desgarbado y enjuto de carnes, que vestía un bayetón azul forrado en rojo y que llevaba sombrero de fieltro. Vicente Alarcón, Nicolás Castillo y Gregorio Carranza, molineros de profesión, trataban de convencer a un herrero, llamado Manuel Ferro de la justicia con que habían repartido las cosas en el robo del español Alcina; cosa que por ningún motivo admitía el herrero. El del bayetón azul prometió que aquéllo se arreglaría amistosamente, y quiso convencer a Ferro de que se vinieran juntos para ver de entregarle lo que deseaba. Parecía, sin embargo, que tanto los molineros como el del bayetón, deseaban embriagar al herrero, porque una y otra vez le hicieron entrar, primero al bodegón que quedaba cerca del Molino del Cubo y luégo a una taberna que lindaba con la calle llamada de la *Cajita del Agua* a pocos pasos de la casa del doctor Russi.

Tenían el propósito los molineros de deshacerse esta noche del herrero, y quisieron llevarle a sitios apartados: mas como Ferro se resistiera, le dieron de puñaladas en el portón mismo de la casa de Russi. El del bayetón, que no era otro que el mismo doctor Russi, le dio la primera puñalada por el lado de la clavícula izquierda, y los otros le acribillaron por todas partes, a tiempo que Ferro gritaba angustiosamente: «El doctor Russi y los demás ladrones me asesinan».

El Rábula necesitaba probar la coarta-

da, cosa muy en uso en aquellos tiempos y para ello dejó al herido en el portón y a toda prisa entró a la casa en donde cambió el bayetón por una capa española y bajó por la Calle de la Moneda para cruzar por la de la *Rosa Blanca*, hasta llegar a la Calle de Florián en busca de la botica del doctor Roel, a quien preguntó por la hora, y como éste le dijera que iban a ser las ocho, Russi afirmó con disgusto que el reloj de la botica andaba adelantado; desmitiéronle luégo el toque de ánimas en la Catedral y el de las cornetas en los cuarteles, con allí mismo llegara a toda prisa una mujer en busca del doctor Roel para que fuera a atender al desgraciado Ferro que agonizaba en el portón del doctor Russi: quiso aparentar indiferencia, y esto mismo inspiró recelo en todos los que estaban haciendo tertulia en la botica. Se vió precisado a acompañar al doctor Roel, mas le indujo a que dieran una vuelta inútil por el Colegio de San Bartolome, sin duda con el deseo de que no llegara a tiempo el médico, pero la fatalidad le hizo caer por estos lados en manos de la policía que le andaba buscando.



La Plazuela de San Francisco en Santafé.

lo cual hubo de guardar silencio el tinterillo.

Desde el momento en que Ferro reclamó algo más en la participación de lo robado al español Alcina, la suerte de Russi comenzó a serle adversa; pero esta noche las cosas iban evidentemente de mal en peor para don José Raimundo; había querido probar la coartada, y no había logrado cosa de provecho; buscó sitios frecuentados, y la mala suerte quiso que Creyó que Ferro había quedado exánime, a causa de las heridas, y el herrero tuvo tiempo para rendir sus declaraciones adversas, como era natural, al doctor Russi, Hasta este momento todo le ponía en condición de asesino y, sin embargo, don José Raimundo confió la defensa de su causa al rabulismo de que él era el principal representante en Santafe, y presentó ante el jurado una defensa en tono plañidero y meloso, sin lo-

grar convencer a los jueces que fallaron en contra de él.

Mas en todo caso Santafe recuperó la tranquilidad perdida y los embozados desaparecieron para siempre. Desde el asesinato de don Sebastián Herrera, perpetrado en una noche de junio del año anterior, la ciudad temía cada noche por la suerte de alguno de los suyos. Unas veces, se sabía que el muy reverendo padre José María Salavarrieta, prior del convento de agustinos, había sido víctima de los embozados que le habían robado cuanto tenía en la celda; otras, se contaba que los ladones habían entrado a casa de doña María Josefa Fuenmayor de Licht, piadosísima dama que vivía por las cercanías del convento de clarisas; se refería que don ~~Juan~~ Bastida y su esposa doña Evarista Quijano habían padecido lo inaudito mientras los ladrones permanecieron con ellos, y el español Alcina andaba por calles y plazas pregonando su avaricia y la magnitud del robo que le había hecho un herrero cuyo nombre ignoraba.

Añádase a esto que los ladrones eran amigos de divertirse con sus víctimas. Sosprendieron a doña María Josefa en su lecho, muy de mañana y cortésmente le dijeron que se vistiera en toda calma y que mientras tanto ellos aguardarían en el salón; cuando ella terminó, más muerta que viva, de vestirse, y entró al salón en donde la esperaban los malhechores, éstos se empeñaron en no hablar del asunto antes de que la señora hubiera tomado el desayuno; leyeron con ella el *Año Cristiano* y por la noche rezaron píamente el rosario; la llevaron durante el día a tomar un poco de aire y de sol en la huerta y mientras tanto se encargaron de contarle consejas y chistes para distraer a esta buena anciana. Verdad que algo debieron robarle, pero doña María Josefa era avara, y no quiso nunca contar qué le habían quitado para que así nadie supiera qué tenía.

Con el padre Salavarrieta las chanzas estuvieron más pesadas, porque le sorprendieron a media noche, cuando el buen religioso, libre de las pulgas que le mortificaban en la alcoba, dormía tranquilo sobre una mesa que había improvisado de lecho, en la mitad del cuarto de estudio. Le ataron de pies y manos y con puñales le pidieron que entregara todos los tesoros que en esa celda había, y cuando hubieron saqueado a su gusto al prior, tomaron alegremente chocolate en la celda vecina. Más tarde, fingiéndose frailes, sacaron en solemne procesión a un supuesto difunto que no era sino el tesoro de los religiosos.

Con Alcina se divirtió por varios días Ferro, y con las señoras Prietos se emplearon las maneras más comedidas para ver de robarles, aunque felizmente este robo no se pudo llevar a cabo, entre otras cosas, porque las señoras no tenían bienes de fortuna que pudieran despertar la codicia de los ladrones.

Por todo esto se explica con cuánto gusto se recibió la noticia de que Russi y su compañía habían caído en manos de las autoridades, con ocasión de la muerte de Ferro, y se explica también la rapidez con que se siguió el juicio y el veredicto terrible del jurado y hasta la muerte ejemplarísima que se decretó para todos los ladrones.

El diez y siete de julio del año 51 sufrieron en Santa Fe la pena de muerte, Russi y sus compañeros con todo el aparato de otros días Desde la iglesia de la Veracruz hasta la plaza de Bolívar y de ésta hasta la cárcel situada por el lado noroeste del Capitolio en construcción, pasó el capellán de la iglesia de la Veracruz con el Crucifijo del Monte Pío y la procesión de los faroles en los cuales iban los cirios de los agonizantes y la campana que anunciaba a los santafereños que en ese día se llevaría a cabo la ejecución decretada.

Hacia las diez de la mañana se vistió a los reos con las túnicas con que debían de ir al cadalso, La de Russi—dice Cordovés—era de lienzo blanco, manchado de sangre, con capucha del mismo color, como asesino; otras iguales llevaban Carranza, Alarcón y Castillo; la de Rodriguez era de valencina negra, con sambenito en vez de capucha, como jefe de

malhechores en cuadrilla. Este simbolismo de los crímenes, harto curioso, debía inspirar particular terror en los numerosos asistentes que rodeaban la plaza mayor en que los reos habrían de ser ajusticiados.

Al frente de los cimientos de las columnas que hoy adornan el centro del Capitolio Nacional se colocaron los banquillos; hacia el lado oriental estaba el de Russi, en el centro el de Rodriguez, al lado de el de Russi estaba el de Castillo, y al occidente los de los demás reos.

Al sonar en el reloj de la Catedral las once menos cuarto, los reos, sentados ya en los banquillos, atados y vendados, esperaban la muerte. En este momento Russi, que aun no se había sentado, comenzó a hablar y dijo: «Pueblo, delante de Dios y de los hombres, muero inocente...» Iba a continuar su propia defensa cuando el redoble del tambor ahogó su voz; un momento más tarde una, descarga, dada a la señal del capitán Aranza, quitó a Russi la vida; con él murieron todos los demás compañeros de sus crímenes. Es curioso pensar que aun en la hora de la muerte quiso Russi ejercer su papel de rábula empedernido que trata de defender causas perdidas.

Muchos creyeron, desde un principio, en la inocencia del doctor don José Raimundo Russi. ¡Tan grande asi es el poder del rabulismo! Pero en esa vez al menos la justicia declaró que el estudio de la ley y el amor a los crímenes no pueden andar juntos. Russi es un símbolo de esa multitud de hombres que, en todos los tiempos, han hecho de la profesión más noble, un medio para defender delitos que no tienen defensa, y para hacer que las leyes queden burladas merced al rabulismo que, si imperó triunfante alguna vez en Santafé, está destinado a perpetuarse en las esferas sociales más bajas, por muchos años.

# Días oscuros.

*Oscuro está el tiempo; la tarde está fría;*
*la lluvia me azota y el cierzo a porfía.*
*La vid aun al césped marchito se adhiere,*
*mas llévase el viento la hoja que muere;*
*y oscuro está el tiempo, la tarde está fría.*

*Declinan los años, la vida se enfría;*
*la lluvia me azota y el cierzo a porfía;*
*a glorias que fueron se adhiere la mente,*
*mas barre esperanzas un soplo inclemente;*
*declinan los años, la vida se enfría.*

*No empero desmayes ¡aliento, alma mía!*
*el sol de repente sus rayos envía*
*después que una nube robó su presencia.*
*Hombre eres; y es fuerza que en toda existencia*
*lluvioso a las veces y oscuro esté el día.*

*MIGUEL ANTONIO CARO*

(Traducción de Longfellow).



## Oro viejo.

San Lucas dice: «Y sucedió que estando aquí (en el pesebre) María dio a luz a su primogénito, envolvióle en pañales y reclinóle en un pesebre, que no había otro lugar para él más decente en el diversorio. ¿A dónde estabais, Reina de los Cielos? La verdad es que no halló José posada para él y su esposa la noche que llegaron a Belén, y quedóse con ella en un cobertizo, a donde la gente pobre ponía sus bestias; allí, en aquel suelo, sin algún abrigo ni traza para encender lumbre, y por ventura sin tener qué cenar, ni sobre qué descansar un rato del cansancio del camino tan largo. ¡Quién se hallara allí, dichoso lugar y

tierra gloriosa! Mesón donde Dios, y la Virgen, y José, y los ángeles hacen noche no es mesón sino cielo; no es venta sino paraíso: no es establo de bestias, sino palacio de reyes y templo de Dios, mucho más rico que el de Salomón.

Y sucedió que estando allí se cumplieron los días de que María diese a luz... y cual el resplandeciente sol sale del gremio de la aurora, sin romperla, o cual el rayo de luz entra por la vidriera sin hacerla ofensa, cual el granizo del rocío de los lirios y azucenas se despide, sacudido del delgado viento, o como la suave rosa produce de sí el olor regaladísimo, así fue la Virgen Santísima dando a luz a su Hijo primogénito y unigénito».

FRAY JUAN DE LOS ANGELES.

## Los soles negros.

La noción del los soles negros es conveniente porque es de temer siempre el encuentro de unos de esos viajeros que caminan a una velocidad de 50 o 100 kilómetros por segundo y que no quieren señalarnos con luz alguna su viaje por el firmamento.

Sin duda, el encuentro con ellos, como con las estrellas brillantes, es harto improbable, y es lo cierto que la tierra puede continuar su viaje por muchos años en el cielo; hay, sin embargo, un peligro, un peligro remoto, es verdad, de que la tierra se encuentre en su peregrinación con uno de esos viajeros que perdieron la vida hace ya siglos. Los más hábiles matemáticos nos aseguran que en un ferrocarril se corre un riesgo contra cien o doscientas probabilidades de que nada suceda, y no obstante la verdad de este cálculo, hay todos los días accidentes ferroviarios.

Puede nuestro sistema planetario encontrar alguna vez en su ruta, un sol negro, ¿y en este caso improbable qué sucedería? ¿Qué circunstancias acompañarían a este fenomeno que traería como consecuencia natural la destrucción de la tierra?

Es este un arduo problema de mecánica celeste; voy, sin embargo, a dar alguna idea de este hecho contingente.

Fácilmente puede uno imaginar el estupor de los habitantes de la tierra el día en que un astrónomo anunciara por telégrafo a Kiel, que es el centro de todas las novedades astronómicas, algo semejante a esto que reproducirían al día siguiente todos los diarios del mundo: Ha aparecido un sol negro en plena Vía Láctea. Diámetro: un minuto, trece segundos. Se mueve en dirección a nuestro sistema planetario.

Y pocos días más tarde se leyera este otro telegrama: El sol negro avanza a razón de doscientos kilómetros por segundo. Diámetro: un minuto, treinta y ocho segundos. Volumen: ocho veces más grande que nuestro sol. Distancia: cuarenta veces el espacio que hay de la tierra al sol.

Para quien entienda algo de mecánica celeste, el tal telegrama, puesto como acabamos de redactarlo, implicaría infaliblemente el choque de nuestro sol con el otro sol negro, trescientos cuarenta y cuatro días después de la noticia fatal.

Desde este momento, los fenómenos celestes más insólitos se irían realizando con una rapidez aterradora.

Tres meses después de este anuncio, sin precedentes en los anales del género humano, el astro negro tendría un diámetro de diez minutos y sería visible a la simple vista. Atravesaría por la esfera en que gravita Neptuno, y la atracción hacia este sol muerto se dejaría sentir inmediatamente en todos los demás planetas de nuestro sistema; la rapidez de la órbita terrestre se sentiría presto, los polos celestes cambiarían para nosotros, y los relojes no podrían estar ya de acuerdo con el curso del sol: las estaciones no tendrían las mismas épocas fijas que hoy les conocemos, y todo cálculo astronómico se haría imposible.

Cuarenta días antes de su encuentro con el sol nuéstro, aquel otro sol negro tendría un diámetro aparente igual a la tercera parte de la luna, y entonces en-

traría dentro de la órbita de Júpiter. Este encuentro produciría en la tierra agitaciones sin cuento. Regueros de fuego se dejarían ver en la tierra, protuberancias gigantescas aparecerían aquí y allí, y el calor aumentaría de modo intolerable.

Bajo la acción del astro formidable que se acercaba a nuestro sol, éste se deformaría rápidamente y tomaría la forma alargada que tuvo en un principio. En la superficie del sol las explosiones serían continuas y un calor abrasador, desconocido de los mortales, llegaría hasta la tierra.

Nuestros días tendrían un esplendor nunca visto, y desde las alturas, coronadas por las nieves, descenderían torrentes desoladores; la evaporización de los océanos haría extremadamente húmeda la atmósfera, y la luna, detenida en su carrera secular, trastornaría las mareas.

El astro negro reflejaría los rayos de nuestro sol, que iba a desaparecer, y bien pronto se le vería tan grande como la luna. En el cielo los demás planetas brillarían como faros, y la bóveda celeste presentaría los caracteres de un inmenso incendio... Bajo la acción de nuestro sol, la estrella oscura abriría sus entrañas, y los gases interiores producirían violentas explosiones.

Nunca se había presentado expectáculo más bello y más aterrador; al choque de los astros, la materia solar se dispersaría y llegaría hasta Mercurio. El sol negro recobraría el movimiento interno y mezclaría sus gases con los que saldrían del otro sol, y por doquiera aparecerían vapores metálicos que se esparcirían por los cielos.

Un calor intolerable reinaría en la tierra; los mares invadirían los continentes, y las selvas arderían por sí solas, mientras la tierra se revolvía interiormente en atroces contorciones. Todos los volcanes abrirían sus bocas y la vida desaparecería de la tierra...

La tierra rodaría entonces alrededor de un sol nuevo que había llegado de muy lejos; pero ya no habitaría en ella hombre alguno que pudiera contemplar este espectáculo, digno de las primeras edades. Quizá para un astrónomo que habitara en uno de los planetas del sistema de Vega, la desaparición de la tierra sería conocida, y en los registros astronómicos de aquel lejano planeta, se registraría un hecho nuevo: Un sol de quinta magnitud que se dirigía hacia nosotros, ha aumentado, no se sabe por qué, su brillo, y la nueva estrella agrandada, se dirige hacia la Cruz del Sur.

FANTASÍA DEL ABATE MOREUX.

# Tía Nieves.

(Cuento de Bouyer-Karr).

Todos los días Felipe, el *Pouset* de los nuéstros, hacía preguntas a tía Nieves.

—¿Tía, vives en casa de un pintor tal vez porque en otro tiempo te gustó la pintura?

—Puede una persona no haber pintado jamás cosa alguna y, sin embargo, gustar mucho de las pinturas. A mí siempre me han agradado mucho las pinturas, hijito.

¿Te llaman Nieves a causa de tus cabellos blancos?

—Cuando nací no los tenía blancos, y nadie se imaginó que yo llegara a vieja. Me llamaron Nieves porque mi madre dijo que cuando tuviera una niña rubia y blanca la llamaría así, y yo era blanca, y muy bonita.

—Tía, ¿por qué vives en un cuarto que parece de un hombre; por qué no te gustan todos los cachivaches que tánto agradan a las demás mujeres?

—En este cuarto me encuentro bien. Hace veinte años que comencé a vivir en él cuando apenas tenía sesenta, y tú comprendes que tengo un hábito adquirido en veinte años...

La tía Nieves, añadió sonriente:

—Quizá tú no sabes qué cosa son los hábitos...

—¿Por qué no te casaste, tía, como se casó mi abuelita Ibonia, como se casó

la abuela Berta, como mamá y como todas las otras tías que yo conozco?

—Porque soy vieja, hijito.

¿Por qué andas siempre vestida de blanco?

—Porque así aparezco más aseada, y a las viejas, que les falta la belleza, no ha de faltarles jamás el aseo.

En este momento yo, con la sabiduría y prudencia que dan los diez y ocho años, creyendo que la charla del chicue lo cansaría a tía Nieves, llevé a Felipe al jardín y me traje también a Teresa que, aunque no había hablado, andaba revolviendo todo en el cuarto de la anciana.

*
* *

Cada año, en tiempo de vacaciones, veníamos a casa de tía Nieves; éramos unos tantos chicos de diez a quince años, sobrinos y sobrinas de la tía queridísima; veníamos sin nuestros padres y cuidaba de nosotros Laura, que era la mayor de todos. Ella nos recibía todos los días a eso de las diez de la mañana en el cuarto, adornado de pinturas de que ya he hablado, y cuando la acariciábamos, ella solía decirnos que todos formábamos una especie de alegoría que podría resumirse en estas palabras: La primavera trata de dar calor al invierno, y en estos momentos reía dulcemente con una risa algo triste.

Años más tarde, Santiago, en quien



La Capilla del Sagrario, de Bogotá.

ya comenzaba a asomar el bozo, empezó a gustar de los temas sentimentales y me preguntaba en cierta ocasión:

—¿Cecilia, por qué no se casaría tía Nieves? Debió ser bonita... No has visto una miniatura que hay en el costurero de la abuela Ivonia?

Yo también había tenido esta misma curiosidad, y, sin embargo, por atormentar a Santiago, a quien amaba un poquito, respondí:

—No lo sé, pero todo esto me da lo mismo; antes que tú, vi muchas veces la tal miniatura.

Y disgustada por la frecuencia con que se habla de esto, añadí:

—Pregúnteselo a ella misma, Santiago, y no me molestes más con estas preguntas.

—¿Preguntárselo a ella? dijo Santiago. ¿Cómo es eso?

A la mañana siguiente me encontré con Santiago en la alameda de sauces y me dijo inmediatamente:

—Le pregunto, Cecilia, a la tía lo del matrimonio?

Fastidiada de que él se ocupara tanto de la tía y no de mí, que tenía diez y ocho abriles, le respondí disgustada:

—Haz lo que quieras y déjame en paz.

Santiago no volvió a buscarme, y yo tuve la vergüenza, con riesgo de perder algo de mi honor, de ir a buscarle.

—En fin, por qué no hablas, Santiago, a la tía Nieves de lo que tánto te interesa?

—¿Crees, Cecilia, que esto sería prudente?

—Pues, si yo tuviera esta curiosidad saldría de ella presto

Por la noche, después de cenar, cuando ya los chicos se habían acostado, hablamos nosotros con la tía Nieves que nunca se retiraba sino mucho después de la cena. Santiago, aturdido le dijo acariciándole las manos:

—Tía Nieves, usted debía ser muy bonita de joven.

—No era fea, en verdad.

—Tía Nieves... ¿por qué no se casó usted?

Ella sonrió tristemente y respondió luégo:

—Acaso porque nadie me amó, como a tus tías.

Y como todos hiciéramos cara de incredulidad, Santiago, sacando valor de donde no lo tenía, añadió:

—¿Por qué no nos cuenta esto, díganos tía, por qué no se casó?

—Esto no te interesa nada, Santiago.

—No tía, nos interesa muchísimo, cuéntenoslo, gritamos todos a un mismo tiempo.

La mirada de la anciana se perdía allá muy lejos, y presto descubrió una tristeza honda, recogida, sin rastro alguno de amargura.

—Os lo contaré, y acaso esto servirá para que no me olvidéis muy presto, después de mi muerte.

Nunca la olvidaremos, tía. Y todos la abrazamos cariñosamente.

—Comencemos, pues, ya que así lo queréis. Cuando yo tenía diez y seis años era rubia, blanca y muy bonita; lo que os digo es tan viejo que lo puedo referir sin sonrojo, pues parece que hable de otra persona. Era entonces feliz, un poco coqueta y tenía unos ojos azules que hablaban de cosas muy sentimentales. Entonces me enamoré de Marty, un pintor, amigo de mis hermanos, que tenía veintitrés años. No puedo deciros por qué le amaba; la verdad es que le amaba porque sí, y sólo años más tarde llegué a ver que para amar se necesita algún motivo. La amaba tiernamente, como aman los niños; le amaba con aquel amor grande que sólo se siente una vez. De modo que mi historia de los diez y seis a los veinte años puede resumirse en estas solas palabras: Yo amaba a Marty. De esta época yo nada recuerdo que no esté íntimamente unido con Marty; él, era la causa y el objeto de todas mis inquietudes. Pero acaso él no me amaba de la misma manera

Por mucho tiempo sentí más bien despecho que tristeza; veía yo a tántos otros que me seguían por las calles, y no comprendía por qué no me amaba aquél a quien yo tánto quería. Pero es lo cierto

que él no hacía caso alguno de mí, y que me trataba siempre con esa urbanidad que impide el amor.

Un día, sin embargo, que yo estaba con mis hermanas y mi madre en el jardín, Marty le pidió licencia a mi madre de hacer un retrato mío, Ella, que quizá pensaba en el porvenir, le dio el permiso, y recuerdo muy bien lo que él me dijo;

—Señorita, no la molestaré por mucho tiempo,

Fastidiarme yo, Dios mío, me dije para mis adentros. ¡Qué dicha sentía en esos instantes! ¡Cómo me imaginaba que él ya estaba enamorado y que me amaría siempre! Le amaba yo tanto, le amaba con tal pasión, que me era imposible pensar que él no me amara, y sin embargo eso era así.

A los veinte años había despedido a siete pretendientes; a los veinticinco el número llegaba a quince; hasta los treinta años tuve pretendientes, pero todo fue inútil, yo amaba solamente a Marty y nadie, ni él siquiera lo sabía.

Comenzaron a disminuír los pretendientes, como era natural; ya era yo menos bonita y se comenzó a decir que Nieves no se casaría. Vivíamos muy cerca de Marty, y él era muy amigo de mis hermanos, por eso nos veíamos con frecuencia. Y aunque yo sufría cruelmente, jamás por gesto alguno, por palabra o siquiera por miradas, le pedí ese amor; esto me hubiera parecido imposible.

Como ésta había sido mi pasión de los quince a los veinte años, y de los veinte a los cuarenta, continuó siéndolo perpetuamente. Fuí entonces una desgraciada que no llegó a saber por qué ni para qué vivía. Mis hermanas se casaron; murieron mis padres; mis hermanos fundaron nuevos hogares, y yo quedé sola, aunque allá en el fondo del corazón amara mucho.

Cuando Marty perdió a su madre, estaba yo lejos; este alejamiento pareció imposible a mi ternura y vine a buscarle; la recepción de ese día fue tan fría, que más que nunca comprendí cuán inútil era mi vida.

Pasaron los años y llegué yo a los cincuenta, entonces comenzamos a hablar con Marty del pasado.

—Nieves, excúseme, usted no tuvo nunca por mí algo así como una simpatía, o mejor quizá un amor?

Hablar a esta hora del pasado me pareció inaudito; creí que Marty era un hombre distinto del que yo había conocido y que él insultaba mi amor, y le respondí con tristeza que supe disimular con una sonrisa fingida:

—¡Cómo es usted de pretencioso!...

En los últimos diez años le ví con más frecuencia; se hizo más amigo mío, y cada día le veía más triste. Un día, que estaba yo en París, recibí un papel que decía: «Estoy moribundo, venga pronto. Se lo suplico. Marty».

Volé a su lado, y no sé cuánto padecí por lo largo del camino; pero al fin llegué; debía él haber dado órdenes precisas porque inmediatamente me hicieron entrar a su alcoba, y a penas me vio, me dirigió, lo recuerdo muy bien, una mirada imperiosa, mirada de moribundo que quiere descubrir un misterio:

—Nieves ¿no es verdad que usted me ha querido siempre mucho?

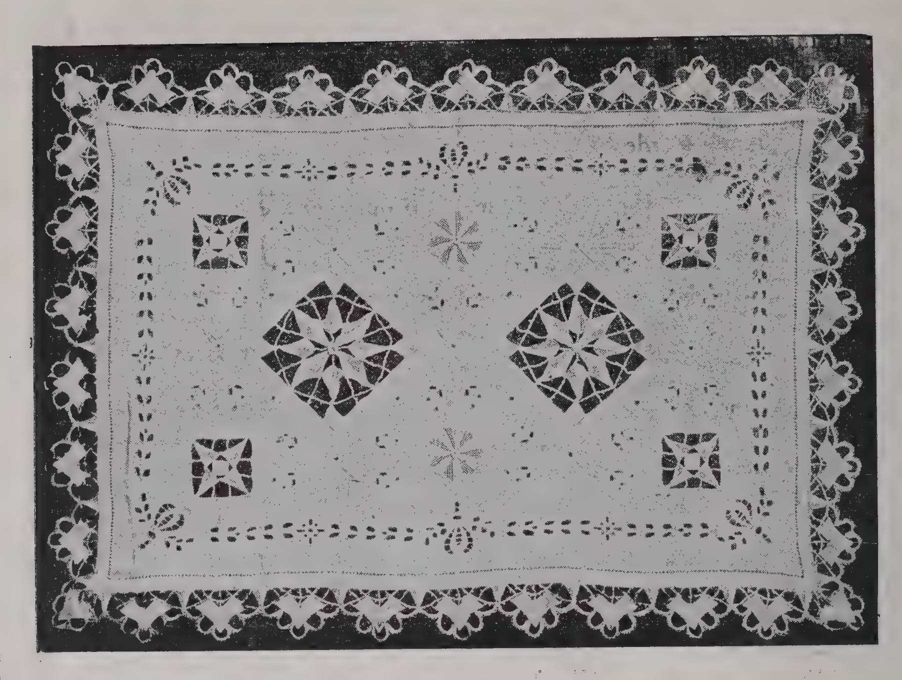
—Si, usted ha sido el amor de toda mi vida. ¡Fue esta mi primera y mi última confesión!

—Pobrecita, qué desgraciada la hice yo, por torpe. Y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Tenía yo entonces sesenta años y comprendí para qué había vivido tántos años. Había vivido únicamente para estas dos lágrimas.

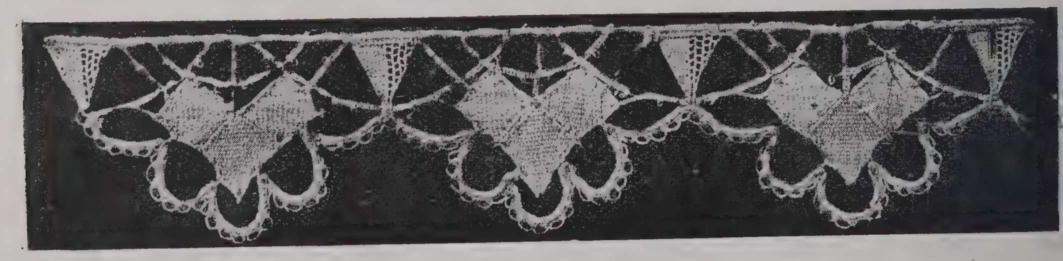
El no pudo hablar más, y yo también hube de callar. Hasta la mañana siguiente estuve cerca de él; murió a la aurora; sólo yo le acompañé, le amortajé y le llevé al cementerio. Después compré esta casa que era la suya y en ella he vivido hace veinte años.

Tal es, hijos míos, la historia de la tía Nieves.



## Mantel de te, con aplicaciones y encajes de Venecia.

Se hace en una tela de granité o de lino; debe tener 98 centímetros de largo por 68 de ancho. Alrededor del dobladillo se forma un cuadro de hojadillo. En el centro se colocan dos cuadros de encaje de Venecia de 12 centímetros por lado, y en los cuatro ángulos, cuadros de 6 centímetros por lado. En fin, para terminar, se le pone alrededor el encaje según se ve en el grabado siguiente:



# Dos madres.

(Cuento de Pascua por Andrés Delacour).

Este día en Jerusalén debía cumplirse la predicción de los profetas en relación con Jesús de Nazaret. Desde las primeras horas de la mañana, en los vecinos villorrios, se oyó la noticia de la próxima muerte que fue llegando hasta los más apartados caseríos. En los caminos que circundan los olivos y los áloes, se vieron muchas y diversas gentes que venían a la Ciudad Santa con la curiosidad de quien desea saber en qué parará este ruidoso juicio. Una secreta esperanza existía en todos ellos de que este taumaturgo, poderoso en palabras y en hechos, obraría para ver de salvarse un milagro portentoso...

Mas, en Betfagé una viuda no ha que-

rido ir hoy a Jerusalén. A la puerta de la casa aguarda, sin muestra alguna de goce que el sol se levante, y está tan triste que parece que aun de la proximidad de la primavera dude; como hay en su corazón una ternura a la cual nadie responde, la viuda mira indiferente la mañana que se acerca; abismada en su soledad, es a manera de un perfume que se exhala por las desgarraduras del corazón.

Esta viuda, que se llamaba Ajidjá, había desposado a su hija única con un levita, y tan pronto como la hubo visto casada se arrepintió de ello. No porque este hombre fuera de malas costumbres, ni egoista, ni violento de carácter; por el contrario, era él bondadosísimo con la esposa y cada día le quería ella más; pero esto mismo hacía sufrir a la viuda, y a ella le parecía que un ladrón había venido a la media noche y le había arrancado las entrañas; un salteador la había despojado—pensaba ella—del tesoro que más amaba y la vida le era ya intolerable.

Viuda demasiado presto, había concentrado en la hija todo el amor que a ella le tenia y todo el que su marido hubiera continuado profesando. Amaba a su hija, como se ama el propio cuerpo, como un pedazo de su carne; la cuidaba atenta y cariñosamente, como algo que está en peligro y que es menester guardar a toda costa. Sentía celos, no solamente de los que la miraban por los caminos, sino de la aurora y de la primavera, de las luces, y de los sonidos y de los perfumes de que la hija gustaba, y sentia miedo de los ensueños que ella se imagina hubieran de existir allá en lo más recóndito del alma de la niña.

Pero como las flores tienen su tiempo para germinar, la hija de Ajidjá lo tuvo para desposarse; la madre consintió en ello porque la virginidad y la esterilidad eran cosa oprobiosa para los judios, y luégo porque pensó que con este matrimonio ella no la perdería del todo. Por esto tuvo valor para que su hija cumpliera con aquel precepto de las Escrituras que a la letra dice: «Abandonará la mujer a su padre y a su madre para vivir con el esposo»

Se encerró entonces en su soledad, casi con desesperación, y en ciertos momentos llegó a sentir aversión por aquella hija que amaba a otra persona que no fuese su propia madre. Bajó un día a Jerusalén para ir a visitarla, y tuvo el dolor de ver que la hija estaba muy satisfecha en su nuevo hogor y muy enamorada del esposo. Como la felicidad, cuando está en su plenitud, nos separa por igual del pasado y del porvenir y nos libra de todo cuidado, Ajidjá comprendió muy bien que la hija no se acordaba ya del pasado, que juntas habían vivido tánto tiempo, y que una alma nueva nacía en el corazón de ésta que ella no dejaba de considerar como una niña. Eran pues, madre e hija, como dos viajeras que habiendo salido de un mismo lugar, llevaban a la fecha rutas muy diferentes y se separaban cada día más, hasta que llegará el momento en que una y otra se perdieran en el lejano azul.

Y volvió a la mañana siguiente de Jerusalén a Betfagé, cuando el crepúsculo comenzaba ya a dominar las alturas; en el viento gemidor que lloraba bajo los olivos, le pareció oir voces de amenaza, y temblando de terror y tristeza llegó a su vivienda para dormir un sueño intranquilo que se presentó con fatídicas visiones.

Y he aquí por qué cuando a la mañana siguiente oyó hablar del profeta de Galilea, no tuvo valor para ir de nuevo a Jerusalén con todos aquellos que iban a ver algo extraño en la Ciudad Santa; les vió partir, al amanecer por en medio de las arboledas y parecióle entonces que ninguno de ellos volvería a la aldea; la soledad de su corazón le hacía pensar en la soledad del pueblo; solo que esta soledad no era tranquila, era, antes bien, algo asi como el comienzo de una borrasca que ella presentía sin saber porqué.

A medida que el día avanzaba, crecía la angústia en la viuda; el cielo estaba plomizo; en el aire que se respiraba se sentía un olor a azufre. Hacia la hora de

sexta el sol en el zenit, hizo que reinara un calor insoportable, y Ajidjá entró a orar sola en lo más interior de la casa.

* * *

Mas hé aquí que a la hora de nona, ella pensó, como lo pensó también todo Israel, que el mundo iba a concluir su carrera; tuvo la idea de que Jerusalén iba a ser devorada por el fuego del cielo, como lo fueron en otro tiempo Sodoma y Gomorra, y tuvo tánta tristeza de no volver a ver a su hija que precipitadamente salió en medio de aquellas tinieblas misteriosas para Jerusalén. La viuda no sabía que ya el velo del Templo se había rasgado; veía únicamente tinieblas espesas que obstruían el espacio, y sentía un frío glacial que, sin transición de ningún género, había sucedido al calor de poco antes. Un gran terror dominaba al mundo, puesto que las rocas se abrían y caían a pedazos y los relámpagos cruzaban sin cesar la bóveda celeste.

Corría ella por en medio de la oscuridad, golpeándose contra las piedras, perdiendo de continuo la ruta conocidisima que conduce hacia Jerusalén. Nadie se veía por estos sitios; cualquiera creería que los hombres habían desaparecido ya de este mundo, y a ello se añadían, para mayor terror de la viuda, ciertas apariciones misteriosas que salían de las tumbas entreabiertas y que rodeaban con frío de muerte a la desgraciada Ajidjá. Todo hacía que en ella se aumentara el deseo de ver a la hija; quería gritar en medio de aquella noche prematura, y quería hacerlo con tánta fuerza que su voz se oyera por todas las rutas que van a Jerusalén; mas ella se apagaba en la garganta, como si el silencio misterioso de esta hora se hubiese apoderado por completo de la viuda.

Después de haber vagado a la ventura mucho tiempo, hallóse al fin sin saber por qué a las faldas del montecito del Calvario. Tuvo una inspiración; se explicó instintivamente los prodigios de este día, y recordó que la víspera en Jerusalén se decía sigilosamente que Jesús de Nazaret iba a morir al día siguiente. Le había preocupado tan poco todo esto! ¡La dominaban tánto las penas interiores que era incapaz de pensar en los acontecimientos más trágicos si ellos no se relacionaban de alguna manera con su hija! Pero ahora recordó las palabras del levita, y pensó en que los escribas y los fariseos habían entregado a Jesús. La muerte debía haber pasado ya, y el asombro de la naturaleza por este delito atroz explicaba muy a las claras las tinieblas de esta hora.

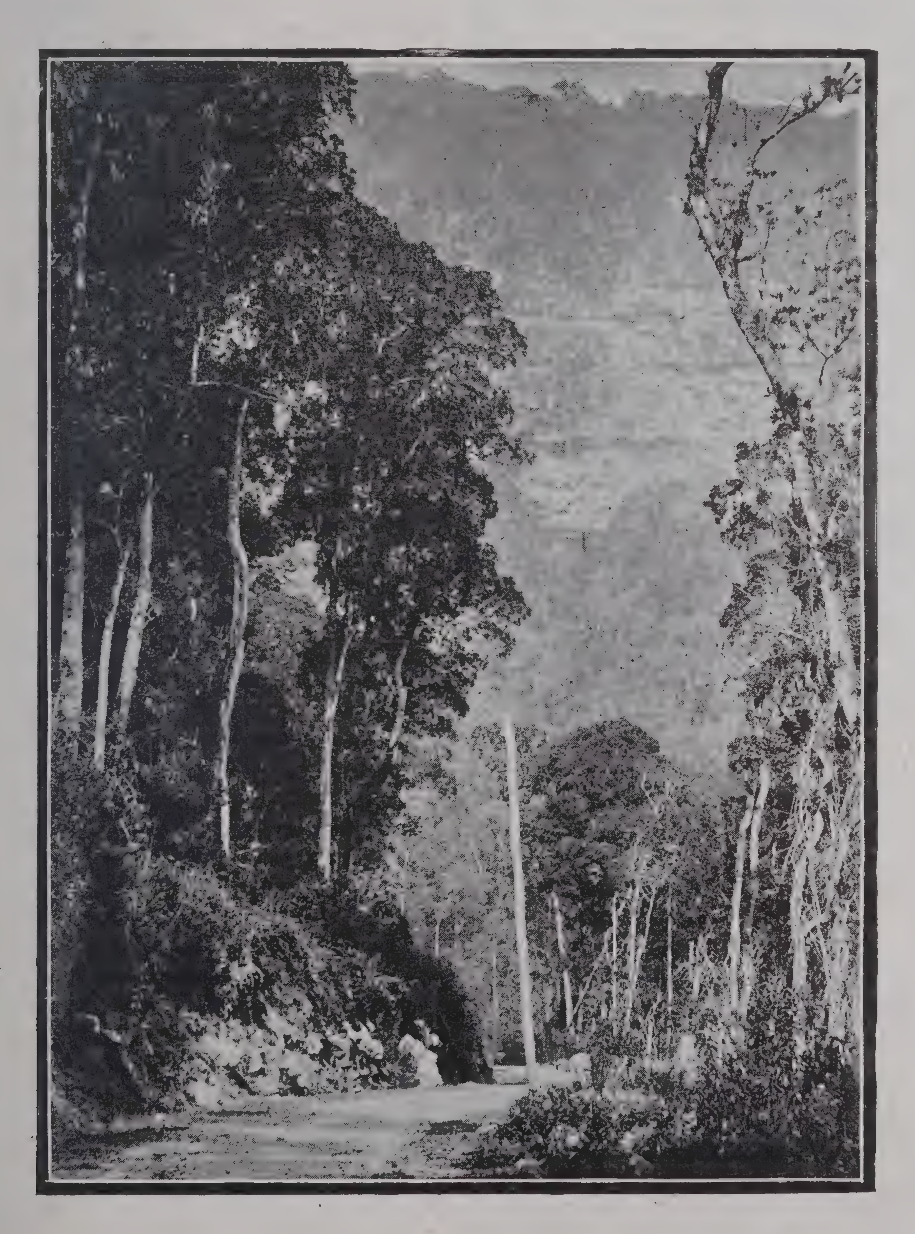
Quiso entonces ver de nuevo a aquel varón santísimo a quien ella había oído hablar como no hablan nunca los hombres. Tuvo compasión de él; tuvo sobre todo compasión de la madre de la víctima que ella había visto algunas veces en el templo. Comprendió que el crimen que la Ciudad Santa había cometido era un crimen que le cobraría la humanidad entera, y quiso ir a llorar cerca de la víctima.

Mas hubo de detenerse de nuevo porque la sombra pálida de un resucitado paso tan cerca de ella que hizo mover los pliegues de su manto; el viento corría angustiado por debajo de los matorrales y silbaba en las arboledas. Un momento más tarde a la luz fugitiva de un relámpago, vio un cortejo fúnebre y se encaminó como pudo al sitio por donde él debía pasar.

Al acercarse a él, en medio de las llamas y del humo de las antorchas, vio de cerca el dorso inclinado de los hombres que hacían esfuerzos por conducirse un cadáver y vió también a una mujer que acompañada de otras pocas, iba detrás de los sepultureros. Ajidjá, espantada y llena de fascinación, siguió de lejos el cortejo, y cuando los sepultureros pusieron por unos momentos el cadáver en el suelo para descansar, alcanzó a ver una mortaja de blancura sin mancha. y en la mujer que lloraba descubrió a María, la madre de Jesús. El reflejo de las antorchas daba color de sangre a los olivos y las sombras de los sepultureros y de

la víctima se proyectaban lúgubremente en la ruta desierta.

En lo más apartado del jardín había un sepulcro y allí se detuvo el cortejo. Se puso al muerto sobre la yerba, y María se sentó en el suelo para poder colocar la cabeza destrozada del Hijo sobre sus rodillas. Y mientras la Virgen miraba con una mirada que nunca olvidará Ajidjá a Jesús, José de Arimatea y Nicodemus comenzaron a embalsamar el cuerpo con cien libras de mirra y aloes que habían traído de Jerusalén; mientras tanto otros hombres retiraban las piedras del sepulcro para poder entrar hasta el interior de la tumba. Preparado ya todo, María besó la frente de Jesús, y temerosa de presenciar la sepultura cubrió su rostro



Una vista en la Carretera del Carare.

con el velo que ocultó las lágrimas. Al ruido sordo que hizo la piedra al caer sobre el sepulcro, lanzó un grito de dolor y para no caer por tierra se apoyó en un olivo... Y tuvo fuerzas, terminado el trabajo de la sepultura, para ir en compañía de las otras mujeres hasta el Calvario en donde quedaba en pie la cruz del sacrificio.

Mas, José de Arimetea, temeroso de que el furor de los judíos, no satisfecho del todo, se ensañase ahora contra María y las demás mujeres, las convenció de que no volviesen al Calvario, y de que fuesen, más bien, a pasar la noche ya cercana, en una casa que les tenía preparada.

Cuando el cortejo comenzaba ya ha ponerse en marcha. Arimatea sorprendió a Ajidjá, que inmóvil permanecía bajo un olivo; se aproximó a ella, y cuando a la luz de una antorcha vio a la viuda de Betfage, dijo a Nicodemus:

—Esta Ajidjá es madrastra de un levita; quizá los fariseos la han enviado para espiar el cortejo.

—Apodérate de ella, respondió secamente Nicodemus.

Los sepultureros la agarraron fuertemente a tiempo que la viuda lanzaba un grito de terror, que hizo salir a María de sí misma y de sus amarguras; levantó el velo que la cubría el rostro, y dijo a los sepultureros:

—¿Por qué os apoderáis de esta mujer? Ven conmigo, hermana mia, y la Virgen extendió su mano pálida y convulsa a la viuda. La noche está fría, y no hay seguridad alguna a estas horas en la ruta, quédate conmigo y no vayas a Betfage.

Ajidjá sintió que su amargura se trocaba en dulcedumbre, y que había cerca de ella un dolor inmensamente más grande que su dolor.

En la casa de José de Arimetea estaba lista una mesa sencilla, y mientras que los pocos discípulos del Maestro que en esa hora quedaban, comían el pan sin levadura, María, acompañada de las demás mujeres, lloraba en la pieza vecina. A la luz incierta de una lámpara de aceite, las mujeres contemplaban aquel dolor incomparable de la Madre de Jesús; afuera, el viento azotaba los árboles, y la lluvia menuda caía en las callejuelas. María, con los ojos vueltos hacia el infinito, parecía seguir la entrada triunfal de Jesús y del buen ladrón en el Reino del Padre, y las hijas de Jerusalén respetaban silenciosas aquel éxtasis del dolor.

De pronto se oyó un gemido de Adjidjá, y las mujeres escandalizadas la miraron con sorpresa; pero María, sacrificando su dolor, le preguntó:

—¿Sufres, hermana mía? Si yo puedo, quiero consolarte. Dime ¿qué tienes?

—Tu pena es demasiado grande, respondió la viuda, para que atiendas a la mía.

—Un desgraciado debe encontrar siempre el medio de auxiliar a los demás desgraciados, respondió la Virgen, y además, Dios nos impuso el deber de la limosna, y así. cuando nada tenemos que dar los pobres, hemos de entregar la limosna del corazón, que consiste en aliviar los dolores ajenos.

—¿Pero cómo hablarte, Señora, de mi dolor, que sólo consiste en no tener conmigo a mi hija, a ti que acabas de perder con la muerte a tu Hijo?

—La muerte es una separación misteriosa; mas, algunas veces hay otras que son más definitivas.

—¿Dónde aprendiste, Señora, esta tan gran resignación?

—En las palabras de Aquél que llevé en mis entrañas.

—¿Por qué se ha de creer en estas palabras, cuando El no pudo librarse de la muerte?

—El debía morir para asegurar en medio de los hombres su vida divina. Estas palabras tú no las comprendes ahora, pero yo le pediré a mi Hijo que un día te las haga entender.

—Sí, porque lo único que ahora entiendo, es que estoy lejos, muy lejos de mi hija.

—Si la mujer fue creada de una parte del hombre, éste lo fue por el soplo divino. La mujer debe seguir y servir a

su marido, y a causa de esto tu hija te ha abandonado. El hombre debe acá, trabajar por la gloria de Dios, y a causa de esto mi Hijo tuvo siempre sólo esta idea y a ella sacrificó la vida.

—¿Para qué tenemos entonces hijos?

—Para que nos sean arrancados; porque los hijos no nos pertenecen sino únicamente mientras tienen necesidad de nosotras. Acuérdate que nuestro amor no es un derecho, es apenas un dón y un regalo temporal de Dios.

—¿Y después de esta separación, qué nos queda?

—El mérito de nuestro sacrificio.

Calló María, y levantó los ojos en busca de la lámpara de aceite, pero su mirada no parecía fijarse en la luz mortecina del aceite, sino en aquella otra que viene de la Verdad eterna. Silbaba el viento por los lados del Calvario, la lluvia azotaba con furia las puertas cerradas y en el cercano aposento se oía el respirar de los discípulos dormidos; arrulladas por todos estos ruidos, las mujeres de Jerusalén se habían dormido poco a poco, y aunque Adjidjá quiso oír algo más de labios de la Madre del Profeta, sintió que el sueño paralizaba sus miembros y que las ideas comenzaban ya a confundirse con las sombras de los sueños. Un momento más tarde en aquella vivienda sólo velaba María, como sólo había velado también Jesús una noche antes en Getsemaní.

Para ocupar piadosamente la vigilia, la Virgen oraba por los judíos que ignoraban lo que habían hecho poco antes en el Calvario. Por cada uno de los hombres oraba en particular, y su ruego se extendía misericordioso hasta las tristezas de la viuda de Betfage.

Mientras que María oraba, la viuda fue visitada en sueños por una visión que pasó por tres estadios. Vio primero a Pedro que arengaba una gran multitud cerca del Templo de Jerusalén; se vio luégo en un calabozo con los que por confesar a Jesús estaban allí, y por último, se sintió ella misma arrastrada por los cabellos en las calles de Jerusalém, y vio a su la-



Entrada a uno de los castillos de Cartagena, ya medio derruído por la acción de los años.

do muchos mártires. Y mientras al golpe de las piedras se le despedazaban los miembros y la sangre corría por todas partes, oyó que el hijo y el yerno confesaban a gritos que eran de los de Jesús, y pedían la muerte en testimonio de la verdad de su confesión.

—Que se los lapide como a ella y que se los arrastre por las calles, gritó la multitud.

La viuda quiso gritar también para pedir perdón por aquellos seres amadísimos, más la voz se ahogó en la garganta y

las piedras cayeron sobre la hija y sobre el yerno...

Una luz pálida se filtraba por las ventanas cuando la viuda despertó a tiempo que en una de las huertas vecinas cantaba un gallo.



Lancha *Colombia* en el río Caquetá.

# Recetas de cocina.

## Gnocco o ñoquis a la italiana.

Se pone en una cacerola:
100 gramos de harina.
100 de almidón de papa.
8 yemas mas, dos huevos enteros

Se mezcla y disuelve todo esto en 5 pocillos de leche.

Pásese por un tamiz y póngase de nuevo en una cacerola agregándole: 100 gramos de mantequilla, sal, nuez moscada y un polvillo de azúcar.

Toda esta mezcla se pone a fuego suave para que espese, y se cocina durante unos siete u ocho minutos a fin de que adquiera consistencia; luégo se retira y se le mezcla una manotada de queso *parmesano* rallado, y se pone en una lata mojada de modo que quede una capa de un dedo de gruesa. Se deja enfriar, y se corta la maza o bien en redondeles o en largueros, y luego se pone en un plato que resista la acción del fuego en el horno. Se pone por capas, y entre capa y capa se va echando queso *parmesano* y mantequilla derretida. Todo esto se deja dorar en el horno por diez o doce minutos.

## Espuma de chocolate.

Se calientan en una cacerola 4 pastillas de chocolate con un poco de vainilla en rama y otra de agua.

Se revuelve todo esto y se deja cocinar hasta que esté espeso.

Se pasa por un tamiz y se deja para mezclarlo más tarde con la otra parte que es:

Un poco de crema con azúcar y vainilla; lo cual se bate debidamente. Hecho esto se mezcla con el chocolate por medio de una cuchara de madera.

Con esta preparación se llena un molde y se mezcla al conjunto almendras partidas en pedazos.

Luégo se pone, bien cubierto, en hielo durante tres horas, se saca y se sirve sobre una servilleta.

## La mujer cristiana.

(Una ilustre dama tradujo para sus hijas este compendio de la vida cristiana que compuso para su sobrina la escritora Isabel Leseur, nosotros hemos obtenido este hermoso tratado y lo damos gustosos a la estampa).

«Hace ya mucho tiempo, querida sobrina, tenía el proyecto de consagrarte de modo especial los meses que precedieran a tu primera comunión, y de darte por este tiempo, lo mejor y más decisivo para tu vida futura; tenía el propósito de entreabrir para tí, con ayuda de lo alto, el tesoro de la vida interior que toda persona lleva dentro de sí misma: tesoro que se acrecienta con las personales experiencias que los dolores nos obligan a llevar a cabo, y que nos hacen sentir cada vez de modo más íntimo el contacto con Aquel que es la verdad y la vida. No andaba yo sola en estos propósitos, otra alma más noble y santa que la mía, los tuvo asimismo; tu madrina queridísima soñó también con este día y esperó la unión de nuestras almas en este primer encuentro con Dios. ¿Y por qué hemos de pensar, si somos cristianas, que Dios no escuchó esta súplica o que la Providencia no dio oídos a este ruego el más intenso quizá de aquella vida? Si de veras sabemos refugiarnos allá en el interior de nuestras almas, tanto cuanto la debilidad de nuestro ser lo permite, cómo no habremos de ver y sentir toda la ternura que se esconde por parte de Dios en la prueba que nos ha enviado precisamente en víspera de tu primera comunión?

No, querida mía, ninguna de nosotras faltará a esta reunión que podemos llamar de familia. Ella había esperado, con fe y amor, la unión de su alma con la tuya en este día, y esta unión será todavía más estrecha precisamente porque la muerte la hace así; acá, abajo, muchas cosas separan las almas entre sí, y sólo están cerca de nosotras las que ya gozan de la paz divina; nos conocen de modo más perfecto que en la tierra donde lo mejor y más completo de nuestro sér se esconde en los repliegues del alma, allí donde hay tántas cosas arcanas que el lenguaje humano no puede expresar.

Ahora y siempre y durante todo el curso de tu vida y de la mía, un influjo santo y amantísimo nos envolverá por doquiera, ayudará nuestras conciencias, fortificará nuestras voluntades, obtendrá paz para ellas y fuerza para cumplir con el destino que a cada una de las dos nos toque desempeñar en esta vida. Y es manifiesto que en este caso tu madrina hará por tí, lo que en vida no hubiera podido jamás llevar a cabo. Ella será siempre tu protectora, y su amor por tí será más que nunca grande puesto que se ha refundido en el divino amor de que ya goza.

Mas yo que aún no he merecido la gracia de que ella disfruta, yo que sólo vivo ahora del recuerdo de ella, quiero ahora consagrarte algo a tí; experimento la necesidad de hablarte, de transmitirte los más recónditos pensamientos, los que son más queridos y más míos. Estos pensamientos los he ido formando, con la ayuda de lo alto, merced a una serie de esfuerzos y reflecciones personales, de oraciones y de trabajo. Sé muy bien que todo cuanto hay en mí a Dios se lo debo y que continuamente siento casi de un modo experimental su influjo sobre mí; él es de tal manera palpable que, a pesar de las pruebas a que me ha sujetado y en particular de esta última de que ahora te he hablado, puedo darle las gracias por los beneficios recibidos y prometerle ser toda de El para el porvenir.

Si quieres te hablaré de tu primera comunión, y sobre todo de lo que a ella seguirá es decir de la vida cristiana en el futuro; de lo que puedes y debes hacer para fortificar tu alma, para hacer de tu vida algo fecundo en obras buenas; para poder transmitir a los demás lo que El te ha dado conforme a la ley de la solidaridad cristiana,

San Pedro, hablando alguna vez de su Señor, dijo que había pasado por el mundo haciendo a todos el bien; felices los que en la hora en que todo lo terreno

acaba y en que comienza lo eterno, puedan pensar que sembraron la luz y el amor entre sus hermanos; felices los que puedan ser, como tu madrina quería, seres capaces de elevarse por encima de si mismos a tiempo que levantan con ellos el nivel de los que les rodean.

Comienza para tí la época en que puedes comenzar a hacer el bien, y cada día podrás hacerlo mejor. Presto llegará el momento, decisivo de tu vida en que, o comenzarás a hacer el bien o vivirás para esas vaguedades que hacen la vida inútil, y advierte que en materias morales no puede existir la neutralidad. Piensa en que la vida cristiana es algo hermoso, lleno de armonia y que lo que se siembra en la tierra se cosecha en el cielo. Hay en el hombre una fuerza no sospechada y cada uno de nosotros lleva en si mismo algo de porvenir de la humanidad. Hasta el último dia de los tiempos las palabras y sobre todo los actos de cada uno de nosotros, traerán consigo o el bien o el mal. Nada se pierde de lo que de nosotros mismos damos, y transmitimos nuestros sentimientos y nuestros deseos a otros hombres, ellos irán a hacer el bien o el mal en muchas generaciones futuras. Hé aquí porqué es cosa tan sagrada la vida, y hé aqui porqué no debemos vivirla atolondradamente, sin pensar en todo el mérito que hay en ella para un futuro que no es nuéstro.

Tu primera comunión es el primer paso en el camino del bien. Quiero hablarte un poquito a cerca de este punto. Otros te dirán, mejor que yo y quizá tu misma lo veas más perfectamente, todo lo que hay de santo en ese misterioso encuentro de Jesucristo con tu alma, encuentro con el cual nada en esta vida es comparable. Quizá más tarde entenderás mejor toda la fuerza que este contacto con la divinidad te dió y toda la dicha y alegría que él te trajo; merced a este contacto divino, nuestras alegrías meramente humanas y nuestros dolores y nuestros arrepentimientos se transforman en el corazón de Jesucristo en algo que es divino y que consuela, y perdona, y da tranquilidad al alma. Hay aquí una verdadera comunión o comunicación entre Dios y el alma. De mí sé decirte que por obra de esta divina comunicación he podido soportar con valor los últimos sufrimientos con que El me ha favorecido.

Después de tu primera comunión, después de que hayas recibido el sacramento de la confirmación que trae consigo las fuerzas y los dones del Espíritu Divino, habrá de comenzar para ti en todo rigor el ejercicio de la vida cristiana. Y yo quisiera, tanto cuanto mi debilidad me lo permite, decirte lo mucho que de tí espero.

(Continuará)

## Oficial.

*Semana Santa*—Con toda solemnidad se hicieron los oficios de Semana Santa en la iglesia de Santa Clara en los días del jueves y viernes santos. En la noche del jueves predicó el sermón de Hora Santa el doctor Eduardo León Ortíz, subdirector de la Congregación, y el viernes predicó el sermón de Soledad de nuestra Señora el presbítero doctor Jorge Díaz Valenzuela. Debido a los laudables esfuerzos de la señora Directora de la Congregación y de la señora Inspectora del culto, el arreglo del monumento pudo considerarse como uno de los mejores de la Ciudad.

El Consejo Directivo envía sus agradecimientos a las socias que contribuyeron con diversos objetos, y en particular con flores, al arreglo del monumento.

Defunciones

Durante el presente mes la Congregación ha registrado con pena la muerte de las ilustres socias señoras Mariana Mosquera de Cárdenas, Mercedes Cordovés de Campuzano y señorita María Josefa Matéus.

Presentamos a los deudos nuestra manifestación de pésame.

Retiro.

El que se acostumbra todos los meses para las socias, tendrá lugar en la iglesia de Santa Clara el sábado 24 a las 3 p. m. y la misa de comunión el domingo 25 del presente mes.

Restaurantes para empleadas.

Regularmente se ha venido reuniendo el comité que debe llevar a cabo esta obra, y los trabajos de la Guia Comercial, cuyo producido se piensa destinar a esos restaurantes, están ya muy adelantadaos.

Sección de propaganda de vocaciones sacerdotales.

Avisa la señora Directora de esta sección que en el Bazar llamado del Corazón de Jesús, calle 10 N.º 161, están a la venta varios objetos donados por las señoras para atender con el producto de estas ventas ala obra emprendida rop la sección.

——

*Congreso y exposición para favorecer las misiones entre los pueblos salvajes de la República* —El excelentísimo señor don Roberto Vicentini, nuncio del Papa, envió a los señores obispos una circular, con fecha 1.º de enero del presente año en que les exhorta a promover la celebración de un congreso sobre misiones católicas a fin de preparar, entre otras cosas, todo lo relativo a una exposición mundial que acerca de las dichas misiones tendrá lugar en Roma el año próximo.

*Lecturas* apareció cuando ya esta obra, digna de todo encomio, estaba en todo el esplendor de su desarrollo; por esta razón no habíamos dado cuenta de estos trabajos.

Las señoras socias de la Congregación del Corazón de Jesús, que siempre han trabajado por la obra de las misiones católicas, deben contribuir con todo celo a la obra emprendida por el señor Nuncio, y enviar telas de seda o de otras materias que puedan servir para hacer ornamentos de culto, según lo que se propone la comisión llamada de ornamentos, que hace parte del futuro Congreso de Misiones. Dirección: calle 10. N.º 157.

ELEGANCIAS



Elegante bata de casa

(Creación de la Casa Lacroix).

Director:
JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ, Presbítero.

Dirección y Administración: Apartado 386

Teléfono No. 1266



Revista mensual ilustrada.

N.º 4.º — Bogotá, junio de 1924.—VOL. I

Condiciones:
Número suelto. . 0.10
Un trimestre . . . 0.30
Un semestre . . . 0.50
Un año . . . . . . 1.00

PAGO ANTICIPADO

# LEYENDA DEL TEMPLO DEL SOL

*"Leves vuelan cenizas desdichadas".*

*Rodrigo Caro.—A las ruinas de Itálica.*

Estos últimos meses han estado de plácemes nuestros arqueólogos e historiadores con el hallazgo de algunos restos y reliquias pertenecientes, según dicen, al Templo del Sol que tenían los aborígenes en las vecindades de Sogamoso y que fue celebradísimo por los cronistas coloniales.

¡Loado sea Dios! exclamé yo para mis adentros al tener las primeras noticias del descubrimiento. ¡Loado sea Dios! porque también acá sale del olvido la deleitable antigüedad y, merced a los estudios y a la pericia de los sabios, van a revivir épocas remotísimas cuyas artes, costumbres y creencias nos sorprenderán seguramente por sus peregrinos y sutiles engarces con otras artes, costumbres y creencias más antiguas o más recientes.

Ahora, seguía yo pensando, podremos afianzar con el testimonio fehaciente de la arqueología los datos portentosos que constan en nuestras sabrosísimas historias acerca de la magnitud de los tesoros que dieron nombre y fama singulares al Templo del Sol. Y quién quita que sean tales las maravillas con que nos gratifiquen las excavaciones que se adelantan por los lados de Sogamoso, que si no alcanzan a entrar en parangón ni a competir con la grandeza del otro Templo del Sol descubierto en el Cuzco (cuya primera descripción fue obra de Garcilaso de la Vega y cuya mejor noticia se debe en estos días al señor Walter Lheman (1), sí basten a ilustrar gloriosamente la opulencia de nuestros antepasados. Hasta es posible que así como las damas se visten hoy a estilo de Tut-Anck-Amón y resucitan las modas que acaban de revelársenos en su hipogeo, haya también quienes se aficionen a las vestimentas y arreos de los *Caciques, Jeques y Mohanes* e inventen la moda *Suamox* del nombre del Cacique sogamoseño, o *Remichinchagagua,* del nombre de la divinidad a quien estaba dedicado el Templo (2) .Todo lo cual sería acogido de bonísima gana, siempre que algún costurero parisiense prohijase la idea y bautizara con estos nombres un gorro, una capa o una túnica que, a su entender, reprodujesen las formas y colores de la indumentaria indígena.

***

La idea, ya tradicional entre nosotros de que el Templo del Sol en Sogamoso había sido algo muy notable por la grandeza de su fábrica y por sus ornamentos riquísimos, nació al calor de las primeras historias que acerca del Nuevo Reino se escribieron. Sus autores fueron, por lo general, hombres aficionados a lo maravilloso, como fray Pedro Simón, o amigos de engrandecer las cosas a poder de la elocuencia, como el obispo Piedrahita; eran, asimismo, discípulos e imitadores de historiógrafos muy dados a entretejer sus

(1) Véase "The Illustrated London News", número 4,425.

(2) Datos de fray Pedro Simón y de Aguado.

narraciones con aventuras estupendas, y no podía exigírseles, habiendo tenido tánta parte en la conquista, que no ensalzasen las proezas de los indios o la valentía y bravura de los españoles. Era natural, finalmente, que al escribir pensaran en recomendar a la admiración de sus lectores, en especial de los de la Península, las cosas extrañas, los sucesos desacostumbrados y los hallazgos peregrinos que continuamente se les ofrecían por tierras tan dilatadas e incógnitas como éstas. Quiere decir esto que en nuestros cronistas se cumple puntualmente, aquella máxima de Menéndez Pelayo: "El historiador se larza al mundo poético de lo verosímil, en alas de lo verdadero".

Por eso al encontrarse con el Templo del Sol, no se contentaron con describirlo a secas, excusando ponderaciones, sino que atendieron a magnificarlo decorosamente.

Oigamos a fray Pedro Simón: "En el cual (habla del Templo) entraron a la callada y con el silencio de la noche, pasadas ya algunas horas de ella, Miguel Sánchez y Juan Rodríguez Parra, soldados de mucho valor y brío, rompiendo las cerraduras de las puertas, que eran muchas vueltas de cordeles, y ellas de caña, y tan bajas que se entraba a gatas, y con hachones de paja encendida, comenzaron a desvolver el templo". (1)

Nadie negará que estas líneas dejan en el ánimo una impresión de majestad y de misterio tan grandes que no llega a desvirtuarla ese pormenor humilde de las puertas de *caña con ataduras de cordeles;* otros datos vienen en seguida a fomentar la exaltación de la fantasía o, cuando menos a predisponerla en favor de las imágenes raras y maravillosas. "Lo primero con que toparon fue con un viejo muy cano y de una barba larga, que fue la primera que hasta allí habían visto en indio; por ser, como hemos dicho, todos desbarbados ,y así por cosa peregrina lo debieron de tener por jeque o mohán




**El Templo del Sol de Sogamoso - *Cuadro de Tapias.***

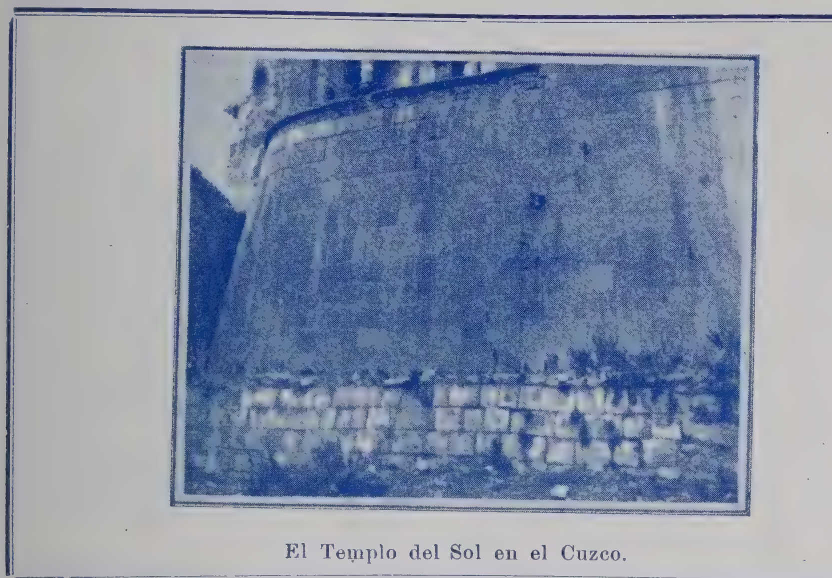
(1) Noticias historiales, volumen 2º, página 196, ed. Bogotá, 1891.

(que es tanto como sacerdote entre nosotros), para guarda y servicio de aquel tan famoso templo, y el que hacía las ofrendas y daba al pueblo las respuestas de lo que le pedían al demonio, y como ministro fiel suyo hizo aquella fineza de no huír, cuando los demás, por no dejar desamparada la majestad del Templo, en quien toda la tierra tenía puesta su confianza". (1).

Al llegar aquí los lectores van sucumbiendo al hechizo de lo fantástico y arcano; ese viejo silencioso y con barbas nunca antes vistas entre los indios, semeja una aparición; hácese sentir el demonio en mitad de la cláusula y la frase noble y rotunda con que termina el período, suena como una evocación del poderío divino de Remichinchagagua y nos trae un eco de las preces que le ofrecían lejanas e incontables muchedumbres.

También los muertos acuden a la escena. "Los soldados—dice fray Pedro—comenzaron a hacer despojo en unos cuerpos secos que estaban puestos en unas barbacoas o poyos de cañas, que debieron ser de gente calificada; todos revueltos en finas telas de algodón con muchas joyas de oro fino de diversas hechuras y muchas sartas de cuentas". (1).

(1) L. c., página 197.



El Templo del Sol en el Cuzco.

Un poco después iluminan el recinto las siniestras claridades de un incendio que se propaga rapidísimamente; "para ocuparse en los despojos de los muertos les fue forzoso (a los dos soldados) desocupar las manos de las hachas, poniéndolas en el suelo, sin dejarles la codicia advertir que se habían de pegar al espartillo, como lo hizo, yéndose quemando sin alzar llama hacia una pared que estaba forrada de carrizo seco de arriba a abajo, pegóse comenzando luégo a levantar llama y tomar tántas fuerzas, que cuando volvieron la cabeza los soldados, no bastaron las suyas a apagarla, y así, tomando del oro y rancheo que tenían junto, todo cuanto pudieron lograr, dejando lo demás encomendado al fuego, salieron fuéra..." (2)

"Dejando lo demás encomendado al fuego". ¿Quién no se imagina, al leer esta frase, una de aquellas piras enormes que los antiguos alzaban en homenaje a sus héroes para que ardiesen juntamente los cadáveres y las riquezas

(1) L. c., página 197.
(2) L. c., página 197.

que dejaban los difuntos? No faltan aquí los cadáveres, abundan las riquezas y es inmensa la hoguera, porque el Templo—advierte fray Pedro—"en un punto se vido todo él arder".

Y con antecedentes de esta especie, ¿qué no podrían y deberían fantasear los lectores y el mismo fray Pedro, en lo tocante a la mole y opulencia del Templo, al enterarse de que "en lo que sí hubo verdad infalible, fue que duró el fuego, sin acabarse ni dejar de humear, un año entero, y memoriales han venido a mis manos—sigue diciendo el padre Simón—que afirman haber durado cinco años, sin que aguaceros de tánto tiempo y tan grandes como los vemos por aquel país, bastasen a apagarlo del todo, en todo aquel tiempo de un año, que el de cinco paréceme mucho tiempo". (1)

Finalmente, a despecho de la realidad que no mostraba en el Templo del Sol sino alfombras "de espartillo seco y menudo, paredes forradas en carrizo seco y estructura deleznable", al fin como de paja, la imaginación, haciendo caso omiso de estos detalles, se adueñó del miserable santuario, y lo entregó a la posteridad, rodeado de prestigios diabólicos y consagrado con ritos sangrientos y horrorosos. "Y para más fortalecerlo, les había aconsejado el enemigo del género humano que cuando hincaran los maderos en la tierra, pusieran debajo un indio esclavo, para que plantados sobre carne y sangre humana, fuera su duración perpetua; mentira bien manifiesta de el que es padre de ellas, pues ni esta crueldad que usaron en su fábrica, ni tres puertas que tenía una sobre otra, ni otros ornatos, todo en orden a su perpetua duración, se la pudo dar, ni defensa contra el ímpetu del fuego". (2)

Véase ahora cómo el Templo del Sol, rústico adoratorio de los indios y bohío principal de Sogamoso y de su valle (que en aquel tiempo se llamaba Iraca), adquiere proporciones monumentales y aspecto suntuoso al ser tocado por la elocuencia del obispo Fernández Piedrahita: "Ningún volcán se mostró más ardiente en el arrebatado curso de sus llamas que este edificio avivado de los soplos del viento, siendo lastimoso espectáculo de aquellos tiempos, considerada la majestad de su fábrica, la grandeza de sus tesoros y la curiosidad de sus arreos; y si a los ojos de los bárbaros fue objeto de lágrimas por el violento destrozo de lo más sagrado que veneraban, no fue menos lastimoso a los españoles por las esperanzas que entre las ruinas del fracaso dejaron sepultadas. Mucho tiempo duró el incendio, porque fue mucho lo que tuvo que gastar la llama; no me atreveré a determinarlo por no peligrar entre malos creyentes". (1)

Pero antes que Piedrahita refrendase la leyenda del Templo del Sol, Joan de Castellanos había contribuído poderosamente a autorizarla poniéndola en forma poética y facilitando con esto su difusión entre las gentes. Oigámosle también:

*El fuego en esta casa fue durable*
*espacio de cinco años, sin que fuese*
*invierno parte para consumirlo;*
*y en este tiempo nunca faltó humo*
*en el compás y sitio donde estaba;*
*tanto grosor tenía la cubierta,*
*gordor y corpulencia de los palos*
*sobre que fue la fábrica compuesta.* (2)

Para mí no es dudoso que esta noticia de la duración increíble del incendio, tradicionalmente conservada por el pueblo y jamás contradicha por nadie, fue lo que más obligó a los historiadores a esmerarse tánto en las descripciones del Templo, que al fin lograron ponerlo en condición y categoría de maravilla sin semejante. Y si me preguntaran cómo vino a creerse en un incendio, no digamos de cinco años,

(1) L. c., página 197.

(2) L. c., página 198.

1) Historia General de las Indias, página 118, Bogotá, 1881.

(2) La cita es de Piedrahita, página 119.

sino de uno sólo, yo respondería con el padre Aguado, que es el más sobrio de nuestros cronistas, que "la causa de durar tánto el fuego dicen haber sido la mucha paja que sobre sí tenía, que conservaba después de quemada el fuego en los maderos gruesos que debajo de esta ceniza estaban". (1). Hízose allí, en otros términos, un horno grandísimo por el estilo de éstos que se usan en La Calera para labrar el carbón vegetal, y como reparasen algunos en que meses después del incendio todavía se hallaban tizones y rescoldo debajo de las cenizas, cundió la noticia, ponderóse el suceso y de exageración en exageración, más fáciles a medida que el acontecimiento iba alejándose, llegó a estimarse la duración del incendio hasta en seis años, como se dirá más adelante.

A los ojos de Strauss, esto sería un ejemplo del *mito histórico*. Cuádrales en realidad a estos seis años de combustión aquello de que "un hecho rigurosamente histórico puede revestirse de formas diversas merced a la índole de los antiguos y al lenguaje que les era inspirado por su mucha imaginación". La de los indios y conquistadores no sería muy brillante y por eso se contentó con multiplicar el tiempo y convertir dos o tres meses en seis años.

Admitidos estos seis años, fue preciso buscarles una causa o razón suficientes y para ello hubo que convertir el Templo del Sol en la más señalada fábrica o monumento de los muiscas. Oponíanse a este propósito el buen juicio y la templanza del padre Aguado, pero pudo más el apetito de cosas maravillosas, y el Templo de Sogamoso guardó su fama durante los tiempos coloniales y con ella incólume pasó a la época republicana, como nos lo atestigua el señor Groot, quien, dicho sea de paso, cuidó de añadir otro dato importantísimo para engrandecer aún más la idea que entonces se tenía del Templo: "Como el edificio era tan grande y todo de maderas y paja, se levantaron tales llamas, que no sólo iluminaban toda la ciudad, sino aún muchos de los campos circunvecinos. Los cronistas antiguos atestiguan que el fuego se conservó hasta por seis años bajo las ruinas del Templo, cuyas columnas eran de maderas tan fuertes e incorruptibles como el guayacán, tan gruesas que no alcanzaban a abrazarlas cuatro hombres con los brazos abiertos". (1)

(1) Aguado, Rec. Hist., página 159.

(1) Historia Ecle., etc., volumen I, página 39, ed. de 1869.

***

Al estrago que hicieron las llamas en el Templo del Sol no podemos calificarlo de definitivo, porque precisamente de entre esas cenizas surgió el Templo legendario y magnífico que estábamos acostumbrados a imaginar en las cercanías de Sogamoso. Como el fénix renace de sus propias pavesas, así renació de las suyas el adoratorio muisca a impulsos de la fantasía, y fue en esta segunda existencia que le procuró la leyenda, mucho más imponente, rico y majestuoso de lo que había sido en la realidad. Y fue también más duradero; porque el Templo del Sol que nos dieron a conocer los cronistas subsistió en la memoria de los hombres por cuatrocientos años, no bien cumplidos, mas de seguro no alcanzó a tánto el Templo del Sol que fabricaron los indios a la entrada del valle de Moniquirá.

Si el Templo real y verdadero sucumbió allá hacia la mitad del siglo XVI por la codicia desapoderada y ciega de los buscadores de tesoros, ahora parece que está sucumbiendo el Templo fantástico por la codicia noble e inteligente de los que andan en pos de la verdad histórica. Entre las llamaradas que engendró el descuido de unos soldados se desplomó el bohío que alzaron los indígenas, y ante la luz que esparcen las solicitudes e investigaciones de los peritos oficiales

(1), va a desvanecerse para siempre jamás el Santuario que fantasearon los cronistas.

Porque de este Templo de tánta majestad, "en quien toda la tierra tenía puesta su confianza—son palabras de fray Pedro Simón—ya no nos queda sino una choza de 114 metros de circuito, y de esas columnas que no alcanzaban a abarcar cuatro hombres con los brazos abiertos, no quedan sino unos maderos de 80 a 90 centímetros de diámetro.

Así lo atestigua la Comisión oficial que despachó el Gobierno de la República (1) para explorar el sitio y estudiar las reliquias del Templo de Sogamoso; y no puede úno resolverse a seguir creyendo en esa magnificencia legendaria ni a fomentar la ilusión de que queden por descubrir algunas maravillas de esas con que soñaron los historiadores, si se atiende a que la Comisión mentada juzgó suficientes dos días para esclarecer el asunto, recoger tradiciones, dictar



Escultura del Templo del Sol del Cuzco, muy semejante a los modelos del Renacimiento.

(1) El General Carlos Cuervo Márquez y el doctor Gerardo Arrubla.

(1) Comisión oficial, "El Nuevo Tiempo", marzo 28 de 1924.

una conferencia, interrogar testigos y hacer excavaciones en el predio de "Los Solares", que será famoso en adelante, porque allí es donde con mayor verosimilitud puede situarse el Templo muisca. (1)

No vaya a creerse, sin embargo, que lo somero de estas pesquisas y la celeridad con que se llevaron a cabo, autoricen a nadie para suponer que el historiógrafo Arrubla y el arqueólogo Cuervo Márquez desestiman el monumento indígena y menoscaban su importancia. Consideran, por el contrario, que si los restos y vestigios del adoratorio no dan de sí cosa mayor, ni pueden prometer ulteriores revelaciones, todavía puede salvarse algo y mucho de lo que nos trasmitió la tradición colonial; de ahí que el señor Arrubla nos diga: "La fama del Templo no ha de entenderse por la belleza o magnificencia de su arquitectura, sino por las riquezas que encerraba". (2)

Homenaje es éste tributado al testimonio de Piedrahita, que habla de "la grandeza de los tesoros del Templo y de la curiosidad de sus arreos"; pero yo no sé si tendremos que rebajar estos cálculos y confinarlos en el dominio de la leyenda, por cuanto a ciencia cierta no consta que tales riquezas existiesen fuéra de la imaginación de los cronistas. El mismo doctor Arrubla así lo reconoce: "De los tesoros encerrados en el Templo, *se sabe tan sólo* que los soldados que a él entraron, vieron unos cuerpos humanos momificados que reposaban sobre barbacoas o poyos de caña, envueltos en finas telas de algodón y adornados con joyas de oro y sartas vistosas de cuentas". (3)

Pero el doctor Arrubla no se resigna fácilmente a ver empobrecido el Templo del Sol y convertidas su majestad y su opulencia en humo fantástico. Otro tanto nos acontece a los que miramos y acogemos con predilección toda leyenda, y así es muy natural que se empeñe en conservar a todo trance esa idea de las riquezas pasmosas recatadas en el adoratorio de Suamox. Dice, pues, a este propósito: "Sobrado tiempo tuvieron los aborígenes para poner a buen recaudo lo mejor de los tesoros de Suamox". (1).

Desgraciadamente, no es ésta la opinión del obispo Lucas Fernández de Piedrahita, el cual, después de referir cómo "los indios sacaron mucha parte de las riquezas que tenían en sus casas y adoratorios", concluye con esta frase: "aunque del Templo mayor (o porque fuese religiosa atención, o por cosa común y lo más cierto, porque no fue posible) no pudieron sacar la riqueza que bastara para el remedio de muchos, si pudiera lograrse". (2) Quédese esta contradicción para que la ventilen entre sí don Lucas y don Gerardo.

Si el doctor Arrubla leyera estas líneas, supongo que acudiría luégo a defender sus conjeturas con estas otras que figuran en el informe oficial de la comisión arqueológica:

"Existe otra circunstancia muy digna de apuntarse, y es la del hallazgo en el mismo sitio de que se trata, de gran cantidad de objetos de oro, piedra y arcilla, caracoles, sartas de cuentas, etc., que bien pudieron haber sido las ofrendas hechas a la divinidad tutelar del Santuario, que se guardaban en alcancías o gazofilicios. Y téngase presente que el lugar en donde se alzó el Templo tuvo que tentar la codicia de los buscadores de tesoros desde la época de la conquista, quienes, seguramente, practicarían numerosas excavaciones" (3)

¿No es cierto—dirá el doctor Arrubla—que bastan y sobran esos hallazgos y estas excavaciones para confir-

---

(1) "El Nuevo Tiempo", l. c.

(2) "Santa Fe y Bogotá", mayo de 1924, página 271.

(3) "Santa Fe y Bogotá", l. c.

(1) "Santa Fe y Bogotá", l. c.

(2) "Santa Fe y Bogotá", l. c.

(3) "Santa Fe y Bogotá", l. c.

marnos en la opinión de que abundaron el oro y las preciosidades en el santuario muisca?

A lo cual respondería yo que ello es algo problemático, visto que casi todas las tradiciones relativas a tesoros enterrados y a encuentro de *guacas* y *santuarios*, como decimos por acá, suelen andar mezclados con mil suertes de exageraciones, y de ordinario se reducen a puros embelecos, trampantojos y quimeras que abultan y magnifican algún hallazgo de menor cuantía. Y en cuanto a las excavaciones que han venido haciéndose "desde la época de la conquista", es muy de sentir que la comisión oficial no nos haya dicho si al revolver y estudiar el terreno de "Los Solares", halló rastros y pruebas de ese rebusco pertinaz, ahincado y codicioso que se menciona en el informe rendido.

En suma, es bien posible que el predio y jurisdicción de "Los Solares" no haya atesorado más riquezas que el "Pozo de Donato", donde se cuenta que fueron lanzadas las enormes riquezas del Cacique de Tunja. Pero no hay que olvidar que éstos son "rastros y noticias ciegas", como dice fray Pedro Simón.

***

Hacía 1537 las llamas destruyeron el Templo del Sol, que tenían los muiscas en Sogamoso (1); en nuestros días el examen crítico de las crónicas antiguas y de los restos arqueológicos acabará con el Templo legendario y fabuloso que fraguaron los historiadores coloniales; ¿no quedará de todo ello sino "leves cenizas desdichadas" que vuelen por los campos de las tradiciones patrias? De la leyenda que estamos viendo desaparecer, ¿no surgirá otra de más aventajada hermosura, de más largos alcances y de más profundo significado?

Por mi parte, no solamente creo que así tiene que suceder, sino que sospecho que esa leyenda futura tendrá por asunto la glorificación del pueblo muisca. Ignoro si serán menester pocos o muchos años para construír la tal leyenda y para transfigurar al indio que habitó estas tierras y hacer de él y de su raza un símbolo ideal e imperecedero; lo que sí sé es que el gérmen de su glorificación advenidera vive ya en nuestros ánimos y que allí fueron a buscarlo el arqueólogo Cuervo y el historiador Arrubla para darle fe de existencia con esas palabras finales de su informe en que piden al Gobierno "la erección de un monumento conmemorativo que perpetúe el recuerdo de la nación aborigen y sea símbolo de sus tradiciones, de su civilización y de sus infortunios".

De éstos, sobre todo, porque lo más excelso que hay en el indio son sus dolores, conforme a lo que dijo Juan Montalvo: "Si mi pluma tuviera dón de lágrimas, yo escribiría un libro titulado *El Indio* y haría llorar al mundo".

Luis Soracta

---

(1) Moscaso muiscas, llama el padre Simón a los indios habitadores de Bogotá y Tunja. L. c., página 193.

---

*Erratas.*—Por relacionarse íntimamente con cuestiones históricas de grande importancia, anotamos dos erratas que aparecieron involuntariamente en los dos números anteriores:

Página 18, línea 9, de la columna primera: léase hija en vez de hermana (es bien sabido que la esposa del General Herrán fue hija del General Tomás Cipriano de Mosquera).

Página 42, línea 19 de la columna primera: léase Andrés Caicedo Bastida en vez de Juan Bastida, que allí aparece.

# EL ESCARABAJO SAGRADO

La construcción del nido, salvaguardia de la familia, da la más elevada expresión de las facultades instintivas. El ave, ingenioso arquitecto, nos lo enseña, y el insecto, tan vario en sus talentos, nos lo repite diciéndonos: la maternidad es la soberana inspiradora del instinto; ella es el foco, tres veces santo, en donde se incuban para brotar súbitamente después en esos inconcebibles esplendores psíquicos que nos ofrece el simulacro de una razón infalible .

Lo más digno de nuestra atención en este concepto, son los *himenópteros*, a los que incumbe en su plenitud los cuidados de la maternidad. Son maestros en multitud de industrias, ejercidas en intención de una familia que jamás verán con sus ojos de facetas, y que, sin embargo, conoce muy bien la previsión maternal. Uno se hace tejedor de telas, y enfurte odres de algodón en rama; otro se convierte en cestero y trenza canastillas con pedazos de hojas; éste se hace albañil, edifica habitaciones y cúpulas de guijarrillos; aquél monta un taller de cerámica, en que el barro se modela en elegantes ánforas y panzudas ollas; esotro se dedica al arte de la minería, y abre en el suelo misteriosos hipogeos de tibias humedades. Para la preparación de la vivienda pónense en obra miel; pasteles de polen; conservas de tras, y a veces hasta desconocidas por nuestra industria. Después vienen los víveres de las crías; montones de miel; pasteles de polen, conservas de caza sabiamente aletargadas. En semejantes trabajos, cuyo exclusivo objeto es el porvenir de la familia, brotan las más altas manifestaciones del instinto de los escarabajos.

Son huéspedes asiduos, algunos de ellos, de los rebaños y por eso exhalan suave aroma de apriscos. Sus costumbres pastoriles llaman la atención de los naturalistas, quienes poco amigos de la eufonía, esta vez han cambiado de parecer para poner en sus dignosis las denominaciones de Melibea, Amintas, etc. Aquí encontramos toda una serie de nombres bucólicos, celebrados por los poetas desde la más remota antigiiedad; las églogas virgilianas han suministrado su vocabulario esta vez al naturalista.

¡Qué celo el de todos ellos alrededor de la boñiga, dentro de la cual pondrán todo a sus hijos! Los hay que trabajan al cielo abierto y raen la superficie; otros se abren galerías en el espesor mismo del montón en busca de filones más selectos; los hay que explotan la capa inferior para enterrar inmediatamente sus huevos en el suelo, juntamente con la boñiga; y algunos, los más pequeños, desmigan en un lugar apartado un pedazo desprendido de las excavaciones de los demás escarabajos. Otros, los últimos, y sin duda los más hambrientos, se comen el manjar allí mismo; pero el mayor número procura establecer un depósito que les permita pasar largos días en la abundancia.

Sin embargo, quién es ese que a pasos menuditos viene en busca de la boñiga? Sus largas patas se mueven con brusca torpeza, como si las impulsara un mecanismo que el insecto llevase en el vientre, y sus antenas diminutas y rojizas se abren en abanico, signo evidente de una codicia inquieta. Este es el escarabajo sagrado, vestido enteramente de negro, el mayor y el más célebre de todos los escarabajos llamados peloteros. Los egipcios le veneraban, considerándole como símbolo de la inmortalidad. Sigamos en todas sus fases la confección de la famosa bola que él va a hacer y averigiiemos para qué la hace.

La caperuza, es decir, el borde de la cabeza, ancha y plana, está dentada con seis salientes angulares alineados en semicírculo; éste es el instrumento que le sirve para escarbar y despedazar la boñiga; el rastrillo, que levanta y

rehusa las fibras vegetales, no nutritivas, tiene por objeto raer y juntar luégo. De este modo se hace una selección, pues para estos finos conocedores del alimento de sus hijos, todas estas operaciones valen muchísimo.

Para sus propias necesidades el escarabajo es muy poco exigente; se contenta con poco y no muy escogido. La caperuza desbarata la materia; con las patas posteriores hace el oficio de tornero; ellas, sobre todo las del último par, son largas y delgadas, ligeramente encorvadas en arco y terminadas en una garra muy aguda. Basta verlas para reconocer en ellas un compás esférico que, con sus ramas curvas, enlaza un cuerpo globuloso, a fin de corregir sus formas. En efecto, el oficio de estas patas es modelar la bola.

Preparada la bola y muchas veces después de un largo y penoso camino en que ha corrido la contingencia de que otro escarabajo le robe lo que ha trabajado—porque es de saber que los escarabajos son ladrones—llega por fin a la madriguera, que es una cavidad abierta en un terreno blando, generalmente en la arena, poco profunda y que comunica con el exterior por un viaducto que permita el paso de la bola; sólo que si la bola no está destinada a la comida del escarabajo en persona, sino a la de los hijos por nacer, ésta tiene casi la forma de una pera.

¿Dónde está el huevo en esta masa alimenticia, de forma tan singular? ¿Acaso en el centro de ella, por ser lo mejor defendido? Hé aquí que la cosa no es así, por más que nosotros lo pensemos como algo muy racional. El huevo está en la porción más angosta de la pera, en el cuello mismo, para evitar el peligro del endurecimiento de la materia, cosa que haría imposible tanto la alimentación de la larva como la salida al aire libre.

De esta suerte misteriosa prepara un escarabajo el alimento de hijos que nacerán cuando él ya haya muerto.

*J. H. Fabre*

---

# Poesía.

*Cantar con los pastores junto a los regatillos;*
*triscar con las zagalas bajo los robledales,*
*y tañer por el día plácidos caramillos*
*y rimar por la noche líricos madrigales.*

*Tener a nuestro lado una madre riendo*
*y lejos de nosotros una novia esperando,*
*e ir con el alma henchida de fervor, escribiendo*
*lo que vayan la madre y la novia dictando.....*

*Llevar dentro del pecho muchísimos cariños,*
*guardar en las pupilas muchísimos reflejos*
*y en la frente una roja y alada hechicería....*

*Y soñar sonriendo, como sueñan los niños*
*y cantar sollozando como cantan los viejos....*
*Sueños, coplas y amores..... Esa es la poesía.*

MARCIANO ZURITA

# Cristo y el Discípulo Amado



## Oro Viejo.

Mas si es pastor Cristo por el lugar de su vida, ¿cuánto con más razón lo será por el ingenio de su condición, por las amorosas entrañas que tiene, a cuya grandeza no hay lengua ni encarecimiento que allegue? Porque demás de que todas sus obras son amor; que en nacer nos amó y viviendo nos ama, y por nuestro amor padeció muerte, y todo lo que en la vida hizo y todo lo que en el morir padeció y cuanto glorioso ahora y sentado a la diestra del Padre negocia y entiende, lo ordena todo con amor para nuestro provecho; así que demás de que todo su obrar es amar, la afición y la terneza de entrañas, y la solicitud y cuidado amoroso, y el encendimiento e intensión de la voluntad, con que siempre hace esas mismas obras de amor que por nosotros obró, excede todo cuanto se puede imaginar y decir. No hay madre así solícita, ni esposa así blanda, ni corazón de amor así tierno y vencido, ni título ninguno de amistad así puesto en fineza, que le iguale o le llegue. Porque antes que le amemos, nos ama; y ofendiéndole y despreciándole locamente, nos busca; y no puede tánto la ceguedad de mi vista, ni mi obstinada dureza, que no pueda más la blandura ardiente de su misericordia dulcísima. Madruga, durmiendo nosotros, descuidados del peligro que nos amenaza. Madruga, digo, antes que amanezca se levanta, o por decir verdad, no duerme ni reposa, sino asido siempre a la aldaba de nuestro corazón y a todas horas le hiere y le dice, como en los Cantares se escribe: "Abreme, hermana mía, amiga mía, esposa mía, ábreme que la cabeza traigo llena de rocío y las guedejas de mis cabellos llenas de gotas de la noche".

*Fray Luis de León*

# Los sinsabores del señor Marqués.

Sobre el portón de la más auténtica casa colonial de esta ciudad, hállase un escudo de madera que lleva en el primer cuartel cinco lirios de plata en campo rojo, y en el segundo, que es en aspa o frange, seis barras de azur en campo de plata. Sobrepuesta hay allí una corona de Marqués, señal cierta de que el señor de esta casa, que ya llevaba escudo de armas como heredero de algún rico mayorazgo, vino a añadírsele más tarde, por merced del rey, algún título de la nobleza de Castilla.

Y así fue, en efecto, porque en esta casa habitó, en la última mitad del siglo XVIII, don Jorge Miguel Lozano de Peralta y Varáez, Maldonado de Mendoza y Olalla, primer Marqués de San Jorge, octavo poseedor del mayorazgo llamado de la dehesa de Bogotá, y alférez real de Santa Fe. Era el señor Lozano hombre acaudalado como pocos entre nosotros, porque la tal dehesa de Bogotá, que era patrimonio de la familia desde los tiempos del conquistador don Antón de Olalla ocupaba en aquel entonces buena parte de las tierras que hoy forman las mejores haciendas de la Sabana. Llevaba, además, Lozano, con los apellidos que traía a cuestas, otras muchas ventajas, fuéra de que los muchos oficios que desempeñó siempre, le dieron muchos y muy codiciados honores, que hicieron del futuro Marqués un hombre harto renombrado en Santa Fe.

El matrimonio celebrado con doña María Tadea González Manrique, vino a añadirle a don Jorge Miguel nuevo y preclaro lustre, puesto que la esposa descendía por línea recta del señor del Castillo de Bocachica, en Cartagena de Indias, y como de este matrimonio tuvo el señor Marqués siete primorosas y celebradas hijas y dos hijos, parecía en apariencia que Lozano fuese el más dichoso de la conventual ciudad de nuestros mayores.

Sin embargo, don Jorge Miguel Lozano de Peralta, Marqués de San Jorge, fue un desgraciado que nunca pudo vivir en paz y concordia con las autoridades coloniales, que anduvo siempre enredado en pleitos y querellas con el Cabildo y la Real Audiencia y que terminó lastimosamente su vida en Cartagena, a poco de salir de una prisión poco grata y sobre todo poco digna de la nobleza y dignidad del señor Marqués.

Debióse todo esto a varias causas, que bien pudiéramos compendiar en una sola. El Marqués de San Jorge no era español, nacido en tierras de la Península: era un *criollo,* nacido en Indias, y la tal condición de *criollo* en los días de la Colonia era desgraciadísima, aunque anduviese unida a todos los títulos y riquezas del señor Lozano. El desdén con que miraban a los *criollos* los españoles de la Península, era tan grande, que refiere Vargas Jurado, y baste este solo hecho, porque por el hilo se conoce el ovillo, que en cierta ocasión, la víspera del día de Corpus Christi del año de 1752, un *chapetón,* llamado Domingo Orán, por el sólo deseo de divertirse a costa de los *criollos*, echó un volador a la cara del pobre Vargas, y otro a un niño que con él iba, y un tercero a don Manuel Benito de Castro, que por allí pasaba, y como protestara, como era razón de esto, don Manuel Benito, el chapetón Orán cargó contra él y lo pateó juntamente con otros españoles que tomaron parte en la burla, y así vino a quedar cojo el señor Castro, como lo atestigua Vargas Jurado, que lo vio de ahí en adelante andar en muletas por la ciudad. Y el 20 de julio del año diez, no tuvo por causa próxima otra que ésta de la malquerencia de los españoles para con los *criollos;* por lo cual bien puede decirse que, no los indígenas, sino los españoles nacidos aquí y reducidos luégo a condición de *criollos*, hicieron por odio a los españoles la independencia de la Nueva Granada.

No es, pues, cosa de mucha admira-

ción que, aunque don Jorge Miguel Lozano de Peralta se hubiese mostrado dadivoso y magnífico con ocasión de las fiestas que hubo en Santa Fe en la jura del Rey Carlos III, sin embargo, el español Groot de Vargas, regidor y capitán de corazas, le hubiera insultado tan cruelmente en pleno Cabildo y le


Casa del Marqués de San Jorge.

hubiera dicho "que tenía manchada la tierra y que era enemigo de los *chapetones*", porque esto se repetía a diario en la tranquila ciudad de Santa Fe. Esto, que aconteció algunos años después de las fiestas a que he aludido, y que pudo terminar en sangriento duelo, amargó tánto a Lozano, que renunció todos los cargos públicos y que le llevó a entablar un juicio contra Groot de Vargas, que perduró por luengos años.

Mucho más tarde, la buena suerte pareció favorecer de nuevo al señor Lozano, porque en cédula de 16 de septiembre del año de 1772, el rey don Carlos III le hizo merced a don Jorge Miguel del honrosísimo título de Marqués de San Jorge. Dichoso debió de ser para Lozano aquel día en que tuvo entre sus manos la real cédula, y desde entonces firmó siempre como Marqués y como tal hizo poner la corona en su escudo de armas. Mas la Real Audiencia de Santa Fe se encargó de acibarar presto el pacífico disfrutar de este goce, porque luégo le exigió que para usar del título era menester que depositara en las reales cajas los crecidos derechos de lanzas y media anata, que en estos casos se exigían. El señor Lozano se negó a ello, porque decía que las gracias y favores no se pagaban, y la Audiencia, en acuerdo de 5 de mayo de 1777, le prohibió que llevara de ahí en adelante el título de Marqués.

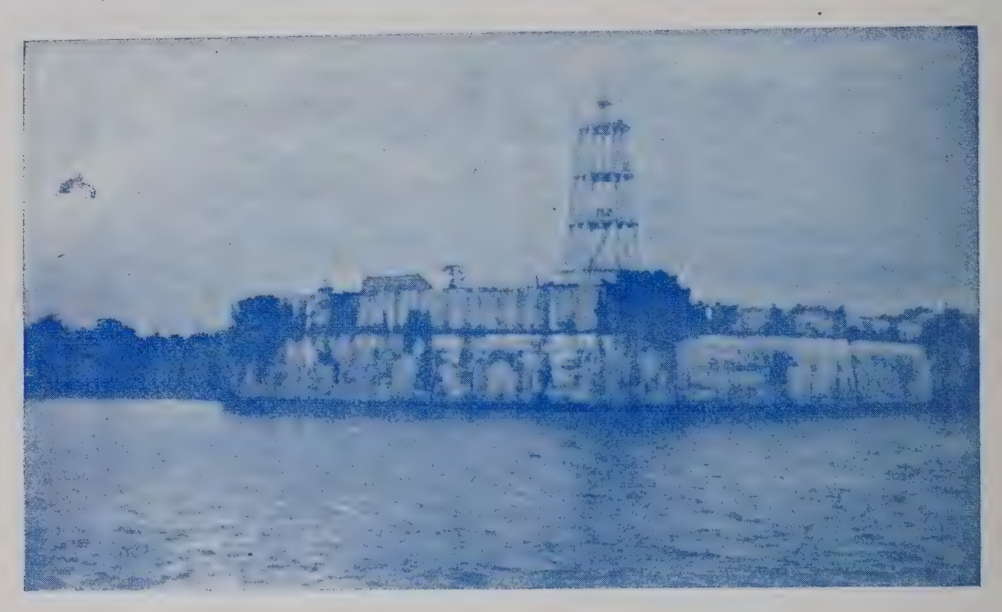
Antes andaba en pleitos con el Cabildo por la pendencia con Groot de Vargas, y ahora se enredó en un litigio con la Real Audiencia, y como el Marqués era soberbio y los Oidores enemigos por lo general de los *criollos,* la cosa nunca tuvo la solución tan deseada por el señor Lozano.

Mas la insurrección de los Comuneros del Socorro podía ser la ocasión tan apetecida por Lozano para recuperar su prestigio tan menguado en los últimos años, y así, no bien tuvo noticia de ella, cuando organizó en Santa Fe una compañía de nobles para defender los derechos de la Corona, consiguió a costa suya cien caballos para los nobles y fue en volandas a Zipaquirá para ver de componer las cosas con los insurrectos que ya andaban por allí y que lo habían comisionado para arreglarlas con el señor Virrey. Terminó la insurrección y nadie, y mucho menos el Virrey, pensó en conservar a Lozano en el puesto que él ocupaba al comienzo de la reyerta. Grande fue la amargura del Marqués cuando vio que no le habían nombrado coronel de caballería, como él lo esperaba, y tan grande, que luégo apeló al Rey y se quejó ante él de la conducta del señor Virrey, que lo era en aquel entonces el Arzobispo Caballero y Góngora.

Esta última resolución acabó de perder al señor Lozano, que ya no pudo contar, ni con el favor del Cabildo, al

cual ya no pertenecía, ni con el de la Real Audiencia, ni con el del señor Virrey, que cuando supo la queja, lo llevó muy a mal. El Marqués se había quejado de que el Virrey no le hubiera recompensado sus buenos servicios en la época de la insurrección de los Comuneros; de haber perdido la casa solariega, que ahora, contra todo derecho, según él, habitaba el Oidor Mon y Velarde, a quien él en alguna ocasión había recusado como juez; se había quejado, asimismo, de la resolución de la Real Audiencia de Santa Fe, que le prohibía usar el título de Marqués, y por último, de tener que vivir en la dehesa, porque a más de faltarle casa en la ciudad, los odios que los *chapetones* le tenían le hacían imposible habitar en el poblado.

Esta queja, que nadie conoció en Santa Fe, cuando fue enviada al Rey, fue devuelta a la Nueva Granada para que acá se estudiase el asunto. El señor Caballero y Góngora comisionó para el estudio de este asunto al Oidor Inclán, enemigo como es razón, del Marqués, y éste, a su vez, quiso oír el parecer de varias personas, entre las cuales figuran los nombres de don Juan de Sarreta, superintendente de la Real Casa de Moneda de Santa Fe, don Manuel Campuzano, asesor interino militar, don Francisco Serna, alguacil mayor de Corte, don Miguel Masústegui, chantre de la Metropolitana, y todos ellos, para mayor desgracia del señor Marqués, declararon infundadas las quejas y con grande escándalo dijeron que no sabían cómo Lozano "se había atrevido a lanzar quejas tan solapadas e inmotivadas contra el excelentísimo señor Virrey".



El Castillo de Bocachica.

Todos estos sinsabores fueron agriando tánto el genio del señor Marqués, que se hizo necesario enviarle prisionero al Castillo de Barajas en Cartagena, y aunque no estuvo mucho tiempo prisionero, no dejó por eso de andar enredado allí también en pleitos, ya que en Cartagena buscó abogados para defender su causa y recusó por parcial al fiscal don Antonio Vicente Yáñez.

Tan turbulento debía ser el Marqués, que el Virrey Ezpeleta, al contestar por los años de 1792, una carta del señor Gobernador de Cartagena, en que le pide permiso para echar de esa ciudad a Lozano, le dice Ezpeleta: "Es mejor que el mencionado Lozano determine

por sí su viaje a España, *o a donde le acomode,* pues mandarle salir de ésa para esta ciudad, daría lugar a que repitiera sus quejas, diciendo que se le impedía el uso que Su Majestad le concede".

Por todos estos hechos, pacientemente recopilados por el historiador Rivas, échase de ver que la tranquilidad de Santa Fe en los días de la Colonia, no fue tan grande como muchos imaginan, y que la altivez de los unos, el orgullo de los otros y las quejas de todos turbaban la paz de esta ciudad, que muchos han tenido por tranquilo cenobio.

Y en cuanto a Lozano, es de advertir que a las intranquilidades que le daban los Oidores y Virreyes, hay que juntar las que en muchas ocasiones le proporcionó su misma familia. Con gusto vio, según parece, el matrimonio de doña Josefa con D. Manuel de Bernardo Alvarez, futuro Presidente dictador de Cundinamarca; no le desagradó el matrimonio de doña Petronila con José Antonio Portocarrero, el fundador de la quinta de Monserrate, que ahora se llama de Bolívar; aceptó el matrimonio de todas sus otras hijas y de sus hijos, con grande regocijo. Mas cuando un caballero antioqueño, de nombre Juan Esteban Ricaurte, pretendió la mano de doña Clemencia, lo llevó tan a mal el Marqués, que, apoyado en no sé qué pragmática de Carlos III, declaró que se opondría por la fuerza al proyectado enlace, y eso que Ricaurte era tan de buena casta como los otros yernos del Marqués. No anduvieron con rodeos los enamorados, porque a poco, el día 5 de enero de 1782, se presentaron ambos a la Catedral, con grande estrépito (dice el Marqués en un documento) y con alboroto tal que escandalizó a los circunstantes y pidieron al párroco que presenciara luégo el matrimonio. Hubo, en efecto, escándalo en Santa Fe y el párroco, que lo era el doctor Fernando Camacho Rojas y Lago, rehusó presenciar el matrimonio, y don Juan Esteban fue a parar a la cárcel de corte, mientras doña Clemencia venía a quedar depositada en casa de doña María Prieto Dávila. Interpusieron los amantes recurso ante su Ilustrísima, y éste falló al cabo en favor de ellos y contra las pretensiones del señor Marqués, por lo cual pudieron casarse el día 6 de junio de aquel mismo año. Don Jorge Miguel no se dio por satifecho, y sabedor del matrimonio, desheredó a la hija y le prohibió que volviera a pisar la casa de sus padres, aun cuando más tarde, estando ya en Cartagena, perdonó a la hija y la declaró heredera en las mismas condiciones que los demás hijos de que he hablado.

A este matrimonio, que se llevó a cabo contra el parecer del Marqués, hay que juntar el del mismo Marqués, que se vino a casar en segundas nupcias con doña Magdalena Cabrera, poco antes del matrimonio de la hija a que he aludido. Fue tal mal visto por los hijos de don Jorge Miguel este segundo matrimonio de su padre, que ellos nunca quisieron tratar a la señora Cabrera con aquellos miramientos que su condición de esposa del Marqués pedían.

No fue, pues, muy tranquila y sosegada la vida del renombrado Marqués de San Jorge; querellas con los suyos, pleitos con las autoridades, prisiones y destierros, forman buena parte de esta vida que alguien pudo tener por privilegiada. Y es curioso pensar que la desgracia del Marqués cobijó en parte a los hijos y hasta los nietos; don José María, hombre de carácter pusilánime, desempeñó triste papel en los días de la Reconquista española; don Jorge Tadeo, hombre de mérito indiscutible, murió en el patíbulo después de un gobierno desgraciadísimo en tiempos de la Patria Boba; don Manuel de Bernardo Alvarez, uno de los yernos, murió en el cadalso, y don José María Portocarrero y Lozano, uno de los nietos, fue mártir en Cartagena, por habérsele sorprendido allí en armas contra el Rey. Parece increíble, eso sí, que el más renombrado de los nietos hubiera sido el hijo de doña Cle-

mencia, que supo sucumbir con grande gloria en la acción por siempre memorable de San Mateo.

J. A. B.



Nuevos diseños de filet para cortinas.

## Recetas de cocina.

*Huevos a la marquesa.*—Se cocinan doce huevos hasta que queden duros y luégo se les quita la cáscara. A uno de los extremos de cada huevo se le hace un sacabocado y por allí se le saca la yema. Se rellenan luégo con lo siguiente:

125 gramos de hongos; la pechuga de un pollo cocido; 60 gramos de lengua nitrada; 25 gramos de trufas. Todo esto cortado en trozos pequeñitos. Se revuelve todo en salsa *béchamel* espesa, y después de haberlo puesto dentro del huevo, se vuelve a tapar con el sacabocado de que se habló. En seguida se cubre esto con la salsa *béchamel,* haciéndolo por separado con cada huevo, salsa que debe estar casi fría; cuando ella se vaya endureciendo, se arreglan los huevos en forma de pirámide en la bandeja que se ha de llevar a la mesa.

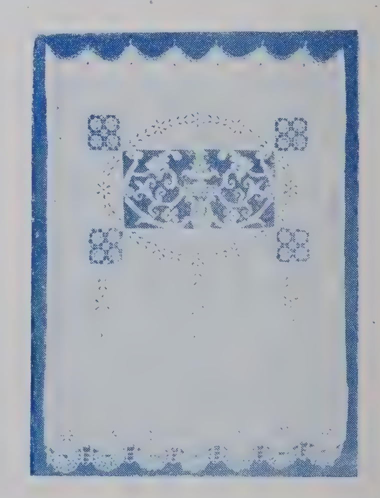
*Nota.*—Las recetas de *Lecturas* están a cargo de un distinguido grupo de señoras bogotanas, quienes se preocupan por dar siempre algo original y nuevo.

## Duque y Marquesa.

*Por Guy Chantepleure.*

Por allá en los tiempos de las pelucas empolvadas y de las gorgueras, de las insensatas aventuras y de los pleitos interminables, el duque de Trocantiqué y su noble vecina la marquesa de Souchevieille, se disputaban con encarnizamiento la posesión de un bosque de avellanos.

¿Cuál de los dos contrincantes tenía razón? Difícil sería averiguarlo, ya que es conocida la habilidad con que los señores de la Chicana saben manejar tales asuntos. Quizá estaría de parte de la marquesa... Tal vez de la del duque, o probablemente, de la de ambos. Un misántropo y a la vez gran pensador, La Rochefucauld, que debía conocer al dedillo estos asuntos, decía que los litigios podrían zanjarse pronta-



Store de lino con filet finísimo según un último modelo italiano.

mente, si no fuera por las preocupaciones de una y otra parte; sin embargo, el litigio del duque y la marquesa duraba desde hacía siete años.

No obstante, como respecto a uno y otro castillo no cesaban de llover los más enrevesados escritos, los dos castellanos abrigaban dudas sobre el éxito del pleito de cada cual. Era cierto que la sentencia que dictara el tribunal no podría causar mayor perjuicio pecuniario al vencido; pero como el amor propio andaba metido en el lío, el objetivo del debate sería un alfilerazo que el encarnizamiento de los contendores procuraría esquivar.

El terror de perder se impuso de tal modo en la imaginación de uno y otro, que desechando el incentivo de la ganancia, al fin resolvieron entrar en arreglos.

Un hermoso día, el duque de Trocantique, fingiendo que transigía, por pura condescendencia, solicitó la mano de la marquesa, la cual, con el pretexto de conciliarlo todo y de dar pruebas de carácter afable, se dignó otorgársela. La avellaneda pasaba a la comunidad y el asunto quedaba arreglado por sí mismo.

La buena nueva de estos esponsales puso en movimiento la lengua de los que de cerca o de lejos conocían el pleito.

Los abogados arrinconaron sus polvorientos expedientes.

¡Pobres gentes!—dijeron en són de apología. Casarse para transigir un pleito! Se parecen al loco de marras que no quería meterse en el agua por miedo de mojarse.

Los allegados del duque y de la marquesa se alzaron de hombros y exclamaron:

—Los pleitos siempre cuestan más de lo que se cree.

Pero las gentes de mundo aplaudieron, por parecerles muy razonable el proyecto.

—Los futuros esposos, dijo entre paréntesis la condesa de Languefine, poseen hermosos títulos y fortuna, ambos son viudos, ambos viejos y feos... y por añadidura, se detestan. ¿Qué más puede exigirse para un matrimonio completo?

A los interesados muy poco les preocupaban tales habladurías, contentábanse con deplorar las exigencias de la suerte y con retardar lo más posible la ejecución de su recíproca promesa.

El galante novio, alegando negocios en la ciudad, y la dulce prometida pretextando quehaceres en el campo, se favorecieron mutuamente con un plazo.

Para respetar las conveniencias sociales, juraron que se escribirían, y así se separaron.

***

En una casa del arrabal volvemos a encontrar al duque de Trocantique.

Arrellenado en una poltrona Luis XIII, en actitud imponente, con sus cabellos grises y su bata de seda acolchonada, de color de amaranto, que resaltan sobre el oscuro tapiz de las paredes, rompe distraída la cubierta blasonada de una carta que acaban de traerle; echa un vistazo sobre la letra de mujer que llena sus páginas y dice sonriendo:

—Aquí hay trabajo para tí, sobrino Claudio.

Claudio, en pie, está cerca al marco de la ventana de vidrios montados en plomo. Sus veinte años, sus ojos de un tinte verde claro, sus rubios cabellos salpicados de polvo y su gorguera ribeteada de encaje, alegran la vieja estancia. Coqueto y travieso como un madrigal, pero juvenil y fresco como la primavera, parece haber venido al mundo para servir de modelo al esfumino de La Tour y a la pluma de Marivaux.

—¿Cómo se le alargaría la nariz a mi respetable amiga, si se percatase del caso que hago yo de sus lucubraciones, agrega el señor de Trocantique.

Entre tanto que el venerable gentilhombre se abanica con su pañuelo de Malinas, Claudio se lleva la carta de

la marquesa y la lee a solas, como para deleitarse más en ella.

Llenaba ésta una gentil charla que dejaba suponer que la imaginación de la señora Souchevielle se había conservado fresca, a pesar de su arrugado rostro. Decíanse allí sin pedantería cosas serias; sin frivolidad cosas recreativas. Aquí y allí un ribete de filosofía y hasta un poco de política... Era preciso que fuese de la época.... Pero a menudo también ojeadas sobre el campo, sobre el apego a la vida campesina, sobre los bosques, algo así como un reflejo de verdor tomado no se sabe cómo, de un libro de Juan Jacobo e intercalado en esas páginas de una anciana; y en toda la carta, frases bien cortadas, rasgos maliciosos y delicadas ternuras, que se descubrían veladas por la jovialidad de las palabras. En verdad que era un encanto la tal carta, escrita apenas un siglo después de la señora de Sevigné, época en la cual las Sras. de Epinay, du Deffand y tántas otras, correspondían con las plumas de Voltaire y Diderot... Claudio saboreaba cada párrafo y aspiraba el perfume del papel rosado.

¡Oh! Cómo parecía evocar ese perfume una blanca mano, un bucle de cabellos un poco rebeldes, una gran pañoleta de encajes conservada entre el iris, y luégo castamente cruzada sobre un pecho joven y palpitante... si no se hubiese sabido sin sombra de engaño, que la escritora tenía más de sesenta años, los cabellos ralos y la mano amarillenta.




La calle de Bogotá en Pasto.

El joven se reía de sí mismo.

—Iré, decía para sí, a prendarme de una persona de esa edad? Sería más que insensatez, sería locura.

—¡Hola! sobrino,—exclamó el duque despertando de un ligero sueño, sigue la marquesa tan locuaz como de costumbre? Me prestas, encargándote de la respuesta de sus cartas, un servicio que nunca olvidaré... Lástima que no pudieras reemplazarme en todo!

En el castillo de Souchevieille, la marquesa recostada en una poltrona Pompadour y profusamente rodeada de delicadas bagatelas, lee la "Nueva

Heloísa", no sin recurrir de vez en cuando a su tabaquera de esmalte decorado.

A algunos pasos de ella, una joven escribe en un escritorio de madera de rosa. Escribe aprisa, aprisa, acentuando cada frase con graciosos movimientos de cabeza, como para admirar los gentiles rasgos negros que, sin hablar, habrán de decir tántas cosas; luégo sus ojos pardos buscan nuevas ideas en los pliegues de las cortinas de brocado de color gris perla, en donde amorcillos agarrados de columpios de cintas azules, se balancean entre las rosas... pero en seguida su delicada mano se entrega de nuevo a la labor.

Tiene diez y seis años. Su talle elegante, emerge sutil de entre las ondas de su traje de brocado y del terciopelo de su cuello; los lunares que luce en la barba y debajo del ojo izquierdo, parecen sin disputa sombras sobre su cutis de leche.

—¡Santo Dios!, sobrina Dora, ¿qué tántas cosas puedes decir al duque?— preguntó perezosamente la anciana señora.

—¡Eh! tía, esta carta no es tan larga como la que él ha escrito, replicó Dora, sonriendo. Preciso es que el duque esté apasionadamente prendado de usted, para que le diga con tal gentileza tan lindas cosas, y creo... sí, creo que usted será feliz con él. Es un carácter amable y un corazón muy tierno.

—El corazón de un portero y el carácter de un conductor de coches, hijita. ¡Ah! lástima que no tuvieras cuarenta años más!

Sonriendo siempre, la joven Dora selló su misiva, luégo se sentó cerca de la ventana, y se engolfó en sus ensueños mirando las nubes. Soñó, no que tenía cuarenta años más, sino que, como su tía, escribía cartas muy tiernas... y que el Duque de Trocantique tenía cuarenta años menos.

***

Sin embargo, se acercaba el día en que la bendición de la Iglesia iba a unir a los Trocantique con los Souchеivielle.

Una mañana, llegó el duque al castillo e hizo suplicar solemnemente a la marquesa se dignara esperarle en la avellaneda, pues allí deseaba presentar sus respetos a su noble prometida.

Esta contestó que aceptaba la cita; pero sucedió que en el momento de dirigirse al lugar convenido, el pobre duque sintió—¡oh, tres veces maldito contratiempo!—que le había acometido un ataque de gota, y que le causaba fuertes dolores una antigua herida, glorioso recuerdo de Fontenoy.

—Sobrino Claudio, exclamó, réstame sólo una cosa por hacer: véte a la avellaneda y sé el intérprete de mis excusas.

El joven con gran docilidad, se marchó en el acto.

Cosa singular. Palpitábale el corazón al pensar que iba a conocer a la que de tal modo se había apoderado de su ánimo.

Vituperándose interiormente, decía para sí:

—No obstante, es preciso que esto concluya. Cuando haya visto a la marquesa, adiós ensueños! Estoy cierto de que tiene blancos los cabellos y el talle contrahecho... No me asombraría de que cojeara.

Apenas había llegado Claudio a la avellaneda, cuando vio aparecer a lo lejos, en el extremo de la avenida en que tenía clavada la vista, un traje de color oscuro.

—¡Hola! dijo para sus adentros, el papel rosado revelaba diez y ocho años a lo más; pero ese traje de hoja seca parece de sesenta.

Sin embargo, tuvo que confesar que la delgada silueta que a lo lejos se divisaba, no se veía encorvada, ni que al caminar la marquesa trastabillara.

Entre tanto, la anciana señora se acercaba, se acercaba.

Por desgracia, tenía inclinada la cabeza y fijaba la vista en los guijarros del camino, así era que sólo se

distinguían de su rostro, los blancos cabellos peinados a la antigua, bajo el capuchón de un abrigo de color de pulga. Los cabellos eran muy blancos, imposible dudarlo. Cuando Claudio pudiera descubrir las arrugas de la frente y mejillas, el mirar apagado, la boca vencida, se reiría de su locura.

Empero, como clavase en ella sus miradas, la desconocida levantó la cabeza... Entonces vio que los ojos brillaban, que los labios tenían diez y seis años.... y que el polvo y nó la edad, habían blanqueado los rubios cabellos.

***

La hora de la cita había pasado ya en algunos minutos, cuando la marquesa, declarando que su jaqueca se disipaba, tomó el camino de la avellaneda. No podía dejar de asistir oculta entre los árboles al fracaso del duque de Trocantique.

—¿Qué irá a decir mi simplecilla a ese malvado bribón?—decía para sus adentros.

A pasos quedos la señora de Souchevielle entró al bosque, y allí se quedó estupefacta creyendo hallarse ante una visión. Justamente frente a ella se encontraba el duque entreabriendo las ramas para pasar.

Los dos enemigos de tiempo atrás se miraron de hito en hito, y luégo, de común acuerdo, volvieron los ojos hacia la avellaneda.

Todo allí era tranquilo, de aspecto juvenil y primaveral.

Los insectos saltaban sobre las corolas que se abrían y embalsamaban el aire; el sol brillaba y hacía reverdecer aquí y allí, por entre los claros de arboleda, las hojas muertas, en tanto que sentados uno al lado de la otra, con las manos entrelazadas, Claudio y Dora sonreían.

—Te amo, Dora, decía Claudio.

—Claudio, murmuraba Dora, yo también te amo...

En los nogales en flor había un gran concierto de pájaros.

.................................

Por un momento inmóvil el duque y la marquesa, miraron y escucharon sin chistar palabra, pues sólo tenían ojos para ver y oídos para escuchar ese dulce misterio de la unión de dos almas.

En seguida tornaron a la realidad, al importante asunto de sus mezquinos y disputados intereses.

—Estos muchachos son nuestros herederos; casémosles, duque, dijo la marquesa.

—Casémoslos, marquesa, contestó el

duque. Démosles la avellaneda y no discutamos más, repusieron ambos a la vez.

Y agregaron en su interior, con patética unanimidad:

"Alabado sea Dios, mi orgullo está a salvo... Ya no tendré que casarme!"

(Traducción de Carlos Suárez Murillo).

*Retiro de preparación para la fiesta del Corazón de Jesús.*—El retiro general que todos los años se acostumbra hacer como preparación para la fiesta, tendrá lugar en Santa Clara, en los días 16, 17 y 18 del presente mes, conforme al orden siguiente:

7 y media a. m.—Misa y plática del señor Subdirector, doctor Eduardo León Ortiz.

2 p. m.—Visita al Santísimo y plática del ilustrísimo señor Ismael Perdomo, arzobispo coadjutor.

5 p. m.—Rosario y plática del director José Alejandro Bermúdez Portocarrero.

*Novena del Corazón de Jesús.*—Se hará desde el día 19, a las 7 de la mañana, en la Iglesia Catedral; dirá la Misa el ilustrísimo señor Arzobispo coadjutor.

*Fiesta del Corazón de Jesús.*—Como lo ha acostumbrado desde hace sesenta años, la Congregación celebrará la fiesta en la Catedral, en el orden que se indica, el día 27 del presente mes:

5 y media a. m.—Misa de comunión de las socias sirvientas.

7 a. m.—Misa de comunión de las señoras socias.

9 a. m.—Misa de pontifical.

2 p. m.—Procesión de las socias desde Santa Clara a la Catedral, para hacer el acto de reparación de las señoras de Bogotá.

5 y media p. m.—Rosario, sermón del señor canónigo Dr. D. José Vicente Castro Silva; procesión con el Santísimo, Tedeum y Bendición.

*Defunciones.*—La Congregación ha registrado con pena la muerte de las señoras Graciliana Camacho Carrizosa, ilustre dama perteneciente a distinguidísima familia, y de la señora Ramona Posada, que en otro tiempo desempeñó el cargo de tesorera. El Consejo Directivo envía a los deudos de estas señoras su manifestación de sincero pesar.

---

LA MUJER CRISTIANA

Nota.— Por no haber espacio suficiente para imprimir algo de consideración acerca de este importante artículo, se continuará y concluirá en el próximo número. Pedimos excusas por esta involuntaria omisión.

# ELEGANCIAS



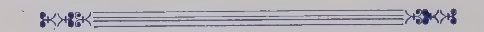
Sobretodos de última moda de la Casa Gaston Dronet.

# En el Almacén Lourdes

encuentra usted un surtido completo de estatuaria, porque tiene este almacén la representación exclusiva de la acreditada casa española

## EL ARTE CRISTIANO

En ese mismo almacén se halla toda clase de artículos de culto: cálices, copones, ornamentos, etc.



Diríjase usted al **Almacén Lourdes**

que es el mejor almacén en esta clase de artículos, y será atendido inmediatamente.

Dirección: **ANTONIO BRANDO** ~ Bogotá—Apartado 754.

**Dirección telegráfica: "BRANDO." - Teléfonoo 13-29.**



# Casa de Modas Amortegui.

Sucesora,

## María Socorro de Flórez.

Se encarga de la confección de toda clase de vestidos sastre, de novia, de ceremonia, sobretodos y vestidos para niñas.

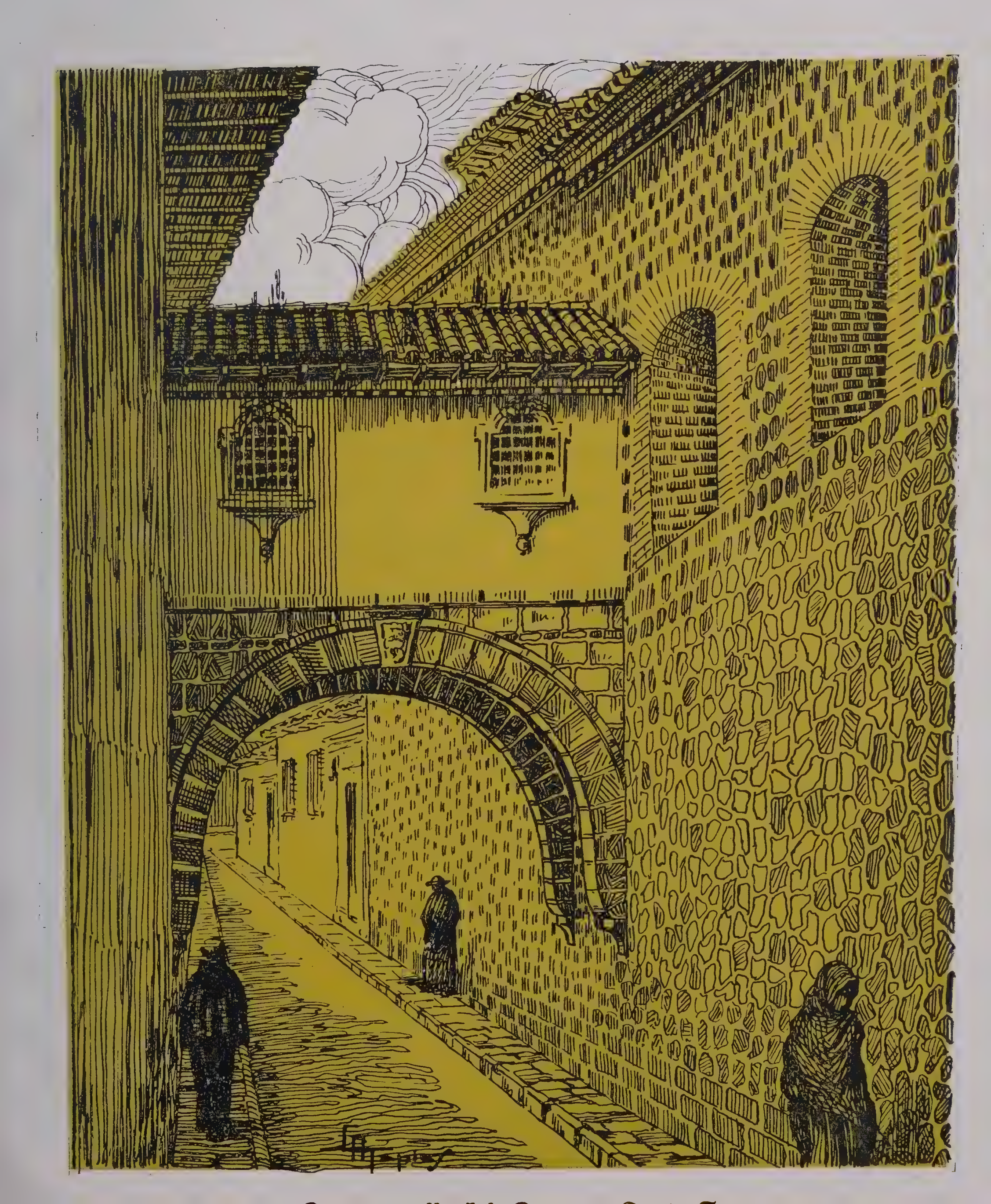
SE DESPACHAN PEDIDOS POR CORREO.

Teléfono 4-8-0.—Carrera 5.ª, número 110.

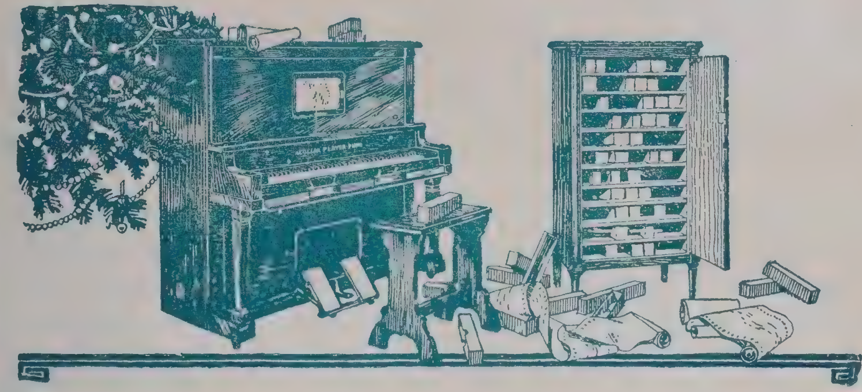
## TROCAHILOS Y PLEGADOS

# Lecturas

Número 5. Bogotá, julio de 1924. Precio, $ 0.10.



# La pianola Aeolian Duo-Art



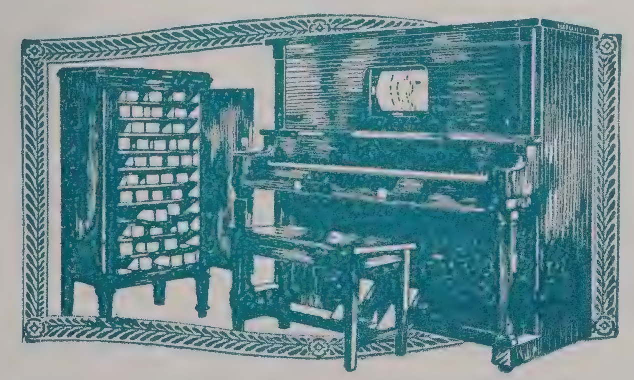
Es el nuevo instrumento maravilloso fabricado por la AEOLIAN COMPANY, único capaz de reproducir el estilo de los grandes maestros.

El DUO-ART ha hecho con el piano lo que ha querido hacer el fonógrafo con la voz. Reproducir con absoluta fidelidad, la fuerza, el tiempo, el estilo, el sentimiento.

El DUO-ART repite hasta los más sutiles matices que el ejecutante le haya querido imprimir a la composición.

El DUO-ART se fabrica solamente con las marcas de pianos más afamadas del mundo.

**Tenemos Wheelock, Steck, Stroud, etc.**
**Pianolas de $ 850, $ 1,000, $ 1,100 y $ 1,200**



Unica Agencia de la Aeolian Company,

## CAMACHO ROLDAN & TAMAYO

Nuevo Almacén: Calle 12, números 159 y 159-A.

Director:
JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ, Presbítero.

Dirección y Administración: Apartado 386

Teléfono No. 1766




Revista mensual ilustrada.

N.º 5.º — Bogotá, julio de 1924.—VOL. I

Condiciones:
Número suelto. . 0.10
Un trimestre . . . 0.30
Un semestre . . . 0.50
Un año . . . . . . 1.00

PAGO ANTICIPADO

# Hacia el corazón de los Andes.

*Hemos adaptado y en parte traducido este artículo que publicó en febrero de este año el "Harper's Magazine", como un testimonio de la admiración que nos inspiran los héroes de la aviación, y lo publicamos ahora para honrar con él, a nuestra manera, la memoria del piloto von Krohn, del señor Cortissoz y del mecánico señor Guillermo Fischer, muertos recientemente de manera trágica e inopinada en la ciudad de Barranquilla.*

La aventura del viaje en avión comenzó en la noche anterior al viaje mismo, en el momento en que un criado me anunció que un automóvil estaría a mi disposición en las primeras horas de la mañana siguiente, a eso de las cinco menos cuarto, para conducirme hasta el sitio donde se hallaba el hidroavión.

Después de comer me senté con mis compañeros en unas sillas mecedoras y bajo los árboles que hermosean los jardines de la Pensión Inglesa en Barranquilla. Fumábamos todos, mas yo no podía decir palabra alguna porque la idea fija y persistente de que al amanecer del otro día iba a volar, embargaba por completo mi espíritu... Volar por encima de las aguas del río Magdalena; ir en un avión en busca del corazón mismo de los Andes, había sido siempre una de aquellas ilusiones que en la vida perduran hasta tanto que las vemos convertidas en palpable realidad.

A los momentos de serena tranquilidad en que me entregué a los ensueños, siguió de cerca otro de grande agitación, pues fue menester preparar el equipaje. Para volar en Colombia es menester tener en cuenta el peso del equipaje y el de las personas, porque él problema de ascenso es serio, sobre todo en el interior de la República... Por eso en esta noche de agitación y movimiento fue menester ir eliminando todo objeto superfluo y aún algunos que se pudieran tener por necesarios, a fin de que la *Scadta Company*—Compañía colombo-alemana de transportes aéreos—me permitiera volar en sus hidroaviones.

Bien entrada ya la noche, dormí bajo el mosquitero, y entonces el deseo, el temor y la alegría del próximo viaje, fueron convirtiéndose en mil visiones encontradas y confusas que me agitaron durante el sueño. Poco debí de dormir, porque antes de que el portero viniese a llamarme allá hacia la madrugada, ya estaba yo en vela.... Salí al balcón y a poco comencé a ver las palmas que iluminaban las luces amarillentas de las bombas eléctricas... En este templado amanecer la brisa no agitaba los árboles, y la naturaleza entera parecía sumida en el letargo de la noche.

A las cuatro y media de la mañana el criado me trajo el desayuno que se compuso de naranjas y papaya, de tostadas de pan cubiertas de sabrosa *mermelada*, de huevos tibios y café. Después de comer quedaban aún en la mesa dos plátanos; intentado estuve a llevármelos al avión; temí, sin embargo, que con el peso de ellos se aumen-

tara el mío, y que así me rechazarían en las oficinas de la *Scadta*.

Al salir de mi cuarto hallé ya en pie a Mrs. Meek, encantadora propietaria de la Pensión; quería ella, sin duda, tomar parte activa en las emociones del viaje, y venía a advertirme que debía llevar conmigo un poco de algodón para los oídos.

Al fin salí a la calle a tiempo en que un automóvil que conducía a tres alemanes, se detuvo a las puertas de la Pensión.

—No olvidéis lo del algodón, volvió a repetirme Mrs. Meek, mientras que yo saludaba a los germanos con quienes debía viajar por los aires.

Las calles de Barranquilla, desiertas en esta hora, levantaban más que nunca esa arena que tan intolerable hace a veces la vida en la capital del Atlántico. Con gran rapidez doblábamos las esquinas y dejábamos atrás las callejuelas tortuosas; después de detenernos por algunos minutos en una casuca en busca del piloto, comenzamos a descender hacia el río que apenas alcanzaba a divisarse en la oscuridad de aquel amanecer. Allí estaban anclados dos aviones, el *Bogotá* y el *Cauca*.

Colocaron mi equipaje en el platillo de la balanza, y hubo pleito entre los alemanes por la cuestión del peso. Creo que me registraron hasta los mismos pensamientos... Después de los sacos debíamos pasar al platillo los viajeros. A pesar del vestido algo grueso que llevaba, no hubo exceso. Dos maletas que llevaba conmigo, una máquina de fotografía, unos lápices y un cuaderno de apuntes, sumados al peso de mi cuerpo, dieron en total treinta y nueve kilos, es decir, seiscientos treinta y nueve dólares.



Volando sobre el Magdalena.

Mientras se perforaban nuestros billetes y se hacían los últimos arreglos, el sol comenzó a brillar y sus rayos cayeron sobre las aguas del Magdalena. El avión *Bogotá* comenzó a levantarse majestuoso. Una estela de espuma quedó en las aguas... No llevaba consigo pasajero alguno: iba, en cambio, en busca de billetes del Banco de la República, que debía recibir en Puerto Berrío; y como un símbolo de la misión que iba a cumplir, el cielo le doró con sus luces, que iluminaron a un mismo tiempo las aguas y las naves.

Al entrar por el ala izquierda en el avión *Cauca*, los seiscientos treinta y nueve dólares, que había pagado, me parecieron una nonada. Tomé puesto dentro de la nave y ella comenzó a moverse de arriba a abajo, y de abajo a

arriba, en busca del viento que debiera levantarnos. Al fin, vueltos contra las aguas, cerca ya de la desembocadura del río, aleteamos contra las olas, y el avión sobre las aguas... Momento solemne era éste, y allá en el interior de mi espíritu, sentí toda la angustia de mi peligrosa aventura.

El río comenzó a hundirse delante de mis ojos.... Estaría a un pie, a una yarda o mucho más del Magdalena? En todo caso, el río continuaba hundiéndose visiblemente; estaba, pues, volando por los cielos...

Cuarenta y cinco minutos más tarde pasamos por encima de Calamar; pensé entonces que dos días antes había recorrido esta misma distancia en diez horas de perezosa y lenta navegación. Por eso a medida que Colombia se va desenvolviendo ante mis ojos, voy entendiendo también cómo, merced a los aviones, es posible llegar a conocer rápida, y claramente un país tan variado en sus paisajes como éste. Allí, a la derecha, está el Dique, el famoso canal de la época de los Felipes; es un hilo de plata tendido entre las verdes riberas que separan a dos Departamentos de la República; por él se pone en comunicación Cartagena con el Río Grande de que hablaron los antiguos.

Algo más lejos está el *Brazo del Lobo,* que junta al río Cauca con el Magdalena; al río Cauca, que viene de muy lejos, de las fértiles y románticas tierras de Popayán y de Cali.

Ahora voy viendo en toda su extensión el valle que forma el Magdalena; lagos y ciénagas; brazos estrechos y amplios canales; corrientes caprichosas de las aguas y en medio islotes desiertos, y allá a lo lejos, la Sierra Nevada con sus blancas cabezas que se confunden con las nubes.

Hacia las ocho de la mañana alcancé a divisar a Mompox, la antigua ciudad española, de calles caprichosamente formadas, y el convento morisco que se levanta cerca de un jardín, y las casucas blancas con sus amplios patios y los tejados amarillentos, que evocan la imagen de las ciudades españolas.

Sí; viajando se aprende a maravilla la geografía de un país; pero volando se la ve gráficamente, y yo creo orgullosamente conocer a Colombia mejor que muchos colombianos. Por eso sé muy bien dónde queda el Departamento del Atlántico y dónde Barranquilla, que es su capital; sé, asimismo, que el Dique separa el Atlántico de Bolívar; y que el Departamento del Magdalena queda al otro lado del río. Desde el avión alcanzo a ver allá, a lo lejos, el sitio de Cartagena, que llaman la Heroica, de la ciudad que asediaron tántas veces los piratas, de la ciudad que fue centro de mucha parte de las Indias Orientales. El mapa ha venido a ser para mí algo vivo; es un cuadro maravilloso, que no es obra del arte, que es, antes bien, obra de la naturaleza misma.

Un poco más tarde el avión descendió de nuevo al río; iba en busca de combustible; estábamos en El Banco, en donde el piloto debía dejar parte del correo que conduce su avión. *La Scadta,* con sus naves aéreas, desempeña hoy el oficio de los antiguos champanes, que iban deteniéndose en cada una de las poblaciones que baña el Magdalena.

Cuando nos levantamos de nuevo, atravesamos por un mar espumoso, formado por unas nubes suaves, tenues y blancas que, de vez en cuando, permitían a mis ojos gozar con la hermosura salvaje del cerro de los Motilones; de las viviendas de aquellos indios cuyas costumbres bárbaras contrastan tánto con los adelantos del resto de Colombia. Allí están los indios que aún suben y bajan por los ríos en las canoas primitivas; allí viven los que llevan en sus manos flechas envenenadas, los que andan medio desnudos y desean, como los antiguos caribes, comer carne humana. ¡Qué curiosos contrastes ofrece la vida en Colombia! ¿Quién pudiera pensar que al lado del cerro de los Mo-

tilones crece y se desenvuelve una empresa tan poderosa como la *Scadta?*

Cerca de nosotros está Puerto Wil-Wilches, y ya alcanzamos a ver el camino de herradura que desde aquí va hasta Bucaramanga, la capital de uno de los Santanderes. Allí debe estar ahora mismo una Comisión del Instituto Rockefeller que estudia la manera de destruír en esos sitios la fiebre amarilla.

De Wilches en adelante las montañas se van estrechando cada vez más. Las veo ya muy de cerca; son grandes, múltiples y variadísimas en sus formas; al pie de ellas corre, como siempre el río, que va dejando por doquiera ciénagas mortíferas; las selvas se extienden por los valles y los riachuelos, que vistos de cerca, serán quizá cosa muy grande, se bifurcan en todas direcciones.

¡Cuán variado es desde un avión el espectáculo de la naturaleza! ¡Cómo se comprende que, merced a este nuevo invento, el arte va a encontrar presto nuevos y variadísimos recursos; de hoy en adelante el artista tendrá que tomar a vuelo sus paisajes, como hiere el cazador, al vuelo también, a las aves.

De aquí en adelante comenzamos a encontrar frecuentes vacíos en la atmósfera; producen ellos un rápido y aterrador descenso del avión... Por un equilibrio maravilloso, por una inclinación de las alas, el avión se levanta de nuevo y vuelve otra vez a descender rápidamente, y otra vez torna a levantarse y otra vez a caer... En estos momentos, no es el avión para mí una simple máquina, es un pájaro gigantesco que desafía las tormentas de los cielos...

Allí está Barrancabermeja, con todas las nuevas maquinarias de la *Tropical Oil*... A medida que bajamos, las casas van creciendo, y una mancha que desde allá arriba veíamos en el río, se convierte en una canoa, dentro de la cual hay un niñito que se convierte presto en un robusto varón, que ofrece frutas y legumbres... El descenso es cada vez más rápido. Ya rozamos el agua o tropezamos contra un banco de arena, y al fin el avión llega humilde al puerto, como si fuera una simple canoa.

El calor de los trópicos reina en Barrancabermeja; el piloto se ha sentado en una de las barcas que formaban parte del avión para protegerse contra el sol, bajo una de las alas de su nave; el mecánico examina la máquina y yo sueño con las alturas de donde acabo de caer.

Los aldeanos de Barranca nos miran con asombro, y mientras tanto los leñadores y los bogas dicen que el *Ayacucho*, y el *Calamar*, y el *Pérez Rosa* no han llegado todavía, y yo sé muy bien que esos buques salieron de Barranquilla muchos días antes de que yo pensara en volar; yo sé que les he dejado muy atrás, y que desde mi nave que vive en los cielos, les vi allá abajo, en el río, convertidos en juguete de niños... A esta hora, evoco allá en mi interior, el lento viaje del conquistador Quesada, que recorrió un día estos sitios con mil penalidades.

De Barrancabermeja a Puerto Berrío la jornada es bien corta. Allí el piloto me permitió almorzar.

Cuando llegamos a este puerto, creí que venía de otro mundo. Las palmas mostraban nueva belleza, y el hotel me pareció algo nunca visto.

Aquí encontramos otro avión, el *Santander*, que esperaba la llegada de un tren de Medellín, que traía muchos millones en billetes de Banco para conjurar no sé qué crisis en Bogotá.

Al comenzar de nuevo el vuelo en Puerto Berrío hubimos de convencernos de que por estos lados el aire no existía; en vano subíamos y bajábamos por el río en busca del codiciado aire; él no quería venir a levantarnos; por fin el piloto resolvió que nuestro equipaje hacía estorbo y que era menester trasladarlo al *Santander*... Sólo entonces nos fue dado comenzar a subir; el avión tocaba ligeramente las aguas; no dejaba ya espuma, y al fin el río se

hundió... Estábamos, pues, de nuevo en los aires.

Subíamos esta vez empujados por vientos tormentosos que se entraban a bocanadas por los pulmones de nuestro gigantesco pájaro... Se levanta a grandes alturas y cae de allí, a causa de algún vacío de la atmósfera; de nuevo agitado por la borrasca, torna a levantarse y oscila a una parte y otra, como si hubiera perdido el rumbo que traía... Un barquichuelo diminuto describe una estela apenas visible allá abajo en las aguas... El ruido del avión es ahora ensordecedor... No hay palabra en el lenguaje hasta ahora inventado para darlo a conocer. El ruido se hace más fuerte a medida que subimos por encima de las nubes; a medida que los ríos y los montes se hunden en las entrañas de la tierra...

He perdido por completo la idea del movimiento. No siento ya las oscilaciones de las alas. Sólo las caídas que producen los vacíos, me dan la sensación de que voy en algo que se mueve vertiginosamente. En cambio, el paisaje se mueve de continuo, y no hay figura alguna que permanezca en un mismo sitio; es una danza en que entra toda la naturaleza....

El *Santander* nos ha dejado atrás; lleva mucha prisa y sobre todo lleva muchos millones para conjurar la crisis de Bogotá.

Ahora nos hemos levantado a alturas no soñadas por mí. Estoy sobre las nubes y gozo en verme separado de la tierra a quien sin embargo amo tánto... Y mientras voy subiendo pienso en que esta separación es, hasta cierto punto, más completa que la que nos traerá consigo la muerte. Porque mientras ella nos obliga a dejar en la tierra el cuerpo, convertido en polvo, el avión levanta a los cielos el alma y el cuerpo.

¡Que deleitable es pensar en esta separación de la tierra y de los hombres que tánto nos hacen sufrir! Jamás creí que un vuelo en una de estas máquinas extrañas me hiciera tanto bien para el espíritu.

Acá, lejos de la tierra, lejos de los hombres, las cosas se empequeñecen o mejor quizá adquieren sus verdaderas proporciones.. Acá la inteligencia empieza a comprender lo que va de lo mortal a lo eterno, de lo perecedero a lo que ha de perdurar siempre. Con esta ventaja, que la separación de la tierra en un avión difiere de aquella otra separación que sólo nos suministra una especie de memoria del pasado. La me-



En un puerto del río Magdalena.

moria de ese pasado es algo demasiado personal expuesto naturalmente a verse dominado por los prejuicios y los errores; en cambio el vuelo por los espacios es la separación real de la tierra.

Desde las alturas las más poderosas embarcaciones son champanes, y los hombres son hormigas que se agitan, como ellas, por encontrar su alimento. Esos hombres que allá abajo se mueven no han visto jamás el verdadero aspecto de este mundo, y no le han visto porque no le han contemplado desde los cielos.

Y sin embargo, desde mi nave aérea me vuelvo a la tierra con amor. Me siento lejos de ella, es verdad, y por eso gozo de una libertad y de una paz en que no había pensado antes; pero amo la tierra, la amo entrañablemente, y no obstante la existencia de este amor que siento allá en mi interior quisiera seguir volando por los espacios infinitos...

El mundo de allá abajo se ha hecho cada vez más áspero... Las habitaciones ya no existen por acá o al menos yo no las veo. Las selvas, y los cerros, y los ríos llenan ahora la tierra como en las edades primitivas...

Al fin divisamos allá lejos a Honda, a la vieja y colonial ciudad de Hon da.

Desembarcamos en la playa y el calor de aquel horno se me hace intolerable; hacía tanto que estaba en los cielos...

La detención fue breve; mas he aquí que al ir a emprender de nuevo el vuelo, el piloto notó un ruido extraño en el motor que le hizo descender rápidamente. Se trata, me dijo, de un daño serio; será menester esperar quizá más de dos horas; no llegaremos esta noche a Girardot.

Dormiremos pues, me dije para mis adentros, en este horno y dormiremos con toda la incomodidad imaginable, por que el equipaje está lejos, está quizá en Girardot.

Heme aquí sentado a la sombra de un árbol, como si fuera el más humilde de viajero. En otro tiempo había que esperar, quizá en este mismo sitio, las mulas para continuar el viaje; ahora yo tengo que aguardar la composición de una máquina cuyo mecánico habla en un lenguaje ininteligible para mí de no sé qué daño en el *magneto* del hidroavión. A estas peripecias está expuesto todo viajero así en los aires como en la tierra o en los mares.

La ruta de los españoles se desenvuelve en la montaña vecina; por este camino pasaron los adelantados, los presidentes y los virreyes; por él llegaron a Santafé las damas españolas y los gentiles hombres de otros tiempos; por aquí pasaron a lomo de mula muchos diplomáticos y las mercaderías que venían de lejanas tierras este mismo camino recorrían antes de llegar a la antiplanicie.

Verdad, que el camino de Honda perdió mucho de su antigua importancia, como ruta comercial, después de la construcción de la vía férrea de Girardot; sin embargo, todavía muchas mercancías entran por acá al interior de la República. Por eso veo ahora una recua de mulas que pasa lentamente por el puente.

Por fin el piloto y sobre todo el mecánico, me advierte que puedo subir al avión; ello me basta para olvidarme del camino de Honda, y eso que dentro de un momento le veré desde las alturas.

Heme aquí ahora lejos de los valles; lejos de las ciénagas y de las selvas portentosas; los picachos de los cerros se suceden con grande rapidez; los cerros abruptos se precipitan uno en pos de otro: estoy en el corazón de los Andes que ahora me parecen más altos y más escarpados que el mismo Himalaya.

El sol va hundiéndose poco a poco... La furia de los huracanes cesó ya... Los vacíos de la atmósfera se acabaron... A mi derecha se yergue majestuoso el Tolima, de cumbres nevadas que dora el sol... El río ha desaparecido; vamos ahora por encima de los montes teñidos de un rojo que

se oscurece rápidamente; el ópalo ennoblece las altas cimas del Ruiz y del Tolima, y el sol se pierde poco a poco allá en las lejanías del mar Pacífico...

Girardot está ya debajo de nosotros. El avión revolotea encima de él por unos momentos. Vamos a caer esta vez al agua para no volvernos a levantar... El viaje ha concluído.

Al pisar de nuevo la tierra pienso en que este es el mundo al cual siempre hemos de pertenecer, aunque hayamos logrado salir de él por unos momentos; mientras no venga la muerte suyos somos. Siento allá en mi interior que el amor por la tierra ha vuelto a renacer en mí; de nuevo comienzo a admirarla y porqué no decirlo, a amarla; mas, al mismo tiempo, no puedo olvidarme de las alturas que alcancé en mi vuelo, y en esas nubes que ahora rodean los cielos, veo algo de mí mismo; algo que allí quedó para siempre. De mi viaje he conseguido, pues, amar más la tierra; pero también he sentido que mi espíritu va adquiriendo cierta paz y cierta libertad, y lo cual se debe a que aprendí ya a volar.

(Adaptación de un artículo de Blair Niles).

# Lo que dicen los pájaros.

Oíd lo que me sucedió el otro día en el Jardín de Aclimatación. No podéis dudarlo; pues para mí es evidente que en aquella mañana hablaron los pájaros, y obtuvieron de lo alto y en su favor una derogación de las leyes de la naturaleza, que les vedan hablar.

Construían ellos aquella mañana verdaderas frases; usaban de palabras grandemente significativas; las escogían con primor, y su lenguaje tenía algo de la rapidez y de la viveza de las más felices expresiones humanas. Yo puedo asegurar que entendí muy bien su conversación y que llegué a comprender muy bien lo que decían. No vayáis a reíros de mi candor; ahora mismo os quiero referir lo que oí aquel día; a ello me siento obligado, y no tengo derecho alguno de callar lo que ellos tan bondadosamente me dieron a conocer.

Mas, antes de comenzar, os debo advertir que todo lo que en mis palabras aparezca como confuso y raro, equivale en el lenguaje de los pájaros que aquel día oí, a algo claro, fácil y, sobre todo, armonioso; que al escuchar aquel lenguaje nuevo para mí sentí la sensación de quien bebe en la fuente cristalina, de quien siente en sus labios el contacto de la leche, de quien toca un vaso de flores, o rompe, para sorberlo, un huevo fresco.

Cada voz se oía distinta y clara; nada perdía de su acento peculiar, de su modalidad propia, de su color, que hacía consonancia admirable con la variedad de las plumas que adornaban aquellas aves. Se oían voces entrecortadas; eran otras largas y sostenidas; las había poderosas y las había muy débiles, y aún diría que había voces amarillas, rojas, azules, blancas y negras, como las colas, como el plumaje de las aves. Conservaban todas ellas la estridente brevedad del canto; pero por un fenómeno maravilloso para mí, nunca antes sentido, decían mucho más con sus cantos, que lo que el hombre suele decir con sus palabras. Parecía que ese lenguaje fuera el compendio y el símbolo de algo voluble, de algo abundoso y profundo; era ello como una especie de taquigrafía bocal que daba a conocer, hora por hora y momento por momento, el alma diminuta y meramente sensible de las aves.

Se oía una especie de marcha en la modulación del canto tomado en conjunto. Primero se oían las voces entrecortadas y por lo mismo breves, voces que se desprendían del conjunto; eran voces de cólera, de tristeza,

de dolor, que herían el corazón. ¡Piedad!.... ¡Basta ya!... ¡Abrid!... ¡Oh, cielos!.... ¡Oh, espacios! ¡Oh, azul! Volar.... Viento... Cimas.... Brisas.... Aire... Aromas, hojas y ramas de los árboles...

A estas voces, al parecer confusas, venían a juntarse otras exóticas; eran las voces de las aves tropicales que lanzaba ngritos de guerra; que evocaban doloridas sus tierras lejanas: Brasil.... Asia.... Africa.... Oceanía... O bien estas otras: Palmas y bosques... Ríos y arenales... Fuentes y praderas... Sombras y frescuras de los valles....

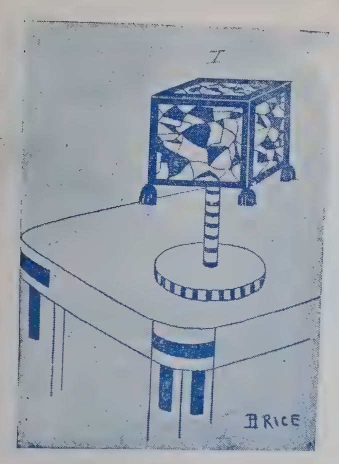
Venían luégo vocablos más completos y mejor formados; reveladores de deseos íntimos, de deseos dolorosos, de votos ardientes, de recuerdos, de invocaciones, de suspiros. ¡Bañarse en las límpidas fuentes!.... Recoger con el pico las mariposas.... Romper con las alas los aires... Beber de las aguas vivas, de las aguas que murmuran y corren... Apretar con las uñas la arrugana rama que se mece... Guardar el equilibrio en las espigas de trigo.... Huír, esconderse, esperar...



La Catedral de Manizales.

Surgían las voces que evocaban recuerdos de ignotas alegrías para el hembre; el despertar sabroso en las frondosas selvas; las pajas quebradas al caer sobre la presa; los gusanillos

# Pantallas.








Pantalla N°. 1°.— El pie de la lámpara es de madera pintada de un esmalte gris claro con listas negras. La pantalla se hace de telas de seda de diversos colores y de distintas formas y tamaños. Los contornos deben ir ribeteados de neg,o y terminar en cuatro borlas del mismo color. El tamaño es de 35 centímetros en cuadro.



Pantalla N°. 2 — Esta otra pantalla es de lienzo del país, adornada con cadeneta de lana negra. Las flores se bordan también en lana; las margaritas son negras y las rosas en dos tonos, ambos rosados.



Pantalla N. 3. — La tercera pantalla hace parte de un mueblecito muy útil y moderno; sirve de mesa y costurero a un mismo tiempo. La madera se barniza de sapolín negro y blanco. La pantalla se hace en *pongé*, verde almendra, que está de moda, convinado con negro y blanco. Se forra en *pongé*, blanco y delgado. Las florecitas se bordan con las de diversos colores; en la parte inferior se sujeta con una cinta angosta de terciopelo negro.

# El destierro de un Arzobispo.

Los vecinos del barrio de la Candelaria pudieron ver que, a eso de la una de la tarde del día diez y nueve de junio del año de 1852, salieron del Palacio Episcopal dos *parihueleros*, afiliados a la sociedad popular, con una silla de manos que ocultaba debajo de su cubierta de vaqueta a un enfermo que salía quizá de la ciudad en busca de remedio para sus dolencias, y pudieron, asímismo, observar que a poco salió del mismo Palacio don Rufino Cuervo, envuelto en los amplios pliegues de su capa española. Los de la silla y don Rufino tomaron por calles excusadas, cosa no difícil en aquellos tiempos en que Santa Fe sólo contaba con unos veinte mil habitantes, y llegaron a eso de las tres de la tarde, a casa de don Mariano Calvo, situada a las afueras de la ciudad, al otro lado del río San Francisco, por las vecindades de la huerta de Jaime, casi en el mismo sitio que hoy ocupa el templo llamado del Voto Nacional.

Iba en aquella silla, en condición harto precaria de alma y de cuerpo, don Manuel José Mosquera, Arzobispo de Santa Fe, hermano de don Joaquín, que fue Presidente en los días de la Gran Colombia, y de don Tomás Cipriano, que en varias ocasiones ejerció en los tiempos de la Nueva Granada el Poder Ejecutivo.

Esta salida del Arzobispo en forma tan misteriosa y peregrina, se debía al hecho de que el Senado había pronunciado sentencia de destierro contra el Prelado, a quien se culpaba de haber desobedecido a ciertas leyes civiles relacionadas con asuntos eclesiásticos.

Durmió aquella noche don Manuel José en casa de su amigo don Mariano, y al día siguiente, muy de mañana, tomó, en compañía de varios amigos y familiares suyos, la ruta que, por el Puente de Aranda, pasa por Fontibón, Serrezuela y Facatativá, para ir a rematar en esta última población, donde comienza el camino de herradura que llega hasta el puerto fluvial de Honda, en el río Magdalena. Deseaba el señor Mosquera, y así lo manifestó al Gobernador, permanecer algunos días en el pueblo de Villeta, "hasta conseguir en la convalecencia aquel grado de salud y fuerzas que le permitiesen ocuparse en disponer el viaje al Exterior", según lo ordenado por el Gobierno.

Permaneció el Arzobispo en Villeta todo el mes de julio y gran parte del mes de agosto, con lo cual consiguió restablecer algo su salud, y así, el 28 de aquel mes pudo comunicar de nuevo al Gobernador "que habiendo logrado mejorar de salud en grado suficiente para continuar el viaje, seguiría para Honda en los primeros días del mes de septiembre, con el fin de embarcarse allí con rumbo a Cartagena".

Grande fue la consternación de todos los santafereños al tener noticias ciertas de la salida del señor Mosquera; el clero, encabezado por el venerable Capítulo Metropolitano y en especial por don Antonio Herrán, don Domingo Riaño y don Marcelino de Castro, declaró solemnemente que el Prelado dejaba en el corazón de todos los sacerdotes gratísimos recuerdos, al mismo tiempo que se llevaba el amor, la gratitud y la obediencia de todos ellos. Las Comunidades religiosas de varones y mujeres, los laicos de uno y otro sexo, manifestaron estas mismas cosas y declararon públicamente que tenían por injusta y violatoria de todo derecho la sentencia del Senado.

Mas, de otra parte, los adversarios del señor Mosquera comenzaron a revolverlo todo para salir con las suyas; no se vaya a pensar, sin embargo, que apelaron, como se haría hoy, a la prensa; ella no existía en la Nueva Granada; existía, antes bien, el pasquín grotesco que aparecía de vez en cuando si las necesidades lo pedían.

En la de que venimos hablando, tocóle hacer el triste papel de un difamador procaz a un Canónigo conocido

en Santa Fe por sus escritos contra el Arzobispo. Era el Canónigo predicador de fama y quienes le oyeron aseguran que en verdad tenía grandes y eximias cualidades; pero era apasionado en demasía y ambicioso vulgar.

del país "con el sello de la Secretaría de Gobierno, y en muchos pueblos se hizo leer el domingo después de la misa mayor, con la recomendación de conservarlo luégo en los archivos del Cabildo".



El Arzobispo Mosquera.

El folleto del doctor Manuel Fernández de Saavedra—que tal era el nombre del Canónigo—apareció poco después de la salida del señor Mosquera y llevaba por título *El Arzobispo ante la Nación*. No tenía nombre de autor y circuló gratis dentro y fuéra

La aparición de este folleto injurioso acabó de enconar los ánimos ya harto inquietos de los santafereños; don Vicente Restrepo, escribió en Sopó una defensa del señor Mosquera a tiempo que en Bogotá escribía otra don Rufino Cuervo, amigo especialísimo del Pre-

lado desde los tiempos en que Cuervo había ejercido en Popayán la Fiscalía del Cauca. *El Catolicismo,* periódico fundado años antes por el mismo señor Mosquera, y en donde escribían los mejores literatos de la época, dio cabida a otra multitud de defensas que eran leídas ávidamente en muchos hogares de la ciudad.

El destierro de don Manuel José señala, pues, una éra precisa y definida en la historia política de la Nueva Granada, y coincide, según lo creo yo, con la formación de nuestros partidos tradicionales. Por tanto, estudiar las causas que influyeron en el destierro de este Prelado, forma una buena parte de la crítica histórica de aquella época que yo llamaría la edad media de la República colombiana.

La causa remota de todas estas agitaciones que terminaron en el destierro de Mosquera, hay que irla a buscar en el deseo de nuestros primeros legisladores de conservar a toda costa el derecho llamado de patronato, de que disfrutaban en los tiempos coloniales los reyes españoles. Es el tal derecho una concesión o facultad que los romanos pontífices otorgaron, en otros tiempos, a ciertos monarcas europeos para intervenir en forma directa y eficaz en el nombramiento de los Obispos; este derecho tuvo su origen, parte en la voluntad de los Papas, que quisieron tener gratos a los soberanos cristianos; parte, en las valiosas donaciones que esos soberanos habían hecho a la iglesia para que ella pudiese fundar nuevas Diócesis; pero por lo mismo esa concesión era personal e intrasmisible, como que había sido dada en atención a las personas.

Nuestros primeros legisladores creyeron, no sé por qué, en una especie de herencia en este punto y juzgaron que a la República le competía el derecho de patronato, como todos los demás derechos de que había gozado en tiempos coloniales, la Corona española, y tan lo creyeron, que el señor Caicedo y Flórez, y hasta el mismo señor Mosquera, fueron elegidos por el Senado y presentados por medio del Ministerio de Relaciones Exteriores al romano Pontífice. La Sede Apostólica, por su lado y para evitar mayores males, aceptó momentáneamente estos hechos mientras, por medio de un concordato se arreglaban las cosas conforme al derecho. Mas, nuestros legisladores, alentados con este silencio, no sólo tuvieron por cosa indubitable lo del derecho de patronato, que los facultaba para elegir obispos, sino que, además, se creyeron verdaderos pontífices, capaces de formar un concilio laico en que fuera posible la reforma de la Iglesia colombiana, y tan a pechos tomaron lo de la reforma que, olvidándose de otros deberes que les incumbían más de cerca, se entregaron fervorosamente a dar una nueva y peregrina legislación canónica.

El Seminario que don Manuel José había fundado, a costa de grandes sacrificios, fue incorporado al Colegio de San Bartolomé. Los diezmos y las primicias que los fieles daban para atender al sostenimiento del culto, debían desaparecer, según el deseo de los legisladores; las autoridades judiciales del Estado debían conocer en las causas temporales y en las espirituales, relacionadas con los eclesiásticos; lo Párrocos debían ser elegidos por los Cabildos Municipales, y los Canónigos por las Cámaras de Provincia. De esta suerte y sin saber a ciencia cierta lo que estaban haciendo las Cámaras de aquel año y de los siguientes, pretendieron crear una especie de iglesia colombiana.

De las leyes se debía pasar presto a los hechos, y así sucedió, porque en Mariquita se prohibieron por el Cabildo ciertas festividades religiosas; en Tundama el Municipio exigió que los Párrocos pidieran licencia al Concejo para poderse ausentar de la Parroquia; en Tunja, se desmembraron unas Parroquias y se crearon otras, y en Vélez el Cabildo pidió cuentas a los Párrocos de la manera como cumplían con sus deberes.

Quizá nunca, desde los tiempos del

antiguo Imperio de Bizancio, se vieron legisladores civiles tan empeñados en legislar sobre materias eclesiásticas y tan deseosos de meter mano en cuestiones de la Iglesia. De hecho las autoridades del 52 quisieron formar una iglesia bien curiosa y extraña: una Iglesia en que el Senado eligiera a los Obispos; en que los Canónigos fueran nombrados por las Cámaras de Provincia, y los Párrocos por los Cabildos principales; una iglesia en que el Senado juzgaría a los Obispos cuando eran remisos en el cumplimiento de su cargo pastoral, en que las demás autoridades civiles tomarían cartas cuando un Canónigo o un Párroco no eran fieles cumplidores de su cargo; una iglesia, en fin, en que todo debía estar reglamentado por la República y nada por el Papa.

Ante semejante clase de leyes civiles no le quedaba al señor Mosquera otro remedio que el de protestar enérgicamente, y así lo hizo; todo lo demás hubiera sido una vergüenza para el Prelado, que no le habrían perdonado ni aún sus mismos enemigos; porque quien recibe un cargo y presta un juramento tan serio como el que hace un Obispo cuando declara que obedecerá siempre al Papa, no puede obrar de otra suerte en casos como el que tuvo delante de los ojos el señor Mosquera.

Protestó, en efecto, e inmediatamente fue presentada la acusación contra el Arzobispo en el Senado, y a pesar de algunos laudables esfuerzos de varios particulares y del Poder Ejecutivo mismo, que lo ejercía en aquel año el General López, el 2 de mayo se dictó la siguiente sentencia:



El señor Mosquera sale camino del destierro.

"En atención a que el señor Arzobispo de Bogotá, doctor Manuel José Mosquera, ha resistido a dar cumplimiento a lo dispuesto en los artículos 3º y 4º de la Ley de 25 de abril, el Senado, procediendo en este asunto como Tribunal de Justicia, decreta: Que en observancia de lo ordenado por el artículo 3º de la citada ley, sea extrañado el Prelado, a quien se ocuparán también sus temporalidades".

Esta sentencia, y la salida del señor Mosquera, acabaron de turbar por completo la paz pública en Santa Fe, y la

Nación entera se dividió en dos bandos irreconciliables. Unos, los defensores del señor Mosquera, declararon, valiéndose de una conocida frase de las Escrituras, que don Manuel José "era el sacerdote grande que en su vida fue el esplendor de la Patria y durante los días de su pontificado sostuvo los derechos del Santuario"; y otros, a cuya cabeza estaba Saavedra, llamaron al señor Mosquera "tránsfuga y desertor de la iglesia; malvado a quien el hábito del crimen ha extinguido el último sentimiento del deber". Y no exagero nada, porque las palabras las he tomado textualmente del pasquín de Saavedra.

Mientras esto acontecía en Santafé, el señor Mosquera iba hacia el término final de su martirio con el alma definitivamente adolorida, como nos lo dan a entender las pocas cartas que escribió, en las cuales se queja siempre de la melancolía que le acompañaba. ¡Cuántos esfuerzos al parecer perdidos! Había hallado en Santa Fe, con excepción de unos pocos sacerdotes grandemente doctos, una grande ignorancia en el clero, y sus esfuerzos para mejorar la condición de ese clero habían cesado desde el momento en que desapareció el Seminario; las autoridades de la República a quien él tánto había servido, le desterraban, y los pocos doctos que en el clero tenía, perdían fuerzas con la deserción lastimosa del renombrado predicador Saavedra, y hasta el mismo Vicario Capitular de Antioquía se encargaba de probar que el clero no conocía del todo cuáles eran las leyes con que se gobierna la Iglesia.

Tales debieron ser las reflexiones que en la mañana del 20 de junio de 1852, embargaron el espíritu de don Manuel José Mosquera. mientras contemplaba camino de Puente Aranda, la ciudad de Santa Fe que abandonaba para siempre.

J. A. B.

---

## Variedades.

RECETA DE COCINA

*Souffles* de ciruelas pasas para té.—Se remoja media libra de ciruelas en agua caliente. Con un tenedor se machacan para sacarles las pepas, y se bate hasta hacer un *naco*. Se le agregan dos yemas de huevo batido y azúcar al gusto de la persona. Se cuece aparte una cucharada grande de maicena en agua hasta que quede ésta espesa. Se mezcla todo esto con las ciruelas y se echa en unos moldecitos que se meten al horno por veinte minutos. Con las claras de los huevos se hace merengue para mandarlos a tiempo de traerlos a la mesa.

*Manchas de tinta.*—La mejor manera de quitarlas en la ropa blanca es la siguiente:: se derrite un poco de cebo y se empapa con él el lugar de la mancha. En seguida se lava como de ordinario.

Para los tejidos de indiana y musolina de color, etc., si se advierte la aparición de la mancha antes de que se haya secado lo que la produjo, basta poner allí unas gotas de limón o de vinagre puro y frotar bien la tela. Si, por el contrario, sólo se ve mucho más tarde se hace hervir agua en tasa y con el vapor del agua se logra que se humedezca la tela y en seguida se pone encima de la tela oxálico pulverizado. La mancha se pone amarilla, se fronta entonces con jabón y agua caliente y se lava pronto antes de que el ácido obre sobre la tela.



Un mantel de encaje inglés con ribetes de punto de Milán.

# La mujer cristiana.

(*Continuación*)

Humanamente yo espero y es esta mi oración constante, que la vida sea feliz para ti y que halles en ella toda suerte de dulcedumbres; espero que seas algún día una mujer perfecta y una madre y que tengas por entonces un marido digno de ti, como lo fue tu padre y tu tío (Félix Leseur) y creo que habrás de trasmitir a tus hijos los ejemplos y enseñanza que ahora te doy. Espero, asimismo, que goces siempre de buena salud, dón este precioso que las oraciones y los sufrimientos de tu tía te alcanzarán. Espero, en fin, que vivas largo tiempo y que según las palabras del ritual en la ceremonia del matrimonio: Veas los hijos de tus hijos hasta la cuarta generación.

Mas no es este aspecto humano de tu vida el único objeto de esta conversación; quiero, antes bien, hablarte de algo más levantado, de la vida del alma y de la repercusión que esta vidá interior haya de tener en tus actos exteriores y en la conducta de tus semejantes. Una mujer cristiana es, desde luego, un sér diverso del resto de los hombres. Con efecto, en toda persona hay el sér que piensa, que razona, iluminado por la luz natural del entendimiento, que es la participación en primer grado de la divina inteligencia, como más tarde lo aprenderás en San Agustín. Esta luz intelectual es aquella misma de que habla San Juan, cuando nos dice que "ella ilumina a todo hombre que viene a este mundo".

Los que no han conocido otra, conforme a ella serán juzgados. También nosotros la poseemos y ella termina en nuestra alma allí donde comienza la de la fe. Por eso, con harta razón, decía Pascal que "el último paso de la razón es el de reconocer que existe el infinito de muchas cosas que sobrepasan los límites de la razón misma".

Esta luz de la fe que directamente viene de Dios, forma el sér sobrenatural y da a nuestras acciones, en apariencia semejantes a las de los demás

hombres, un valor que esas otras no tienen; valor incomparable para toda alma cristiana. La vida sensible y la intelectual no difieren en nada de la de los otros hombres; pero hay un más allá, que no está en contradicción con esas otras vidas, como muchos imaginan, y que forma una vida superior, cuyo esplendor se extiende por todo nuestro sér, para transformarle y para darle un nuevo móvil a las acciones que se hacen tan sobrenaturales como la vida misma de donde ellas provienen.

Esta luz sobrenatural no lleva sombras al espíritu ni a la ciencia; proyecta, antes bien, sus rayos sobre ellas y las ilumina de una manera inusitada; las hace más excelsas y les da algo de su claridad celestial, que brilla por doquiera, así en el espíritu de los humildes como en el de los sabios verdaderamente cristianos. Esta luz sobrenatural da al espíritu humano nueva fuerza para obrar y para continuar viviendo; da la explicación de las tribulaciones de acá abajo, de la muerte que tánto nos aterra, y nos revela al mismo tiempo la hermosura y la utilidad de las acciones virtuosas sobrenaturales y siempre fecundas.

No existe una ciencia cristiana, existe la ciencia, que es igual o debe serlo para todos; pero es evidente que hay cristianos sabios que se sirven de esa ciencia para su fe, y que usando de métodos semejantes a los de los demás hombres, saben con todo, traspasar de lo sensible y de lo intelectual para entrar en las misteriosas realidades que forman el fondo del hombre y que se esconde detrás del velo de la materia .

El cristiano es, pues, el hombre completo, ya que su campo de acción y el de sus pensamientos puede ser tan grande como el de los otros hombres, y al mismo tiempo él tiene, merced a la fe, el dominio de lo infinito y de lo eterno que se le ha descubierto por obra de ella, revelándole no solamente el mundo de los sentidos y el de la razón, sino lo que vale muchísimo más: el mundo donde el alma y Dios habitan.

(*Continuará*)



La Plaza de Bolívar en una revista militar.



Un torete de raza holandesa, de dos años, de la hacienda de *Samaria*.

# OFICIAL

•En el mes que acaba de terminar celebró la Congregación la novena y fiesta del Corazón de Jesús, y tuvo lugar en la iglesia de Santa Clara el retiro que anualmente se acostumbra hacer.

Casi toda la Congregación integrada por más de mil quinientas socias, concurrió al retiro en que predicó, a más de los directores, el muy reverendo padre Rafael de la Venerable Orden de los Capuchinos. El padre Rafael goza ya de muy merecida fama como predicador, y los sermones que predicó en Santa Clara conmovieron hondamente las almas.

El día de la fiesta predicó el señor canónigo doctor don José Vicente Castro Silva, y ofició de pontifical el Ilustrísimo señor Ismael Perdomo. Tanto la novena como la fiesta se hicieron, seªún costumbre, en la Catedral. El arreglo de la iglesia que estuvo a cargo de la señora Directora fue de una perfecta y hermosísima elegancia; por lo cual felicitamos a la señora Directora y a las demás señoras que ya ayudaron en tan laudable propósito.

*Matrimonios.*—Varias personas nos han manifestado el deseo de que demos cuenta en la revista de los matrimonios que de las socias se verifiquen en el mes; lo que hacemos con sumo gusto. En el pasado mes contrajeron matrimonio la señorita Leonor Uribe Portocarrero con el culto caballero don Eduardo Gamboa; la señorita Ana Pérez Durán con el distinguido caballero caldense don Bernardo Villegas; la señorita Iabel Terán Wills con el culto comerciante y hombre de negocios señor Arthur Wiehl, y la señorita Clara Toro Pereira con el culto caballero don Enrique Tavera.

*Defunciones.*—Han muerto en estos días las siguientes socias: María Antonia Berbeo de Delgado, Mercedes Vargas de Urdaneta, Ana Rosa Alvarez de Restrepo. Enviamos a los deudos de dichas señoras la manifestación de nuestro sincero pesar.

# ELEGANCIAS



Sombrero de paja aterciopelado.
Modelo María Guy.



Vestido negro bordado en verde, rojo y blanco. Modelo Jack.



# Lecturas

Número 6. Bogotá, agosto de 1924 Precio, $ 0.10




El Puente de San Francisco en 1860.

(Oleo de J. M. Portocarr


ITORIAL DE CROMOS

**Director:**
JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ,
Presbítero.

Dirección y Administración: Apartado 386

Teléfono No. 1266



Revista mensual ilustrada.

N.º 6.º — Bogotá, agosto de 1924.—VOL. I

**Condiciones:**

Número suelto. . 0.10
Un trimestre . . . 0.30
Un semestre . . . 0.50
Un año . . . . . 1.00

PAGO ANTICIPADO

# La agonía de los puentes en Bogotá.

La historia de las aguas de Bogotá alcanza a los tiempos legendarios en que los chibchas, señores de todas estas tierras que hoy forman la Sabana, veían, como casi todos los pueblos primitivos, en esas aguas el principio fecundador de todas las cosas y la causa primordial y quizá única de la vida en los seres. Por eso, como a verdadera diosa veneraban el agua en las lagunas y pantanos, que tenían por verdaderos santuarios. Llamaban a esta divinidad Sie o Sia, que es, como si dijéramos, diosa de las aguas.

A estos tiempos mitológicos—cuyo recuerdo hace muy a nuestro propósito—pertenece también la figura de Bochica, el dios tutelar de los aborígenes, que rompió un día los peñascos del Tequendama e hizo que las aguas se precipitasen a los abismos que desde entonces ennoblecen las aguas y las nieblas.

Vivían los chibchas casi siempre en las vecindades de las lagunas, como nos lo demuestra el nombre de muchas poblaciones, y no podía ser de otra suerte, porque al cabo la altiplanicie era entonces casi en su totali-

Puente de Latas.

dad cenagosa, y en otro tiempo había sido un inmenso lago solitario en medio de los cerros andinos, como a la fecha lo es Fúquene en las cercanías del valle de Ubaté.

Eran, además, los chibchas, amigos de las abluciones, cosa para ellos sagrada, y así el cacique o señor de Chía tenía su fuente en Tíquisa; el de Bojacá acostumbraba bajar algunas veces a las tierras cálidas para ir a bañarse en la misteriosa laguna de Tena, y es bien sabido, como lo recuerda con su acostumbrado candor Rodríguez Fresle, que la esposa del cacique de Guatavita fue un día a esconder para siempre su verguenza y su dolor en las aguas de la laguna que existe cerca de la población de este nombre.

Nada tiene pues de extraño que el Zipa hubiese escogido para lugar de recreo y descanso a Teusaquillo que, en parte le ponía al abrigo de las crecientes de los pantanos y en parte le hacía gozar con las delicias para él sagradas de las aguas de los ríos y arroyos que por acá corrían. Desde los cerros descendía jugueteando entre las piedras, el río Vicachá, que luégo los españoles conocieron con el nombre de San Francisco; por el otro lado los arroyos que más tarde se bautizaron con los nombres del Manzanares y el Chuscal, iban a formar el otro río que después se conoció con el apodo de San Agustín, sin duda por el convento que se edificó en sus orillas. A más de estos ríos, que siempre traían en aquellas remotas edades gran caudal de aguas, abundaban por doquiera las torrenteras, y de esta suerte el grato murmurar de las fuentes debía acompañar muchas veces las fervientes súplicas del Zipa al dios Bochica de quien esperaba la prosperidad de sus dominios.

La abundancia de las aguas debió ser muy grande en los primeros días de la Colonia porque el Gobernador del Nuevo Reino de Granada, don Francisco de Anuncibay, se dio a construír calzadas y puentes a lo largo del camino de occidente para ver de llegar hasta la hacienda del "Novillero", en donde don Antón de Olaya, ocultaba a la más hermosa santafereña de aquellos tiempos, a doña Jerónima de Orrego y Olalla, de quien andaba enamorado el Gobernador.

Por lo demás los cronistas narran con terror las crecientes de los ríos que se llevaban en sus aguas las casas y los hombres, y así Caballero dice que allá por los años de 1814, el 23 de octubre, si mal no recuerdo, "el río San Agustín echó una terrible creciente, con tánta furia, que bajaban piedras de más de cien arrobas, de las cuales muchas quedaron en la plazuela". Y refiere también que el puente de Lesmes se vino al agua y con él una gran parte de la muralla y otra de la casa donde vivía por entonces don Juan Ronderos. Cuenta, asímismo, que parte de las aguas tomaron por el costado occidental del convento de San Agustín y que llegaron por este camino hasta la capilla de Las Cruces, en donde se entraron hasta el altar y los confesonarios. Ciertamente para las generaciones venideras será imposible ver que un río, salido de madre, llegue por los lados de San Agustín hasta Las Cruces.

La República trajo consigo el desmonte de los cerros vecinos a Bogotá y nuestros ríos y arroyos comenzaron su lenta agonía que ya tiene algo de centenaria. Sus claras aguas se enturbiaron para siempre; sus orillas cubiertas antes de verde lozanía, a donde iba a oír el murmullo de las aguas, el viejo Zipa, se convirtieron en muladar, y un olor de cloaca revelaba a todas horas la lenta descomposición de las aguas. Al ver hace poco el San Francisco, convertido en muladar, cualquiera recordaría los versos de Quevedo al Manzanares, porque en verdad parecía que el pobre río estuviera diciendo a voces:

Tiéneme del sol la llama
tan chupado y tan sorbido,
que se me mueren de sed
las ranas y los mosquitos.

Y esta pobreza de las aguas, unida al mal olor que de sí despedían, hizo que los bogotanos fueran poco a poco suprimiendo los ríos; un día desaparecía una parte, para convertirse en cloaca y otro día se colocaban murallones que ocultasen la miseria y pobreza de ese río que tánto deleitó a los antepasados. Primero el San Agustín y luégo el San Francisco, y antes que ellos los otros arroyuelos, todos fueron hundiéndose en la tierra, y mañana nadie sabrá que Bogotá tuvo ríos y crecientes de ellos, y que el Zipa y los españoles escogieron este sitio, el uno para su retiro, y los otros para fundar la Ciudad del Aguila Negra, porque aquí eran abundantes las aguas cristalinas.

Con ellas desaparecerán los puentes, los puentes de Santa Fé y los de Bogotá. Ya no queda vestigio alguno de aquel puente que sobre el río San Agustín construyó don Luis Enríquez, en los malos tiempos del Presidente Sande, quien después de haber querido sobornar al visitador Salierna y de haberle insultado gravemente, se burló de él cuando ya era muerto; por lo cual—como refiere Juan Flórez de Ocáriz—mereció de lo alto el castigo de que de ahí a poco muriese y que en el día de su muerte y cuando iban a enterrar el cadáver en la iglesia de San Agustín, sobreviniese una gran tempestad que dispersó a los del entierro y así el cadáver de Sande vino a quedar todo aquel día expuesto a la lluvia, cerca del mismo río de San Agustín.



Puente de San Francisco.

Desapareció, asímismo el puente de Lesmes, que por vez primera construyó el oidor Lesmes Espinosa y Sarabia en 1583; puente que en una noche del año de 1862, sirvió de momentáneo y

peligroso refugio a don Ignacio Gutiérrez Vergara, el perseguido de don Tomás Cipriano de Mosquera. Del puente del Carmen, de aquel famoso puente que en la noche del 25 de septiembre sirvió de guarida al Libertador, sólo queda hoy un murallón que pronto se hundirá en la tierra.

El de San Francisco, que era punto de reunión adonde salía unas veces la real audiencia y otras el cabildo a recibir bajo palio, a los virreyes y los arzobispos, no quedará dentro de poco vestigio alguno, y con él sucumbirán también el puente de Latas y el de Micos, el de Filadelfia y la famosa calle de Ranchopaja, que tánto sirvió a los pisaverdes de otros tiempos.

Evidentemente los puentes de Bogotá se acabarán porque se acabaron las aguas. Sólo allá, a lo lejos, y quizás por algún tiempo más, Puentegrande y el Puente del Común, recordarán a las futuras generaciones la obra de los españoles. Mas aquí, en Bogotá, nada se sabrá de todo esto, porque la diosa Sie, tan cara a los chibchas, se fue de la ciudad; porque Bochica hundió los ríos de Santafé dentro de la tierra, como en otro tiempo hundió las lagunas en la sima del Tequendama.

*J. A. B.*

# LA ORACION DEL NINO

Réza tú vida mía
mi sol, mi consuelo,
luz en mis tinieblas,
calor en mis hielos,
rosa que perfuma todas mis espinas,
miel que dulcifica todos mis venenos;
réza en tu divino
lenguaje del cielo,
en tu media lengua
llena de gorgeos
mucho más hermosos
que todos mis versos;
réza que ya el alba
con suaves destellos,
pone oro en tus rizos
y en tus labios besos;
réza, lucerito,
que yo te lo ruego;
¡réza, vida mía,
que Dios te está viendo!

Yo antes era muy malo, muy malo,
y ahora, vida mía, voy siendo ya bueno,
Antes no rezaba,
y ahora sí que rezo;
rezo con los ojos,
con el pensamiento
con el alma entera puesta de rodillas.
ante la blancura de angel de tu lecho
y tiemblan mis labios
al ir traduciendo.
en dulces plegarias todo lo que siento.
¡y éres tú la que me has enseñado!
¡Y eres tú, que aún no sabes hacerlo!
¡Eres tú, que aún no sabes hacerlo!
¡Tú que con tu risa me purificaste;
tú que con tus ojos me mostraste el cielo;
que acercándome al alma dormida
la luz de tus sueños,
sin nada decirme, me dijiste: Réza
y yo vida mía desde entonces rezo...!

Mariano Zurita



# La Cautividad de Egipto

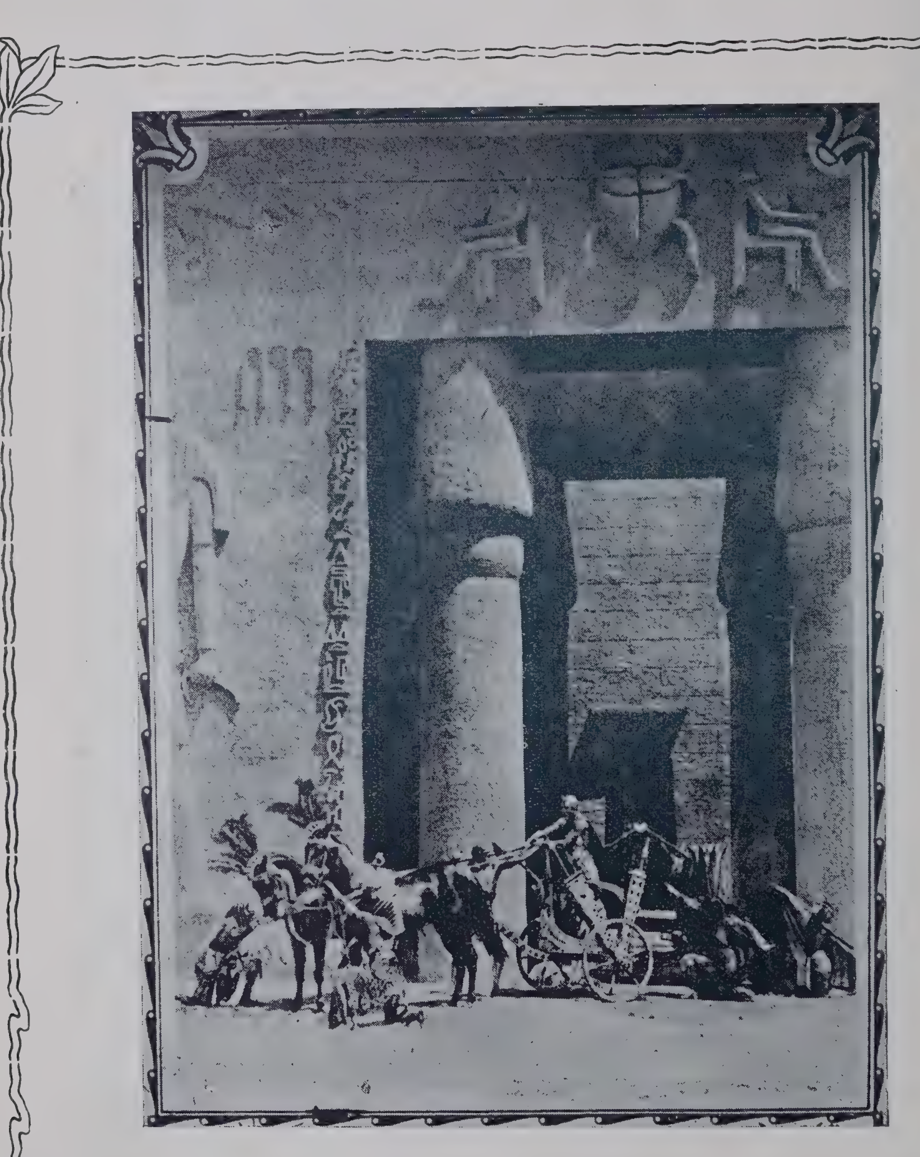
## Y EL EXODO DE LOS ISRAELITAS EN EL CINEMATOGRAFO

El descubrimiento de la tumba de Tout-Anck-Amon ha despertado en todos el deseo de conocer algo de civilización egipcia; el cinematógrafo está especialmente destinado a hacer eficaz este empeño por la viveza con que evoca las edades pretéritas. En la película intitulada *Los Diez Mandamientos* ha logrado Cecil B. de Mille, reconstruír parte de la vida egipcia con un arte verdaderamente asombroso. En ella aparecen la cautividad de los hebreos



Moisés delante de Faraón.

en Egipto, las diez plagas, la salida de estos israelitas por el desierto, el paso del Mar Rojo, la montaña del Sinaí. Para reconstruír todas estas escenas se ha hecho un estudio minucioso de los usos y costumbres de aquella remotísima época, y por ello puede considerarse esta película como una de las mayores obras de arte cinematográfico que apenas comienza a desenvolverse en el mundo. Los dos cuadros que presentamos, tomados de este película son: Moisés pidiendo al Faraón la libertad de Israel, y el Minephtá en el carro de los hijos del sol, en el momento en que él llega a las puertas del templo.



El Faraón delante de las puertas del Templo.

# EL TELEMACO

En estos tiempos en que el oro se hace más y más escaso en la vieja Europa, y en que los diversos Estados procuran crearse nuevos recursos, es por demás interesante recordar los esfuerzos hechos en varias ocasiones, para ver de encontrar en el fondo de las aguas, las riquezas enterradas. A causa de esto traducimos aquí un artículo del célebre Lenotre, que hallamos hace poco en "Los Anales".

Es esta una historia bien antigua; pues acaeció en los últimos días del año de 1789 en que Luis XVI, previendo las tormentas que sobrevendrían en breve, envió secretamente a Ruan dos millones y medio de luises en oro acuñado. El secreto no debió de ser muy riguroso, ya que otros muchos nobles, siguiendo el ejemplo del Rey, enviaron también otras cantidades; las más afamadas abadías hicieron otro tanto y con ellas muchas otras entidades. De esta suerte, en pocos días, estuvieron en la capital de la Normandía, riquezas cuantiosas, obras de rara y peregrina orfebrería, relicarios con piedras preciosísimas, custodias de grande mérito, diamantes, vajillas de oro y de plata, en una palabra, todo cuanto en París poseían más de treinta familias de nobles y más de cinco abadías harto renombradas por sus riquezas. La fortuna de los Jumieges estaba ya en Ruan y también las joyas de la Reina, y hay que pensar que uno sólo de los diamantes de María Antonieta llegó a apreciarse en quince mil francos.

Toda esta riqueza se escondió en barriles preparados para tal efecto, y un día fue trasladado a un bergantín que medía tres toesas de largo por tres pies y una pulgada de ancho, y otras dos toesas de alto. Como se ve los datos que son precisos, no nos dan idea de un buque muy grande. Este bergantín se llamaba "El Telémaco", y con este nombre es conocido en la historia de los más afamados naufragios.

Porque naufragó, en efecto y muy presto. El 2 de enero de 1790, salió del Sena, a favor de la marea baja, y llegó a Quillebeuf; allí se detuvo durante la noche, según la opinión más recibida, lo ataron durante la noche a las estacas del puerto, pero, debido al creciente oleaje de la marea alta, las ataduras se rompieron, y el pobre bergantín que no pudo con el peso que llevaba consigo, se hundió a pocos metros del muelle de Quillebeuf. Todavía está enterrado en una capa de cieno, cerca de una roca y a pocos pies de la superficie del agua; cuando la marea está baja puede decirse, que el tesoro está apenas a unos dos o tres metros de profundidad

Quien se sorprenda de que en estas condiciones tan favorables no se hubiere intentado desde el primer momento sacarle a flote, hay que advertirle que para ello hubiera sido menester dar noticia del hecho a las autoridades del lugar y que la confiscación habría sido inmediata. Sólo mucho tiempo después de la Revolución algunos interesados en el asunto, se decidieron a hablar. Recogieron ellos datos bastante precisos: un piloto de Villequier, afirmaba que había llevado a Inglaterra a algunos de los emigrados, y él recordaba que muchos de ellos se quejaban de haber perdido su fortuna en un buque que había naufragado el 3 de enero de 1790, cerca de Quillebeuf; un monje ya muy anciano de Fecamp, dijo a cierta señora del Havre, que los tesoros de la abadía de Jumieges y los de la de San Jorge, se debían encontrar en "El Telémaco"; un empleado muy antiguo del ministerio de marina afirmaba terminantemente que existían dos millones quinientos mil francos en luises dentro del bergantín; un sacerdote que afirmaba haber sido el confesor de Luis XVI, declaraba a

varias personas que en el navío perdido, estaban las riquezas del Rey. Y así fueron surgiendo poco a poco las leyendas, hasta el punto que un diario inglés llegó a afirmar que el renombrado collar de diamantes de María Antonieta, el collar conocido en la historia con el nombre de "Le Collier de l'Affaire," el collar de Cagliostro y del Cardenal de Rohan, que tan misteriosamente había desaparecido, estaba ciertamente, con muchas otras joyas, en las arenas del mar, cerca de la desembocadura del Sena y a pocos metros de profundidad.

Reunidos todos estos datos se llegó al convencimiento de que "El Telémaco" guardaba, por lo menos, unos ochenta millones de francos en diuero y en joyas, y esta cantidad podría triplicarse por lo menos, debido al gran precio que hoy alcanzarían estos objetos de arte procedentes de las abadías normandas, de las más acaudaladas familias francesas.

En 1837, un atrevido ingeniero francés, Magny, solicitó del ministerio de marina, la autorización necesaria para sacar a flote "El Telémaco". La licencia le fue otorgada el primero de agosto de este mismo año y el peticionario podría aprovecharla por el espacio de tres años; se estipuló, además, que las cuatro quintas partes del tesoro serían para los exploradores y lo restante pertenecería al gobierno y debía ser entregado en el ministerio de marina.

Magny se asoció con un fabricante de cables de hierro, del Havre, y se echaron al mercado las acciones de la nueva compañía. Sesenta y cinco mil francos pertenecientes a los accionistas fueron a parar al agua como el oro de Luis XVI. Magny no se dio por vencido y en el estío de 1841 logró—según él mismo asegura—variar de sitio al navío; lo cual les sirvió para colocar arpones hábilmente, y así, con sorpresa de los aldeanos de Quillebeuf, que estaban agrupados cerca del muelle, salió a flote una gran pieza de madera de unos diez metros de largo; otro día uno de los arpones trajo a las orillas vestigios de oro; por desgracia el regocijo de los trabajadores impidió que todo esto se registrase de una manera pública y oficial. Y entonces muchos comenzaron a decir que lo que había salido era puro cobre, cosa imposible puesto que en los días de Luis XVI, este metal no se empleaba en manera alguna en la construcción de las naves, y así continuaban en sus pesquisas, cuando un ingeniero inglés, llamado Taylor, propuso un método nuevo y por lo mismo más práctico para adelantar los trabajos; consistía este método en construír sobre el sitio en que está hundido el navío, un gran puente y luégo con arpones en forma de tornillo, levantar poco a poco el navío hasta ver de comenzar la exploración interna de él.

La obra comenzó y al cabo de pocos días se decía que "El Telémaco" estaba a un metro, cuando la marea estaba baja; se decía también que un trabajador había bajado ya al puente del bergantín con el agua a la cintura, y Taylor anunciaba que dentro de cuatro días "El Telémaco" estaría a flote. Los accionistas de la empresa fraguaban ya planes sobre la inversión de la encontrada riqueza, y sus esposas soñaban muchas veces con los diamantes que el bergantín ocultaba; Taylor era considerado como un hombre extraordinario, igual a Newton o a Cristóbal Colón, y ya se pensaba en el premio que se habría de dar a este intrépido genio que había quitado una presa a Neptuno.

Mas los días pasaban y "El Telémaco" no salía; los burlones levantaron otra vez sus voces, y todos afirmaban que lo que se había sacado del buque eran unos palos y unos barriles que parecían ser de cebo o de cosa semejante; por donde se ve, continuaban diciendo, que el tal "Telémaco" es un buque como cualquier otro y que sus mercancías ya averiadas, en nada difieren de las que suelen traer todos los buques. Magny, con infatigable paciencia, respondía a todas estas quejas y una y

otra vez afirmaba que "El Telémaco", que estaba ya casi a flote, contenía en sus bodegas una riqueza inmensa.

Por fin, vino el golpe fatal para la empresa. Un día anunció "Le Journal'' del Havre, que Taylor había desaparecido, y así era, en efecto, porque el famoso inglés no quiso enterrarse como "El Telémaco" y dejó a su socio el cuidado de pagar las cadenas y los tornillos. La fuga dio lugar a que se renovasen las burlas y el pobre Magny vino a quedar en la mayor miseria.

No parece que Taylor hubiera querido engañar; por el contrario, hay fundamentos para creer que obró con la mayor honradez; pero le faltó ciencia; le faltó investigar el sitio donde estaba realmente "El Telémaco" y quizá dio con otro buque hundido, y esto le desconcertó por completo.

Con los elementos de que hoy dispone la ciencia, sería posible acometer la empresa que tendría ciertamente mejores resultados, y bien vale la pena, si no por los pobres tesoros del infortunado Luis XVI, si por la riqueza artística que este buque nos oculta, riqueza que luciría, mejor que en las profundidades del mar, en alguno de nuestros afamados museos.

*G. Lenotre*

# Los Jardines del mar.

Las investigaciones en las profundidades del mar se hacen cada día más concienzudas, y los sabios andan, hoy más que nunca, preocupados en averiguar todo lo referente a la fauna y la flora de los oceános. Las anémonas, especies de pólipos *zoantarios,* que forman una misteriosa transición del animan a la planta, son uno de los tipos que más han llamado últimamente la atención de los sabios. Cada uno de los pétalos de este *animal-planta,* es un



Anémona marítima.

tentáculo destinado a coger fuertemente la presa.

A veces estos animales rudimentarios se adhieren fuertemente a los crustáceos, como nos lo demuestra el foto-



Anémona.

grabado que reproducimos en que una de estas anémonas se ha encaramado sobre un cangrejo marítimo para poder ir fácilmente de una parte a otra.

## LA DISCIPULA

(*Cuento*)

Tanto Claudian como su hija estaban plenamente satisfechas con la fisonomía encantadora de la nueva criada, llamada Valeria; era ella una joven de diez y seis años, natural de Anjou, de buena estatura, morena y delgada; tenía el rostro fino, la nariz aguileña, la barba punteajuda y sobre todo una cierta viveza que le dada una fisonomía de persona despierta.

—Evidentemente ha llegado ya el tiempo predicho por los socialistas en que los domésticos dominarán a sus amos, decía la señora Claudian, al ver a su criada.

Mas, con sorpresa advierten la madre y la hija que al presentarle el libro de cuentas a Valeria para que escriba en él las compras de cada día, ella tiene que confesar que no sabe leer.

—Eramos—dice—muchos en casa; yo, que fui la mayor, tuve que hacer las veces de ama con todos mis hermanos, y cuando terminó la crianza había pasado para mí la época de la escuela.

Berta, que tal era el nombre de la hija de la señora Claudian, tenía a los trece años unos hermosos ojos azules, un talle ya bien delineado, unos cabellos rubios, siempre en desorden, un rostro encantador, sobre todo por unos hoyuelos que se le pronunciaban cerca de la barba. La ignorancia de la criada le pareció a Berta cosa muy divertida, y se dedicó al juego poco inocente, de mostrarle a sus amigas que la criada no sabía leer; hízolo sobre todo cierto día en que la señora Claudian había convidado a muchas personas a tomar el té en casa.

Y así cuando ella con sus amigas se reunió en el salón, una de ellas preguntó con cierto aire de fingida seriedad:

—Valeria, qué dice el rótulo de esa botella que está sobre la mesa?

La criada quiso alcanzársela, pero ella se apresuró a decirle:

—Lee lo que dice; soy miope y olvidé traer mis anteojos.

—Señorita—dijo la pobre criada llena de confusión—aquí dice: *moras*. Una ruidosa carcajada se desató en el salón; todas las amigas de Berta querían continuar la burla que a Valeria le pareció intolerable, hasta tal punto que si hubiera podido allí mismo habría dado de bofetones a todas las amigas de su ama. Toda la tarde estuvo hosca y su expresión tenía algo de terrible; tenía algo de esas naturalezas vengativas que sólo se dan a cono-

cer cuando sobrevienen ciertos accidentes.

Por su lado, Berta estuvo disgustada, en un principio por las burlas que las amigas habían hecho, no sólo de la criada, sino de la familia misma que tenía a su servicio personas tan ignorantes; más tarde sintió algo así como un pesar de haber contristado a Valeria, y al fin determinó enseñarle a leer.

Y aprendió Valeria a escribir y a leer tan aprisa, que la benévola maestra quiso enseñarle también algo de aritmética, de historia, de geografía y de gramática. El resultado fue sorprendente. Valeria aprendió todo esto con grande rapidez, y retuvo con suma facilidad cuanto la maestra le enseñó; durante las noches repasaba cuidadosamente las lecciones, y así vino a suceder que, con una o dos clases semanales, sobrepujó en breve y al cabo de pocos años a la maestra, y eso que Berta había sido en el colegio una de las chicas más aprovechadas.

Cuando Berta cumplió los diez y seis años, Valeria, la criada, tenía ya la misma estatura que el ama: por lo cual ella podía recibir los vestidos de Berta, cuando ya estaban demasiado usados.

Cierta mañana Berta entró afanosa al cuarto de la madre, como si algo inaudito hubiera sucedido, y le dijo en tono de pregunta:

—Acabo de ver a Valeria con uno de mis trajes, y me ha ocurrido pensar que, si ahora que ella es tan instruída como yo, será igual a mí en todo?

—Quisiera yo saber, mamá, si las diferencias que median entre Valeria y yo, penden únicamente de la instrucción y educación que hemos recibido o si hay algo más que señala estas diferencias sociales?

La señora Claudian, sonrió levemente y respondió:

—En esta materia de diferencias sociales no se puede establecer principio alguno que pueda tenerse por inconcuso; sin embargo, el mismo sentido común y la experiencia nos indican que, a pesar de la igualdad en la instrucción y en los bienes de fortuna, las diferencias sociales permanecen idénticas, y así, aunque Valeria pueda ser tan instruída como tu, no será jamás absolutamente igual a ti; esto es así aunque no sabría decirte porqué.

—¿Cómo es esto, mamá?

—Míra, hija; Valeria tiene quizá gran memoria, pero no sabe asimilarse bien los conocimientos que ha estado adquiriendo; ella repite las cosas, pero no sabe inventarlas. Esta puede ser la diferencia.

—Me preocupa todo esto — continúa diciendo Berta—;verdad que yo quise enseñarle muchas cosas, pero jamás querré que ella sienta y piense como siento y pienso yo.

—Todo esto, hija, me parece muy humano por lo mismo que es muy egoísta, pero no me gusta verlo en tí. Míra, hay un mérito, es verdad en haberle enseñado a Valeria muchas cosas; pero ese mérito será todavía mucho mayor y más digno de alabanza si logras enseñarle a la criada algo de tus propios sentimientos, de tu modo de ver la vida y de sentir las cosas.

—Mamá, con esto desaparecería mi superioridad sobre Valeria, y esto sería inaceptable para mí.

—De ninguna manera, el levantar moralmente a una persona no implica, ni puede implicar que nosotros descendamos; por el contrario, hay y habrá siempre una superioridad indiscutible en quien enseña a los demás la verdadera virtud.

—Esto puede ser todo lo cierto y manifiesto que tu quieras, pero a mí no me gustaría que Valeria pensara como yo pienso. Además, para enseñar la virtud sería menester que yo fuera virtuosa y yo no sé si de veras lo sea.

—Eso tampoco lo sé yo, ni quizá lo sabe nadie; nada hay tan ignorado y tan misterioso como nuestro propio corazón. A veces creemos estar haciendo una obra buena y en realidad estamos haciendo algo que satisface nuestra vanidad y que por lo mismo nos

da una aparente tranquilidad. Y hay ocasiones en que aun en esto el discípulo se semeja al maestro y nada de extraño tiene que tu le hayas enseñado a Valeria a ser tan egoísta y tan vanidosa como eres tu.

---

Las palabras de la madre hicieron cabilar mucho a Berta, y un día quiso saber si Valeria era realmente egoísta y vanidosa como pensaba la señora Claudian.

—Esta tarde—le dijo cierto día a Valeria—vendrán mis amigas. Yo haré que ellas jueguen como lo hacíamos en el colegio cierto juego en que es menester que las unas hagan ciertas preguntas y las otras las respondan. Estoy segura de que muchas de ellas perderán en este juego, y en este caso tu podrás responder por ellas y así te desquitarás de la burla que el año pasado te hizo una de ellas cuando se dio cuenta de que no sabías leer.

Valeria, parecía rechazar la propuesta, pero Berta la convence de que aquello no tendrá inconveniente alguno porque las preguntas versarán sobre puntos perfectamente conocidos.

Valeria no quería ceder en este punto; por lo cual Berta le recordó la cólera que había sentido cuando se burlaron de ella por no saber leer.

—Prepárate—le dijo al fin—y esta tarde triunfarás.

—Nó, señorita, no diré nada....

—¿Porqué?—preguntó Berta.

—Señorita, porque usted me ha enseñado no sólo a escribir y a leer, sino, además, y ante todo, a ser virtuosa, y yo quiero demostrarle que he entendido muy bien sus lecciones.

Berta dibujó en el rostro una risa casi convulsiva, para ocultar una honda y profunda impresión, y al fin murmuró, casi sin saber lo que decía:

—Gracias, Valeria....

---

# Visiones de Tierra Santa.

El viajero que peregrina por la Palestina con ojos inteligentes, puede cerciorarse presto de que en las aldeas que en nada han cambiado de los tiempos de Cristo para acá, la vida, las costumbres y las tradiciones han mudado muy poco.

Un escritor, amante de los estudios bíblicos, M. Jhon Whiting, miembro conspicuo de la sociedad americana de Jerusalén, muestra en un reciente estudio algo de todo esto con grande solicitud.

Las calles son extrechas, tortuosas y sin pavimento alguno. Para protegerse los habitantes de las tribus nómades, no viven en las afueras del poblado.

La casa, generalmente, no tiene sino un cuarto espacioso y cuadrado, cuya techumbre es una terrasa a la cual se sube por una escalera que está siempre fuéra de la casa misma. Las paredes, todas de piedra tosca, tienen por lo común, un metro de espesor.

Casi todo el cuarto principal, está ocupado por una especie de plataforma de mampostería sostenida por dos arcos, y a esta parte baja de la casa la llaman los israelitas *mastaby*. Arriba viven los hombres; abajo los ganados.

La pieza débilmente iluminada por unas ventanas pequiñitas, tiene siempre una chimenea con su buitrón que llega hasta el techo. En muchas casas, sin embargo, no hay buitrón y entonces el humo se sale por las ventanas o por ciertas troneras que se tapan durante el invierno.

Los muebles de la casa no pueden ser más sencillos: un baúl rústico en el cual el ama guarda sus vestidos de fiestas; un tapete de lana que cubre el pavimento; luégo colchones y cobijas y almohadas en desorden; las ca-

mas sólo se preparan para la noche; en el resto del día todo anda como quedó por la mañana.

Los cachivaches de cocina no son muchos, ni muy finos: una marmita de barro, dos más de madera que suelen ser muy grandes, y algunos platos de madera, forman la riqueza de la cocina. El trigo se muele en un molino de de piedra: algunas tazas y una cafetera completan el resto, porque los judíos suelen ser hoy muy aficionados al café.

Si bajamos al *mastaby* por la estrecha escalera de piedra, veremos que esta parte baja del edificio sirve para guardar la leña y que durante el invierno allí se guarecen los animales.

Este *mastaby* nos deja ver claramente que en uno de ellos nació Cristo, y no en esa especie de granja que nos han pintado los poetas y los pintores. Había a las afueras de Belén un *khan* o lugar de refugio para las caravanas, y la parte baja del edificio estaba destinada a los animales.

Pues bien, no habiendo hallado María y José posada en el mesón de Belén, buscaron el *mastaby* de esa casa que se hallaba a las afueras de la ciudad y en él nació Cristo.

Quizá, y esto no es raro en Palestina el *khan* a que María y José se retiraron estaba cerca de las rocas y aprovecharon los constructores alguna de las grutas para formar allí el *mastaby* de que venimos hablando. De esta suerte los adelantos de las investigaciones en Palestina viene a convencernos de que la gruta llamada de Belén, era realmente un establo de animales.



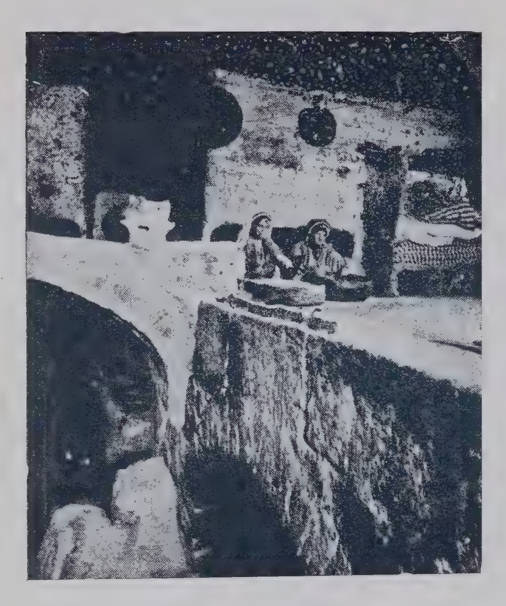
Rebaño cerca de Belén.

Los belhemitas, como todos los judíos, usan una especie de túnica hecha de una pieza y sin costura alguna que responde exactamente a lo que la Escritura y la tradición nos dicen del vestido de Cristo.

Todos ellos, como David, usan on-

das que saben manejar con grande habilidad; lo que nos demuestra cómo murió a manos del futuro Rey de Israel el famoso Goliat. De estas ondas se sirven los pastores para dar muerte a los pajaritos y de ellas se valen para atraer hábilmente a las ovejas que se apartan de la manada.

Hasta la misma escena de Jacob que



Casa de Bethlem.

sirvió a Labán por varios años para obtener la mano primero de Lía y luégo de Raquel, se explican visitando la Palestina; porque a la fecha muchos propietarios ricos, aceptan el trabajo de los pretendientes de sus hijas, sin obtener más retribución, que el matrimonio mismo que suele celebrarse cinco o seis años después.

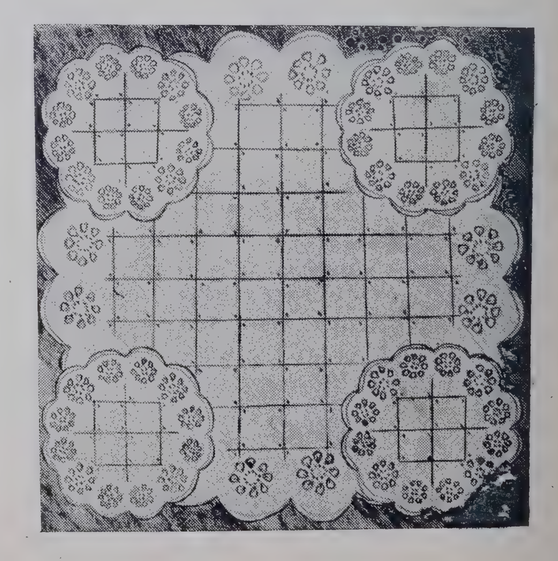
Los molinos públicos no han variado en nada; son los mismos de los tiempos de Cristo; ruedas pesadas que mueve un hombre o un caballo. La manera como se hace allí la *mantequilla,* aunque no está escrita en la Biblia, deja ver que es algo primitivo y muy antiguo, ya que la leche guardada en un zurrón de cuero de cabra que las mujeres cuelgan del techo, es agitada hasta que la mantequilla se haya formado.

Se podrían multitplicar los cuadros que revelan cómo nada ha cambiado en Palestina de los tiempos de Cristo a este tiempo; de tal manera que el mejor modo de conocer la Biblia es precisamente el que de una manera gráfica nos muestra la misma Palestina.

*Víctor Forbia*

# MANTEL DE TE

Se emplea una tela blanca de lino fino de 100 centímetros en cuadro. Los grupos de flores se bordan al pasado con hilo brillante blanco, y se ribetea cada pétalo con hilo rojo; se semilla de la flor se forma con puntos de hilo brillante rojo. Con rojo también se forman los cuadros del centro del mantel y de las aplicaciones. Finalmente en el borde del mantel se hace filete con hilo blanco brillante. Cada aplicación tiene 33 centímetros de diámetro.



# La mujer cristiana.

( *Continuación*)

Esta vida de la fe, de la fe entendida no como una mera adhesión pasiva del espíritu, sino como una aceptación, como una verdadera asimilación de todo nuestro sér a las verdades sobrenaturales, y que por medio de la gracia divina ha llegado a este espíritu, la posees ya tu, y así bien puede decirse qué para ti ha comenzado ya realmente la vida de la fe.

Lo que otros recibieron; lo que ellos te trasmitieron a tí, es ya algo real y verdadero en tu espíritu. Tu serás pues, un eslabón de esa cadena que la tradición cristiana desenvuelve lentamente y que durará hasta el final de los tiempos. De tal suerte que tu estás obligada con tu esfuerzo y tus energías y hasta con tus sacrificios a acrecentar esa conciencia cristiana que recibiste de tus mayores. Al cumplimiento de este deber debes prepararte desde ahora como cristiana, porque la fe te lo impone y te lo inspira.

Un cristiano tiene siempre el mismo objeto delante de los ojos; tiene siempre el mismo ideal, y esto acontece en todos los pueblos y ha tenido cumplida realidad en todos los tiempos. Sin embargo, parece que en la actualidad el cumplimiento del deber cristiano se nos presenta en un triple aspecto que es o debe ser intelectual, familiar o doméstico y social; no quiero añadir religioso, porque los tres anteriores son todos partes y formas del cumplimiento del deber religioso.

Tendrás, pues, en la sociedad en donde debes vivir un deber intelectual que cumplir. Es menester que tú seas una mujer de mérito, instruída y sabiamente preparada a recibir lo que podríamos llamar *el alma de la verdad*, que se halla escondida y oculta en la mayor parte de los sistemas, aun de los que parecen más falsos y opuestos a ella.

Mas para ver de buscar pacientemente la verdad, para llegar a una grande ecuanimidad de espíritu es necesaria una grande rectitud, una lucidez para juzgar el mérito de las cosas, y una solidez en los conocimientos que hayas de adquirir poco a poco. Se requiere hoy más que nunca que no haya nada de superficial, ni de mezquino en tus conocimientos, y me refiero, no solamente a los conocimientos científicos o literarios, sino ante todo al conocimiento sólido y profundo que tengas del cristianismo.

Me sorprendo de lo mucho que ignoran de la religión la mayor parte de las mujeres que profesan el cristianismo; el espíritu de este cristianismo les es cosa extraña; sus dogmas imperecederos son para ellas un peso muerto que arrastran perezosamente. Hasta la misma estrechez de miras revela, muchas veces, que no han llegado ellas a sentir el latido del Corazón de Cristo que se manifiesta, muchas veces, a través de la liturgia de los ritos y de los símbolos que ellos entrañan. Muchas mujeres han perdido el concepto de esta maravillosa luturgia católica que ha compañado siempre a la Iglesia y que se desenvuelve de la cuna al sepulcro por un esfuerzo maravilloso del espíritu humano que a ido formándola a través de las edades por obra de la gracia del Espíritu divino que vive en la Iglesia. Esas mujeres presentan el aspecto de algo triste, de algo desprovisto de alma que practica la religión, sin saber lo que practica. No tienen ellas nada de ese espíritu interior del cristianismo que es todo belleza y todo actividad. No creas que al decirte lo que acabo de afirmar pretenda condenar las prácticas religiosas; muy al contrario: las alabo como manifestación que deben ser de un estado interior del alma. Por eso es menester que estemos convencidos de la Verdad a fin de que ella nos ayude a vivir dentro de esta celestial ar-

monía que se llama la Iglesia, dentro de esta de vitalidad y de esta eficacia que se desprende de los dogmas cristianos y del mérito moral y social de la doctrina católica.

Deseo, querida mía, que tu seas por el lado intelectual, una mujer cristiana consciente; que sepas las razones en que se funda tu fe; los motivos que tienes para adorar y esperar. Entonces y sólo entonces tu espíritu se levantará poco a poco sobre el nivel de los demás y entederán los altos pensamientos que el catolicismo te revela; con lo cual te será dado el que en las exteriores manifestaciones de piedad, rechaces todo aquello que en alguna manera te pueda hacer aparecer ante los demás como una alma mezquina que practica lo que no entiende. De San Vicente de Paúl es la siguiente frase verdaderamente hermosa: "Los ejércicios de piedad no deben pesar más al cristiano de lo que a las aves les pesan las alas; unas y otras les sirven para abandonar la tierra y remontarse al cielo".

Procúra también adelantar en el conocimiento de las cosas meramente humanas. Quisiera yo que fueras grandemente instruída y hasta si se quiere, sabia; esta palabra no me atemoriza y eso que Moliére decía que las mujeres sabias eran "tontas y pedantes".

En nuestros tiempos una mujer sólidamente instruída suele hacer mucho bién; fuéra de que los deberes que para con nuestro propio espíritu tenemos nos obligan a aumentar cada día nuestros conocimientos, a dilatar nuestros horizontes, a fin de ser aptas algún día, dentro de nuestro papel de madres, para cumplir con los deberes que se nos imponen en una sociedad que necesita de las luces de todos los que en ella viven por débiles que parezcan. Cuando s etrabaja, no por una satisfacción, de vanidad, sino para fortificar el espíritu y hacer que los demás saquen provecho de nuestra labor, puede úno estar seguro de que el trabajo será fecundo y que Dios le recompensará. Algún día, tarde o temprano, se recogerán frutos que nosotros no imaginábamos, porque nada se pierde de nuestros esfuerzos desinteresados y generosos.

El segundo deber que se te presenta hace relación a la familia. No es un deber nuevo, pero es tan sagrado, tan grande y tan importante que es natural el que yo desee hablarte algo de él. Creo, con la Iglesia, que todo el edificio moral, nacional y social, reposa en la familia; y que todo lo que úno haga por ella, vendrá en favor del adelantamiento de las razas y de las naciones, y que por el contrario, ellas estarán por siempre perdidas el día en que se arranque esta piedra angular de la vida doméstica.

Trabajarás, pues, por fortificar de todas maneras y en todo sentido la vida de familia. Más tarde cuando hayas fundado una, harás de tu hogar un centro vivificador por sus influencias y serás la conciencia viviente de los que en él vivan. Serás para tu marido una amiga y una compañera; para tus hijos una guía y una imagen viviente de la vida moral; poseerás, en fin, ese dón precioso que todos admirábamos en tu madrina y que conservó para siempre a pesar de sus muchos sufrimientos: el dón de la serenidad, de la paz que nadie nos puede quitar, ni aun las pruebas más duras o los desgarramientos del corazón más atroces, porque ella viene de una fuente divina de Dios, que la da, a veces, en proporción con los sufrimientos que envía, por una de esas misteriosas compensaciones ignoradas de los hombres y que sólo El conoce.

Para esa hora—y aun para este momento—menester es que los tuyos se acostumbren a tener su alma en paz, a ser pacientes en los acontecimientos adversos, dulces con todos los hombres y hasta si se quiere, con la vida misma. Saber sonreír suele a veces ser cosa heroica, pues ojalá que tu sonrisa pensativa o alegre, sea siempre benévola. Acuérdate que entre las personas que habrás de encontrar en la

vida, hallarás muchos débiles, muchos abandonados. Apréndе, asímismo, cualesquiera que sean las pruebas o las tristezas que hayas de tener, a alegrarte con los que gozan y a tomar parte activa en la felicidad de los otros.

La mujer cristiana tiene finalmente un deber social que cumplir; y ya que vas a recibir una educación más perfecta y por lo tanto, un verdadero valor real, es menester que trabajes con todas tus fuerzas en el adelantamiento moral y material de todos tus semejantes, sobre todo del pueblo a veces desheredado y siempre engañado. Nunca debemos olvidar las palabras preñadas de dulzura que Cristo pronunció un día: "Tengo lástima de las multitudes". Como El pues tengamos piedad de ellas; amemos esos seres que carecen de tántas cosas y que no poseen en ocasiones ese bien supremo que sólo se encuentra en Dios. Lleguémonos a ellos, no con tono de superioridad ni en nuestro carácter de benefactores, lleguémonos como hermanos para mostrarles así que la verdadera igualdad no se halla sino únicamente dentro del cristianismo, el cual ve que todos los hombres tienen una misma alma y un mismo fin idéntico para todos. Probémosles que sólo la Iglesia realiza en el mundo la verdadera fraternidad y crea una ley igual para todos, a fin de que todos alcancen la verdadera libertad conforme a estas palabras del Señor: "Vosotros conoceréis la verdad y ella os dará la verdadera libertad".

Mas o quizá en parte desde ahora y con el permiso de tus padres, podrás entrar a hacer parte de esas asociaciones sociales que hoy hay en todas partes, y entre ellas escogerás siempre las que tengan mejor espíritu y más claros fines prácticos. Llevarás a ellas tu inteligencia, tu interés y tu energía. No seas jamás de las que siempre quieren mandar y nunca obedecer, éstas crearían siempre muchas obras, pero los crearían para ellas, solas y jamás aceptarían que se hiciera el bién de manera diversa de como ellas lo sienten. Es menester que en esas obras sociales, como en todo lo demás, tengas un espíritu magnánimo y un corazón generoso que acepte las contradicciones y las dificultades porque sabe que ellas son medios para obtener el éxito deseado. Trabajar siempre sin pretender ver el resultado, es algo muy cristiano.

Persuadida, sin embargo, de que para emplearte en estas cosas que implican una verdadera transformación del orden social, se requiere un estudio serio de los problemas y se exige que los ensayos se hagan con suma prudencia. Los cristianos no tienen porqué temer la democracia porque la Iglesia que civilizó a los bárbaros, puede hacer de la democracia algo genuinamente cristiano entre otras cosas, porque el pueblo lo es....

En esta mirada rápida que hemos contemplado la vida cristiana habría algo incompleto si no te hablara de dos cosas graves y santas, aunque quizá pudieran parecer tristes si no las contempláramos a la luz divina: una de ellas es la marcha constante hacia otra vida más alta y más noble y la otra es la puerta por donde debemos ir en busca de esa vida; esas dos cosas son los sufrimientos y la muerte.

# EL CINEMATOGRAFO

Acaba de pasar en París una exposición del cinematógrafo en el palacio Galliera; todo lo relacionado con el moderno invento estaba allí; el fenaquisticopio de Plateau que apareció en 1829; el revólver cromofotográfico del astrónomo Jassen que fue inventado en 1874 y luégo los descubrimientos de Marey en 1882; aparecía también el quinetospio de Edison de 1891; el proyector de Marey y el raxinoscopio de Raynaud que fueron conocidos por los años de 1893 y por último, los primeros aparatos que aparecieron en París en 1895. Todo estaba reunido en el museo Galliera para recordarnos cómo nació y cómo se ha ido desenvol-

viendo poco a poco el arte maravilloso del cinematógrafo, que nos ha dado imágenes tan soberanas y perfectas.

Este invento extraordinario ha transformado no sólo el arte, sino la vida; merced a él han desaparecido las sabrosas tertulias familiarias de otro tiempo; el teatro decrece visiblemente por él o mejor dicho se transforma en algo hasta la fecha ignorado. Todo se puede enseñar en cinematógrafo, el bién lo mismo que el mál, y en presencia de este invento toca al cristianismo el definir sus límites y el sacar provecho de lo que el hombre hizo por sólo apetito de divertirse y distraerse.

Posee el cinematógrafo el poder de llevarnos a épocas apartadas y a lugares remotísimos sin costo alguno. El cinematógrafo lo invade y querer desconocerlo, equivaldría a desconocer una de las poderosas fuerzas del mundo moderno.



Vista de Bogotá desde la Torre de la Catedral.

OFICIAL.

*Retiro.* — El del presente mes tendrá lugar en santa Clara el sábado 23 y la Comunión reglamentaria el domingo 24 a las 7 a. m.

*Matrimonios.* — Contrajeron en el presente mes matrimonio las siguientes socias: señorita Helena Ortiz Márquez con el señor Rafael Arias y señorita Emma Alarcón Noguera con el señor Tolm W. Chester; este matrimonio tuvo lugar en la capilla española de la ciudad de Nueva York.

*Defunciones.* — Han muerto en este mes las siguientes socias: Inocencia Sierra de Baquero y Lucrecia Rodríguez Galvis; a sus deudos enviamos la manifestación de nuestro sincero pésame.



*Laguna Blanca,* cerca de la población de Mosquera, en cuyas proximidades fueron encontrados a fines del año pasado, unos fósiles prehistóricos.

## RECETA.

Para destruír las moscas.

Es grandemente útil la siguiente receta:

| | |
|---|---|
| Emético | 1 |
| Miel | 40 |
| Agua | 200 |

con esta solución se impregna en una hoja de papel secante que se coloca en un plato, cuidando de que se mantenga húmeda.

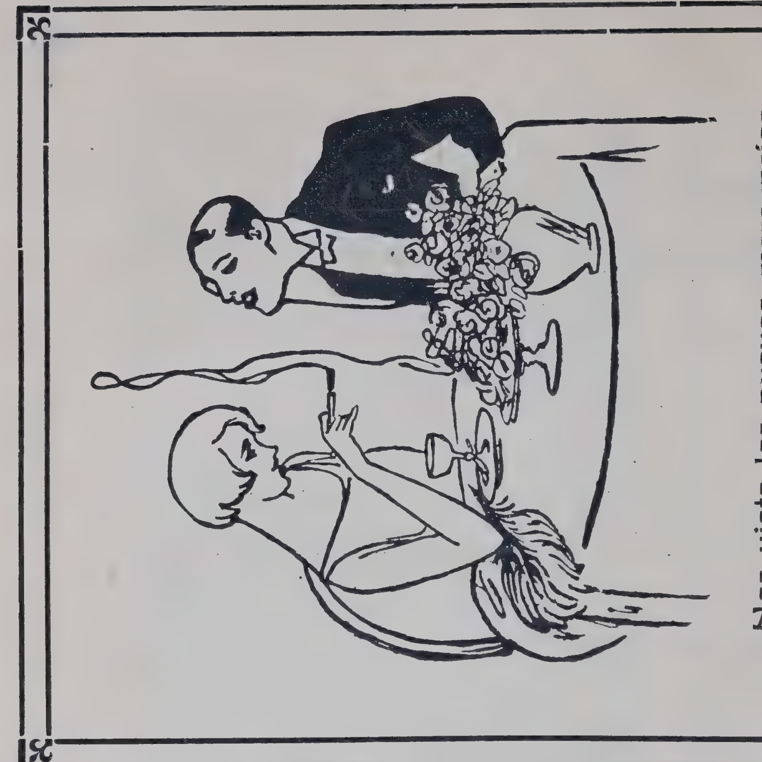
La cuacia es también para las moscas un veneno violento, así, pues, se prepara una solución de agua y de esta madera al 1 por 18, haciéndola hervir durante algunos minutos; se pone en una tela a la cual se ha de añadir algo de azúcar en polvo.

## Receta para ondular el cabello.

Empápese por la noche en el siguiente compuesto:

Una clara de huevo, cuatro gramos de azúcar y una cucharada de vino.

Se enrollan los cabellos en mechones con canutillos de papel, después de haberse bañado toda la cabeza con la solución indicada.




GUIA SOCIAL
y COMERCIAL de BOGOTA

---

Esta importantísima obra comenzó ya a editarse

en la Casa

Editorial de Cromos.

---

Pedro Ostau de Lafont
**FOTOGRAFO**

---

Retratos a domicilio dentro y fuéra de la ciudad.

---

Fotografias de banquetes, matrimonios, bautismos, etc.

---

Carrera 9ª., número 30-8

Teléfono 43-41

# Lecturas

Número 7. Bogotá, septiembre de 1924 Precio, $ 0.10



San Diego, por Uscátegui.

Director:
JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ,
Presbítero.

Dirección y Administración: Apartado 386

Teléfono No. 1166



Revista mensual ilustrada.

N.º 7.º — Bogotá, septiembre de 1924.—VOL. I

Condiciones:
Número suelto. . 0.10
Un trimestre . . . 0.30
Un semestre . . . 0.50
Un año . . . . . . 1.00

PAGO ANTICIPADO

# Los terremotos en Santa Fe.

Es el terruño teatro y testigo de nuestra historia y como tál acreedor tiene que ser a nuestro cariño, porque cada sitio o paraje evoca el pasado, satisface de presente nuestras necesidades materiales y con sabiduría nos adoctrina a usar provechosamente de él en el porvenir.

Los ríos, los valles y las montañas parte integrante son de esa epopeya cuyos versos van quedando escritos con el correr de los tiempos en las entrañas mismas de la tierra.

Para el bogotano la altiplanicie que recrea de continuo el ánimo por la tranquila monotonía de sus campos, tiene una historia propia como héroe que ha venido luchando día por día, contra los males internos desde la época ya remota en que se levantó bruscamente de en medio de los mares; forma ella parte de los Andes, de esos Andes agitados siempre por perpetuas revoluciones interiores cuyas causas ignoran aún los sabios.

Cada uno de los cataclismos de la Sabana y en general de Colombia debiera tener su historia; por desgracia ella está escrita a pedazos, y de los numerosísimos temblores y terremotos que ha habido en estas tierras apenas se recuerdan algunos; los demás los ignoran por completo los extraños, los desconocemos en parte, nosotros, y así Colombia no puede venir a formar parte de esa especie de geografía *seísmica* que hoy comienza a ser estudiada en la vieja Europa.

Conviene por ello, recordar algunos de los terremotos de Santafé, dejando para otro día el tratar de modo más general y completo, de los de Colombia.

El primero que se registra en la historia es el de enero de 1644 que se sintió fuertemente en Santafé y que produjo, como luégo se supo, la destrucción de Nueva Pamplona. Vargas Jurado, que trae memoria de él en su sabroso Cronicón, dice que "fue bien trabajoso", aunque no produjo mal alguno, que se sepa. (1)

En la noche del 9 de marzo de 1687, siendo Presidente de este Reino el caballero de Calatrava don Gil Cabrera, harto conocido por su decidia, hubo gran consternación en Santafé a causa de un ruído medroso que en ella y en la Sabana se oyó por largo tiempo. Don José María Caballero relata el hecho con gala de pormenores, oigámosle: "Estando la noche serena, buena y sin alteración ninguna, como a las diez de la noche, comenzó un extraño ruido en la tierra, en el aire o en el cielo—que al fin no se supo dónde fue—el que duró cerca de media hora; de suerte que no quedó persona despierta, ni dormida que no le sintiese. Al primer golpe dudaron, al segundo temieron y al tercero se aterraron de tal modo, que salieron

(1) **La Patria Boba**, pág 7 ed. de la Academia de Historia. (2) ibid. pág. 79 —3) cita de Ibáñez, Crónicas vol. 1º. 210—4) Ibid. pág. 211.

todos de sus casas como estaban, desnudos o vestidos, y corrían sin saber para donde, pidiendo misericordia. Nadie sabía a donde iba, ni a donde estaba; los de un barrio iban a otro y los de aquél a éste, y así se atropellaban unos con otros; a esa hora se abrieron todas las iglesias y se expuso el Santísimo Sacramento. En esta confusión nadie sabía a qué atribuírlo: unos decían que era el demonio que disparaba una gran batería, pero esto era nada, pues el ruido, según se sintió, era más recio que el estallido de un cañón de 36; y como era continuo, a los del campo les parecía que iban ya volando por el aire. En fin, cosa terrible y espantosa. Quedaron todas las gentes como atontadas, pues se preguntaban unos a otros lo sucedido y nadie acertaba a dar una razón. El ruido les duró en los oídos por mucho tiempo, y el temor pánico que concibieron fue tal, que a cualquier ruidito que oyesen se levantaban dando gritos y alaridos que ponían en consternación a todo un barrio o parroquia. El ruido no se puede figurar, por haber sido cosa muy extraña y fuéra de los límites de la naturaleza. El trueno más grande de un rayo, sería nada en comparación, y esto seguido por espacio de media hora fue lo que aturdió, y quedaron todos como dementes''.

La descripción, que no puede ser más completa, se semeja en parte a la del padre Cassani que se ve en la Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en el Nuevo Reino de Granada, y a la que escribió prolijamente el padre Juan Rivero en su Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare, y antes que en las páginas históricas hállase de continuo en la imaginación popular que ha hecho un adagio del tiempo del ruido.

Esto no tiene, como entonces se imaginó, causa sobrenatural alguna y hoy le dan todos los geólogos explicaciones satisfactorias; ni ha sido cosa de estas tierras, sintiéronlo y grande los de Guanaxoto en Méjico, como lo refiere Humboldt, oyéronle los del Cauca en 1827 y los de la misma Santafé en 1826, como luégo veremos. Mas todo esto era demasiada ciencia para el año de 1687 y así nada tiene de extraño el terror que entonces se apoderó de los santafereños, y eso que el ruido no vino acompañado de terremoto alguno.

En cambio el 18 de octubre de 1743, siendo gobernador y virrey de estos reinos don Sebastián de Eslava a quien la historia llama "Defensor de la religión, honor de la Monarquía y conservador de la América", ocurrió en Santafé un tan tremendo terremoto que casi todos los edificios grandes de la ciudad o vinieron al suelo o al menos padecieron serios quebrantos. "A eso de las once del día 18 de octubre hubo —dice Vargas Jurado— gran terremoto, ruído y ladridos de perros, el cielo se oscureció con llovizna y se dañaron los más de los templos". (1)

Refiere el mismo Vargas Jurado que, a causa de este terremoto, fue menester fajar con hierro las torres de la Catedral, que la Capilla del Sagrario quedó sin pirámides y en Santo Domingo sufrió la iglesia y el claustro, lo mismo que en San Francisco, San Agustín y San Ignacio; refiere asimismo el cronista que la torre de San Juan de Dios, que era hermosa, se vino a tierra y que fue menester apear las de Santa Inés y el Humilladero. Por donde se ve que en este día casi toda Santafé padeció. Los habitantes salieron a vivir en chozas por los campos; el señor Vergara, que era Arzobispo en aquellos días, se dedicó a predicar la reforma de

(1) **Patria Boba,** pág. 24. (2) **Patria Boba,** pág.

costumbres y hubo confesiones de muchos años.

Mayores estragos produjo el terremoto en los campos, sobre todo en las poblaciones de oriente, según se colige de una carta del muy reverendo padre José Trelleras y Eguiluz, cura de Fómeque, quien al referirse al ruido que entonces se sintió dice hermosamente: "Ello parecía ál sonido de un río caudaloso; sonaba como fuego voraz que a la batiente del aire abrasa a un monte y como ecos que lleva el aire de una pieza de artillería".

Andando los tiempos, refiere la historia que hubo en Santafé otro temblor memorable, el del 12 de junio de 1785 que dio en tierra con las naves laterales de Santo Domingo debajo de cuyos escombros quedaron varias personas sepultadas; en ese día la Capilla del Sagrario perdió sus torres y los ladrillos de ellas hirieron de muerte a dos personas; mas lo que por siempre dejó huella en el terremoto de aquel año fue la destrucción de las Casas de la Audiencia y de los Virreyes que estaban en el sitio mismo hoy ocupado por el Capitolio Nacional.

De nuevo vio Santafé el éxodo para los campos de sus habitantes consternados, y hubo de llorar la pérdida



La consagración de los Obispos en la Basílica Primada.

de personas notables que murieron durante los terremotos.

Menos dañino fue el de veinte años más tarde que no causó mal serio ni aun siquiera en la vieja medio derruída Catedral abandonada ya por los canónigos a causa de los temblores anteriores. Otro tanto puede decirse de los temblores en los tiempos de la *Patria Boba*. Ellos fueron a causar daños más lejos, pues de los que entonces ocurrieron, uno destruyó a Honda y a Mariquita y otro aniquiló casi del todo a la ya próspera ciudad de Caracas.

Anota, sin embargo Caballero que el temor de los santafereños fue grande en el temblor del año 14, y da en su acostumbrado lenguaje los más sabrosos pormenores que sirven al mismo tiempo para recordarnos los usos y costumbres de aquellos tiempos casi primitivos. "Daba gusto ver a todas las gentes—dice el cronista—porque unos rezaban el rosario, otros el trisagio, otros las letanías de la Virgen, otros las de los santos, unos cantaban el Santo Dios, otros la Divina Pastora, unos gritaban el Avemaría y otros el dulce nombre de Jesús, unos lloraban, otros cantaban, otros gritaban, otros pedían misericordia y confesión a gritos".

Todo esto y mucho más hubiera debido hacerse el año de 1827 porque en realidad este fue el mayor terremoto de cuantos han conmovido a Santafé. Don José Manuel Groot, testigo ocular de los hechos, los relata prolijamente en su historia. "Había llovido—dice él—y el cielo estaba oscuro, cuando todo el mundo salió de donde estaba, dando alaridos destemplados; y como esto fue al mismo instante en la población, se formó un eco espantoso y aterrador, unido al ruido como de un trueno sordo que producía el sacudimiento o crujido de los enmaderados de las casas, al propio tiempo que se oían todas las campanas, como si se tocara a arrebato, por el bamboleo de las torres y campanarios causado por la oscilación de norte a sur".

Todo el mundo salió de las casas y tiendas para las plazas y los arrabales de la ciudad, no creyéndose nadie seguro bajo los techos. Sin embargo, las gentes no se aterraron tánto con este temblor como con el del año anterior, a pesar de haber sido éste mucho más violento y de haber hecho tántos daños". (1)

Por su lado don José Manuel Restrepo dice refiriéndose a la causa de este temblor de Santafé: "Se ha creído que el foco principal de este terremoto, fueron los volcanes del Huila y Puracé, en la cordillera que divide las aguas del Magdalena y del Cauca; este río creció mucho, y sus aguas quedaron fétidas y turbias. Crecientes de lodo y lava corrieron hacia el Magdalena, cuyas aguas se enturbiaron y se pusieron hediondas hasta morir muchos peces. Los cerros se derrumbaron, y taparon ríos y arroyos, cuyas represas corrieron después con gran violencia, arrastrando hombres, animales y plantíos; de esta manera perecieron en Neiva más de doscientas personas, y se inutilizaron multitud de plantaciones, especialmente en el valle de Suaza; este río estuvo sin correr cincuenta y cinco días, cubriendo el agua dos leguas a lo largo del valle, media de ancho y subiendo ciento cincuenta varas. Al fin rompió los diques el agua, hizo muchos daños y esterilizó las vegas del alto Magdalena con la tierra no vegetal y las arenas que regara en ellas. Las ciudades de Bogotá, Neiva y Popayán y Pasto fueron las que más padecieron con dicho terremoto.. (2)

Después de este desastre otros tem-

---

(1) **Historia de la Nueva Granada.** vol. 4º. pág. 225.

(2) **Historia de la Revolución,** vol. 4º. pág. 591.

blores se fueron repitiendo sucesivamente, aunque sin causar daño serio en la ciudad, hasta que, a mediados del año 1917 los Andes se volvieron a encargar de enseñarnos cuán inquietas y turbulentas son sus entrañas.

Esta vez cayó para volverse quizá a levantar la iglesita de Guadalupe que ha sido siempre la peor librada en todos los temblores. Edificada en los comienzos del siglo XVIII se vino a tierra en 1743 "aunque sin daño—dice Vargas Jurado—de la Señora que la bajaron ilesa" (3); edificada de nuevo, cayó otra vez en 1785 y los religiosos de la Candelaria fueron a traer del cerro la imagen de Nuestra Señora; levantada de nuevo sucumbió por la tercera vez en 1826 y bajaron entonces a la Virgen a la iglesia de la Enseñanza en donde permaneció hasta le época en que con gran regocijo de todos se llevó una nueva estatua al templo edificado por el canónigo Mejía.

Esta iglesita, pues, nos cuenta la historia de nuestros temblores, de esos temblores y terremotos perpetuos a que están sujetos siempre los que habitan en estas alturas de los Andes.

(3) **La Patria Boba**, pág. 24.

# DOBLE ACUARELA

Por entre nubes
van asomando montes denegridos
como azabaches
engastados en copos de algodón,
y en la tupida
selva de gigantescos robledales
rítmico se oye
de relucientes hachas el fragor.

En las revueltas
del tortuoso camino serpentean
filas de mulas
que salpican de lodo el matorral,
y en la hondonada,
bordado de sonoras plataneras,
de piedra en piedra
corre el río sus tumbos a estrellar.

También el alma
guarda paisajes tristes en su fondo:
goces que huyeron
como nieblas fugaces en tropel;
amargas penas
que emergen del pasado hasta el presente,
y adversos golpes
que deshojan el árbol del placer.

De aquesta vida
en la senda tortuosa y prolongada,
va desfilando
caravana de míseros sin fin,
y hondo, muy hondo,
en el cauce que cavan los pesares,
del llanto el río
creciendo avanza el lóbrego gemir.

La Palma (Camino de Alto Grande).
Marzo 1921.

**Héctor H. Hernández**
Presbítero

# ¿Hay otros mundos habitados?

*Abate Moreux*

De todos los planetas que forman cortejo al sol, dos solamente, con excepción de la tierra, pueden acaso dar asilo a seres vivientes: Marte y Venus.

Marte pudo estar habitado en otros tiempos; actualmente, las condiciones climatéricas, la insignificante densidad de la atmósfera y todas las demás circunstancias del planeta, no permiten pensar que haya allí especies de animales más o menos perfectas.

La vida en Marte ha venido a quedar reducida a algo muy semejante a la de los que en la tierra vivieran en una altura helada, situada en nuestras regiones polares a 20 kilómetros más o menos de altura y sometida a los rayos debilísimos de un sol lejano. Este es el clima hiperbóreo en su más rigurosa acepción y esto unido a la rarefacción del aire.

En cuanto al planeta Venus, el fenómeno se presenta a la inversa, porque allí sólo es posible vivir en las regiones templadas y más que todo en los polos, y esto sin contar con la hipótesis más o menos probable de una rotación demasiado rápida que haga imposible el desarrollo de los seres vivientes.

No hablamos, porque es inútil, de los planetas pequeños, especies de bólidos que giran en torno de Marte y sobre todo de Júpiter. La atracción en estos montículos es tan débil que una piedra lanzada desde ellos por un niño bastaría para convertir esa piedra en otro satélite. En ellos, la rapidez de la rotación es tan grande que no podría suponerse un sér que pudiera tenerse en equilibrio.

Pero si los planetas de nuestro sistema no están habitados, no nos mostrará acaso la ciencia que hoy dilata los dominios de nuestros conocimientos, la posibilidad de que haya otros astros habitados?



Salón de exposición de las Misiones.



La procesión de las Misiones a su paso por la Plaza de Bolívar.

Tal era la opinión del padre Secchi quien escribió lo siguiente: ¿Qué decir de esos espacios inmensos y de esos astros que les llenan? Qué pensar de esas estrellas que son, como nuestro sol, centros de luz, de calor y de actividad destinados, como él, a conservar la vida en una multitud de criaturas de toda especie? Es absurdo suponer que esas vastas regiones sean desiertos inhabitados; deben ellas, antes bien, estar pobladas de seres inteligentes y racionales, capaces de conocer, honrar y amar al Creador; acaso esos seres han sido más fieles a Dios que nosotros, así lo queremos suponer y muchas veces pensamos en que allí no habrá criaturas orgullosas que se empeñen en negar al Creador a quien le deben la existencia y la facultad de poder conocer las maravillas del universo.

He citado este pasaje, bien conocido, a fin de mostrar que un sabio cuya ortodoxia no se puso nunca en tela de juicio, admitía de una manera teórica la posibilidad de que otros mundos estuviesen habitados.

No se trata, sin duda, de poblar las estrellas mismas, porque todas ellas son soles en estado de actividad, ni se trata tampoco de admitir que cuando esos soles se vayan enfriando pueden poblarse, porque entonces les faltaría calor y luz para que en ellos vivieran esos seres; en cambio hay que admitir que esos soles son centros de verdaderos sistemas planetarios y que en ellos y no en el sol mismo, puede haber habitantes.

¡Cuán prodigioso debe ser el número de tierras que giran alrededor de esos soles! Los más poderosos instrumentos nos dejan entrever ciertas manchas en la Vía Láctea que pueden contener riquezas no soñadas. Por otra parte, es difícil creer que solamente nuestro sol sea una estrella privilegiada que tenga una tierra habitada, lo contrario parece acomodarse mejor a la idea del poder creador de Dios.

Nadie, pues, podrá negar estas consideraciones más que justas; mas es el caso que tenemos una vez que dejar a un lado estas teorías generales,

para presentarnos una vez más delante de la ciencia a fin de oír de ella la última palabra.

Y hé aquí que ella nos responde que los demás sistemas son por regla general muy diferentes del nuéstro. Preséntanse en primer lugar una multitud de estrellas dobles y es claro que en estos sistemas binarios la trayectoria recorrida por ellas o al menos por una de ellas se semeja a la de los cometas y no es favorable a la existencia de planetas que giren en torno de ellas, y de las otras estrellas poco o nada se sabe. Por consiguiente, un verdadero astrónomo no puede decir ni que la tierra es la única, ni menos que hay otras habitadas, porque en realidad, la ciencia, la pura y verdadera ciencia no está hoy en capacidad de resolver este grave problema. Quedan eso sí las conjeturas y la verdad es que ni la filosofía espiritualista, ni la teología católica se oponen a la doctrina de la pluralidad de los mundos habitados.



Niñas que hicieron su primera comunión con motivo del Congreso Misional.

## BLUSAS DE MODA

*Blusa tejida.*—De color habano en dos tonos. El dibujo es necesario sacarlo en papel de cuadritos. Debe tenerse cuidado de que las hebras que van por el revés, no queden tirantes. Las tiras que no tienen dibujo van tejidas con dos hebras de lana de los dos colores del tejido; ésto le da al tejido un aspecto muy nuevo. También se puede para facilitar la ejecución, tejer todo unido y luégo bordar el dibujo en lomillo.



# Cuadros costeños.

## (FRAGMENTOS DE UN DIARIO DE VIAJE)

*Puerto Colombia*

Al cabo adivinamos confusamente, por entre el boscaje, una superficie verdosa, con volubles rayas blanquecinas; y de repente, al trasponer un recodo después de La Playa y de Salgar, aparece la prodigiosa magnitud del océano. La vía férrea se aparta entonces, para luégo salir al encuentro, bordeándolo en el arranque de la curva que declina en el puerto.

—¡El mar, el mar! exclamaremos con los Diez mil de Jenofonte.

El oleaje se agolpa restallando cerca del enrielado. La extensión se dilata, y apartados sobresalen el casco rojo del *August* Wilhelm y el gris oscuro de un paquebote noruego. Adelante se pierde, mar adentro, la armadura larguísima del muelle, y atracado en un extremo blanquea el frutero *Zacapa,* de dos chimeneas.

El horizonte es una franja de azul sombrío muy demarcada, que yo por el contrario, había supuesto indecisa y brumosa. De vez en cuando se acentúan fajas cárdenas; hé aquí el "vinoso ponto" de Homero, el *mare purpúreum* de Virgilio. El tinte del cielo es menos vivo, dando así realce a la nitidez del mar, que me inspira sobrecogimiento respetuoso, como de cosa sagrada. Al verle, nadie, por indiferente que sea, deja de pensar en Dios, que se insinúa en el entendimiento y en la conciencia con actualidad avasalladora.



Castillo de San Juan, en Santa Marta.

Coleccioné conchas de almejas y fragmentos de madréporas; recorrí dos veces el muelle, que tiene cerca de tres millas, y despedí a mis amigos en el bananero.

Allá, lejos de la costa, a solas y asido del barandal, dejé que la ventolina me azotara, y aspirándola pude apreciar un olor peculiar de mariscos, como de mezcla de alquitrán y peptona. Parejas de pelícanos adueñados de los regolfos, vuelan pausadamente; otean y calan de improviso

agitando las aguas; resurgen flutuando y se elevan de nuevo con algún buen bocado, que a veces se les cae del pico, y ¡zas! un segundo chapuzón. Otras veces posan sobre los pilotes, e indolentes se pienan el plumaje.

### SANTA MARTA

En punto de la una el tren nos trasladó de Puebloviejo al de Ciénaga, situado en un erial. Proseguimos escoltados por peñascales y filas de cactus cereiformes. Franqueamos por fin el Gaira, y paramos en la provecta ciudad de don Rodrigo.

He aquí cuatro siglos que sobreviven intactos en estos balcones decrépitos, en estos muros y azoteas retostados, en esotros pavimentos, rejas y tejados virreinales. Circuído semejante proscenio por las cordilleras, los promontorios y la bahía, no habemos menester más para retroceder a épocas heroicas, poseídos de la magia de los ensueños. Nuestra antigüedad yace allí petrificada. Nos envuelve ambiente letárgico. Una tristeza secular agobia los penachos de las palmeras y se cierne sobre los campanarios escuetos y las encrucijadas desiertas. Impera mutismo funeral. ¿Es que aún reina el pavor de la irrupción de los corsarios? Es el inmenso duelo que gravita sobre el recuerdo de Bolívar expirante.

Ante la terraza de la fonda explayase la ensenada con bruñiduras de acero. Una vela apenas la transita. Al Sur se interpone el cabo San Fernando, y por entre éste y el Morro se despliega el mar de Atlante.

Tardó el instante de emprender la vía de San Pedro Alejandrino. De un vistazo es preciso antes abarcar el exterior de aquel retiro y concentrar emociones.

Sugestión o lo que fuere, cierto es que dentro del recinto algo raro se apodera de las facultades. Diríase que el espíritu del muerto influye haciendo sentir su íntima presencia, particularmente en el rincón de la fúnebre alcoba de la izquierda, engalanada con inscripciones, coronas y más ofrendas conmemorativas. En la pieza contigua está la mesa que recibió el cadáver para la autopsia y embalsamamiento. Mucho impresionan los rastros renegridos que conserva, no menos que el conjunto de las demás reliquias, la débil claridad de las ventanas arcaicas, la repercusión de furtivas voces y pisadas, el rumor de las auras en las estancias vacías, y las oscilaciones lánguidas que dejan en cada gajo del patio y en las arboledas vecinas.

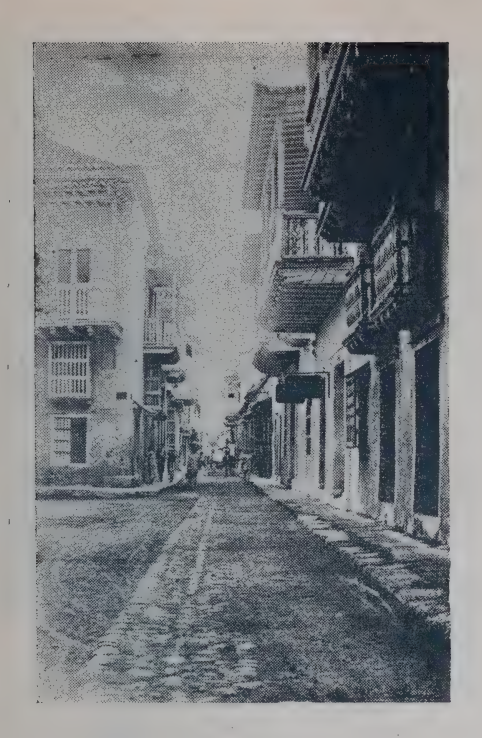
La augusta sombra persigue sin cesar al curioso, poniéndolo preocupado y taciturno; mas aquello no es la obsesión de los manes airados de la víctima: es el enajenamiento de una añoranza abrumadora, que allí mismo donde reina la muerte, anima todos los objetos circunstantes, convirtiendo en visiones los retratos colocados en el segundo salón lateral.

### CARTAGENA

Prestamente el vapor lucha con agua de mar, levantando borbollones, y se introduce en el estero de Pasacaballos. A siete leguas se columbra ya la Heroica y Noble Ciudad, y en primer término, la cumbre de La Popa, señoreando el golfo anchísimo. Van destacándose los castillos caducos de Bocachica, San Felipe y Pastelillo; y en el fondo, hacia la Machina, el paquebote *Mecklemburg,* un transporte italiano e innumerables chalupas de cabotaje.

Con mil revueltas y sacudidas, el cochero nos conduce a la hospedería. El señor Lamadrid se constituye mentor mío por ese laberinto de callejones vetérrimos, coronados de miradores.

Haciendo recuento de hazañas pre-



Santo Domingo, Cartagena.

téricas, anduve por el adarve de las murallas desde el baluarte de Santiago hasta el de Santa Catalina, en que la elevación será de veinte metros. En otros costados el muro no alcanza sino a seis, y el espesor es también muy desigual. Hay otra defensa de pedrejones al Norte, y es tal allá el retumbo de las marejadas, que no exagero al compararlo con el fragor de un tren apresurado.

Apuntaré que delante de la capilla gótica de El Cabrero el piso está formado por cascajo de moluscos; y que las derivaciones de la bahía son aguas muertas, predilectas de los salmonetes, de los cangrejos y del marisco denominado con propiedad "flor de agua", que se encoge y descoge alternativamente.

Los empedrados, alares y paredones calcinados, los ventanales sombríos donde se cimbrean plantas tropicales, están repletos de crónicas añejas. A cada momento esperaréis *voarcedes* la reaparición del Maestre de Campo, de los barracheles o de algún auditor del Santo Oficio. Por ese tenor son casi todas las calles, como la de los Siete Infantes, las de Vadillo, don Sancho, el Guerrero, la Inquisición, la Sierpe, Soledad, Tablada, Tejadillo, Tumbamuertos y Castelbondo.

*J. C. García*, Presbítero.

---

# La mujer cristiana.

(*Conclusión*)

Jamás, te aseguro, para una alma verdaderamente evangélica la espectativa del sufrimiento y el pensamiento de la muerte podrán ensombrecer la vida. Los más fuertes, los que con corazón valiente afrontan las luchas, las tribulaciones y las pruebas, los que saben sonreír delante de la muerte y hacer para ellos y para los demás este sacrificio supremo son en verdad seres que una vez por siempre han comprendido que el sufrimiento está íntimamente ligado con nuestra vida y que esta es una ley divina y el trabajador asiduo de la redención, de la santificación, y que así la muerte destruye el dolor. Saben ellos en la serenidad de su fe, que Dios es todo hermosura ,todo verdad, todo amor, y que la muerte es el camino que nos lleva a El en donde está la plenitud de la felicidad y de la vida, y que allí en El encontraremos, para no perderlos ya nunca, los seres amados que El llamó antes que a nosotros.

Este sér sufre como todos los demás y sin embargo, sufre de manera muy diversa porque padece "con los



Otro aspecto de la consagración de los Obispos.

que tienen verdadera esperanza". Las nuestras son grandes y hermosas porque la felicidad que por medio de la prueba nos está preparada viene a recibir nuevo brillo con el dogma consolador de la comunión de los santos. De este dogma te diré lo que ya, en parte, te dije de él de la Eucaristía, que le comprenderías solamente cuando en realidad le hubieras vivido. Por él se establece una comunicación dulcísima, un cambio misterioso de méritos y de oraciones entre los hijos todos de Dios; entre los que ya han recibido la recompensa, los que todavía están purificándose y los que aún luchan acá abajo.

Nuestros sacrificios, nuestros actos, nuestros esfuerzos llevan cuando tienen un fin sobrenatural, una fuerza purificadora y santificadora de la que podemos disponer en favor de nuestros hermanos tanto de los vivos como de los difuntos. Es supremamente bello y a la par consolador sentir al llorar, y que nuestras lágrimas caen sobre una alma amada o quizá sobre una desconocida y que ellas la transforman. No sufrimos ni hacemos el bién sólo en nuestro favor; eso sería, según la expresión de tu madre, "insuficiente". Ella sufrió y por tí ofrendó sus padecimientos, y sólo en la eternidad sabremos, en esa hora de las revelaciones íntimas, lo



Té ofrecido en días pasados por la Juventud Católica a los Obispos.

que ella obtuvo para tí y a costa de cuántos sufrimientos te consiguió el dón de la fe, el de la vida cristiana y el de la felicidad quizá en este mundo, cosa que ella no conoció .

Todos moriremos, mas tú no le temerás a la muerte porque te acordarás siempre que el mejor medio de prepararse para ella es una vida cristiana. La muerte es pues, la vuelta del hijo al padre, de la criatura al Creador; por ella podrás al fin poseer la verdadera dicha y gozar de todas las realidades que nos aguardan en la vida ultraterrena; comparadas ellas con las cosas de acá abajo éstas aparecen como sombras imperceptibles.

Y ahora, amada niña, después de que hayas leído una y otra vez estos apuntes que las circunstancias me han hecho abreviar y de los cuales poco comprenderás en el primer momento, volverás sin embargo, después de su lectura, como de una primera visita que hubieras hecho al Cristo, volverás, es verdad, al trabajo, quizá al juego o ese cuotidiano trajín de la vida, y mientras tanto este humilde manuscrito permanecerá olvidado.

Mas dentro de unos años, cuando ya los demás te llamen señorita y más tarde todavía, en las bien probables horas de sufrimiento o acaso en las de alegría en las horas en que andas necesitada de un consejo, volverás a buscar mi manuscrito. Encontrarás entonces en él, a pesar de los defectos del estilo, los vestigios y el corazón de un sér que te ama, sentirás que mi ternura siempre te acompaña y si Dios lo quiere, yo espero, que algo de mí misma páse a tu propia alma; entonces, si te sientes consolada y fortificada, si, después de leído, amas más a tus prójimos y tu amor se hace más y más intenso, podré yo, acá en la tierra o en el cielo, si Dios ya me tiene allá, cantar el cántico de acción de gracias y decir llena de reconocimiento: Señor, me probasteis con el sufrimiento, me rehusasteis en la tierra muchas alegrías, pero me habéis ahora pagado con creces, pues me habéis hecho sentir la dulzura del amor permitiendo que haga algo de bien a la niña que tánto ha amado y que confió a mis cuidados, antes de volver a vos, mi querida Julieta.

# Crónica del mes.

Aunque *Lecturas* no es revista de información, fueron tántos y tan importantes los acontecimientos religiosos del mes pasado, que haríamos mal en callarlos, aunque ya sean conocidos de la mayor parte de nuestros lectores; vamos, pues, a dar en resumen alguna idea de ellos.

El día 3 recibieron, de manos del Excelentísimo señor Nuncio Apostólico, la consagración episcopal los Ilustrísimos señores Pedro María Rodríguez, Obispo de Ibagué; José Ignacio López, Obispo de Garzón, y Miguel Angel Builes, Obispo de Santa Rosa de Osos. La ceremonia revistió particular esplendor, debido a la presencia de todo el episcopado colombiano y a la asistencia de las altas autoridades de la República, y sobre todo a la del señor Presidente que fue padrino de dos de los Obispos.

*Lecturas* se complace en presentar respetuoso saludo a los nuevos prelados y hace fervientes votos por la prosperidad de la misión apostólica que la Iglesia les ha confiado.

Desde comienzos del mes llegaron a la ciudad los Ilustrísimos señores: Manuel José Cayzedo, Arzobispo de Medellín; Maximiliano Crespo, Arzobispo de Popayán; Eduardo Maldonado Calvo, Obispo de Tunja; Heladio Perlaza, Obispo de Cali; Francisco Cristóbal Toro, Obispo de Antioquia y Jericó; Rafael Afanador, Obispo de Pamplona; Antonio María Pueyo, Obispo de Pasto; Tiberio Salazar, Obispo de Manizales; Leonidas Medina, Obispo del Socorro; Joaquín García Benítez, Obispo de Santa Marta; José María Guiot, Vicario Apostólico de San Martín; Atanasio Soler y Royo, Vicario Apostólico de la Goajira; Fidel de Monclar, Prefecto Apostólico del Caquetá y Putumayo; Emilio Larquer, Prefecto Apostólico



El Santísimo conducido por el Excelentísimo señor Nuncio Apostólico.

de Arauca; Francisco Gutiérrez, Prefecto Apostólico del Chocó; Joaquín Arteaga, Prefecto Apostólico de Urabá y José María Potier, Prefecto Apostólico de Tierradentro.

Todos ellos llegaron a Bogotá con el fin de reunirse en conferencia episcopal. Estas conferencias, que el derecho canónico ordena celebrar cada cinco años, tienen suma importancia en el desarrollo de la vida religiosa dentro del país y contribuyen directamente a la prosperidad de la Nación que ve en la vida religiosa un elemento esencial de esta prosperidad.

El día 15 se inauguró en los pabellones del nuevo hospital de San Juan de Dios, una exposición de misiones compuesta de los objetos que para este fin han donado los fieles de toda la República y de los objetos que la incipiente civilización de los lugares de misiones nos pueden ofrecer. En uno de los pabellones, el de *Rufino José Cuervo,* estaban los objetos donados; en el otro, llamado de *Paulina Ponce de León de Sánchez,* estaban los obsequios de los pueblos sujetos a las misiones religiosas.

La sala del costado norte del primer pabellón estaba ocupada toda ella por los valiosos presentes que las damas del Colegio del Corazón y las pensionadas hicieron a los misioneros: una vez más mostró el ilustre plantel regentado por las Damas del Sagrado Corazón que él, por todos aspectos, es uno de los mejores, si no el primero de toda la República, por el espíritu de sincera piedad y de sana educación que las religiosas saben habilísimamente dar a las educandas.

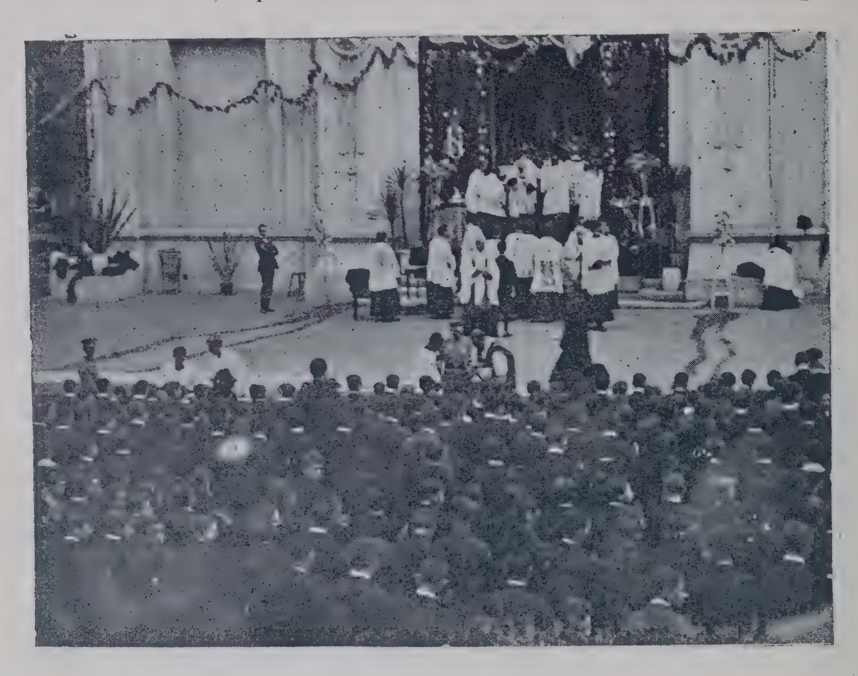
En el salón central de este mismo pabellón estaban las donaciones de los Departamentos del Cauca, Valle, Nariño y Magdalena.

En el costado sur hallábanse reunidos los esfuerzos de Bogotá; allí aparecían en primera línea los regalos de las Hermanas de la Presentación de Tours, tan conocidas en todo el país por su benemérita obra en



La comunión de los niños en el Parque de la Independencia.

favor de la educación de las niñas y de la asistencia a los hospitales; allí las valiosas donaciones del Convento de la Enseñanza, de las terciarias dominicanas, de los Colegios de María Auxiliadora, de la Inmaculada Concepción y de casi todos los demás colegios de señoritas de la capital; allí, ostentaba la piedad bogotana y su caridad nunca desmentida allí se mostraba el esfuerzo de la señora Paulina Terán de Rueda, quien contribuyó eficacísimamente a la exposición que se llevó a cabo, el de la señora Pardo de Briceño, de la señora Lucrecia Alvarez de Lago que hizo valiosas donaciones al Congreso y los de todas las demás señoras cuya lista haría demasiado prolija esta memoria.



Otro aspecto de la procesión.

Al término del costado sur, en dos salones aparte, estaban las donaciones de los Departamentos de Antioquia y de Caldas; en estos salones aparecían pujantes, como siempre, la religiosidad y el espíritu emprendedor de estos dos importantes Departamentos de la República; mayor abundancia en el de Antioquia, mayor elegancia en el de Manizales, uno y otro salón lucían dignamente en medio de todos los trabajos enviados de las diversas partes de la República.

Por su lado los misioneros y misioneras llenaron con los objetos más peregrinos y curiosos el pabellón *Paulina Ponce de León de Sánchez*; en el costado norte y una sala aparte, estaba admirablemente representada la misión del Urabá, a cargo hoy de los reverendos padres Carmelitas; en el salón central, el visitante hallaba los artefactos de las misiones del Arauca, Tierradentro, San Martín, Casanare, Pacífico, Magdalena y Sarare, en la sala del lado sur, aparecían las misiones de la Goajira y por último, en la sala circular del mismo lado sur, las misiones del Chocó. En estos salones se mostró a plena luz la labor cristiana y civilizadora de nuestros misioneros y se hizo sentir lo que dentro de poco llegarán a ser estas regiones colombianas que

hoy comienzan a sentir la benéfica labor del misionero.

La ceremonia de inauguración tuvo lugar en el pabellón de *Angel Cuervo,* a las nueve de la mañana, con una misa del Excelentísimo señor Nuncio del Papa; después, la señorita Vargas Angel, saludó a los Obispos, y luégo, elegantemente el doctor Emilio Ferrero, dio a conocer la obra de las misiones en Colombia, con frase castiza y llena de una elocuencia suave y atractiva; el señor Perdomo, Arzobispo Coadjutor, dio, al terminar, las gracias a las señoras que habían contribuído a la realización del Congreso Misional y de la exposición que iba a inaugurarse.

El domingo 17 comenzó el Congreso en el Salón de Grados con asistencia de todos los Obispos, del Presidente de la República, de los Ministros del Despacho y de numeroso concurso de hombres y mujeres. Llevó la palabra en este acto, el doctor José Joaquín Casas, y acto continuo, el padre Arteaga expuso sus ideas sobre la obra del misionero en Colombia. Las otras sesiones del Congreso que tuvieron lugar en el mismo Salón de Grados, en los días siguientes, llevaron a cabo una intensa labor que redundará presto en gran beneficio para Colombia, y se clausuraron en medio de la satisfacción de todos cuantos a ellas asistieron.



**La bahía de Santa Marta.**

El Congreso terminó con dos actos religiosos de gran significación: una comunión general de niños llevada a cabo en el Parque de la Independencia; hubo misas en diversos sitios del parque y comulgaron más de cinco mil niños.

A la tarde, Bogotá presenció el espectáculo religioso de una solemnísima procesión que salió de la Catedral, tomó hacia el sur hasta la plazuela de San Agustín y siguió luégo por las calles que van a rematar en la Florián para subir por la calle 12. Para darse cabal cuenta de este acto y de su esplendor, es menester pensar que la procesión se componía de ciento cincuenta y cinco partes, es decir, de todos los colegios de varones y mujeres de la ciudad, de todas las asociaciones piadosas, de todo el clero secular y regular, del episcopado colombiano, de los diversos organismos que integran en Bogotá el poder político desde el Alcalde de la ciudad, hasta el Presidente de la República; desde el Concejo, hasta las Cámaras legislativas; embellecían la procesión cuatro carros alegóricos artísticamente arreglados y una serie de altares repartidos aquí y allí. Esta ceremonia, prueba inequívoca de la religiosidad colombiana, evocaba admirablemente los esfuerzos realizados en los dos Congresos anteriores y llenaba el alma de la esperanza que todos tenemos en el fondo del alma de conservar por siempre la religiosidad indiscutible de Colombia.

# Recetas de cocina.

*Buñuelos antioqueños*— Para dos libras de quesito llamado *antioqueño*, 4 huevos, 12 cucharadas de harina de maíz; 2 cucharadas de maicena y un poquito de bicarbonato. Se muele todo esto juntamente, se amasa bien y se forman los buñuelos. Para freírlos, se deja que la manteca esté tibia y, a medida que se vaya calentando, se bajan los buñuelos hasta tanto que hayan crecido lo bastante y luégo se ponén de nuevo al fuego hasta que se doren.

# Oficial.

La Congregación del Corazón de Jesús, presenta respetuoso saludo a los Ilustrísimos señores Obispos reunidos en conferencia episcopal, y al mismo tiempo envía la manifestación de su sincero pesar al Excelentísimo señor Roberto Vicentini, Nuncio del Papa, por su reciente duelo.

El día 12 de agosto celebró la Congregación la fiesta de Santa Clara, patrona de la Iglesia en que la Congregación celebra sus funciones religiosas; predicó el panegírico de la Santa el doctor Pedro Pablo Galindo, cura párroco de Une.

Contribuyó la Congregación del Corazón de Jesús a la realización del Congreso Misional por medio de varias de sus socias que activamente trabajaron en el comité de señoras que el señor Nuncio tuvo a bien nombrar.

# Defunciones.

Durante el presente mes han muerto las siguientes socias: Ester Moncada de Castro, Magdalena Borda de Soto, Ifigenia González de Bernal, Leonor Gutiérrez y Lucinda Fajardo.

# Retiro.

Tendrá lugar éste el sábado 27 y la comunión de regla el domingo 28 a las siete de la mañana en la iglesia de Santa Clara.

La Congregación celebró el sábado 23 una velación al Santísimo Sacramento en asocio de la Congregación de la Adoración Perpetua, según lo que había decretado el Congreso Misional, y omitió, por causa de esta solemnidad, el retiro que se acostumbra hacer todos los meses.



Río Magdalena.

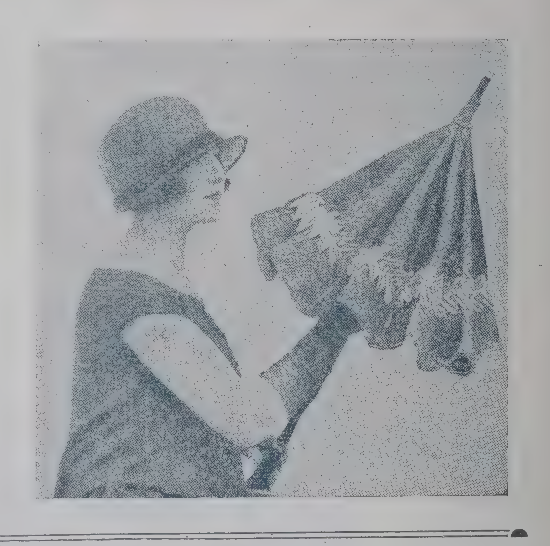
*LAS SOMBRILLAS DE MODA*

Con poco costo y utilizando armazones de paraguas que ya no están en uso, se pueden forrar estas lindas sombrillas que los grabados muestran.

*Sombrilla* Nº 1—Se hace en grot azul *nattier*, el triángulo que la adorna va en pana del mismo tono.

*Sombrilla* Nº 2—En forma de flor. Los pétalos blancos y el centro de muselina negra fruncida.

*Sombrilla* Nº 4—Esta sombrilla va forrada en una tela de paja como para sombreros, y el adorno, en figura de hojas,se hace de cinta de faya negra de 5 centímetros de ancho.






GUIA SOCIAL
y COMERCIAL de BOGOTA

Esta importantísima obra comenzó ya a editarse
en la Casa

Editorial de Cromos.

Pedro Ostau de Lafont
**FOTOGRAFO**

Retratos a domicilio dentro y fuéra de la ciudad.

Fotografias de banquetes, matrimonios, bautismos, etc.

Carrera 9ª., número 30-s
Teléfono 43-41

# Lecturas

Número 8. Bogotá, octubre de 1924. Precio, $ 0.10



Paisaje de una hacienda en San Antonio de Tena.

(MAQUINA FOTOGRAFICA GOERZ)

EDITORIAL DE CROMOS

Director:
JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ,
Presbítero.

Dirección y Administración: Apartado 386

Teléfono No. 1266



Revista mensual ilustrada.

N.º 8.º — Bogotá, octubre de 1924.—VOL. I

Condiciones:
Número suelto. . 0.10
Un trimestre . . . 0.30
Un semestre . . . 0.50
Un año . . . . . . 1.00

PAGO ANTICIPADO

# Los progresos de la radiotelegrafía.

Quién fue el inventor de la *radiotelegrafía?* Cada país pretende tener esta gloria; los alemanes se enorgullecen con el nombre de Hertz, a quien consideran como el primer inventor de la *radiotelegrafía;* los franceses nos hablan de Branly; para un inglés el inventor es Lodgge; para los americanos De Forest; para los italianos, Marconi.

Ellos tienen razón, más ninguno la tiene del todo; porque la verdad es que esos sabios contribuyeron todos al invento: unos como meros precursores, otros como verdaderos inventores. El sabio alemán que vio que una onda eléctrica podía ser emitida, no sólo en forma de corriente y por medio de conductores, sino por el sólo espacio y valiéndose de ondas de igual velocidad que las de la luz, descubrió mucho en este punto; pues mientras los rayos de la luz no traspasan los muros, ni penetran al travéz de la neblina, éstos otros lo penetran todo.

De la mera posibilidad de hacer una cosa a su realización hay siempre mucho trecho, y por eso las ondas descubiertas por Hertz, se nos presentaba como algo sujeto al capricho e imposible de sujetar a la voluntad del hombre.

Por eso Marconi logró la verdadera gloria, ya que aún siendo estudiante, logró mediante el uso de ciertas antenas metálicas, emitir y recoger a muy corta distancia estas ondas que parecían fugaces.

La primera trasmisión sin hilos la verificó Marconi en 1896, adoptando para ello los signos del telégrafo Morse que aún continúa empleando la *radiotelegrafía.* Este sabio italiano había descubierto un nuevo método de comunicación, pero él parecía más que una realidad aprovechable, un mero juguete infantil. Se trasladó entonces a Londres y se presentó al jefe de los ingenieros de telégrafos de Londres, sir William Preece, que por aquellos tiempos estudiaba también el problema de la telegrafía sin hilos. En 1897 Marconi consiguió en Inglaterra los primeros resultados prácticos, puesto que logró enviar señales por medio de las ondas, en la llanura de Salisbury, a una distancia de unos seis kilómetros. Poco después, un accidente del entonces Príncipe de Gales, quien había sufrido un golpe en una rodilla, motivo por el cual hubo de permanecer por varias semanas en el *yate* oficial, permitió a Marconi establecer entre este *yate* y la isla de Wigth, una comunicación *inalámbrica* que dio a conocer al mundo entero el nuevo invento.

En 1899 instaló el mismo Marconi antenas *radiotelegráficas* entre Francia e Inglaterra, a ambos lados del Canal de la Mancha. Hacia fines de 1901 se trasladó el sabio a América, y comenzó a hacer nuevos ensayos para poner en comunicación los dos continentes. Al principio las antenas estuvieron en globos cautivos, que agitaron terriblemente las tempestades en esos días, pero al fin se oyeron las comunicaciones entre América y Europa, y de ahí en adelante se ha hecho imposible el calcular el sinnúmero de buques que se han salvado merced al maravilloso invento con que hoy se anuncia del uno al otro extremo de la tierra lo que en cada lugar acontece.

Verdaderamente pocas cosas hay que causen tan honda impresión como oír esos mensajes más o menos cabalísticos, que vie-

nen de regiones lejanas. Jamás se nos olvidará, la emoción que nos produjo la primera audición *radiotelegráfica* que oímos en la estación militar de Carabanchel.

Con el *auditivo* puesto, queríamos descifrar los signos misteriosos que nos llegaban de todo el mundo a través del espacio.

El *radiotelegrafista* decía: Oye usted?

—Sí, señor; oigo muy bien el *tic, tiic,* característico del *radiograma.*

—Pues sólo está a mil y pico de kilómetros, se oye lo que nos envían de la estación de Carnavon en Inglaterra.

Movió entonces el *radiotelegrafista* una manecilla, como tanteando y preguntó:

—Oye? Esta vez nos envían mensajes de la estación de Norddeich, en Alemania.

Otro tanteo con la manecilla y añadió:

—Estos son mensajes de los buques de guerra que están en alta mar.

—Ahora se oyen mensajes más cercanos, los de la torre Eiffel.

—Y ahora? pregunté yo.

—Ahora nos hablan desde Cartagena.

Verdaderamente esto es asombroso; con sólo variar la longitud de las ondas, llégan a nosotros mensajes de diversos países. Merced a este invento nos creemos trasportados, por arte mágico, a remotos lugares del espacio, a donde llegan misteriosamente trasformados pensamientos, palabras, voces y hasta pasiones.... Mas todo esto se oye como algo muy sutil, como algo casi espiritualizado, en aquel perenne *tic tiiic* tan monótono y tan expresivo a la vez.

*L. Lorenzo*

---

# La fisonomía peculiar de la antigua Santafé.

Tres capitanes, harto conocidos en la historia, llegaron a mediados del siglo XVI a estas tierras habitadas entonces por la humilde raza de los chibchas; era el uno el licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada, teniente general de las tropas españolas que en el puerto de Santa Marta gobernaba el adelantado don Pedro Fernández de Lugo; el otro lo era don Sebastián de Belalcázar, que venía del Sur, desde los dominios del Inca y acababa de fundar hacía muy poco la muy noble ciudad de Popayán; el tercero, germano de nación, había recorrido maltrecho y pobre con sus tropas, la misma ruta que siglos más tarde llevó a Bolívar a la gloria de dar libertad a la América española.

Con estos tres capitanes venían muchos soldados de diversas provincias españolas; aventureros los más, deseosos todos de hallar por estos cerros el Dorado de que tántos elogios hacían los aborígenes; andaban con los soldados frailes y clérigos, cosa que nunca faltó en las huéstes españolas de aquellos nobles tiempos.

Llegados todos ellos a la altpilanicie, la fertilidad de las tierras y la bondad del clima hicieron que muchos soldados trocaran el arcabuz por el arado, y que sin pensar en volver a la Península, fijaran acá por siempre su residencia. Años más tarde llegaron los gobernadores y los virreyes, los oidores y los alguaciles de corte, y vinieron de España nuevos frailes y nuevos clérigos, y así por todos estos medios fue adquiriendo día por día Santafé de Bogotá los rasgos que le fueron más peculiares, rasgos que hoy tienden, por múltiples causas, a desaparecer definitivamente.

Y es de advertir que al mismo tiempo que los varones fueron llegando acá, muchas mujeres españolas; los oidores y los alguaciles trajeron en veces las suyas; los gobernadores dejaron aquí rica descendencia y aun los mismos virreyes llegaron a morir en estas tierras. Y es justo confesar que algunas de esas damas fueron nobles y hermosas como nos lo atestigua aquella de la cual nació doña Jerónima de Orrego por quien tánto pa-

dició el enamorado gobernador don Francisco de Anuncibay.

La plácida monotonía de nuestra *Sabana* fue domeñando poco a poco el genio adusto de los hispanos, y los criollos—que así llamaba entonces al español nacido aquí—no sintieron por muchos años nada que en parte siquiera turbara la tranquilidad de esta apartada meseta de los Andes; muy lejos—allá por Cartagena y Santa Marta—los piratas ingleses y franceses hacían de las suyas, y los antiguos caribes que tan amedrentados traían a los chibchas cuando los españoles llegaron por acá, se fueron apartando para siempre de las faldas de nuestras montañas. La paz de Santafé era pues en aquel entonces un hecho indiscutible y no la turbaba nada fuéra de las rencillas caseras, de los pleitos de los vecinos, de alguno que otro enamorado que no podía ver a su dama, de las envidias de los gobernantes y acaso alguna vez, como lo cuenta Groot, de algún escándalo de menor cuantía en los conventos.

El viajero que, en las postrimerías de la vida colonial o en los comienzos de la de la República, llegara hasta acá, vería, desde el puente de Aranda, una ciudad muy española que se alargaba de norte a sur por las faldas de los cerros; al centro podía contemplar el barrio de la Catedral, a la derecha el de Santa Bárbara y al lado opuesto el de Las Nieves. Tenían estos barrios sus límites naturales en dos riachuelos que se unían pocos pasos abajo de la ciudad.

La ruta polvorienta y monótona terminaba para él en la plazuela irregular de San Victorino, sitio entonces predilecto de los *sabaneros* de Bogotá. A un lado alcanzaba a divisar la iglesita de los capuchinos con su convento; más adelante, topaba la vista con el hospital de los Mínimos, y cuadras más arriba con el colegio, el convento y la iglesia de los padres predicadores, y por último con la Catedral que tenía y tiene cerca de sí la Capilla del Sagrario, y si quería subir todavía más vendría a tropezar con el convento de los agustinos recoletos y la iglesia de la Candelaria.



Vista de Bogotá.

No puede negarse que fue muy grande la piedad cristiana de nuestros antepasados y es manifiesto que ella se dio a conocer principalmente en las muchas fundaciones de conventos. Los agustinos tenían el suyo cerca del riachuelo al cual dieron ellos nombre; los franciscanos tenían dos a más del colegio máximo de San Buenaventura anexo al convento principal; más favorecidos que todos, los dominicados poseían cuatro casas si contamos entre ellas, como es razón, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; los jesuitas, antes de su extinción, poseían dos casas en la ciudad. A esta lista de conventos de varones hay que añadir los de las monjas clarisas y carmelitas, los de las de Santa Inés y La Concepción y en las postrimerías de la vida colonial el de la Enseñanza.

Las iglesias no fueron menos numerosas en Santafé: La Catedral y la Capilla del Sagrario, San Ignacio, San Francisco y Santo Domingo, San Agustín y La Candelaria, Santa Clara, La Concepción y Santa Inés, El Carmen y La Enseñanza; esto sin contar las ermitas de Belén, Egipto, Las Cruces, Las Aguas, Monserrate, Guadalupe y La Peña, que estaban en aquellos tiempos a las afueras de la ciudad, y sin hacer memoria de las dos iglesias parroquiales de Santa Bárbara y Las Nieves, ni La Recoleta de San Diego, La Veracruz, La Tercera y El Humilladero que formaban otras tantas capillas. Bástenos decir que esas iglesias existen en el día de hoy, y que nuestra piedad no ha necesitado construír, sino dos o tres iglesias nuevas.

Por tanto, para el viajero que llegase en aquellos días a Santafé ella debía presentársele a modo de aquellos apacibles cenobios del antiguo Egipto de que con tánto deleite nos habla Casiano en sus sabrosas *Colaciones.*



La Sabana de Bogotá.

Al lado de esos conventos y de estas iglesias se fue formando paulatinamente la ciudad con unas plazas espaciosas y unas callejuelas estrechas por las cuales corrían a flor de tierra los albañales con todas las inmundicias. En la "Calle Real", que era la principal, las casas aunque de *tapia pisada* como todas las otras, eran en aquellos tiempos de dos pisos con un balcón corrido hacia la calle, pintado por lo común de un verde oscuro;

las otras casas en toda la ciudad eran de un solo piso y parecían casi aplastadas por el desmesurado techo de tejas mugrientas que avanzaba casi un metro hacia la calle; ventanas bajas cubiertas de barrotes de hierro, y un gran portón con una entrada al zaguán, especie de vestíbulo, a cuyos lados había bancos de piedra donde esperaban la limosna los muchos pobres que había en Santafé.

La casa santafereña, que tántos novelistas han recordado, nos trae a la memoria el tradicional San Cristóbal, frente al portón, la sala principal sin cielo raso, los festones y las flores que le adornan, la blancura de las paredes cubiertas de retablos dorados, las sillas de baqueta o de cuero, los sofás cubiertos de ricas telas de seda o de humildes zarazas, las mesas doradas y rojas de pata de águila con las urnas del Nacimiento que a veces ocultan esculturas quiteñas, el crucifijo antiguo tallado en madera y la Inmaculada Concepción de que fueron devotísimos los santafereños.

Dentro de la casa están las alcobas con sus lechos cubiertos de *pabellones de macana;* a uno y otro lado los espaciosos corredores y el patio cubierto de rosales. Allá en el interior, la cocina con su hornilla para carbón vegetal, con las criadas de camisas descotadas y de trenzas, y luégo las huertas con los curubos, los brevos y los papayos; alegran la casa las loras con lo cómico de su conversación, los turpiales con sus cantos, las gallinas con su garrulador lenguaje y las palomas con sus suaves arrullos.

Si observamos de cerca ahora una de esas lindas damiselas que revolotean por



Manizales, cuyo 75.º aniversario se celebrará el 12 del presente.

la casa repartiendo órdenes, veremos que es generalmente morena, de ojos grandes y negros, de tez sonrosada debido sin duda a la frialdad del clima; veremos que lleva un traje vistoso de zaraza, descotado, con manga corta y que un gracioso pañolón cruzado elegantemente la defiende del frío. Si topamos con la señora de casa nos llamará la atención el pañuelo se seda que le cubre la cabeza. Mas si una u otra salen de casa—lo que suelen hacer raras veces—llevarán mantilla azul medio ovalada y sombrero de fieltro negro en forma de cúpula, falda de seda también negra con adornos de boleros o de encajes que apenas dejan ver la punta del pie forrado en zapatillas de raso.

Por su lado los hombres visten el sombrero de copa, la levita, los anchos pantalones, la vistosa corbata y sobretodo, la tradicional capa española, sino es que piensan en salir al campo, porque entonces las prendas preferidas del vestido serán el sombrero de *jipa* y el *bayetón* azul con forro rojo.

Las comidas eran frecuentes en Santafé, aunque las horas fueron variando de tal suerte que es difícil precisar la cosa;

## La corte de la Reina Helena.



Elegante fotografía tomada en los jardines del Palacio de la Carrera y en la cual aparece doña Helena I y sus damas de honor en el orden siguiente: señoritas María Luisa Urueta Uribe, Mercedes Borrero, María Luisa Sinisterra Hurtado, Helena Ospina Vásquez, María Helena Samper Herrera, Lucy Cajiao, Blanca Gnecco y Leonor de Brigard Silva.

generalmente, sin embargo, la primera comida se hacía a eso de las ocho; a las once se tomaba alguna cosa; a las dos se servía la comida principal, a las cinco la merienda; a eso de las diez, comenzaba la cena, que era abundante. La *mazorca* y la *yuca*, la *arracacha*, las *papas*, el *maíz* y el *arroz*, con algunas legumbres tropicales hacían el gasto principal; carnes las había de res, de cordero, de gallinas y sobre todo, de cerdo; por dulce se empleaba el *melao* de *panela* con *cuajada* de leche, y para suplir la falta del vino, se empleaba la *chicha* aun entre las familias principales, con raras y muy honrosas excepciones.

Fiestas había en casi todas las iglesias y conventos. El día de San Agustín, por ejemplo, iba en procesión Santo Domingo con sus padres predicadores a saludar al doctor de Hipona, y se firmaban las paces si había habido alguna discordia por cuestiones teológicas. El día de los patronos en cada iglesia era solemnísimamente celebrado, y concurrían allí frailes y clérigos con la diversidad de sus hábitos y las insignias de doctor que eran muy peregrinas y curiosas. El capítulo metropolitano iba en procesión solemne a Las Nieves, a Santa Bárbara y San Victorino, cuando se celebraban en esas iglesias las fiestas religiosas del caso, y los franciscanos iban a visitar en idénticas circunstancias a los de Santo Domingo. La Semana Santa merece capítulo aparte en la historia de Santafé por la solemnidad excepcional de los actos religiosos y en especial los de la Catedral; en el día de Corpus se veía todo el clero por las calles, y la noche de Navidad y en las anteriores de la novena, había pesebre santafereño y regocijados villancicos.

Abundaban en Santafé los asnos que recorrían las calles, los perros, que fueron una verdadera plaga y los gallinazos, llamados por acá *chulos*, que hicieron por mucho tiempo el aseo de la ciudad. Las *chicherías* eran numerosas y las había hasta en las calles más centrales, y esto con alguna que otra *gallera* y la afición a los toros, hacía perezoso y negligente al pobre indio que recorría las calles mal vestido y peor comido.

Turbaban la paz de la ciudad las rencillas de los chapetones y los criollos, si se trata de los tiempos coloniales; las hondas discrepancias de los bolivianos y santanderistas, si se habla de los días de la Independencia; las profundas divergencias de los políticos si se recuerdan los primeros años de la República. Las beatas, por su lado, formaban las discordias caseras con el ir y venir con chismes



**La nave "Italia,"** que visitó el puerto de Cartagena y que vino a América enviada por SS. MM. los Reyes de Italia.

y consejas que dejaban mal parada la honra de los santafereños. A veces los vecinos de un barrio no trataban a los del otro y las familias tenían pleitos entre sí por nonadas.

Como la *Sabana* ha sido siempre fértil, la producción de ella bastaba a Santafé; la miel venía de la Mesa, y raras cosas llegaban del otro lado de los mares. El mercado era abundante y la plaza mayor, que luégo se llamó de Bolívar, servía para este efecto. El comercio era quieto y escaso, la política agitada y los disturbios no raros.

Después de comida los santafereños hacían tertulia en algún almacén de la Calle Real o de la plaza mayor; a la tarde se paseaban lentamente por el altozano de la Catedral y de vez en cuando iban con sus familias a distraer sus ocios en el paseo de la Agua Nueva o en las vecindades del Tunjuelo.

Tristísimas eran los noches por la lobreguez de las calles; sabrosas en cambio las tertulias caseras en que gemía el tiple al són del bambuco. Cuando en rara ocasión llegaba hasta acá una compañía dramática, los santafereños iban al teatro para presenciar algún espeluznante drama romántico y si no esperaban el tiempo del *Pesebre* para ver cómo se llevaba el diablo a las beatas.

La vida apacible y tranquila de Santafé permitió a nuestros antepasados el cultivar a su gusto la literatura y aun las ciencias, sobre todo después de la llegada de Mutis.

Había tertulias literarias, y de ellas salió la idea de la Independencia americana que presintió Nariño, las de todas nuestras constituciones políticas y como último vestigio la de *El Mosaico,* que dio breve, pero imperecedera gloria, a nuestra literatura nacional.

**J. A. B.**

# Mi nave.

**Pasa la nave mía, oyendo el llanto**
**de los alciones por la mar undosa,**
**y envuélvenla en su marcha procelosa**
**del trueno el són, de la tormenta el manto.**

**A la playa que huyó vuelven en tanto**
**los recuerdos la vista lacrimosa,**
**y la Esperanza de vencer dudosa,**
**el roto remo agarra con espanto.**

**Pero mi Genio sobre el barco erguido,**
**ve el mar y el cielo, y clama con voz fuerte,**
**del viento y las antenas al crujido:**

**Boguemos, ¡oh vencidos de la suerte,**
**al nebuloso puerto del olvido,**
**a la escollera blanca de la muerte!**

**Antonio Gómez Restrepo**

(Traducción de J. Carducci)

# EN ESPERA

*Cuento de H. Bordeaux*

Es imposible dejar por más tiempo a la desgraciada señora de Silvere en la duda acerca de la muerte de su marido, y eso que ella es la única que se obstina, contra la realidad en pensar que él no murió en el campo de batalla. Para ello todo el barrio se ha puesto a las órdenes del señor Bourganeuf, policía que tiene por profesión el dar noticias malas de incendios, accidentes de trabajo y muertes de personas.

Alguien decía hace poco que era un escándalo que la señora de Silvere no llevara luto por su marido.

—Quizá lo haga por economía, observó entonces la costurera.

—O por insensibilidad, añadió el sastre. tre.

—Todo ello puede ser cierto, observó el señor Bourganeuf, pero yo tengo necesidad de un testigo que haya presenciado la muerte del marido, para poder formular mi plan.....

Y mientras tanto la desgraciada Silvere nada sabía de la tempestad que se preparaba contra ella. Era débil, delgada y triste; no tenía más pensamiento que el de volver a ver de nuevo al marido a quien siempre esperaba.

Y es de advertir que la casa de los Silvere llamaba, aun antes de la guerra, la atención de los vecinos. Alejandro daba leccciones de música; los vecinos le confiaban a él gustosos sus niños porque era muy paciente y sobre todo porque obtenía mejores resultados que todos los demás maestros. Tenía tal devoción por el arte de la música que lograba comuni-



Del Carnaval. ◇ Charros mejicanos.

cársela aun a los discípulos más necios y era tan débil que a nadie inspiraba recelo. Melania hacía mientras tanto bordados. De modo que las aspiraciones de los dos y los gustos tenían, digámoslo así, un mismo diapasón.

El trabajo de Alejandro era mal retribuído; pero la señora Silvere lo suplía con sus bordados; mas cuando quería dar el dinero al marido, había siempre disputa entre ellos porque él deseaba que la esposa se quedara con estos ahorros.

Tuvieron una niña a quien pusieron por nombre Hortensia y que no vivió sino diez meses, el tiempo suficiente para dejar los más imperecederos recuerdos.

Recordaban por ejemplo, que cuando la niña comenzaba a llorar, bastaba con que el padre tomara el violín para que el llanto cesara.

—Hubiera sido una artista, decía el señor Silvere a su mujer.

—Hoy tendría cuatro años, añadía ella...



**De la fiesta estudiantil.**—Caballeros templarios (primer premio de disfraz).

—Cuatro años y cinco días, respondía tristemente Alejandro.

Y cuatro años, seis meses y trece días hubiera tenido el día en que estalló la guerra europea. Alejandro Silvere tuvo que salir con su regimiento, del pueblo, a pesar de que él más servía para educar a los niños que para dar muerte a los hombres; pero el deber era un deber, y el asunto no se discutió.

Poco entendían los esposos Silvere de política, pero puesto que la patria lo exigía era menester obedecer y obedecieron.... Obedecieron con el corazón destrozado como habían obedecido antes a Dios cuando haciendo compañía al carro mortuorio fueron al cementerio a acompañar a la hija muerta.... Ella quiso ir, esta vez, a la estación, para despedir al esposo, y sacando fuerza de la flaqueza, se despidieron sin derramar una lágrima; la pena era íntima y por lo mismo silenciosa; además, la patria tenía entonces un gran dolor y era justo que cada uno tuviese el suyo.

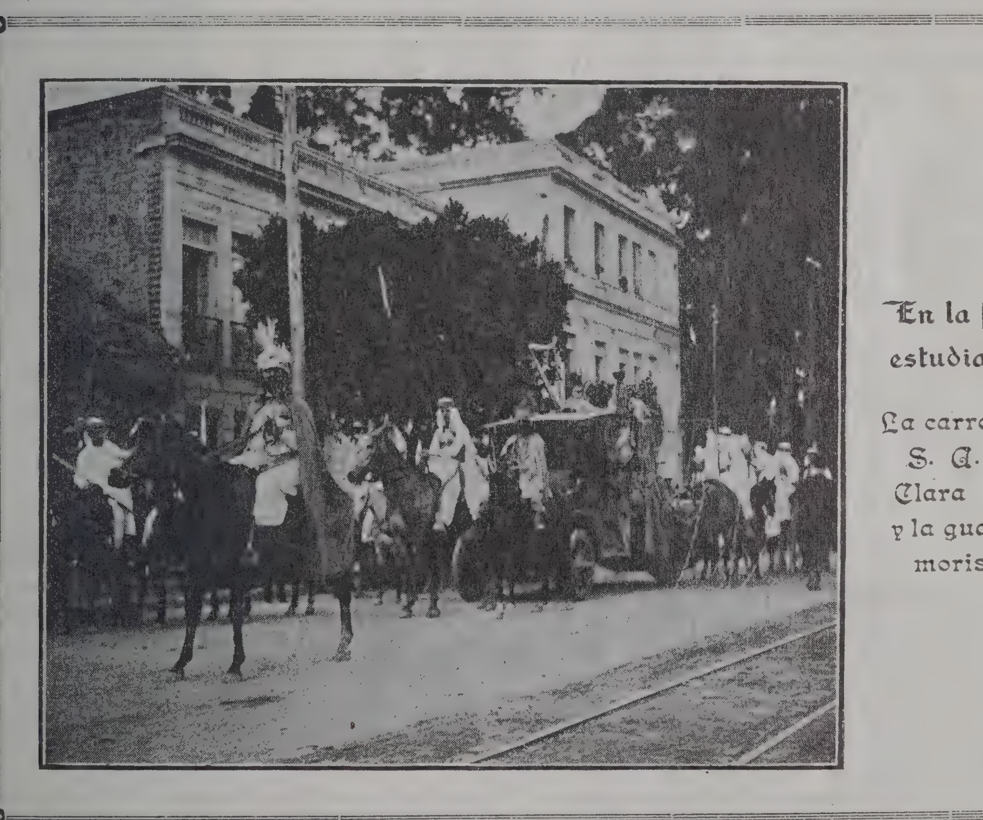
Después recibió la señora Silvere varias cartas juntas por el mes de agosto; luégo otra, después de la batalla del Marne y después nada.....

Se lo habrían llevado a alguna otra parte? Habría desaparecido? Estaría prisionero?

Todo podía ser cierto, pero muerto no estaba, así lo pensaba la señora Silvere....

Y los meses se sucedían sin saber nada.... Como generalmente vestía de negro continuó usando el mismo traje, sin dar, eso sí, señales ciertas de que estaba de luto. Iba con frecuencia a la iglesia, y por lo demás, poco o nada había cambiado la vida que llevaba ni su carácter, siempre afable,, conciliador y cariñoso.

Esta calma e igualdad de carácter terminaron, después de haber llamado la a-



En la fiesta estudiantil.

La carroza de S. A. R. Clara Inés y la guardia morisca.

tención de todos, por exasperar a la multitud anciosa siempre de dolores. Creían todos en la ternura de aquel corazón y sin embargo, no daba señales de esta ternura cuando más debiera darlas.

Tenía, con todo, defensores.

—Hace bien (decía alguna vecina), conozco a un soldado de quien nada se sabía después de la guerra, y más tarde se supo que estaba prisionero en Alemania.

—En estos casos nunca se abusa de la paciencia, añadía otra vecina.

La paciencia sin embargo, tiene sus límites, y por eso, después del armisticio perdió la señora Silvere los últimos defensores que le quedaban. Nada sabía ella, con todo, del interés un tanto egoísta que había despertado en los parroquianos, y por eso continuaba la vida tranquila y apaciblemente.

Un día la mujer del sastre rompió hostilidades con voz melosa y suave.

—Pobre de usted, señora Silvere; ahora sí la considero de todo corazón.

—Y por qué me considera usted tánto?

—Porque ya no hay esperanza alguna de que vuelva don Alejandro; se quedó usted viuda.

—Se equivoca usted, señora Rodin, porque aún no han llegado todos los prisioneros.

—Si, ya llegaron todos.

—No es cierto, porque aún faltan muchos por llegar. ¡Pobre mi marido cómo estará sufriendo allá, en Alemania.

—Y para qué se han podido quedar con el marido de usted?

La señora Silvere dudó por unos momentos y dio por breves instantes señales de honda tristeza, más luégo, en tono de misterio, añadió:

—En Alemania gustan mucho de los músicos, y creo que se quedaron con él por envidia.

La señora Rodin dio cuenta a Bourganouf de esta última confidencia de la viuda, y el pueblo la tuvo por loca.

—Nó está loca, quiere más bien casarse de nuevo, añadía maliciosamente Bourganeuf.

Mas este falso supuesto no se podía aceptar porque la señora Silvere no salía nunca de casa, si no era para ir a la iglesia; porque no trataba íntimamente a hombre alguno, y porque, aunque era muy simpática, no trataba con todo de agradar a nadie.

—Sin embargo, añadía enfurecido Bourganeuf, la actitud de la Silvere es inaceptable; una viuda es una viuda, y no puede creer después de cinco años que su marido viva todavía.

Se hubiera podido decir que eso no le importaba ni a Bourganeuf, ni a persona alguna; mas la viuda vivía en un pueblo pequeño en donde por fuerza los vecinos se ocupan de vidas ajenas, y como la señora Silvere contrariaba visiblemente la opinión general del pueblo que daba por muerto a don Alejandro, la viuda era objeto de un gran recelo.

Hubo, pues, conciliábulos en las tabernas y se convino en que Bourganeuf buscaría pruebas ciertas de la muerte del señor Silvere.

El polizonte hizo sus investigaciones; se dirigió a la oficina de información, y de allí se le contestó como a la señora de Silvere: "Alejandro Silvere, desaparecido"; esto le enfureció y por eso tachó de falta de acuciosidad a la oficina de información y resolvió levantar una información; ella dio por resultado que Alejandro Silvere había desaparecido en las rocas del Aisne y que el cuerpo no había sido hallado.

—Saldré de dudas, decía Bourganeuf, y muchos se burlaban de él lo que acababa de irritarlo.

Finalmente un día, después de muchos meses, Bourganeuf encontró a un compañero de Silvere en la guerra. El había sido herido al lado de don Alejandro, el músico; le había visto antes de ser conducido al hospital, con el cráneo destrozado por un *obús*. Luégo se había ido para Salónica y no había vuelto a saber nada del señor Silvere.

Esta vez Bourganeuf había obtenido un triunfo y así le hizo anunciar a la señora Silvere que un soldado, compañero del

marido, iría a su casa a darle cuenta de la desaparición de don Alejandro.

La señora les recibió a todos con cariño; tejía en este momento y sus manos ágiles y delgadas se agitaban rápidamente por encima de la tela. Al militar que había traído de Oriente un color amarillento, bilioso, le ofreció un vaso de cidra fabricado por ella misma; Bourganeuf que estaba nervioso, no quiso aceptar nada.

El soldado contó entonces, medio azorado, la batalla hasta en sus mínimos pormenores:

Estaban juntos en la batalla, pero de pronto se halló solo; su compañero el señor Silvere, yacía en el suelo, con la cabeza despedazada por un *obús*....

—Mas.... no es cierto, amigo, que no estaba muerto, añadió entristecida la señora Silvere.

Los dedos ágiles de la viuda se detuvieron.... El soldado miró a la mujer.... Tuvo miedo, después de haber visto tántas escenas de horror en la guerra, y no quiso que la llama de la esperanza y de la fe en la vida se extinguiera en aquella pobre mujer, y por eso dando un duro golpe en la mesa añadió:

—Nó, señora; seguramente don Alejandro no estaba muerto, no podía estar muerto.

Y entonces los dedos pálidos de la viuda comenzaron de nuevo a moverse febrilmente....



Manizales.—Palacio Municipal.

# El techo del presbiterio de Nuestra Señora de la Concepción.

(Para *Lecturas*)

Cuentan los antiguos cronistas, que entre los conquistadores del Nuevo Reino, vino don Juan Díaz Jaramillo, "hombre poderoso que fabricó en Tocayma las casas más suntuosas que ha habido en el Nuevo Reino de Granada", y bien se comprende cuánta era su riqueza, ya que, si ahora, con las facilidades adquiridas por los modernos sistemas de transporte es un lujo costoso hacer venir de Europa materiales de construcción, puede suponerse a cuánto montaría entonces, y para levantar este palacio, según dice Ocáriz, de quien son también las palabras arriba citadas: "hizo traer de Sevilla azulejos y otras cosas".

Relátanse de este Juan Díaz, leyendas inverosímiles y al mismo tiempo graciosas, pues se dice que era dueño de todas las tierras, desde donde está hoy la floreciente Girardot, hasta la sabana de Bogotá, y para poder hacer su camino en tiempo lluvioso y no mojarse, lo tenía todo cubierto; y que donde hoy está la tan hermosa como decaída ciudad de La Mesa, tenía una gran casa donde posaba en sus viajes a la capital del reino, de donde le viene el nombre de *La Mesa* de Juan Díaz, con que se le conoce; dicen también, que era tan afortunado, que las hormigas le descubrieron una famosa mina de oro en Tocaima, llevándole a cuestas, en vez de hojas, láminas del precioso metal; que en alguna ocasión, no se sabe si por santa humildad, lo cual sería muy raro, sino quizá más bien por el humo de vapores más o menos espirituosos, al terminar un banquete, paróse de la mesa, tomó el sombrero de uno de los invitados, y en medio de la chacota de todos ellos, les fue pidiendo una limosna para Juan Díaz, como presentimiento de lo que más tarde habría de pasarle a alguno de los suyos. Tradiciones más o menos legendarias que conserva el vulgo, y de las que me acuerdo por háberme sido relatadas en su mayor parte, cuando era niño, por alguna vieja criada de mi casa.

Que era grande su riqueza, no puede llevarse a duda; que tuvo minas de oro en Tocaima, no es imposible, aun cuando el terreno no es aurífero; su soberbia corría parejas con su fortuna, dice el mismo Ocáriz: "sacábale su cuadrilla de negros considerable oro cada semana (de la mina de Tocaima) y porque en una sola le trajeron un borceguí lleno de oro, menospreciándolo por poco, lo derramó, y desde aquel día fue decayendo, porque se hundió la mina, cogiéndole los negros dentro, y no se ha podido volver a hallar, y nietas suyas se vieron pidiendo limosna...."

Edificado su palacio en las riberas del río Patí, hoy Bogotá, en el antiguo Tocaima, situado probablemente un poco más abajo de donde está hoy la estación del ferrocarril; se sucedían allí los convites y bacanales; se acostumbraba ya entonces por los dados a la "vita bona", llamados hoy con el benévolo nombre de despreocupados, dedicar los días de la santa semana, no a la penitencia, sino a la orgía; era el viernes santo del año de 1581, don Juan sentaba a su opípara mesa unos cuantos amigos, y no sería raro que como en otras ocasiones sirviera "a los postres, a cada uno de los invitados una manzana de oro macisa con su correspondiente escudilla del mismo metal" (Antonio de Narváez G. *Papel Periódico Ilustrado*, año III, p. 210); al calor de los vinos y las viandas se pasaba el día practicando aquello de "comamos y bebamos que mañana moriremos", sólo que la Providencia de Dios, no les dio tiempo de llegar al mañana, sino que, mediante un "arrecil siniestro del río Bogotá" acabó de un golpe con el palacio y muy probablemente con sus moradores, que vinieron así a morirse la víspera.

Doña Francisca Ortiz de Carvajal, hija bastarda de doña Leonor González y de

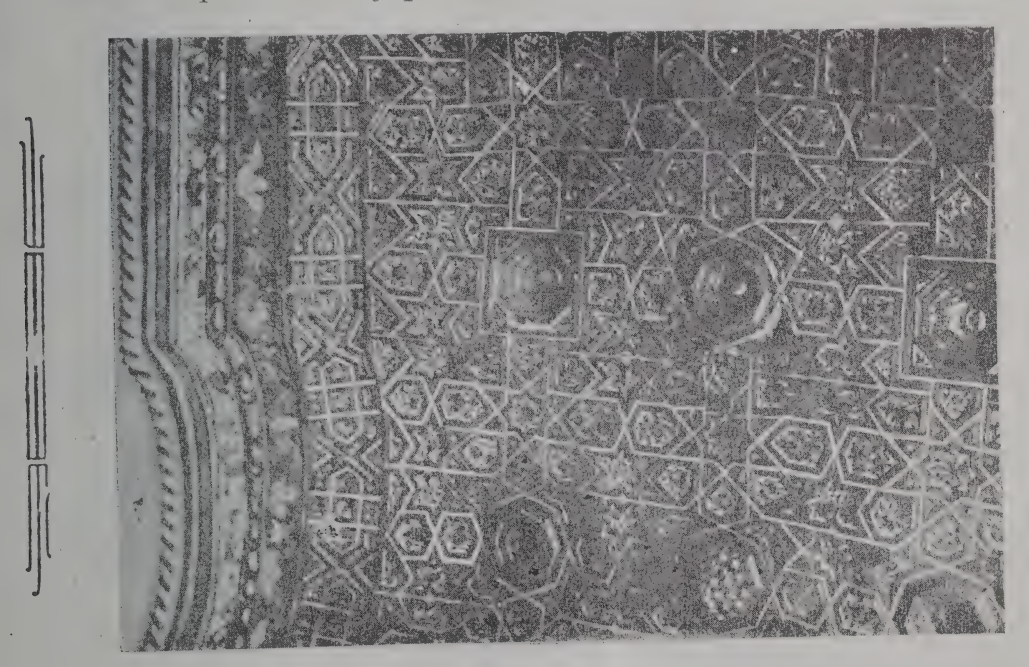
don Luis López Ortiz, casó con el citado Díaz Jaramillo; poco después del funesto fin de su suegro, fundaba (hacia 1583) en la ciudad de Santafé, el convento de Monjas de Nuestra Señora de La Concepción, y aprovechando algunos de los restos salvados de la catástrofe, trajo, de lo que había servido para dar pávulo a la soberbia de un hombre, algo que coadyuvara a la mayor gloria del Señor; tal es el techo morisco que luce sobre el presbiterio de La Concepción.

Nada puedo añadir sobre él, de lo que en estudio a que colaboré y publicamos en *Anales de Ingeniería* vol. XXVI, dijo el distinguido ingeniero don Darío Rozo Martínez:

"El lector podrá ver en la fotografía (que hoy reproducimos), el acomodo que hicieron del techo, en la iglesia de La Concepción; tal acomodo requiere más paciencia que la fabricación misma del original; esto prueba dos cosas: primera, que había aquí artistas entendidos, y segunda, que nuestros antepasados sabían apreciar el arte.

"Es poco menos que imposible llevar a cabo la reconstrucción de aquel laberíntico techo con piezas ya cortadas y traídas en la confusión con que debió producir el desastre de la inundación, sin que se noten algunas faltas, el lector podrá descubrirlas al contemplar la fotografía del techo, en el cual están como cristalizadas dos faces de nuestro arte arquitectónico nacional: la implantación del arte genuino español en nuestra tierra y la conservación de este arte por los primeros criollos y el cariño que le tenían.

"Las figuras geométricas se distribuyen con verdadera maestría, y sus ángulos y aristas, revestidos de oro, rojo y azul, circundan extendiéndose, las estalactitas tan propias del estilo mudéjar. Quizá al reconstruír el techo, y para acomodarlo al espacio que hoy ocupa, se varió un poco la cornisa, y entonces se pintarían los ángeles que la adornan. Toda la policromía del techo está muy de acuerdo con el estilo, trasunto fiel del arte español del siglo XVI. Según Pijoán, los recuadros con pinturas de flores y escudos es sistema tradicional del arte muzárabe desde muy antiguo; las cornisas de este estilo tienen por característica llevar escudos y a veces bustos realizados; aquí también hay escudos y los bustos fueron reemplazados por los querubi-



nes; no hay, pues, rastros siquiera de estilo bizantino, como alguien ha dicho.

"Tiene esta cornisa otra singularidad, y es la moldura, que lleva ornamentos clásicos (óvolos u ovas) y los arambeles (1) pintados, que recuerdan la ornamentación romana de Pompeya, y que precisamente por aquella época se introdujo en España con el entusiasmo por el renacimiento italiano; motivos romanos que se amalgamaron con los motivos moriscos y dieron el estilo muzárabe-español o mudéjar, de la época que nos ocupa".

*Cristóbal Bernal*

Bogotá, agosto de 1924.

(1) Colgadura de paños unidos o separados para adornar los cuartos. (Acad.).



Manizales.—Palacio de Gobierno.

## Recetas de cocina.

*Suofflé de arroz.*—Se ponen 125 gramos de arroz en cantidad suficiente de agua fría hasta que hiervan. Se sacan del fuego, se dejan escurrir y se les añade medio litro de leche hirviendo. Se cocina todo esto durante tres cuartos de hora, sin dejar de rebullirlo, y luego se retira del fuego y se le agregan 300 gramos de azúcar en polvo y 150 gramos de mantequilla, más un poco de sal, ocho yemas de huevos y más tarde ocho claras bien batidas. Se echa todo esto en un molde; se cuece en un horno suave durante tres cuartos de hora, y al fin se saca de allí, se le pone por encima polvo de azúcar y se vuelve a meter por breves momentos al horno, y se sirve a la mesa.

## El oro del mundo.

El valor del oro explotado durante el sólo año de 1919 ascendió a la suma de 350 millones de dólares; en esta producción correspondió a los Estados Unidos la suma de 58.285,192, dólares, mientras que el Canadá produjo 14.687,000, el Transvaal 171.640,173, y el resto lo produjeron la India, Australia, Africa Occidental y en alguna parte, América del Sur.

# Vida social.



El día 18 del mes pasado celebraron sus bodas de plata matrimoniales el doctor Eduardo Restrepo Sáenz y doña Elvira del Corral, Directora de la Congregación.

# Cojines para adornar cuartos de niños.

**Sacado de los cuentos de Perrault).**



Era una vez....

Cuando en el cuarto de los niños Mamá cuenta hermosas historias para dormir su niño, podrá ilustrar su cuento con una imagen más viva todavía que la del libro, bordando estos dos cojines que serán muy pronto los amigos del niño.

La historia de la desobediente caperucita encarnada hará más impresión en la imaginación del niño y no la olvidará.

El primer cojín de forma redonda, representa la Caperucita Encarnada perdida en el bosque conversando con el lobo. Este último se hará en dos tonos: gris con manchas negras; el ojo se marca con un punto rojo y la lengua rosada.

La niña vestida toda de rojo, los cabellos rubios; la cara, los brazos, las piernas, las medias y los botines con negro. El canasto color carmelita en dos tonos: la torta en dorado y la vasija de la mantequilla en azul subido.

Los troncos serán, naturalmente, de color carmelita, las ramas verdes y las flores rosadas. La hierba verde en dos tonos y el cascajo del camino, habano claro. La casa de la abuela en un solo tono gris y el camino se marcarán con dos líneas en verde oscuro.

El segundo cojín que representa el ogro tan conocido de los niños, es de forma ovalada. El ogro tiene un vestido oscuro, las botas de siete leguas son negras así como la cara barbuda y las manos, los mangos de los puñales, negros también y las cuchillas en gris acero. El cinturón, la camisa y el sombrero en rojo, el árbol contra el cual duerme el ogro, es verde en varios tonos y el tronco oscuro.

Más lejos detrás de la roca, vemos las gorras de los hermanos de Pulgarcito que esperan angustiados el resultado de la audaz tentativa de su hermano. Los cuatro gorros que se ven, se hacen de diferentes colores: azul, moreno, rosado y



rojo. Los cabellos rubios y las caras negras. Pulgarcito tiene pantalón rojo, blusa verde clara, gorro azul, las piernas, los brazos y la cara rosado pálido y los cabellos rubios.

Ambos cojines se hacen en tela cruda; con hilo brillante. Se forran en una tela delgada y se les pone en contorno un cordón de fantasía.

# Comedores de empleadas de comercio.

Desde mediados del presente año tiene la Congregación del Corazón de Jesús establecido uno en los salones del Cinerana. Han concurrido a este salón empleadas de varios almacenes y fábricas de la ciudad. Por término medio asisten a este restaurante 57 empleadas a quienes se les da almuerzo y comida por valor de veinte centavos.

Dirigen esta obra, destinada a tener un gran desarrollo, la señora doña Paulina Rueda de Esguerra, doña Rufina Rocha de Sanz de Santamaría y han tenido el apoyo de muchísimas señoras que forman el comité organizador de dicha obra; entre ellas recordamos a la señora doña Elvira del Corral de Restrepo Sáenz, directora de la Congregación, a quien se debió la feliz idea de abrir estos restaurantes; la señora doña Natalia Pombo de Koppel que ha venido asistiendo con la mayor regularidad; la señora doña Inés Arboleda de Pombo, las señoritas Inés y María Herrera de La Torre y varias otras quienes van a servir a las empleadas los almuerzos y comidas.

Se propone la Congregación del Corazón de Jesús fundar en Bogotá una obra en parte semejante a la que existe con el mismo fin en París en la calle de Ponthieu.

Hace poco leíamos en una revista francesa la descripción de lo que son estos comedores de empleadas y vamos a traducir aquí algunos de los principales puntos de esa exposición que pueden servir para lograr un desarrollo de la obra nuéstra que apenas comienza.

"La sala del restaurante es espaciosa, abierta está a todas las empleadas, adórnanla cuadros y paisajes hermosísimos. Hay mesas con los diversos alimentos y por medio de *termos* de diversas formas, conservan todos ellos el calor conveniente. Las empleadas escogen ellas mismas sus alimentos y los llevan a otras mesitas en donde en sabrosa charla con sus amigas, almuerzan".

"Como muchas de esas empleadas disponen, después del almuerzo, de algún tiempo, hay salones en donde ellas pueden entregarse a diversos oficios que les permiten un mejoramiento de sus inteligencias y de sus corazones".

"Una consulta médica semanal permite a estas mismas empleadas atender su salud corporal, fuéra de que hay diversas clases de juegos que les proporcionan placeres puros y libres de todo peligro".

"Hay allí curso de inglés, de español, de gramática, de ortografía y dactilografía, lo que hace posible una instrucción de la empleada en forma conveniente".

Tal es en términos generales, la idea que determinó en Francia el establecimiento de estos restaurantes, y tal será, así mismo, la idea que presto realizará en forma completa la Congregación del Corazón de Jesús.

Proyectan las señoras que integran el comité nombrado por esta Congregación abrir el próximo año una casa especial para este objeto; casa en la cual se tratará de emular el noble empeño llevado a cabo por la casa de calle de Ponthieu.

Para ello, en nombre de las señoras que hoy trabajan en este noble propósito, pedimos un apoyo; pedimos, ante todo, el apoyo moral que debe nacer del convencimiento de que obras de esta índole son las únicas que pueden impedir en el futuro ese conflicto, siempre lleno de peligros, entre el rico y el desheredado de los bienes de fortuna; apoyo moral que nace del convencimiento de que procurando el mejoramiento moral de la empleada de comercio, se propende por un mejoramiento general de nuestras clases medias, pues es bien sabido cuán honda influencia ejerce la mujer en todas las esferas sociales, y pedimos también el apoyo material de las señoras, apoyo que no puede consistir en sólo dinero, sino además, y ante todo, en una eficaz cooperación en la obra emprendida que da gloria a esta venerable Congregación que hace más de sesenta años trabaja sin descanso por mejorar la condición moral de Bogotá.

# OFICIAL

El día 11 del mes próximo pasado tuvo lugar en la sacristía de la iglesia de Santa Clara el Consejo Extraordinario de que hablan los Estatutos de la Congregación, con el fin de elegir las dignatarias para el próximo período. Asistieron a este Consejo las antiguas directoras y subdirectoras de la Congregación y el Consejo actual, y después de rezar la oración acostumbrada y de leer el acta del Consejo anterior, se procedió a la elección que dio el siguiente resultado:

Directora general de Congregación: Eugenia Villaveces de Valenzuela.

Subdirectora general: Elvira Ricaurte de Santamaría.

Auxiliar de la Subdirectora: Matilde Marroquín.

Secretaria: Carmen Guerra de Portocarrero.

Subsecretaria: Lola Fajardo Vega.

Tesorera: María Luisa Lorenzana de Camacho.

Subtesorera: Teresa Marroquín.

Inspectora del Culto: Ana Vásquez de Carrasquilla.

Directora de la Sección Celadora y de los restaurantes de empleadas de comercio: Paulina Rueda de Esguerra.

Subdirectora: Elvira del Corral de Restrepo Sáenz.

Secretaria de esta sección: María Valenzuela de Santamaría.

Tesorera: Rufina Rocha Sanz de Santamaría.

Auxiliares: Inés y María Herrera de La Torre.

Sección de Vocaciones Sacerdotales:

Directora: Inés Marroquín de Vargas.

Subdirectora: Helena del Corral de Soto.

Secretaria: Leonor Tamayo de Plata. ta.

Tesorera: Pepita Vargas de Holguín.

Sección reformadora para ejercicios espirituales:

Directora: Matilde Marroquín.

Sección Catequística: Directora Soledad Ortega.

Sección Musical: señorita Isabel Barbosa.

En el presente mes murió la socia señora Ismenia Pardo de Solano; enviamos a sus deudos nuestro pésame.

El día 18 del mes pasado celebraron sus bodas de plata matrimoniales el doctor Eduardo Restrepo Sáenz y su esposa doña Elvira del Corral de Restrepo; la Congregación envía por medio de *Lecturas* las felicitaciones a los ilustres esposos.

Las señoras que han tenido a cargo la administración de *Lecturas* continuaron, por voluntad del Consejo Extraordinario en sus cargos, y así están al frente de la administración las señoras: Belén Lorenzana de Manrique, María Luisa Lorenzana de Camacho y Teresa Marroquín.

## El peso que puede arrastrar un caballo.

Experiencias realizadas recientemente en Inglaterra han demostrado que un tronco de caballos, si cada uno de ellos tiene un peso de 800 kilos, pueden entreambos arrastrar una carga de 275 kilos más de lo que ellos mismos pesan.

El caballo podría arrastrar en una pista metálica el doble de la que arrastra comúnmente en la de asfalto, cinco veces más de la que lleva por caminos empedrados y veinte más de la que disficultosamente lleva en caminos llenos de lodo.

El caballo enganchado a un vehículo ligero o con silla para montar en él, es uno de los animales más resistentes; se ha dado el caso de que un caballo de veinte años haya recorrido, cien leguas en menos de quince horas sin dar señales de cansancio.

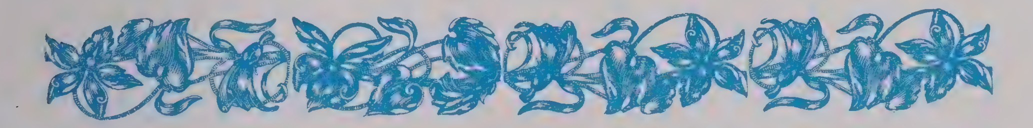
# ELEGANCIAS



Elegante traje de calle, modelo de la casa Caró.

# Lecturas

Número 9. Bogotá, noviembre de 1924. Precio, $ 0.10



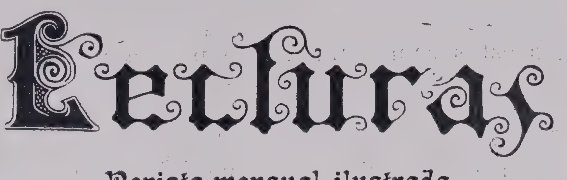
La Sabana de Bogotá.



Director:
JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ,
Presbítero.

Dirección y Administración: Apartado 386

Teléfono No. 1266



Revista mensual ilustrada.

N.º 9.º — Bogotá, noviembre de 1924.—VOL. I

Condiciones:
Número suelto. . 0.10
Un trimestre . . . 0.30
Un semestre . . . 0.50
Un año . . . . . . 1.00

PAGO ANTICIPADO

# Sobre el origen de los libros.

En tiempos remotísimos solían los hombres escribir en las cortezas de los árboles; he aquí el primer origen del libro. Vino luégo el papiro, planta oriental que se cultivó particularmente en Egipto, y de la cual se sacaban hojas muy semejantes a las del papel. Esta forma de libros, escritos en papiros, fue la más común en toda la antigüedad clásica. En el año 197 A. C. comenzó a usarse para la elaboración de los libros el pergamino, que vinieron a formar los códices de que tánto se ufanan los sabios. Sólo en el año 751, de nuestra éra, se introdujo el invento, quizá árabe, del papel que debía transformar la idea que del libro tuvieron los antiguos. Todos estos libros se escribían a mano y había en todas las ciudades personas consagradas a este oficio, con el nombre de copistas.

La imprenta, propiamente dicha, no nació de un sólo golpe, como muchos pudieran creerlo, puesto que primero aparecieron los grabados de xilografía y luégo las letras hechas en madera.

Solamente en el año de 1457 apareció el primer libro editado en forma semejante a la que hoy se emplea para este género de trabajos. El primer libro impreso de esta suerte es el *Salterio Latino*, de Maguncia, editado por Fust y Schoeffer.

Los caracteres de las primeras impresiones tipográficas se hacían en madera, imitando en un todo las letras góticas que entonces se usaban; a Gutemberg, de Maguncia, se debe el invento de los tipos de metal para los cuales se empleó el plomo combinado con el antimonio y el estaño que se fundían dentro de una matriz preparada previamente. La operación que hoy se hace por medio de poderosas máquinas, se hacía en aquellos siglos a mano, por medio de una operación lenta y difícil, que consistía en poner plomo fundido en cada una de las matrices preparadas al efecto.

A estos primeros tiempos pertenecen los incunables, que son los libros publicados desde la época de la invención de la imprenta hasta comienzos del siglo XVI. Numerosas son las ediciones de esta clase de libros, nos contentaremos con señalar las que más importancia tuvieron en el desarrollo futuro de la imprenta.

Ocupa entre ellas lugar preferente la obra tipográfica del célebre Aldo Manucio, quien fundó en Venecia una imprenta que será siempre célebre en la historia del libro; a Aldo Manucio, el viejo —pues hay dos más que vinieron en pos de él — se deben la publicación de los primeros textos de clásicos griegos y latinos; a él se debe un perfeccionamiento de la forma de escritura, ya que adoptó el tipo llamado romano e hizo magníficas ediciones que tienen hoy precios verdaderamente fabulosos.

Garamond introdujo luégo el arte tipográfico en Francia; no porque no existiera antes que él, sino porque él supo darle un verdadero tipo característico que perduró por mucho tiempo. La historia de la tipografía constituye desde entonces un estudio aparte en que los tipos de imprenta se hán ido perfeccionando cada día más hasta convertirse en el día de hoy en algo que revela una gran perfección.

El proceso de todos estos cambios, así como los del libro mismo, pertenecen ya a un estudio particular que no es el caso recordar aquí. Solamente hemos de advertir que el linotipo, inventado en 1893 en Londres, por Lawrence, vino a darle al libro un nuevo medio que facilita grandemente la impresión de obras que en otro tiempo implicaban grande costo y tiempo.

Al lado del libro se fue perfeccionando poco a poco el grabado que ya aparece, debido a los esfuerzos de Durero, hermoso cuando comienza la imprenta.

Tal es, en breves palabras, el invento que más ha contribuído del siglo XVI para acá a propagar el estudio de las ciencias y las letras entre los hombres.

MARIUS AUDIN

# EL RONCADOR.

El cuarto del hotel en que duermo a la fecha está cerca de el de un señor que ronca como pocos. No sé si podréis dormir al lado de un roncador de estos; de mi confieso que me es absolutamente imposible. Cuando uno de estos roncadores está en actividad, tiene un tal arte que me enfurece y divierte a la vez. Hay quienes tocan una especie de trompeta de cacería; hay otros que son bajos profundos o tenores; otros parece que roncaran con una flauta en la nariz. Otros sujetan la voz a modulaciones que hacen sonreír en medio de la cólera que inspiran. Con todo, no me agrada tenerme que reír toda la noche, porque para esto no me acosté.



Hay otros roncadores que lanzan unos lamentos lúgubres: parece que estan en agonía y que ya van a entregar el ánima al Creador... Por desgracia mi vecino pertenecía a esta última especie y me atrevo a pensar que era de los peores entre los de su clase.

Imaginen ustedes que pasé, separado de él por un tabique muy delgado, cinco noches que tengo por las peores de mi vida. El pobre, a pesar de tener una excelente salud, lanzaba toda la noche unos gemidos tristísimos que hubieran conmovido hasta las mismas hienas.

Me quejé, como era razón, al dueño del hotel y él se contentó con decirme:

—Tan pronto como pueda darle otra pieza, me apresuraré a avisárselo; pero por ahora no hay ninguna disponible.

Ya esperaba yo esta respuesta, y eso que mi bolsa estaba más llena que el hotel.

El hotelero añadía con aire de malicia siempre que yo le preguntaba por la nueva pieza:

—Bien ve usted que debo en todo caso poner a algún comensal cerca del roncador, y lo mismo da uno que otro.

Me resolví, pues, a hacer todas las experiencias acumuladas por los siglos para ver de impedir que un hombre ronque. Le

silvé en un principio con la boca; luégo con una llave, después con un pito maravilloso que me costó tres francos. El pito es excelente y cuando lo usé protestaron todos los del hotel, que decían a una:

—¿Quién será el mentecato y malcriado que silva todas las noches?

Y todos me miraban al día siguiente con señales inequívocas de malhumor; pero el roncador seguía ejercitándose en su oficio, porque supongo que a fuerza de roncar se haya acostumbrado a oír todos los demás ruidos.

Un día concebí una idea que tuve por feliz hallazgo, y por la noche, cuando el cliente comenzó su letanía, me levanté y fui a golpear con toda fuerza a las puertas de la pieza; golpeé tan fuertemente que él despertó y gritó con aquella voz quejumbrosa que es tan característica de quien acaba de despertar:

—Haber, ¿quién va?

—El señor había recomendado que le despertaran temprano, son las siete de la mañana, añadí yo con la voz suave y melosa de un sirviente. Tuve la precaución de ponerme a buen recaudo, detrás de la puerta, para no ser visto, y cuando volví a mi cuarto tuve la inmensa satisfacción de oír renegar a mi involuntario atormentador, quien juraba y perjuraba, con riesgo de comprometer su salud eterna, que nunca había dado tal orden al estúpido sirviente, y ponía para ello de testigo a la mesa de noche, y que además no eran las siete de la mañana, sino media noche, lo que hacía todavía más intolerable la burla del estúpido sirviente.

Me sentí entonces plenamente satisfecho de mi descubrimiento, y cuando me disponía a dormir, mi vecino, fácil de sueño, volvió a comenzar sus lúgubres ronquidos.

Creo, pues, que contra un roncador no hay nada que hacer; sin embargo, si ustedes conocen algún medio, un medio hasta la fecha ignorado, para lograr que un roncador no ronque, les ruego se sirvan avisármelo

PIERRE MILLE

# Las Haciendas de la Sabana.

Siempre que miro el excelente mapa geográfico que en relieve levantó el señor Rosales, veo tan pequeñita la Sabana de Bogotá, que hallo muy justa la comparación tan trillada del nido de águilas de que nos hablaban los poetas románticos. ¡Qué lejos estamos por acá de los mares y de los ríos portentosos que tánta fama nos dan! Mas, si la miro de cerca, en una clara mañana de diciembre, evocadora de los gratos recuerdos de la infancia, mis ojos se recrean con la dilatada extensión de estos que fueron dominios del antiguo chibcha y valle hermosísimo apellidado por el Conquistador, de los Alcázares.

Aquí como recuerdo de leyendas peregrinas, están por el sur, Bosa, que un día, fue cuartel general del licenciado Quesada y Soacha famosa por sus ritos misteriosos; aquí, por el centro, van apareciendo Fontibón, que nos presenta un ejemplar perfecto de labranzas muiscas; Funza que fue ciudad poderosa en los días de Tisquesusa; Serrezuela que los españoles convirtieron en placentero sitio de recreo; Bojacá y Facatativá que señalaban los términos del antiguo imperio. Aquí, hacia el norte, cada puebluco guarda intacta su leyenda: Suba nos trae a la memoria la conversión del primer cacique indígena; Cajicá revive en la mente las riquezas de los zipas; Tabio y Tenjo conservan algo de sagrado con sus fuentes y sus riscos; Zipaquirá gloria es de pasadas edades, así como Tocancipá y Gachancipá nos hablan de los vestuarios y enfermerías de los viejos reyes, y en medio de todas estas poblaciones aparece Chía, centro del imperio, seminario de los príncipes, templo y altar de la luna, diosa tutelar de los indígenas.

Por otra parte, cada sitio acá recuer-

da alguna proeza de las tropas ibéricas y nos hace pensar en aquellos trabajos que para ver de cultivar estas tierras llevaron ellos a feliz término; este camino nos recuerda el paso del conquistador, aquella calzada nos habla de los desvelos del enamorado Anuncibay.

Y con todo esto que hemos dicho y más que pudiéramos recordar, nada hemos adelantado en el conocimiento de la Sabana que no se alcanza sino se va a estudiar en los pormenores de la vida del *hacendado* entre nosotros; porque cada *hacienda* de las nuéstras tiene su historia propia y todas ellas juntas forman la historia de la Sabana. Aquí están, para contarnos esta historia. Techo que fue parte de un antiguo y gran cortijo en donde vivió con su hermosa hija el conquistador Olaya; Tequendama con su nombre sagrado; aquí van apareciendo Canoas, que en los días modernos fue teatro de la vida caballeresca y agitada de los Urdanetas y *La Herrera* en donde vivió el Patriarca de la Sabana; aquí la *Conejera*, famosa por sus cacerías y *Yerbabuena* que inmortalizaron los poetas, y más allá las otras haciendas en las vecindades de aquella Suesca de,

*Cumbres que fueron trono soberano,*
*regia mansión en fuerzas opulenta.*

Recorre la Sabana del uno al otro extremo el tortuoso Funza, lleno de acechanzas bajo unas aguas al parecer tranquilas. Abundan los campos de menuda grama; los verdes sauces, los retamos, los robles y nogales, los pinos y pimientos, y esto para no nombrar los eucaliptos que en la edad presente, forman largas y melancólicas arboledas. Las cascadas, luégo de haber retozado en las cerranías corren perezosamente por el valle; los sembrados de trigo se agitan suavemente al oreo que viene de los montes; rugen los ganados en las dehesas, y un cielo raras veces limpio de nubes, presta a la Sabana no sé que melancolía que se acrecienta visiblemen-



La Sabana de Bogotá.

te cuando en las noches frías de luna se oye el croar de las ranas y el triste aullido de los canes en las chozas.

En esta Sabana pasé yo la infancia en la hacienda del *Salitre*; la arboleda remataba entonces en una casona vieja que sólo tenía un tramo alto; la quietud de aquellos campos serenó mi alma y la inclinó desde entonces




La Sabana de Bogotá.

*A la rumia sosegada de las penas.*

El abuelo, hombre austero y grande amigo del campo, me llevaba muchas veces por el camino del cementerio, a la Hacienda. Allí asistí a la faena de la *vaquería* que comenzaba muy de mañana y terminaba ya bien entrado el día en las corralejas vecinas a la casa; allí probé el gusto de enlazar con un *rejo* las reses a quienes se iba a herrar y logré a veces atarlas al *botalón* formado por un tronco de árbol retorcido y viejo; allí al caer de la tarde, recorrí en compañía de los chicos de la Hacienda, los potreros para ver de echar la recogida de los terneros; allí, en mañanas frías asistí con el abuelo al ordeño y sentí el grato sabor de la leche bebida en *totuma*; allí aprendí a montar en los finos potros de la Hacienda, a despecho del abuelo que los cuidaba con solícito afán; allí finalmente a la hora de la cena, oí la lenta charla del señor Ruje, zipaquireño encargado del principal oficio de la Hacienda, quien relataba una y otra vez sus proezas en las guerrillas de Guasca.

Más tarde me fue lícito gustar muy de cerca de las sabrosas aventuras que Vergara relata en su cuento de *Los Buitres*, y subí por los cerros de Serrezuela para buscar esos mismos buitres por en medio de las peñas y los precipicios, y cuando bajaba a ese puebluco, para mí de inolvidables recuerdos, los bogotanos que pasaban allí su veraneo, formaban lentamente en mi alma esa fisonomía propia que sólo tiene el que ha nacido y vivido en estas tierras.

En *Yerbabuena* comprendí la poesía de nuestra Sabana y aprendí, si no con los labios, sí con la mente y el corazón, esos bambucos en que aparece en toda su hermosura el amor de estos valles en donde vivieron y viven los que amamos.

Santafé se fue quizá para siempre, pero en cambio la Sabana permanece y en los pueblos y en las haciendas, la vida nuéstra tiene una perpetua juventud, tranquila como el Funza, que sólo pierde su mansedumbre cuando abandona la Sabana, serena como los vientos que raras veces se agitan en turbulentas tempestades.

J. A. B.

# Profesión de fe.

Porque no me oyes rezar
sospechas que nunca rezo,
y es que también me supones,
como los demás, incrédulo.

Te engañas, amiga mía;
yo llevo en mi pensamiento
la fe, que es aspiración,
y la oración, que es consuelo.

De noche, cuando las sombras
se espesan sobre el silencio,
enciendo el cirio del alma,
abro el sagrario del pecho,
y el cáliz de mis dolores
bebo también en mi huerto;
¡y si vieras cómo amarga,
amada mía, al beberlo!

Entonces, por todos cuantos
me inspiran cariño rezo:
rezo por los viejecitos
que sangre y nombre me dieron,
los dos viejecitos blancos,
y purísimos, y tiernos,
que hoy ríen mi primavera
desde el dolor de su invierno;
rezo por los angelotes
que tú y yo dimos al cielo
en un sacrificio augusto
de soledad y tormento;
rezo por los otros ángeles
que ahora son nuestro desvelo;
los que todas nuestras nubes
desvanecen con sus besos;
los que aprendieron contigo
a decir el Padrenuestro,
y a llorar cuando tú lloras,
y a dormirse con tus cuentos,
y a reír con tus sonrisas,
y a callar con tus silencios;
y rezo por tí, porque eres,
dentro del alma, mi templo,
el altar donde se abrasan
mis penas y mis anhelos,
la lámpara de mi vida
y la llama de mis versos.

Ya ves cómo yo no soy,
como sospechas, incrédulo.
Lo que tú adores yo adoro;
lo que tú creas yo creo;
espero cuanto tú esperes,
y como tú reces, rezo.

Pero todo, todo lo hago,
amada mía, en silencio,
porque así mucho más grande
son mi fé y mis sentimientos...

¡Qué hermoso instante! ¡Pensar
que todos estáis durmiendo,
y que yo empapado en lágrimas,
por todos vosotros rezo!

MARCIANO ZURITA

## DELANTAL JAPONES

Tenemos este delantal japonés, que a la vez es bolsa para el trabajo, sin que le falte su almohadilla colocada en la cintura, con el objeto de prender en él las agujas y algunos alfileres necesarios para el trabajo, siempre y cuando que se cose.



Es de seda negra y seda estampada de varias colores, con flecos de madera.

## Limpieza de los dientes.

Para tener los dientes limpios y blancos enjúguense con agua templada y alcohol fino, y lávense luégo con bicarbonato, en vez de otras pastas.

## Recetas de cocina.

*Helados de café.* —Se baten 6 yemas de huevo en 50 gramos de azúcar cernida; se pone a hervir un cuarto de litro de café tinto espeso con otro cuarto de litro de leche y se mezcla con las yemas de huevo rebullendo todo esto lo bastante. Luégo se pone al fuego todo esto pero sin dejarlo hervir; se cierne, se deja enfriar y se cuaja como cualquier helado.

*Panecitos ingleses.* - 250 gramos de harina de trigo; 100 gramos de azúcar; 150 gramos de mantequilla; 125 gramos de almendras peladas; 4 yemas de huevo y un poco de canela en polvo. Se revuelve todo esto y se deja reposar; luégo se hacen los panecitos y se ponen en latas untadas de mantequilla a cocer en un horno regular.

*Modo de acabar con las cucarachas.*—Disuélvase en un cuarto de litro de agua una cantidad de ácido bórico hasta llegar a la saturación. Luégo de retirada la cacerola del fuego se añade a la mezcla una cantidad de miga de pan. La pasta obtenida se divive en pedazos pequeños, que se distribuyen convenientemente en los lugares donde abundan los insectos, que no tardan en morir.

Son tan maravillosos los resultados obtenidos con este medio, que merece la pena de ponerse en práctica, tánto por su baratura como por su sencillez.

## El amor conyugal.

Sobrado frágiles son los halagos del amor puramente natural, para resistir imperturbables al estrago del tiempo y al desfallecimiento de los ánimos. Pero después que Cristo lo santificó, ha recibido el amor el perfeccionamiento de la gracia: por su virtud el amor se hace sabio estimador de la naturaleza, aprende a soportar las desgracias, a compadecer las miserias y a regocijarse en la vejez. Tocado por la gracia, el amor es paciente y se fortalece para no desmayar ante los defectos ya conocidos y para no resfriarse ante la revelación inopinada de las debilidades que han escapado a su agudeza. Transfigurado por la gracia, el amor se hace justo y misericordioso, aprende que en la vida práctica es indispensable saber con llevar las cargas ajenas; trueca los reproches en excusas, cambia la recriminación por el buen consejo. Sublimado por la gracia, el amor se hace fiel y descubre a través de una claridad jamás oscurecida por la niebla del capricho, ni por el engaño de la ilusión, la dignidad heroica de una constancia indefectible.

*Padre Monsabré.*



Hermoso patio colonial de una antigua mansión en la Cartagena española y señorial.

# La viuda del Capitán.

Era ella una mujer de unos cincuenta años, verbosa y lista; tenía un cierto acento meridional, y perfumaba sus charlas con los relatos de su vida en los cuales, según ella, había habido mucho de alegre y mucho de trágico; vestía con cierto cuidado a fin de poder lucir en los salones del pueblo, su título de Baronesa de Dartignas. La gracia de su sonrisa no hacía desaparecer en los oyentes la ingrata impresión de un ligero bigote que asomaba por encima de los labios. Cuando alguien se refería a ella, la nombraba simplemente la viuda del capitán: otros haciendole más honor, decían la viuda del héroe..

El capricho de la suerte me permitió algún día estar cerca de ella y concebí inmediatamente la idea de averiguar el pasado de la viuda, ¿pero cómo comenzar tan delicada conversación? Después de algunas frases triviales, después de haber hablado algún tiempo de la maldad de los tiempos actuales, logré que ella dijera finalmente:

—¡Ciertamente que él no hubiera gustado jámás de los tiempos modernos...

—¿De quién habla usted?

—Hablo de Dartignas, de mi marido.

—¿Y era un hombre valiente?

—Era un verdadero héroe... Sin su accidente no sé a dónde hubiera llegado!

—¿Qué accidente?

—¿Luégo nada sabe usted de esto?

Mi silencio le dejó ver que yo ignoraba la cosa y la viuda comenzó su relato:

Dartignas pertenecía a la marina; quisieron hacerlo político, pero él no gustaba de estas cosas, y así después de haber cumplido con su deber como oficial de marina, continuó en el *Capadot*, buque de comercio que traía perlas de Australia y de las demás islas de la Oceanía..



Bello aspecto de las murallas de *El Cabrero.*

—¿Y qué sucedió?

¡Ah! Voy a referírselo... Navegaba el buque por las costas de la Polinesia donde todavía hay salvajes y caníbales. La tripulación, formada por unos quince hombres, se oponía a que anclarán en aque-

llas costas inhospitalarias; mas, Dartignas no conocía el miedo, era un héroe, le aseguro a usted, y así cierta tarde dio orden de anclar para poder recoger agua dulce. A poco aparecieron una multitud de negros con semblante amenazador. Cuando se intentó levantar el ancla fue imposible; se había enredado en no sé qué cosa allá en el fondo del mar.

—Se necesita un hombre y un escafandro, porque no podemos, ni debemos abandonar el ancla. Hubo murmuraciones en la tripulación, y como Dartignas advirtiera que nadie se atrevía se puso él mismo el escafandro y se consumió inmediatamente con un marinero y un *grumete* llamado Lariol.

Cuando luégo de trabajar allá en el fondo del mar, se levantó, no halló a nadie; el buque había huído. No alcanzó a lamentarse mucho tiempo, porque los salvajes le rodearon, y a poco con gran dolor suyo, vio que al pobre marinero lo ataron a un árbol y lo azaron, después de haberlo despedazado. Ya esperaba él otro tanto cuando con gran sorpresa suya, advirtió que los salvajes le tenían por un dios y le ofrendaban las carnes del desgraciado marinero.

Ello se debió a que le tomaron por el dios Tobú, por creerle en parte hombre y en parte un sér del todo desconocido para ellos; el escafandro le había salvado.

La situación no podía continuar así; porque aun cuando a Dartignas le hacían los mayores honores, este estado de momia no le agradaba. Loriol, salvado a ruegos de mi marido, se había convertido en sacerdote del nuevo dios.



Salida protegida de la muralla, sección conocida con el nombre de *La Tenaza*. Aún se conserva el pozo del puente levadizo, hoy lleno de desperdicios de toda clase.

Era menester huír, huír a toda costa, y como un día le advirtiera Loriol a mi marido que había un buque por las cercanías, resolvieron ambos, aprovechando la oscuridad de la noche, huír.

—¿Y se salvaron?

—No, señor. Desgraciadamente tan pronto como se echaron al agua, los gritos de los salvajes les dieron a conocer que les habían visto; estaban perdidos.

La señora calló entristecida por tan doloroso recuerdo...

—¿Y cómo ha sabido usted todos los pormenores de esta peregrina historia?

—Por Loriol, que logró escaparse a nado.

—¿Y el señor Dartignas?

—Nunca le volví a ver... Se lo comieron los salvajes... ¡Pobrecito!

El silencio siguió a esta revelación dolorosa que vino a concluír con la más torpe de las expresiones:

Cada pueblo —dije yo sin saber lo que decía – tiene sus costumbres...

# El milagro de la Virgen.

Existe en Bogotá una iglesia que es una verdadera reliquia, porque conserva el sello de las pasadas edades, pues no ha sufrido reformas sustanciales que alteren su fisonomía netamente colonial. Sus muros exteriores y su tejado, que cualquiera diría se conservan intactos desde tres siglos que fueron construídos; el jardín que en parte la circunda, con su vetusta verja, sus árboles y arbustos de aspecto campesino; el interior, con sus altares e imágenes de magnufactura española en su mayor parte; pero sobre todo, la capilla de la Virgen, como adosada al antiguo templo, en cuyo recinto perdura la memoria de su piadoso fundador, todo allí recuerda una época añeja de la cual quedan pocos representantes, porque el empuje de la civilización moderna va borrando lentamente las huellas del pasado.

En esa capilla iluminada por indecisa luz, se ven imágenes, altares y cuadros de indiscutible antigüedad. Quién no ha admirado el altar de la virgen, en cuyo espacioso camarín, cubierto de relieves dorados, de adornos y de espejuelos, campea la venerada estatua de la Patrona? Yérguese sobre un pedestal desde hace casi tres siglos, y se formó de un bloque de piedra de guijarro, que por algún tiempo estuvo sirviendo de puente sobre un arroyo que corría en las afueras del templo. La estatua no es obra de arte escultural, y más bien parece de tosca manufactura observada de cerca; pero el que la mira desde el recinto de la capilla, experimenta diversas impresiones: unas veces la ve sonriente, y otras, a la luz mortecina de un día opaco, se convence de que es de una belleza y dulzura incomparables, prueba evidente de su origen sobrenatural. Por eso ante la milagrosa imagen se postran los devotos: éste, a exponerle sus cuitas; aquél, a pedirle algún favor, porque nunca la Madre de Dios se ha mostrado remisa en escuchar las súplicas fervientes que se la dirigen.

Una mañana en que como es muy frecuente, un anciano sacerdote celebraba la misa en el altar de la virgen, una joven recatada en la penumbra, elevaba a la Reina de los cielos sus miradas suplicantes, como en actitud de solicitar alguna especial merced. Sus ojos humedecidos por las lágrimas, sus manos entrelazadas a la altura de la barba, así lo denotaban claramente.

«Bien ves, Madre mía, decía sin desplegar los labios, bien ves que no poseo bienes de fortuua; de sobra sabes que aquélla que me dio el ser há mucho tiempo que abandonó a este mundo; que el autor de mis días que ha sido mi consejero y mi amparo, padece mortal enfermedad y que estoy expuesta a quedarme sin quién vele por mí; estoy más que convencida de que tú me arroparás bajo tu manto y que siempre serás para mí la más adorada de las madres. Pero mira que es muy triste quedarse una sola en el mundo, de manera que si te place, puedes disponer que mi padre recupere la salud, aun contra la opinión de todos los médicos. Más no abandones a ésta tu hija, y haz si es preciso un milagro para variar mi suerte y darme un sostén en las luchas de la vida».

Las anteriores súplicas que en síntesis hemos traladado al papel, embargaron a la joven casi todo el tiempo que duró la misa. Cuando concluyó su plegaria iba ya bien adelantado en el coro el canto de las letanías, y como augurio de que había sido escuchada, resonó en sus oídos el *Consolatrix aflictorum*, que fue algo así como un bálsamo para su alma adolorida.

***

—Padre, decía en la sacristía del templo que dejamos descrito, un hombre correctamente vestido, de bien timbrada voz, de ojos risueños y de color un tanto subido por el hálito de las brisas campestres de la Sabana; Padre, hágame el favor de aplicarme hoy la misa en el altar de la Virgen, en acción de gracias por el buen resultado de las cosechas.

—Con mucho gusto, Miguelito, contestó el anciano sacerdote a quien se dirigía, hombre de fisonomía ascética, bondadoso, sencillo y afable con todo el mundo. Hacía tiempos no venía por aquí.

—Sí, Padre, primeramente porque estuve ausente del país algunos años, y luégo, porque me metí a campesino y salgo poco.

—Ya se casó, hijo?

—No, Padre, la cosa no es fácil, y menos ahora, porque me hago viejo. Cuando uno ha llegado a los cuarenta.... !

—La edad del juicio, la más apropiada para formar hogar.

—Pero a las muchachas no les gustan los hombres cuarentones. Prefieren a los jovenzuelos.

—No todas. Las hay que se inclinan a los hombres serios.

—Pues bien, Padre, ahora en la misa pida también por esta necesidad.

—Sí, sí, con mucho gusto.

Revistióse el sacerdote, celebró la misa y Miguel le sirvió de acólito. Cuando volvieron a la Sacristía, entraba el coadjutor de la vecina parroquia a llevar el Viático a un enfermo de esos lados.

—Señor mío, le dijo el sacerdote a Miguel, nos falta un acompañante. Querría usted hacer esa obra de caridad?

—Con el mayor gusto me pongo a sus órdenes.

Acudió éste con el coadjutor al altar, llevando un farol en la mano; colocada la Sagrada Forma en el estuche, salieron a la calle, y al són de la esquila que anunciaba a los transeúntes que el Rey de los cielos iba a visitar a un hombre herido por la guadaña de la muerte, recorrieron largo trayecto y llegaron a una reducida casa cuyo zaguán estaba cubierto de flores desmenuzadas.

Todo el acompañamiento entró al cuarto del enfermo, cerca del cual se había arreglado el altar para recibir al divino Huésped. Era aquél un hombre como de sesenta y cinco años, pero la demacración del rostro por causa del mal que minaba su existencia, lo hacía aparecer de más de setenta. Tenía la barba completamente cana y en sus apagados ojos se veía cercana la hora fatal.

Al pie del efermo estaba de rodillas una joven que revelaba tener veinte años, cubierta la cabeza con un chal. En la mate blancura de su rostro, acentuada por las vigilias, resaltaban dos rasgados ojos grises de dulcísimo mirar; por debajo del chal surgían sobre la frente sus encrespados cabellos de color rubio oscuro, casi castaño; largas pestañas amortiguaban el fulgor de sus pupilas; era la nariz de forma correcta, la boca diminuta de labios gruesos y sonrosados, los que al abrirse para la plegaria, dejaban ver una dentadura blanca y pareja.

Al entrar el sacerdote, la muchacha había cerrado el librito de oraciones en que leía al enfermo, y sentándose sobre la cama, recostando la cabeza de éste contra su seno. En tal actitud hizo con voz entrecortada la protestación de la fe, y cuando el ministro de Dios levantó la Sagrada Forma para ponerla en los labios del viejo, humedeciéronse los ojos de la joven, la cual inmediatamente le acercó para que bebiera el agua en que el sacerdote se había enjugado los dedos.

Cuando todo hubo concluído, la muchacha despidió a los acompañantes con una sonrisa. Ya en la calle, Miguel que iba al

lado del sacerdote, no pudo menos de preguntarle:

—¿Quién es ese encanto de mujer?

—Es la señorita Susana, hija única del enfermo y causa de todas sus aprehensiones, porque al morir, queda desamparada, fuera de que, como tal vez usted observaría, carecen hasta de lo necesario.

—¿Conoce usted a esa familia?

—Porsupuesto. Es de muy limpios y honorables antecedentes: en otra época gozó de comodidades, pero una larga enfermedad agota todo recurso.

* * *

Al día siguiente golpeaba nuestro héroe en la casa cural en solicitud del coadjutor, quien se presentó en seguida.

—Señor coadjutor, anoche no pude dormir. La escena a que asistí ayer, ha quedado tan profundamente gravada en mi mente, que a cada momento me tortura. La imagen de esa joven me acompaña desde que fijé en ella mis ojos, e insesantemente digo para mis adentros: soy soltero y aunque pasé de la edad juvenil, ¿no será ésta la mujer que me conviene para



Un famoso corte en el Ferrocarril del Norte.

—¿No podría yo aliviar por conducto de usted esa pobreza?

—Ya lo creo, y Dios le premiaría su buena acción.

—Y sacando Miguel del bolsillo su cartera, tomó de ella un paquete de billetes y lo puso en manos del sacerdote, añadiendo:

—Use usted de la mayor discresión. Mi nombre no debe figurar para nada.

El sacerdote contestó:

—Dios sabe recompensar ampliamente esas caridades.

compañera de mi vida? Creí al verla que contemplaba un ángel

—Pues no dude usted un punto que será feliz a su lado.

—Infórmese usted respecto a mi persona, señor coadjutor, y se convencerá de que soy hombre serio, trabajador, honrado y creyente.

—¿Venía usted a pedirme que apoye su solicitud? preguntó el coadjutor.

—Lo ha adivinado usted. En la situación actual de esa familia, considero un problema mi intervención directa. Defien-

da usted mi causa y hable en mi nombre. Le doy para el caso todos los poderes.

—Esa es una de las funciones de mi ministerio. La misión de que usted me encarga, es en verdad, una bendición de Dios.

—Pues manos a la obra. Si éste que es uno de mis más vehementes anhelos se realiza, quedaré a usted eternamente agradecido.

—Ponga en Dios su confianza; sucederá lo que El disponga.

—No olvide usted informarse sobre este servidor suyo. Sin tal requisito, le sería difícil defender mi causa.

* * *

Era una mañana esplendorosa del mes de mayo, toda luz y alegría. Parecía que las flores perfumaban más ese día el ambiente y que sus aromas no encontraban valladar para penetrar en dondequiera. Oíase el redoblado trinar de los gorriones sobre los tejados requebrando a sus compañeras, y veíanse pasar rápidas por el aire a las golondrinas, como embriagadadas por los penetrantes olores de ese día tan claro.

En el interior de la casita que ya es conocida del lector y en donde lentamente se va extinguiendo la vida de un hombre, no alegra la esperanza el corazón de sus habitantes con la convicción de una mejoría. Por el contrario, todos consideran desesperada la situación.

No obstante, en el semblante del enfermo se ve impreso el sello de la más absoluta serenidad de espíritu. En su misma alcoba se ha levantado otro altar, que ya no es anuncio de muerte, y sin duda ahí está la explicación de su tranquilidad.

En pie, cerca a la cama, se ve a Miguel, el hombre de noble corazón, que va a reemplazarlo sobre la tierra al lado de su hija, la cual, ataviada con su mejor traje, le acompaña, y completan el grupo el sacerdote y los dos testigos.

En ese momento el ministro de Dios exige la mutua promesa a los contrayentes, y por las mejillas del viejo rueda una lágrima, pero de gratitud, porque en el cielo han sido escuchados sus más vehementes ruegos, de suerte que ya puede morir tranquilo.

La misa ha terminado. Estrechamente abrazados los novios ante la cama del enfermo, éste ratifica con mano temblorosa la bendición de Dios; luégo Susana se desprende de su marido para decirle:

—Tú eres el presente que me ha enviado hoy la Virgen Santísima, y ni por un momento dudo que ella sabrá recompensarte con mi amor intenso, porque has endulzado los postreros días de mi pobre padre. Acepta, pues, todos los latidos de mi corazón que será siempre tuyo.

Y con los ojos húmedos de alegría, Miguel vuelve a estrecharla contra su pecho, y ambos se dan el primer beso.

Entre tanto la Virgen Santísima en su camarín, continúa sonriendo y mirando con ojos de misericordia a todos cuantos se le acercan y fincan en Ella su confianza.

Carlos Suárez Murillo.

---

## El próximo peinado de nuestras elegantes.

—He tenido el gusto de ver y admirar una señorita—leemos en A. B. C., con el cabello cortado, casi rapado el colodrilo, algo de flequillo y guadejas escasas por los lados; no diré que este peinado recuerde el de los gitanos; dejémoslo en peinado a lo *Riconete* y *Cortadillo*. Ello es moda pero no la última.

En los Estados Unidos más de dos mil señoras se han hecho rapar la cabeza; otras, más modernistas, se la hicieron afeitar del todo; avergonzadas de que las llamasen calabazas y bolas de billar, se hicieron pintar flores, mariposas y pájaros en el cuero cabelludo. Una de ellas, la señorita Murray, arrepentida de su afeite, optó porque le pintasen su bola de billar al óleo y con barniz de coche. Se espera que este peinado al óleo barnizado sea próximamente el de nuestras elegantes, pues para conservarlo basta buscar un limpiabotas, para que le frote la cabeza como si fuera calzado.

# La conversión de San Agustín.

Un día recibió Agustín la visita de un compatriota suyo, de un tal Ponticiano, funcionario del Palacio imperial; Agustín estaba solo en compañía de su amigo Alipio, y luégo de haber tomado todos ellos asiento, Ponticiano vio las cartas de San Pablo que se encontraban encima de la mesa; esto dio pie a la conversación, y Ponticiano que ya había recibido el bautismo, comenzó a ponderar la bondad del ascetismo y en particular los prodigios de santidad llevados a cabo por Antonio, el célebre anacoreta de los tiempos pasados. Era este un tema de actualidad, porque en Roma se hablaba mucho de los solitarios de Egipto y de la multitud de hombres que, despojándose de todo, seguían a Cristo. Por lo demás, a qué guardar esos bienes que la avaricia de los emperadores quitaba cada día a los ciudadanos y que los Bárbaros habrían de arrebatar bien pronto... ¡Los Bárbaros que venían del Germania se divisaban ya y se apoderarían de todo tarde o temprano! Pero aun suponiendo que esos bienes se pudieran salvar y gozar de ellos, ¿la vida valía entonces la pena? Nada se podía esperar ya del Imperio; los tiempos de la desolación se aproximaban; era mejor imitar a los solitarios.



El Acueducto de San Cristóbal recientemente inaugurado.

Ponticiano descubrió presto el efecto maravilloso que esta conversación hacía sobre sus amigos, y continuó: Un día en Tréveris, a donde había ido en compañía del Emperador, cuando el Monarca estaba en el circo, él fue a pasear en compañía de dos capitanes por las afueras de la ciudad; separados del bullicio entraron

en una cabaña habitada por unos ermitaños; vieron allí la vida de San Antonio; la leyeron y su conversación fue inmediata; los capitanes no volvieron a Palacio; resolvieron, antes bien, a pesar de estar de novios, quedarse con los ermitaños.

El tono de la voz en Ponticiano al recordar este drama de conciencia de que había sido testigo, revelaba una emoción que presto pasó al alma de Agustín y de su amigo; las palabras del visitante resonaban en él como golpes de una campana; se veía en la persona los capitanes de Tréveris. ¿Acaso estaba él en el mundo o estaba de novio como los de Tréveris? ¿Permanecería, como el Emperador en el circo, ocupado en placeres vanos, mientras que otros buscaban la felicidad verdadera?

Cuando Ponticiano salió, Agustín era ya presa de una angustia indescriptible; el alma de los dos capitanes de Tréveris había entrado en la de él; su voluntad, volviéndose contra él, le agitaba dolorosamente, y de pronto tomó del brazo a Alipio, y le dijo:

—¿Qué hacemos? Sí, ¿qué hacemos? No lo has oído, los ignorantes se levantan, nos arrebatan el cielo y nosotros con toda nuestra ciencia, vivimos sin corazón, y nos dejamos arrebatar de la carne y de la sangre?

Alipio le miraba con estupor. «En efecto, dice él más tarde en sus confesiones, mi acento tenía algo de insólito; mi frente, mis mejillas, mis ojos, el color de mi rostro, la alteración de mi voz, todo en mí revelaba lo que pasaba allá en mi interior, y lo revelaba mejor que lo que lo hubieran hecho mis palabras. Presentía, a pesar de la revelión de la carne, que la divinidad se me acercaba, y tuve necesidad de buscar un lugar apartado para llorar a mis anchas».

Salió pues para el jardín; Alipio le siguió inquieto y se sentó a su lado; mas Agustín no se dio cuenta de ello. La agonía interior comenzó entonces para el doctor de Hipona; todas sus faltas, todas sus culpas pretéritas, se fueron presentando poco a poco. ¡Cuán indigno y cuán débil se sintió entonces!

De pronto se levantó, la tempestad había llegado a su mayor intensidad; buscó lo más apartado del jardín, se hincó de rodillas bajo una higuera, puso su rostro contra la tierra y comenzó a gemir. Como la oliva de Jerusalén presenció un día el sudor de sangre del Divino Maestro, ésta de Milán sintió el lloro del gran Agustín, que gritaba: ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Por qué mañana? ¿Por qué no ahora mismo?

En este momento una voz de niño se dejó oír, parecía como si ella saliera de la casa vecina: «Tóma y lée; tóma y lée».

¿Qué significaba esta cantinela? ¿La dirían los niños con frecuencia en Milán? El jamás la había oído... Pero luégo, como quien obedece al llamamiento de lo alto, se levantó y fue a buscar las cartas de San Pablo para abrirlas en este pasaje que terminó por convertirle: «Vestíos de Nuestro Señor Jesucristo y no hagáis caso de la carne y de sus deseos». ¡La carne, hé aquí lo que aún detenía a Agustín!

No quiso leer más, ni era necesario; las angustias cesaron la paz inundó su espíritu, la conversión estaba hecha. Miró a Alipio con rostro tranquilo y fue a buscar luégo a Mónica su madre que desde hacía mucho aguardaba este momento; ahora podía cantar ella el himno de la despedida y entrar regocijada y alegre en el seno del Dios de las misericordias...

Luis Bertrand.

*Matrimonios.*

En el presente mes celebraron matrimonio la señorita Catalina Cantillo O'Leary con el señor Diego Márquez, y la señorita Luz Angela Peña con el señor José Vásquez.

*Retiro.*

El del presente mes se celebrará en Santa Clara el día 22 a las tres de la tarde, y la comunión se efectuará el día 23 a las siete de la mañana.

# OFICIAL

El día 19 del mes pasado se efectuó en Santa Clara la reunión anual de las socias en la cual se da posesión a las nuevas dignatarias de la Congregación. La ceremonia, presidida por su Señoría Monseñor Salustiano Gómez Riaño, vicario general del Arzobispado, comenzó a las dos de la tarde, con asistencia de su Señoría el doctor José Eusebio Díaz, antiguo Director, del Subdirector, doctor Eduardo León Ortiz, de otros eclesiásticos y de gran número de socias.

Se leyeron las informes de la directora, de la subdirectora, de la directora de la sección de propaganda de vocaciones sacerdotales, de la de los catecismos, de la congregación de sirvientas y demás que aquí extractamos en parte.

## INFORME DE LA DIRECTORA GENERAL

Después de dar las gracias por el nombramiento con que en los años anteriores la habían honrado, la señora del Corral de Restrepo Sáenz informó que el día 14 de octubre del año de 1923 se había celebrado la última sesión solemne en la cual ella y sus compañeras habían tomado posesión de sus cargos, y pasó luégo a dar cuenta minuciosa de los diversos actos religiosos que se han celebrado por cuenta de la Congregación; los que pueden reducirse a los siguientes:

1.º Funeral por las socias, que se celebró el día 5 de noviembre; se lamentó la señora directora del poco número de socias que concurren a este acto; 2.º Novena y fiesta de la Inmaculada Concepción que se efectuó en Santa Clara con gran solemnidad; 3.º Acto de desagravio ordenado por la Pastoral del Ilmo. Sr. Arzobispo; 4.º Festividad en honor de Santa Margarita de Alacoque, celebrada el día en que se colocó y bendijo la estatua donada por la señora María Luisa Lorenzana de Camacho; 5.º Oficios de Semana Santa; 6.º Novena y fiesta del Corazón de Jesús, celebrado en la Catedral, juntamente con el retiro que las precedió; 7.º Fiesta de Santa Clara, celebrada por vez primera en estos últimos años. La Directora pidió en su informe que dicha fiesta se continuara celebrando todos los años, como es razón.

De todos estos actos ha dado rigurosa cuenta la Revista, como puede verse en las diversas entregas de este año.

Recordó, así mismo, la señora Directora, que se había llevado a cabo un bazar en el Parque de Los Mártires, como se dio cuenta en el primer número de la Revista. Dio cuenta, por último, de que los Restaurantes de Empleadas de comercio habían comenzado ya sus labores desde el día 2 de junio del presente año, y que asistían aproximadamente 50 empleadas cada día; lamentó que no se pudiera dar una información completa de esta importante obra de la Congregación, a causa de la grave enfermedad que aqueja a la señora Directora de esta Sección, doña Paulina Rueda de Esguerra, y del reciente duelo que atribula a la señora doña Rufina Rocha de Sanz de Santamaría, Tesorera de esta misma Sección.

No queremos terminar el extracto de este informe sin dar de nuevo las gracias a la señora del Corral de Restrepo Sáenz, a cuya iniciativa y celo se deben en gran parte las mejores obras que la Congregación ha llevado a cabo en el presente año, y al mismo tiempo séanos lícito decir que en esta Revista, en la parte oficial de ella, ha quedado en todos sus pormenores una historia pormenorizada de los actos de la Congregación.

## INFORME DE LA SUBDIRECTORA ENCARGADA DE LA SECCION DE SIRVIENTAS

Se dio cuenta en este informe de los retiros que mensualmente se celebran en Santa Clara todos los terceros domingos, y de la puntual asistencia del señor Subdirector, doctor Eduardo León Ortiz, a cuyo celo se debe la prosperidad y bienan-

danza de esta parte importantísima de la Congregación; del catecismo, que con la mayor puntualidad se hace para las sirvientas todos los domingos en Santa Clara.

Esta obra de los catecismos para sirvientas en Santa Clara tiene el mérito extraordinario de dar instrucción religiosa conveniente a más de 250 sirvientas que a él asisten; no contento el señor Subdirector con enseñarles personalmente el catecismo, ha procurado darles clases de escritura, lectura y rudimentos de aritmética. La señora María del Carmen Osorio de Defrancisco y la señorita Beatriz Restrepo, enseñan, por su lado, a cantar a las sirvientas. Ha habido en el presente año dos premiaciones para las sirvientas: una en enero y otra en septiembre del presente año; en ambas se han repartido valiosos donativos, y en la última se les dio a las sirvientas una función de cinematógrafo.

Hubo en el mes de noviembre unos ejercicios para esas mismas sirvientas en la Casa de Loyola, precididos por el Subdi, rector y en compañía del doctor José Manuel Marroquín, antiguo Director de la Congregación; concurrieron a ellos 113 sirvientas.

A nombre de la Congregación dio la Subdirectora las gracias al grupo distinguidísimo de señoritas que todos los domingos enseñan las verdades cristianas a las sirvientas.

## SECCION CATEQUISTICA

Todos los lunes del año se ha venido efectuando el catecismo para acarreadoras de la plaza de mercado; asisten a él 140 acarreadoras, que forman una de las clases más desvalidas e ignorantes de nuestra ciudad. La Directora de esta sección, señorita Soledad Ortega, informa que se alaga a estas desgraciadas con toda suerte de regalos, y que se les llega a dar espermas, fósforos, chocolate, etc.

En marzo hubo un retiro especial para ellas, y luégo se les dio el día de la comunión general un desayuno en los restaurantes de caridad. A estas pobres procura la Congregación sacar de su ignorancia dándoles medios para adquirir una instrucción en relación con la escasa capacidad mental de que ellas gozan. Es esta una obra meritísima de la Congregación; tanto más meritoria cuanto más silenciosa.

## *Sección de propaganda de vocaciones sacerdotales.*

La señora doña Inés Marroquín de Vargas, a quien aqueja hoy dura tribulación por la muerte del señor General Marceliano Vargas, informa que, a pesar de la pena que la mantuvo separada en parte de la dirección de esta sección, que durante el presente año se han continuado haciendo las colectas mensuales que han dado excelentes resultados, como puede verse por el siguiente extracto de cuenta:

| | | |
|---|---|---|
| Existencia hoy en Caja. . $ | 186 | 89 |
| En cédulas bancarias. . . . | 1000 | .... |
| Los gastos se descomponen así: | | |
| En pensiones para los seminaristas. . . . . . . . . . $ | 164 | .... |
| En un auxilio a un sacerdote pobre. . . . . . . . . . | 100 | .... |
| En libros y útiles de escritorio para los seminaristas. . . | 29 | 70 |
| En médico y dentista para ellos mismos. . . . . . . . . . | 125 | .... |
| En sotanas para los seminaristas. . . . . . . . . . | 263 | 38 |
| En ropa, calzado y demás útiles. . . , . . . . . . . . | 426 | 55 |
| En servicio de cama. . . . | 359 | 83 |

Además, la sección ha ido aumentando en la siguiente forma el ropero para atender a las necesidades de los seminaristas: 213 sábanas, 185 piyamas, 90 bandas, 100 roquetes.

Esta sección ha gastado, pues, el presente año cerca de 1500 pesos en atender a las necesidades de los seminaristas pobres.

## *Informe de las señoras encargadas de la Revista.*

No queremos trasladar aquí el excelente informe presentado por la señora Belén Lorenzana de Manrique, por no haber recibido todavía y no haberlos podido ella

poner en su informe los datos de nuestros corresponsales en los Departamentos. Bástenos decir que hemos obtenido magníficos resultados en la ciudad, hasta el punto que del año entrante en adelante será menester aumentar el número de la tirada de ejemplares, pues algunos de los números de este año están completamente agotados.

NOTA.—Lamentamos no poder dar una completa información de los restaurantes de empleadas de comercio, que ya están abiertos y que ven diariamente aumentar el número de empleadas que a ellos concurren. En el número antepasado dimos una información acerca de este punto que en parte completará la deficiencia involuntalaria del presente informe.

Séanos permitido, eso sí, hacer votos por la pronta restitución de la quebrantada salud de la señora de Esguerra, al mismo tiempo que presentamos a la señora de Sanz de Santamaría la manifestación de nuestra sincera condolencia por la muerte de su madre la señora doña María Josefa Dordelly de Rocha.

*Defunciones.*

En el mes pasado murieron las siguientes socias: Rosa Molina de Vergara, Felisa Manrique de Quijano Wallis, Gertrudis Pulido y Mercedes Palacios. A los deudos de tan distinguidas señoras enviamos nuestro pésame.

## BALANCE GENERAL

### DE LAS CUENTAS DE LA TESORERIA DE LA CONGREGACION DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS EN EL PERIODO COMPRENDIDO DEL 15 DE OCTUBRE DE 1923 AL 19 DE OCTUBRE DE 1924.

INGRESOS

| | | |
|---|---|---|
| *Sección de vocaciones sacerdotales.* | | |
| Saldo en caja el 15 de octubre de 1923, en dinero $ | 186.89 | |
| En cédulas . . . . . . . . . . . . . . . . | 1.000.00 | |
| Entradas del 15 de octubre a hoy. . . . . . | 1.709.88 | 2.896.77 |
| *Sección de sirvientas.* | | |
| Saldo en caja el 15 de octubre de 1923 . . . | 4.10 | |
| Entradas del 15 de octubre a hoy. . . . . . | 57.82 | |
| Suplido por la señora Directora de esta Sección . | 8.71 | 70.63 |
| *Tesorería General.* | | |
| Saldo en caja el 15 de octubre de 1923 . . . | 272.99 | |
| Entradas del 15 de octubre a hoy así: | | |
| Dinero del Banco de Bogotá para depositarlo en el Banco Hipotecario . . . . . . . . . . . . . . | 23.13 | |
| Intereses atrazados de cédulas del año pasado. . | 0.50 | |
| Cuotas anuales. . . . . . . . . . . . . . | 657.44 | |
| Limosnas para la fiesta del Sagrado Corazón . . | 568.00 | |
| Limosnas para el culto. . . . . . . . . . . | 101.17 | |
| Producto de la venta de cintas y medallas . . | 41.80 | |
| Producto de la venta de Estatutos . . . . . . | 16.80 | |
| Auxilios para la Sección Celadora. . . . . . | 30.00 | |
| Producto del Bazar de diciembre de 1923 . . . | 452.18 | 2.164.01 |
| Pasan. . . . . . . . . . . $ | | 5.131.41 |

| | | | |
|---|---|---|---|
| | | Vienen, . . $ | 5.131.41 |

EGRESOS

| | | | |
|---|---|---|---|
| Gastos de la Sección de Vocaciones Sacerdotales . . . . . . . . . . .$ | 1.832.76 | | |
| Gastos en la Sección de Sirvientas | 70.63 | 1.903.39 | |
| *Gastos en la Tesorería General.* | | | |
| Para la Fiesta del S. C. de Jesús. | 639.29 | | |
| Para la Semana Santa. . . . . | 139.90 | | |
| Para el culto . . . . . . . . . . | 510.88 | | |
| Para la Fiesta de SantaClara . . | 34.25 | | |
| Auxilio a la Sección Celadora. . | 207.00 | | |
| Auxilio a la Sección Catequista . | 6.00 | | |
| Auxilio a la Sección Reformadora. | 13.50 | | |
| Producto del Bazar para la Revista, en diciembre de 1923 . . . . . . | 452.18 | | |
| Para depositar en el Banco Hipotecario. . . . . . . . . . . . . . | 23.63 | 2.026.63 | |
| *Diferencia* . . . . . . . . . . | | 1.201.39 | |
| Sumas iguales. $ | | 5.131.41 | 5.131.41 |

| | | |
|---|---|---|
| Existencia el 19 de octubre de 1924 | | $ 1.201.39 |
| Que se descompone así: | | |
| En la Tesorería de Vocaciones Sacerdotales. . . . . . . . . . . | 1.064.01 | |
| En la Tesorería General. . . . | 137.38 | |
| | $ 1.201.39 | 1.201.39 |

La Tesorera, MARIA LUISA LORENZANA DE CAMACHO




La muralla del reloj.—Cartagena.

# ELEGANCIAS

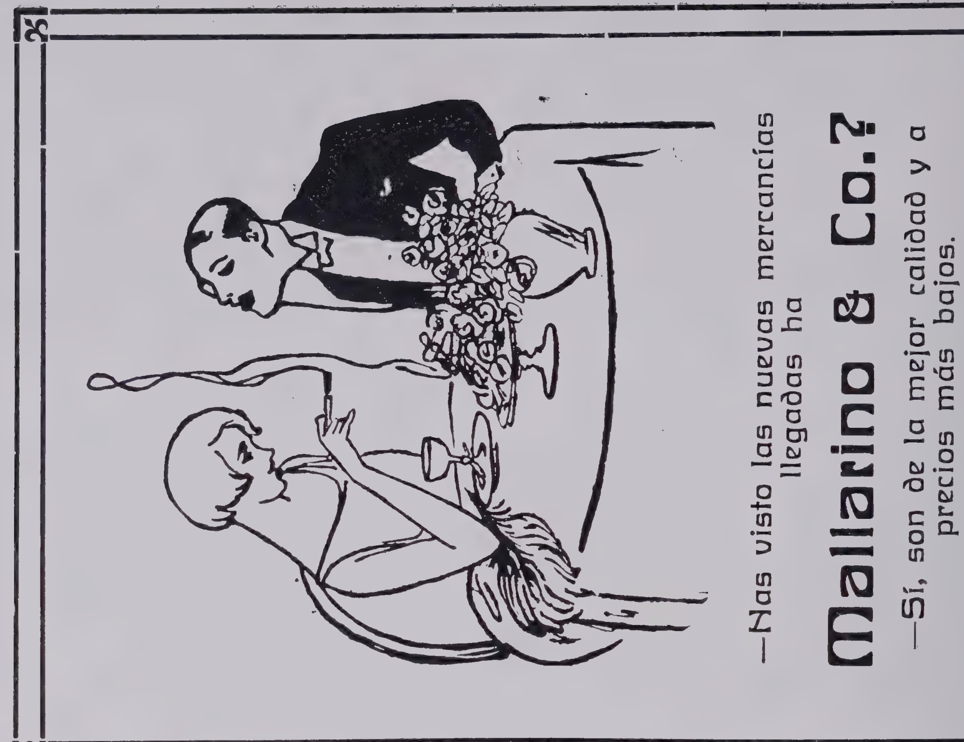




CUATRO MODELOS DE SOMBREROS, DE ARTE NUEVO, MARCELLE ROZE



salón de sombreros para señoras de la Casa **VIUDA DE RICHARD & PLATA,** á dirigido por Madame Jeane Daguet, modista parisiense, extensamente conocida de la ciedad bogotana. Madame Daguet regresó a Bogotá, después de una larga ausencia pa- la en París, en donde dirigió el departamento de modas de una gran casa. El distinguido en gusto de Madame Daguet es muy conocido, a lo que se agrega las nuevas ideas que trae a la creación de sombreros modelos y el inmenso surtido de artículos para señoras que ibe la casa semanalmente, mercancías seleccionadas en París, por Madame Richard.




GUIA SOCIAL
y COMERCIAL de BOGOTA

---

Esta importantísima obra comenzó ya a editarse

en la Casa

Editorial de Cromos.

---

Pedro Ostau de Lafont

**FOTOGRAFO**

---

Retratos a domicilio dentro y fuéra de la ciudad.

---

Fotografías de banquetes, matrimonios, bautismos, etc.

---

Carrera 9ª., número 30-5

Teléfono 43-41





EDITORIAL DE CROMOS

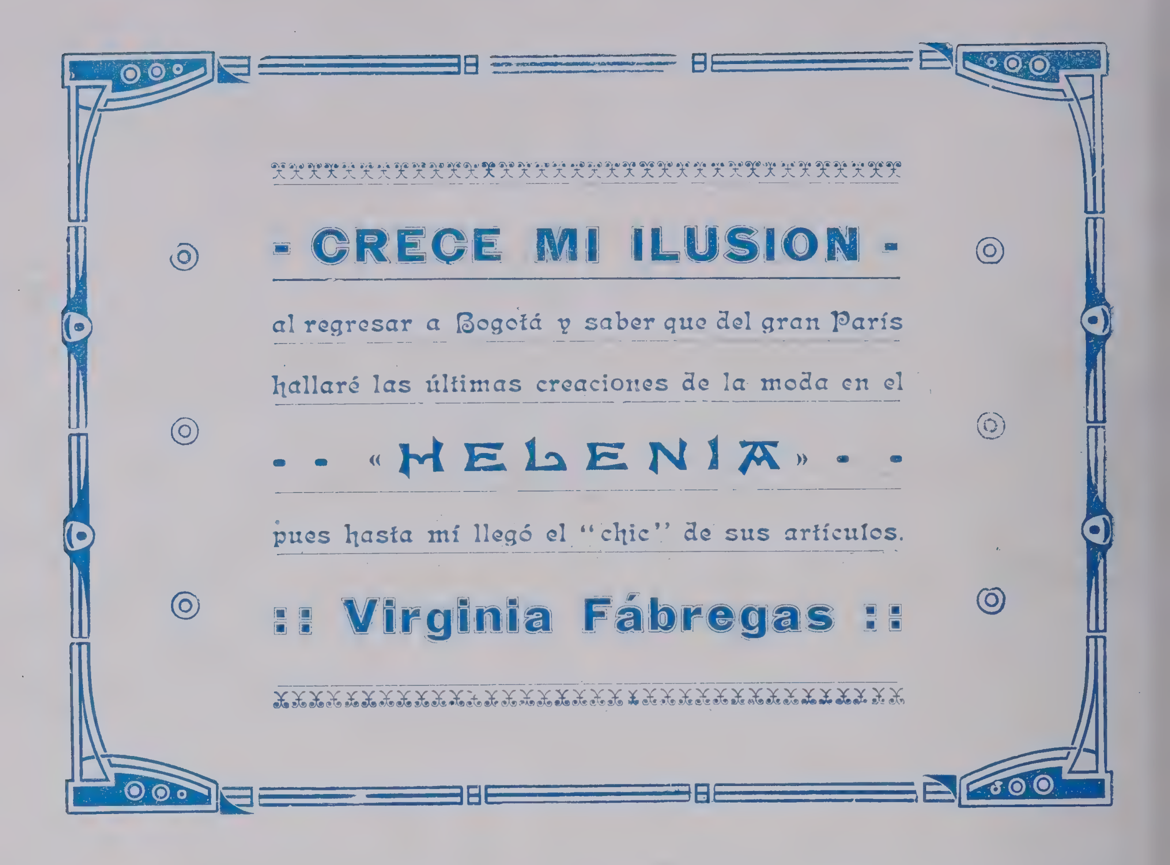
# Lecturas

Números 10 a 12 Bogotá, diciembre de 1924. Precio, $ 0.10




La antigua iglesia de Belén.

(Oleo de J. M. Portocarrero)


- CRECE MI ILUSION -
al regresar a Bogotá y saber que del gran París
hallaré las últimas creaciones de la moda en el
- - «HELENIA» - -
pues hasta mí llegó el "chic" de sus artículos.
:: Virginia Fábregas ::

# Lecturas

VOLUMEN I

# ADVERTENCIA

Avisamos a nuestros suscriptores que la Revista continuará saliendo regularmente todos los meses.

Advertimos, así mismo, que con el presente número concluye la suscripción en el presente año, y que como de hoy en adelante el número de revistas será de doce por año, la Redacción cobrará por cada suscripción

**$ 1.20 por año.**

Rogamos a nuestros suscriptores se dignen avisarnos si quieren continuar con la suscripción en el año de 1925.

LA REDACCION: Calle 11, número 60.
Por teléfono 1266
Apartado número 356

Director:
JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ, Presbítero.

Dirección y Administración: Apartado 386

Teléfono No. 1266




Revista mensual ilustrada.

Nos. 10, 11, 12 — Bogotá, diciembre de 1924.—VOL I.

Condiciones:

Número suelto. . 0.10
Un trimestre . . . 0.30
Un semestre . . . 0.50
Un año . . . . . . 1.00

PAGO ANTICIPADO

# El pueblo de Belén.

Si el aspecto general de Jerusalén y los recuerdos de esta ciudad despiertan en el alma una grande y solemne emoción, llena de respeto y al mismo tiempo de tristeza, afectos bien diversos experimenta el alma en Belén. No sé qué serena y dulce alegría irradia sobre este pueblecito que, en vez de recordarnos como Jerusalén, la muerte y la tumba de Cristo, nos enseña con religiosa alegría el sitio donde nació el Redentor y la cuna que le vio por vez primera.

Belén —casa del pan como le llaman los hebreos— ocupa un lugar deleitoso; a ochocientos metros de altura sobre el Mediterráneo, se asienta entre dos colinas, una al oriente y otra al occidente y forma así por el sur y el norte un gracioso valle.

Todos los peregrinos han admirado siempre la prestancia de los betlemitas; son de elevada estatura y de miembros bien proporcionados. Las mujeres llevan un vestido uniforme; quizá muy antiguo como todo lo de Palestina; consiste él en una larga túnica azul y un manto rojo;

BELEN

de la frente cae hasta la cintura un velo blanco. La pureza de las costumbres es aquí proverbial, y desgraciado de aquel que inspire recelos en este punto.

Las ocupaciones de los betlemitas son bien diversas; unos se entregan del todo al pastoreo en los mismos valles y montañas que en otro tiempo vieron por allí a David, el futuro rey de Israel; otros, se consagran a la agricultura en los campos fértiles que circundan el poblado; otros, cultivan en el valle, llamado hoy Oed-el-Kharobeh, las higueras, los olivos y los almendros; hay quienes gustan de cuidar la vid que crece allí como en pocas partes de Palestina. De vez en cuando el peregrino descubre ciertos sitios circunvalados por muros de piedra y dentro de ellos una torre, hoy en ruina, que sirvió en otro tiempo para guardar en ella las mieses contra las depredaciones muy frecuentes o para protegerse los hombres de los chacales que merodean por allí.

El vino de la localidad es exquisito, blanco, con cierto tinte de oro, debiera ser óptimo si se le conservara mejor; además, hacen los betlemitas un anicete delicioso, y sacan miel de numerosos panales.

Hoy fabrican, así mismo, rosarios de nácar o de oliva, lo mismo que crucifijos, y suelen aprovechar para ello el asfalto del Mar Muerto. Todo esto lo venden a los peregrinos que cada año les visitan.

Entre los monumentos más dignos de atención en toda Palestina, ocupa sin duda alguna el primer lugar la Basílica de Santa María de Belén levantada en el sitio mismo donde nació Cristo.

Este edificio rodeado desgraciadamente por tres conventos, pierde mucho de su grandeza y majestad para quien de cerca le contemple. Preséntase primero una plaza oblonga que en otro tiempo estaba rodeada de pórticos. En el centro de este atrio o plaza se hallan tres cisternas destinadas a las abluciones y al bautismo. Se entra por la gran puerta de la facha principal a un vestíbulo oscuro que está dividido en tres partes que venían a formar el antiguo *narthex* de todas las basílicas. Comunica este vestíbulo por una sola puerta con las cinco naves de la basílica divididas hermosamente por una serie de columnas; una galería, actualmente separada del resto de la basílica, termina por las dos extremidades, en ábsides semicirculares que sobresalen por encima del muro exterior de la Basílica. En el centro se levantan cuatro pilastras rectangulares y un tercer ábside se eleva por encima del coro.

Los muros estaban, en otros tiempos, adornados con mosaicos que representaban toda la vida del Salvador y que hacían aparecer en imágenes vivas y brillantes las más señaladas figuras del Antiguo y del Nuevo Testamento. Las inscripciones griegas y latinas, hoy en parte mutiladas, nos dicen que esos mosaicos fueron hechos por un tal griego Efren, pintor y mosaita, bajo el reinado del emperador Manuel Porfirogeneta Comneno y del rey Amaury de Jerusalén.

Dos escaleras se abren por ambos lados del coro, llamado de los griegos y llegan ambas al interior de la cripta que está bajo este coro.

El santuario principal, el de la Natividad, se extiende por debajo de la galería que ya describimos. Las sombras reinan dentro de ella, pues la luz del día apenas si llega hasta allí; en cambio numerosas lámparas que arden de continuo, le dan una dulce claridad. En el extremo de esta gruta y por el lado oriental, entre las dos escaleras, hay un nicho casi circular; una mesa de mármol sirve de altar y debajo de ella brilla, colocada en el suelo una estrella de plata alrededor de la cual se leen estas palabras:

*Hic de Virgini María*
*Jesús Christus Natus est.*

(Aquí de la Vírgen María nació Jesucristo).

VÍCTOR GUÉRIN

# LA NOCHEBUENA DE DON ALVARO

**A la memoria de la señora Elena Portocarrero de Bermúdez, muerta en la noche del 23 de diciembre de 1916....**

Casi en el espinazo de un cerro escarpado que forma, con muchos otros, una de las varias y caprichosas bifurcaciones de la Cordillera Central, hay un pueblucho llamado Peñasnegras.

A pesar de la cumbre en que está encaramado, se esconde a la vista y se guarece en una cabidad medrosa destinada, más bien, a lo que parece, a servir de escondrijo a los miserables que llevan jugada la vida. Desde la loma se divisan otros pueblos y caseríos esparcidos aquí y allá por las faldas de los cerros. Se ve a lo lejos el camino que unas veces se extiende en la línea recta, y otras se pierde entre los árboles y los cercados floridos; que, o bien señala con precisión sus términos y linderos, o se esconde caprichosamente tras el repecho para burlar toda esperanza en el que anhela por la ciudadvecina.



Por el norte, mas siempre a las afueras del poblado, es posible gozar con la vista de otro paisaje en que la hermosura de la naturaleza alcanza los límites de lo sublime; para verlo, en toda la variedad de sus pormenores, es menester asomarnos a un balcón que la peña formó en edades primitivas rajándose de arriba a abajo; se alcanza a ver desde aquí el Ríonegro que, en rápido viaje, muje espumoso y salta y se despeña embravecido, y el césped, los jarales y los cedros que aparecen agarrarse a las piedras temerosos de caer en la sima, y luego, ya cerca de la cumbre, los *guamuches* que extienden desmesuradamente sus brazos como si quisieran ocultarnos el abismo que engendra el vértigo, y los *cámbulos* que cortan con el rojo de su follaje, la verdura y oscuridad salvaje de este sitio.

Mas, si por el otro lado se recrean los ojos con la riqueza y variedad de un mundo siempre nuevo en la manifestación de su hermosura; si acá escuchan los oídos el ruido sordo de las aguas y el gracioso parlar de las cotorras y pericos; si aquí nos es dado admirar la opulenta vestidura y la virginidad inviolada de nuestras selvas, del otro lado de lá peña sentimos siempre la nostalgia de la ciudad que ora aparece claramente en nuestra imaginación, ora se pierde y se esfuma en el cerebro, no de otra suerte que a los ojos se descubren y esconden caprichosa y alter-

nativamente las veredas y revueltas del camino que desde esta otra altura divisamos a lo lejos.

Todo esto se borra muy presto de la mente al estar dentro del poblado, y en su lugar surgen algo menos de treinta chozas pajizas cubiertas malamente de greda amarillenta y agrupadas en desorden; una que otra cabaña acurrucada en el suelo pobremente vestida de hojas secas de plátano, y la iglesia que ha ido a buscar un sitio menos triste en la única colina que hay en estos lugares. Aquí es la vegetación escasa, y el césped abriga a retazos, como manta de mendigo el peñazco negro que da nombre a la población; aquí las matas de café son raquíticas por falta de sombrío; raros los cocoteros y las palmas, sólo los platanales dejan entrever, como único vestigio de vida y lozanía, lo apretado de sus racimos y la verdura de sus hojas que salen del amarillo tronco y sirven de solaz a estos pobres aldeanos en cuyas pupilas parece retratarse de continuo la imagen pavorosa del abismo.

La casa cural, pajiza como todas las demás, está en medio de la plaza y muy cerca de unos muros cubiertos de musgo y agrietados que sirven ahora de guarida a cuantas culebras y alacranes lleguen por acaso a subir hasta estas cumbres casi tan frías como la misma altiplanicie por donde corre perezos el río Funza.

* * *

Hace ya muchos años, y en días como estos que ahora recordamos, los corazones de aquellos labriegos sintieron anuncios de dulzura, y una imagen más placentera que la del abismo, vino a albergars en sus almas.

Bajaron diligentes los mozos allá al río, y robaron a las peñas musgos helechos y flores; formaron juntas los vecinos; las jóvenes oyeron las historias y consejas de las más ancianas; se oyeron los cantos de los rapaces; el rasgar de los tiples y la chirimía de los *chuchos,* panderetas y gaitas.

La novena del Niño Jesús había comenzado y con ella la alegría de los aguinaldos.

La vieja iglesia cubierta casi todo el año de una roña espesa y húmeda, se reviste ahora de flores de *bellísima* y de rosas pequeñitas y blancas; a trechos, las hojas de *corazón* cortan, en forma de óvalo, la blancura y el rojo pálido de las flores: largos festones de espárragos y *cilantrillos* caen por las cornisas, mientras que del suelo se levantan para enredarse luégo en las columnas, helechos desmesurados de una verdura de esmeralda.

En el altar el musgo cubre los nichos y las escaleras. Espejos rotos semejan lagos; telas argentadas remedan torrentes; viejas y mugrientas crehuelas imitan peñas y collados. Unas muñecas de trapo con ojos de cristal y narices deformes suplen aquí la ausencia de las morenas y hermosas judías, y unas casitas de cartón con tejados amarillos recuerdan las viviendas de los viejos betlemitas.

Allá en el centro de un altar y donde antes estaba el sagrario, se ve ahora un portal que mal puede traernos el recuerdo de su uso primitivo, y dentro de él, dos figuras que sobresalen en el conjunto, a pesar de hallarse medio enterradas en el musgo. Una representa a la Vírgen, la otra a San José; pero los aldeanos saben muy bien que en Peñasnegras estas estatuas personifican el dolor en la Semana Santa y anuncian la alegría en estos días de Navidad. Junto a ellas y medio perdidos entre el matorral, dos juguetes del hijo del Alcalde recuerdan el buey y el asno tradicionales. Y en medio de aquel conjunto abigarrado hallamos por fin un primoroso Niño Jesús quiteño, única imagen perfecta y única necesaria en estos días que la Iglesia consagra al recuerdo de aquel Señor que por nosotros se anonadó y tomó forma de esclavo para vivir en medio de hombres.

* * *

La alegría de estos parroquianos tiene con todo su acíbar, que no suelen ir acá abajo goces sin algún dolor.



LLEGADA DE SAN JOSE Y LA VIRGEN A BELEN

Saben todos ellos que la madre del señor cura guarda cama hace ya días, y cuando por ventura topan en el camino al párroco no cantan las mozas, ni ríen los rapaces, sino que todos ellos con los ojos y la lengua preguntan al sacerdote las últimas noticias, porque la anciana es madre de todos los que viven en Peñasnegras.

Y a medida que se deslizan con grande regocijo para todos, los días de la Novena, avanza la enfermedad de la ancianita de modo que ya en las vísperas de Nochebuena crece la angustia en el párroco al paso que crece la alegría en los aldeanos.

La noche interminable para quien amorosamente vela a la cabecera de la enferma, ha pasado por fin y con ella muchas angustias y temores. Alvaro toma el camino de la cuesta, y sus ojos, refrescados ahora por la brisa tempranera, revelan el cansancio de la pasada agonía o acaso dan señales inconscientes del duelo que se acerca.

El sol saldrá en breve y el día habrá

de traer una esperanza con el médico que llega. Desde la altura el párroco contempla indiferente el cielo rutilante de aquella mañana de diciembre, y no repara en pormenor alguno del paisaje, que no suelen las almas en cuita recrearse con estos regalos; su mirada se fija un momento en los desfiladeros gigantescos de las peñas, sigue el suave movimiento de los árboles que se menean al oreo matutino y se concentran luégo en el camino. Cuatro bueyes vienen perezosamente al trabajo y rastrojean en los cercados; un gosquezuelo salta de entre el zarzal que amojona la cabaña, cruza ladrando en el camino y se pierde en la vereda....

La visión rápida, confusa y lejana no puede satisfacer las ansias de don Alvaro, que ayudado ahora de un anteojo, ve como crecen los desfiladeros, se agitan los árboles y tiemblan las casucas del camino; mas por desgracia suya la ruta polvorienta no ofrece en esta hora imagen alguna que pueda dar esperanza cierta, o al menos engaño pasajero, al ánimo cuitado.

Y los ojos angustiados del párroco se concentran en la lejanía del horizonte, mientras su alma evoca los recuerdos de la infancia, del seminario, de los primeros días de vida sacerdotal.... y aparece entonces la ciudad con sus torres y cúpulas, sus grandes edificios y jardines; parécele como que escucha ahora de nuevo ese ruido confuso que caracteriza la vida en la metrópoli: acentos tiernos de campanas que llaman a oración, pitos estridentes de sirenas, sordos acecidos de máquinas....

La ciudad con su bullicio se pierde de la memoria, y la figura de la enferma, del lecho y de la alcoba aparecen de nuevo en la imaginación de don Alvaro.

Y aun cuando se atropellan y confunden estas visiones del presente con esotros recuerdos del pasado, el sacerdote sigue mirando la última curva del camino que blanquea a lo lejos y parece cortada por el perfil del cerro, y piensa que la espectativa que allí le condujo va a frustrarse y está ya para bajar el anteojo cuando surge al ras de la cumbre el primer rayo del sol que resplandece en las alturas y hace chispear los estribos de un jinete que desciende por la cuesta.

*
* *

La precipitación con que salió don Alvaro esta mañana del cuarto donde sufre la enferma, no le permitió, como lo hace ahora a la luz del día, observar los estragos que el mal hizo en el cuerpo de la anciana durante la pasada noche.

En el momento de entrar él a la alcoba, una mujer daba un brevaje a doña Blanca. La repugnancia y el dolor se dibujaban en el rostro de la madre.

La respiración superficial o intermitente anuncia la pérdida continua de las fuerzas, y mientras los ojos de la anciana, velados ya para siempre, se posan un momento en los de Alvaro, él siente con sus labios el ardor de la fiebre en que su madre se consume poco a poco. Mas la esperanza del médico que allá arriba había visto disipó momentáneamente los temores que cerca de la anciana se habían acrecentado de nuevo.

Allá hacia el mediodía llegó el médico, examinó minuciosamente a doña Blanca y se encerró luégo con don Alvaro en el depacho parroquial....

Era este momento de suprema esperanza o de final desolación para el sacerdote y sus ojos ensombrecidos e irritados por las vigilias interrogaron al médico.

Un diálogo breve se cruzó entre los dos. Preguntas cada vez más precisas; respuestas cada vez más desoladoras.

Alvaro había entendido todo.... Sus ojos miraron con fijeza al médico, como si quisieran implorar misericordia; vagaron luégo por los rincones del cuarto, y fueron a posarse al fin llorosos y suplicantes, en en el lienzo que representa a la Vírgen de Dolores.

Y abandonó al médieo, y fue a sentarse junto a la anciana, cuando ya el sol que esta mañana le había traído algún consuelo, iba cayendo por occidente, en donde muje y se retuerce el Rionegro....



El nacimiento. Cuadro de Correggio.

A poco el facultativo entra al cuarto para salir en breve. Atisban las vecinas desde la puerta. Algún curioso observa por las ventadas a la enferma.

A la vera del lecho donde agoniza doña Blanca, Alvaro, de rodillas, anudada en la garganta la voz, no logra responder a la deprecación mortuoria que reza pausadamente un compañero.

En el cuerpo inmóvil y en la marmórea palidez del semblante que por momentos se adelgaza, Alvaro descubre vestigios crecientes de la ruina temerosa que se acerca. Y como para aliviarse y cobrar fuerzas, pasea la vista por la plaza que apenas se columbra más allá de la vidriera.

En aquel mismo punto rompió las tinieblas de la noche una llamarada ondulante y rojiza, en torno de la cual bailaban alborozados los chicos del pueblo, atentos a añadir combustible, y entretenidos en perseguirse a tizonazos. Y como si quisiesen remedar el trance final de una existencia, menguaban a veces las lumbres de la hoguera y de nuevo se al-

zaban, esparciendo claridades fantásticas; hasta que por último se apagaron y reinó lobreguez definitiva.

Espaciábase entretanto el anhelar de doña Blanca, y al fin se abismó en las cavidades del pecho.... dejando a todos suspensos y pendientes de esa respiración que nunca más volvió de la hondura y secreto a donde se había recogido.

Afuera cantaban algunos campesinos una vieja copla de Navidad.

Esa tu hermosura
ese tu candor,
el alma me roba
me roba el amor.

Y en la alcoba, mientras don Alvaro comienza a tener el desahogo de las lágrimas, el compañero sacerdote reza las últimas plegarias que hay en el ritual de los agonizantes.

*Subvenite Sancti dei....Suscipiat te Christus....Requiem aeternam dona ei Domine....*

* * *

Cunde presto la noticia de esta muerte en Peñasnegras y se propaga rápidamente hasta los más apartados caseríos.

El pesebre desaparece de la vista, y el luto de los paños funerarios cubre los muros de la iglesia. Cesan los cantos en las chozas; las fogatas se extinguen en los cortijos, y la muerte pasa por el pueblo sin más ruido que el de la cascada, sin más luz que la del relámpago que se pierde en la apartada serranía....

Un canto lento, desolador y gemebundo destinado por la Iglesia para expresar el dolor de los que aquí quedamos y los temores de los que se van, se oyó esa mañana en Peñasnegras.

Los sacerdotes entonan las lecciones de Job, deteniéndose extenuados en las últimas notas de una sonoridad extraña que armoniza con el ruido de las aguas.

«Mi alma está aburrida de la vida; daré suelta a mi queja, y hablaré con amargura de mi alma».

¡Qué bien siente este canto don Alvaro, arrodillado allá en un rincón vecino a la sacristía en el sitio mismo donde la madre solía orar! ¡Y cuán a las claras entiende hoy las quejas del Patriarca Idumeo!

En verdad puede decir con el rey Ezequiel:

«La generación de los míos me ha sido ya quitada, y parece ya ella como envuelta en sí misma y enrollada cual tienda de pastor cuando llega el invierno....»

El cortejo sale de la iglesia, y se detiene a trechos en varios lugares, y otras tantas veces el canto lento, desolador y gemebundo se hace oír; ora con ecos fugaces de esperanza; ora mezclado con súplicas de quien desea la paz del alma; ora, finalmente, abundoso en temores y angustias por el presagio de la futura y eterna calamidad de que habla la Escritura.

Todo aquello acabó antes del mediodía....

Y por fin Alvaro vino a sentir la soledad en sus aposentos. Y llegó la ora de rezar las vísperas, y hubo de recordar entonces el pobre párroco que, cuando el sol volviera a nacer, «el Rey de los reyes vendría del Padre como esposo que viene regocijado del tálamo nupcial.»

En verdad, dijo don Alvaro para sí, que esta noche será Nochebuena!

Varias veces se le cayó el breviario de entre las manos, y casi sin poder pronunciar las palabras, hubo de decir con San León en las lecciones del segundo nocturno: «No es lícito que haya hoy lugar alguno para la tristeza.... nadie puede segregarse al regocijo de este día.»

Y a la media noche cuando el silencio lo llenaba todo, cantó la misa del gallo, que fue la primera aplicada en sufragio de la madre.

*¡Gloria in excelsis Deo et in terra pax homnibus bonae voluntatis!*

Este anuncio de paz que los ángeles traían y cuyo goce le era dado sentir ya a doña Blanca, fue también para don Alvaro anuncio de otro genero de paz. Por eso juntó el buen párroco en su memoria el *Requiem* de la mañana v el *Gloria* de la noche, y recordó que Cristo había traído la paz a los vivos lo mismo que a los muer-

tos; pero cuán amarga le era ahora, después de tantos días de lucha, esta paz dolorosa. *Ecce in pace amaritudo mea amarissima.*

Alegres villancicos solemnizaron el final de la misa del gallo, y luégo las gentes se apresuraron a salir de la iglesia; unos, para tomar la vuelta de sus domicilios; otros, para entretenerse hasta el alba discurriendo por los ventorrillos del contorno. A lo último quedó la iglesia solitaria, se aposentó bajo sus naves el silencio, cuya honda majestad no turbaron los rumores de fuéra, ni el chirriar de los cirios que iba apagando el sacristán con ramo de jazmines enarbolado en el extremo de una caña.

Un rato después, corriendo por los muros o cruzándose con las vigas del embovedado, se alzaban o encogían sombras confusas a compás de la lamparilla que, unas veces oscilaba rojiza y otras se alzaba amarillenta.

Era, en suma, extremado el silencio y medrosa la penumbra; mas en aquella hora le añadió lúgubre misterio el sollozar humilde de don Alvaro que aún estaba de hinojos en el sitio predilecto de doña Blanca.

* * *

Cuando cerca ya del alba se levantó el párroco de aquel lugar, vino el sacristán a acompañarle. Salieron juntos de la iglesia; cruzaron la plaza y se detuvieron ante las puertas de la casa cural. Con mal urdidas razones, se ofreció el sacristán a pasar la última parte de la vigilia con don Alvaro, mas él, que aun de su propia vida tenía tedio, agradeció el gasajo sin aceptarlo y penetró solo y a oscuras en su morada.

Y como si al contacto de aquella desolación palpable que dejó la muerte en las habitaciones, se encacerase el duelo de don Alvaro, fue a tientas hasta la alcoba de doña Blanca, y otra vez se incó a la vera del lecho, tratando de murmurar una oración que no llegó a los labios, porque en esos momentos, sin quererlo él, le embargaron el ánimo unos versos que de niño había recitado en presencia de sus padres; que en esos tiempos le hicieron saborear todo el deleite de la Nochebuena familiar, y que ahora, reducidos a la frase postrimera, le descubrieron la congoja invencible de los años por venir:

Para viajar yo solo por la vida
no hay fuerzas en mi alma.

JOSÉ ALEJANDRO BERMÚDEZ

Enero de 1916.

# De cocina.

## Naranjas a la Emperatriz de Rusia.



Abiertas 6 naranjas en forma circular por su parte superior, se vacian cuidando de no dañar la corteza. A la carne de estas naranjas, se les agrega la de otras dos, quitándole las pepas y la piel blanca. Se coloca el todo en un perol agregándole un cuarto de litro de agua; cuando haya hervido dos minutos, se cuela. Pesado este jugo, se le agrega igual cantidad de azúcar y se deja hervir durante 20 minutos a fuego moderado, cuidando de sacarle la espuma. Ya fuera del fuego, se le agregan 20 gramos de cola-

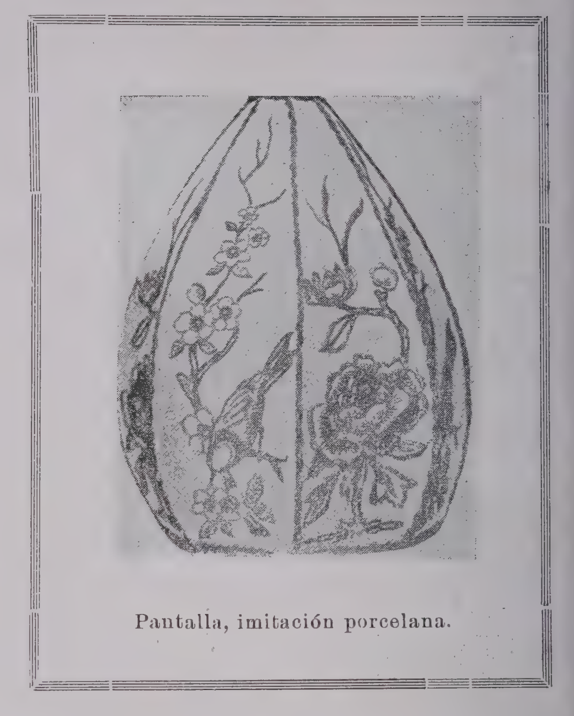
piscis disuelta y clarificada; esto se cuela, se deja enfriar y se le añaden tres copas de vino. Cuando esté frío pero todavía sin cuajar, se toma una cuarta parte y se le agrega una tasa grande de crema muy espesa y fresca.

Se cortan los bordes de las cortezas de las naranjas con unas tijeras en forma de sierra y se llenan dos terceras partes con el caldo de las naranjas antes de que acabe de cuajarse. Luégo se llenan con la crema en forma de cono, que sobresalga bastante del borde de las naranjas, como lo muestra el grabado.

## Bolas de nieve.

Muélanse 60 gramos de nueces después de que hayan sido ligeramente tostadas y peladas, lo que se obtiene frotándolas con un lienzo. Agréguensele 150 gramos de azúcar, mójense con una clara de huevo para formar una pasta blanda que se divide en bolitas; envuélvanse en clara de huevo y luégo en mucha azúcar. Se colocan en canasticas de papel rizado y se cuecen en horno suave durante un cuarto de hora.

## Pantalla imitación porcelana.



Pantalla, imitación porcelana.

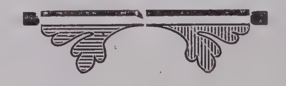
Esta pantalla tiene 17 centímetros de diámetro inferior y 31 centímetros de altura. Se hace en crespón de la China, color marfil, tono de la porcelana antigua, luégo cada uno de los lados de la pantalla se arregla con un dibujo ligero y decorativo, inspirado en dibujos chinos.

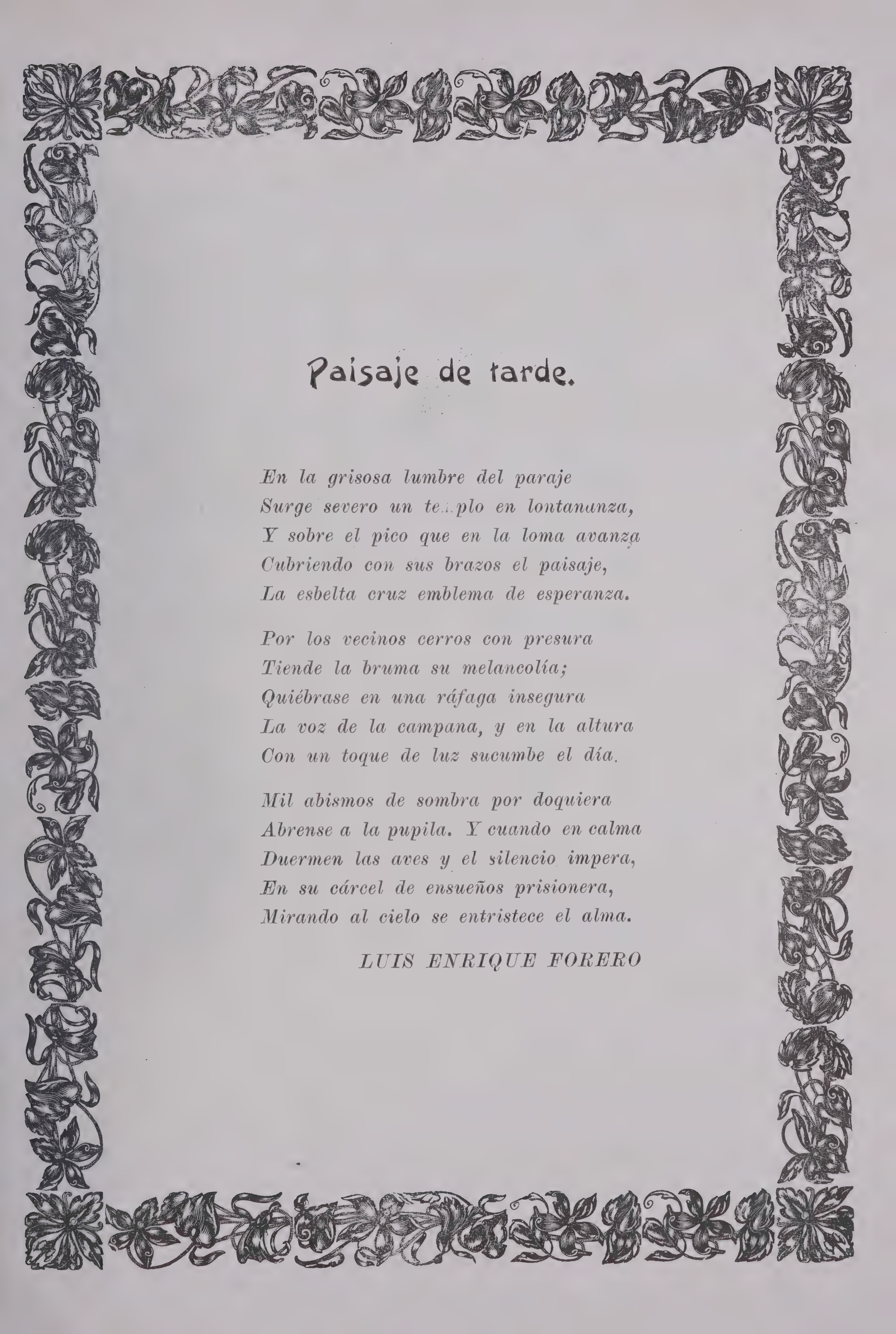
El esqueleto (la armazón) de la pantalla debe tener ocho lados; los dos dibujos que figuran en el grabado deben ponerse alternados, y para bordarlos se toma una seda azul de China en cinco tonos diferentes.

El dibujo que tiene el pájaro lleva también una rama de manzano, con sus flores, las cuales se bordan con el segundo tono de la seda; el corazón se hace con doble fila de nudos, uno claro y otro oscuro; cada una de las hojas se hace en dos tonos uno de los medianos, y el más oscuro; y los palos también con el tono más oscuro. Para el pájaro se emplean todos los cinco tonos.

En el segundo dibujo muestra una gran flor, cuyos pétalos se ribetean con bordado al pasado; con el color más oscuro se hace el centro de la flor; el más claro se emplea para los pétalos inferiores y el tono medio para los pétalos exteriores, los cuales llevan además algunos nudos en el tono más oscuro, y unas puntadas largas en un tono claro. Las hojas se ribetean igualmente con bordado al pasado, en dos tonos, las venas se bordan al pasado igualmente, así como las dos hojas largas de arriba. Las ramas se hacen con el tono más oscuro.

La pantalla se forra con pongé color marfil. Las uniones se tapan con un galón dorado así como la parte baja de la pantalla.





## Paisaje de tarde.

*En la grisosa lumbre del paraje*
*Surge severo un templo en lontanunza,*
*Y sobre el pico que en la loma avanza*
*Cubriendo con sus brazos el paisaje,*
*La esbelta cruz emblema de esperanza.*

*Por los vecinos cerros con presura*
*Tiende la bruma su melancolía;*
*Quiébrase en una ráfaga insegura*
*La voz de la campana, y en la altura*
*Con un toque de luz sucumbe el día.*

*Mil abismos de sombra por doquiera*
*Abrense a la pupila. Y cuando en calma*
*Duermen las aves y el silencio impera,*
*En su cárcel de ensueños prisionera,*
*Mirando al cielo se entristece el alma.*

*LUIS ENRIQUE FORERO*

# LA MISA DEL GALLO

En aquel glorioso entonces, mi infancia se deslizaba tranquila en medio de los campos; un cielo siempre azul, un horizonte de verde eterno, un ambiente saturado de emanaciones forestales.....

¡Qué días felices esos de mi apasible niñez!

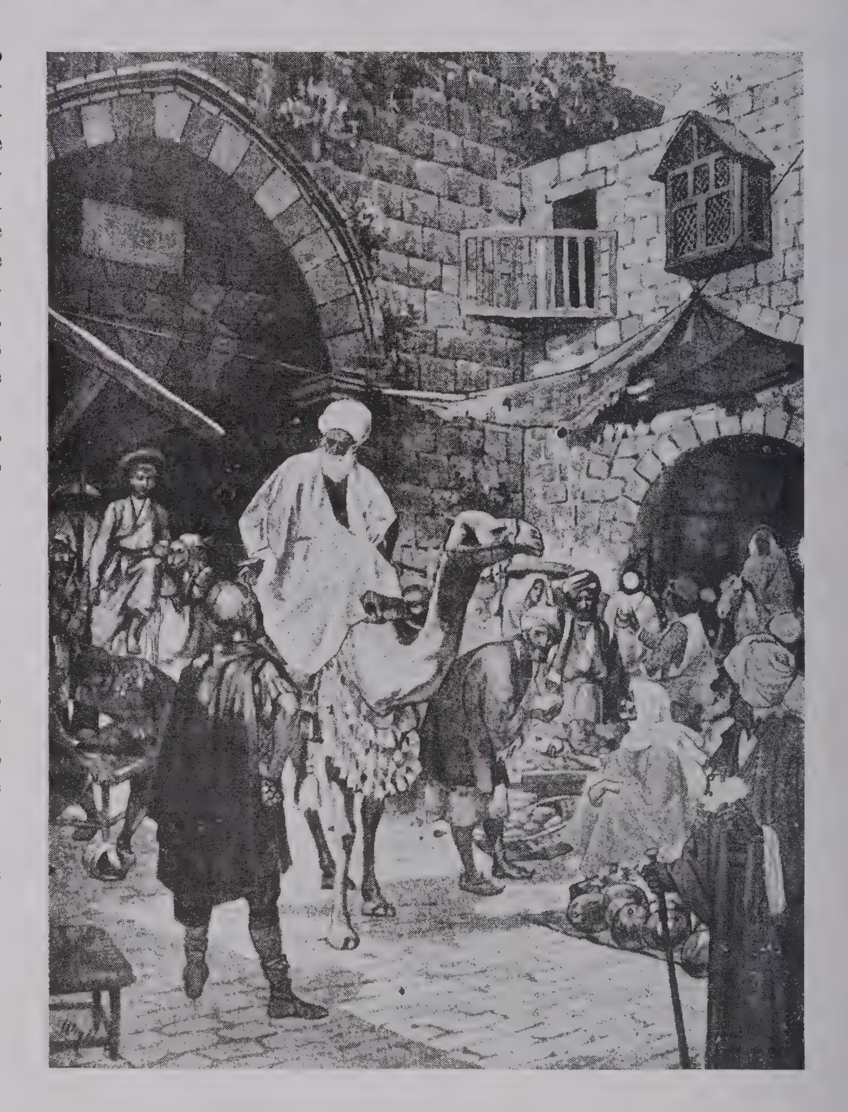
Diciembre había venido y con él la Navidad de los buenos campesinos tan llena de recuerdos suaves, tan ahita de dulces remembranzas!

—Madre, ¿me dejarás ir con Casilda a la *Misa del gallo*?

—Bueno, pero a condición de que tendrás mucho juicio.

Y en la noche de Navidad, la vieja Casilda golpeó con sus nudillos la puerta de nuestra habitación, y llamó suavemente:

—¡Niño Fin—así me llamaba familiarmente— niño Fin, que nos coge la tarde! ¡Niño Fin! que ya está aclarando!



Entrada de los Reyes Magos a Jerusalén.

Salté del lecho, ligero como una perdiz, y a poco emprendí con la vieja cocinera, la ñuá Casilda, el camino de la aldea. Nuestra hacienda quedaba situada en la cumbre de una serranía, y la separaba del pueblo como una legua de descenso.

Tomamos la veredilla al través de los cucharales y de los pastos en flor, y a poco andar topámos con el camino real.

—«¡Güenos días», nos decían mansamente grupos de campesinos, los cuales, engalanados con su traje dominguero, iban también camino de la aldea para oír su misa.

—«¡Santos y güenos nos lo dé mi Dio!», replicaba invariablemente con su voz cascada la anciana Casilda.

Y los sencillos devotos nos dejaban a la zaga, desapareciendo muy pronto de nuestra vista, entre las sombras espesas de alguna arboleda.

—Mire, niño Fin, exclamó de pronto la vieja, míre la santísima estrella de Belén!

Y era lo cierto, porque hacia la parte del Poniente se divisaba la santa estrella, cuyos reflejos bañaban apaciblemente a las dormidas montañas y a los valles silenciosos...

—Diga usted, ñuá Casilda, ¿y esa estrella es la misma que guía a los Reyes?

—¡La mesma! ¡La mesma!

—¿Y los Reyes por dónde vienen?

—Mírelos, allá, en derechura del pico de *Alto Bravo*; son tres estrellitas en *jila*, las *vido*?

—¡Ah, sí!

—La de *elante* es Gaspar; la que se lo avecina es Melchor y la zaguera es Baltasar, que es el Rey que *prejerimos* los *probes*.

—¿Y por qué los pobres quieren más a Baltasar?

—Porq'era morenito y nunca miró con mal ojo al *probe*. Baltasar *jué* el que *trujo* el cienso, Melchor el oro y Gaspar la mirra.

¿Y cómo se llama aquella estrellita roja?

—¡Ajá, esa es la Verónica, que es de ese tinte porque la salpicó la santísima sangre de mi Señor Jesucristo, cuando ella le enjugó su bendito rostro con el paño... Mire, cerquita de ella alumbra la Cruz de Mayo!

—¿Y cómo puede salir la Cruz de Mayo en diciembre?

—Porque en esta noche salen todas las estrellitas del cielo pa festejar la venida del Niño Jesús. Las únicas que no salen son las Siete Cabrillas, porque como el cabro es la *mesmita jigura* del diablo...

Aquí se echó Casilda la cruz, y continuaba en sus noticias astrológicas, en cuya ciencia era muy ducha, como que su abuelito había sido pastor, cuando el murmullo cercano del riachuelo interrumpió nuestra conversación, anunciándonos que nos aproximábamos al pueblo.

Pronto llegamos al manantial, cuya ribera estaba alfombrada con las flores de unos valentísimos anacos que por allí crecían. «¡Arremánguese bien el calzón!» me dijo ñuá Casilda, y al mismo tiempo me asió de la mano.

La vieja a su turno se recogió las faldas hasta la rodilla, y entró en la corriente con mucho tiento, tratando de hacer un buen vado al favor de la luz sideral.

—¡Jesús, qué frío! ¡Si es q'el agua muerde mismamente!

—Y así era la verdad, porque el riachuelo bajaba de la sierra y su agua venía por lo tanto fría como un hielo.

Pronto ganábamos la orilla opuesta, y allí Casilda hizo alto para bañar sus descarnadas pantorrillas y ponerse luégo las alpargatas, las cuales había traído atadas a la cintura durante la travesía.

«¡Ti-lán! ¡Tali-lán! ¡Tilán! ¡Talilán!» se oyeron las campanas parroquiales llamando a la *Misa del gallo*.

Al entrar al pueblo vimos la *Cruz del caminante* y la abuela se quitó su sombrero *raspón* y se persignó diciendo devotamente: «¡Adoramoste Cristo y bendecimoste, que por tu santa cruz redimiste al mundo!»

¡Amén, respondí con mi débil vocecilla.

—¡Aprieten el paso!, nos dijo ñor Agapito, quien nos dio alcance, miren que ya dan el *deje*.

—¡Ay niño Fin, exclamó la vieja, *apure ligero*, apure que vamos a perder la misa! ¡Santa Rita, mi patrona, que no lo sea!

«¡Ti-lán! ¡Tali-lán! ¡Ti-lán! ¡Talilán» llamaban las campanas vocingleras, y su repique se oía como una alegre canción que se esparcía suavemente, al través de las granjas y de las alquerías, o bajo las arboledas; como una alegre canción que subía hasta los cerros vecinos y entraba a los valles do moraban los rudos montañeses de Santander.

Cuando la campana chiquita daba el *deje*, traspusimos el pórtico de la iglesia y en seguida la vieja Casilda se desgajo sobre sí unas tantas cruces; luégo me llevó a

la pila y allí nos señalamos la cruz muy devotamente con el agua bendita.

Ya la misa empezaba y nos arrodillamos apresuradamente al pie de una columna. Poca luz había en el templo, así que los fieles se veían en la penumbra como fantasmas que se desvanecían... Solamente en el altar se iluminaban sus agonías algunos cirios en medio de una inundación de flores silvestres.

Y mientras en el altar el sacerdote oficiaba, en el coro cantaba el sacristán acompañado de algunos chicos de la aldea aquellos viejos villancicos:

*¡A Belén, pastores,*
*que ha nacido un niño*
*más bello que las flores,*
*más blanco q'el armiño.*

.....................................................................................

Y en los intervalos, mientras el señor cura mascullaba sus latines, se escuchaba el monaguillo que asesoraba con la campanita del Santo Viático: ¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín!

El cansancio del camino me dominaba y el sueño empezaba a besarme en los ojos; entonces me incliné a reposar en el regazo de Casilda, y lentamente, al compás de las preces que ella rezaba, me fui sumiendo en una especie de somnolencia, arrullado por la música arcaica de los villancicos.

De pronto ¡gran Dios! vi que el Niño Jesús se bajaba de su pesebre construído en el altar en medio de la mulita y del asno, vi digo, cómo el Niño Jesús vino hacia mí, y acercándose, me acarició con su manecita blanca como una nube; luégo me besó dulcemente en las mejillas y sentí en mi piel el suave roce de sus bucles de oro. En mi redor flotó un perfume parecido al de las azucenas..

No salía de mi sorpresa, cuando el Niño Jesús desapareció de mi lado, y entonces vi, ¿qué vi? Al mismo Rey Baltasar, quien posaba su mano morenuca en mi hombro diciéndome con tono cariñoso: «Fin, yo soy Baltasar, el Rey Mago de los humildes; y como tú eres niño campesino, te quiero tánto, como puedo querer a la vieja Casilda. Toma estos regalillos de Navidad».

¡Y me llenó las manos de golosinas!

¿Estaba yo soñando?

Quizá no, porque recuerdo muy bien que mientras todo esto acaecía, oí muy claramente, al través de los ventanales de la iglesia, el canto pausado de los gallos aldeanos, quienes sacudían estrepitosamente sus alas y cantaban, entre el silencio del alba:

*¡Cristo nacióóóóóóó!*

Mas para aclarar cualquier duda, cuando regresábamos a la hacienda referí a Casilda el suceso con todos sus detalles. «Mira, le dije para acabarla de convencer, huéle mi boca, aún tengo el perfume de los golosinas de Baltasar...»

«¡Cierto! ¡Cierto!», exclamó la vieja con voz temblorosa mientras me olisqueaba toda maravillada. «¡Cierto! ¡Cierto!» y sus ojos de sencilla creyente me contemplaban admirados como diciendo: «Niño Fin está en olor de Santidad»

E. OTERO D'ACOSTA

---

# SOCIALES

*Matrimonio.* — Contrajo matrimonio la señorita doña María Helena Garcés Molina con el señor don Alfonso del Corral Martínez.

*Misa.* — El 18 del pasado se celebró en Santa Clara una misa de réquiem por el alma de la señora doña Mercedes León de Ortiz, concurrieron a este acto, a más de la familia de León, las socias que integran la sección de propaganda de vocaciones sacerdotales y los seminaristas que cantaron la misa.

# Cómo comenzó el teatro moderno.

Las festividades religiosas de la Nochebuena dieron ocasión al resurgimiento del teatro que apareció entonces de nuevo en el mundo. Para entender, este hecho que se presta a las más peregrinas consideraciones, tenemos que volver la mirada al año 1000, año verdaderamente fatídico en la historia humana por el temor que entonces se apoderó de los hombres que, fundados en falsas interpretaciones de las Escrituras, se dieron a pensar que habría de sobrevenir, con un tremendo cataclismo, la terminación y destrucción de la tierra. Gobernaba en aquella época, con el título de Silvestre II, el docto monje Gerberto y regía los destinos humanos Otón el tercero; ambos aguardaron la noche del treinta y uno de diciembre con aquel espanto que siempre es natural en quien espera algo imprevisto; sólo que el papa Silvestre, que los romanos tenían por embaucador y nigromante, se dedicó en aquella noche a estudiar, como en muchas otras, el curso de los astros que debían indicarle cómo la hora del cataclismo habría de pasar sin hacer mal alguno en la tierra.

Al día siguiente, no sólo en Roma, sino en el mundo entero, la humanidad despertó alegre después de este sueño poblado de aterradoras visiones, y se dió a buscar por doquiera el placer de que en los últimos tiempos se había privado. De aquellos días data la transformación del canto litúrgico en canción trovadoresca; la aparición de una nueva epopeya que vino a este mundo con los cantos llamados de *gesta*, y sobretodo el teatro que salió, como el canto, de las iglesias para convertirse, con el correr de los tiempos, en esto que hoy conocemos todos nosotros.

Y sin embargo, este teatro que renació en los templos cristianos, fue mirado siempre con grande adversión por los padres de la Iglesia primitiva; Tertuliano escribió en contra de él uno de sus más conocidos opúsculos, y dijo que «los dramas no podían ser nunca bien vistos por la religión verdadera, ni podían servir en ocasión alguna para dar culto al Dios verdadero»; San Juan Crisóstomo insistió una y otra vez en lo pecaminoso del teatro, y San Gregorio de Nacianzo lo excomulgó con los más duros anatemas. De los escritos de los Padres, pasó la excomunión a los concilios que declararon degradados e indignos a los clérigos que asistieran a los espectáculos públicos y que conminaron con diversas penas a los laicos que a ellos concurieran; tal fue, entre otras, la declaración del concilio llamado *in trullo* (sala del palacio imperial en Constatinopla) celebrado el año 692.

Estas condenaciones, que sólo se referían al teatro pagano, eran más que naturales porque nada había tan opuesto al espíritu cristiano como estos espectáculos que exaltaban las pasiones humanas y proclamaban la bondad de ciertos procederes duramente reprobados por el cristianismo. Y tan severas fueron ellas, que realmente el teatro antiguo desapareció en Europa casi por completo; mas, al mismo tiempo y desde muy entrado el siglo V, las ceremonias litúrgicas fueron poco a poco adquiriendo un aspecto dramático que se manifestaba particularmente en algunas de esas ceremonias como acontecía, para citar una de todos conocida, con el canto de la Pasión de Cristo en que tres clérigos hacían y hacen a la fecha, diversos papeles. Andando los tiempos se les añadió a estas ceremonias nuevo aparato dramático y así se formó el drama litúrgico o para hablar con más propiedad el *misterio*, del cual tenemos numerosos ejemplos en toda literatura europea del siglo once y de los siglos posteriores.

Solían representarse estos dramas con ocasión de las festividades de Navidad, de Epifanía y de Pascua, y principalmente en las dos primeras. Este hacía el papel de San José, aquella otra de la Vírgen María; no faltaban los pastores y los reyes magos iban apareciendo aquí y allá.

En un principio estos dramas se cele-



La Virgen llamada del Gran Ducca (Rafael).

braron en las iglesias, luego en los atrios, de las catedrales, y por último terminaron los actores por recorrer las calles y las plazas.

«En aquellas ciudades de la edad media —dice Salcedo Ruiz — sin fiestas, ni diversiones, y en que las noches eran tan oscuras y silenciosas, estas fiestas radiantes en que ardían hogueras y antorchas por plazas y callejas, y todo era bullicio y resplandecía el interior de la magnífica catedral con innumerables luces, y los cantos y versos en lenguaje vulgar alternaban con la música, y se renovaba en todo el interés de ver y oír el *Misterio* que se había visto y oído desde la niñez; tenía todo ello indecible encanto de que apenas podemos formarnos idea los hombres de esta generación, ensordecida y deslumbrada por todo género de espectáculos de luz y estruendo.»

Estos dramas litúrgicos llamados misterios, comenzaron a representarse probablemente en Francia; así nos lo testifica el más antiguo de ellos llamado «El misterio de los Reyes Magos» de la catedral de Nevers que se halla en un códice del año 1060; aparecieron luégo en Inglaterra con el nombre de *Miracle Plays;* en Italia con los nombres de sacre-representazione, y sobre todo en España, a donde fueron llevados por los benedic-

tinos franceses para trocarse luégo en causa primera del teatro en que más tarde figuraron Lope de Vega y Tirso de Molina.

Hay en las Partidas de Alfonso el sabio, un texto que nos prueba cómo hasta los mismos clérigos solían representar en estos misterios: «Representaciones a que pueden los clérigos facer, as' como de la nascencia de Nuestro Señor Jesucristo, que demuestra cómo el ángel vino a los pastores y díjoles cómo era nacido, otrosí de su aparecimiento como le vinieron los tres reyes a adorar».

Poco a poco el drama religioso fue perdiendo su carácter de tal; los bufones se hicieron elemento indispensable en todo *misterio,* y el drama que en un principio hacía parte de la liturgia religiosa, salió de las iglesias, para convertirse, como en tiempos de los griegos y de los romanos, en mero motivo de distracción y placer. A causa de esto fue menester que *los misterios* se prohibieran en París, hacia mediados del siglo XVI y que desaparecieran luégo del todo en el mundo entero.

El drama religioso perseveró, sin embargo, más en España que en pueblo alguno, y pasó del drama litúrgico propiamente dicho, al *misterio* en que dominan más los elementos litúrgicos, para transformarse por último en el auto sacramental que se celebraba principalmente en el día de Corpus o también en el de Navidad. Este género dramático, que por muchos conceptos se escapa a las reglas del teatro, fue genuinamente español y en el sobresalieron, a más de Calderón a quien se da en este punto la primacía, Lope de Vega, Tirso de Molina y en general todos los grandes dramaturgos del siglo de oro. Debióse esto a que en todas las iglesias de España la fiesta del Corpus se celebraba en esos tiempos, con una serie de carros alegóricos y que al final de la procesión juntábanse algunos de ellos en un tablado en el cual se representaba el auto cuya elaboración se había confiado a algún celebrado poeta de aquellos tiempos.

De todo lo dicho se desprende una aparente contradicción en la manera como obró la Iglesia en relación con el teatro; comenzó por reprobarlo del todo con Tertuliano y San Juan Crisóstomo; lo aceptó luégo y lo convirtió casi en elemento litúrgico del culto; reprobólo luégo y volvió a introducirlo con ocasión de la festividad de Corpus, y terminó por renegar de él según puede verse en casi todos los moralistas de nuestro tiempo.

Bien estudiadas las cosas, no hay, sinembargo, contradicción alguna, porque el teatro, es decir, la representación de escenas de la vida, es cosa en sí indiferente y su moralidad o inmoralidad pende únicamente de las cosas que en él se representan. Como ellas fueron malas en los días del paganismo, la Iglesia reprobó este teatro; como fueron buenas durante la época de los misterios y dramas religiosos, la Iglesia lo aprobó; como volvió a ser malo casi siempre en nuestros tiempos, la Iglesia hubo de reprobarlo de nuevo. Y así se explica también por qué en tiempo de los autos sacramentales muchos eclesiásticos, como Lope, Calderón y sobre todo Tirso, fueron y pudieron ser a ciencia y paciencia de las autoridades religiosas, verdaderos dramaturgos que inmortalizaron por siempre el teatro español.

Mas en todo caso, parece cosa averiguada que el teatro moderno nació en los templos, creció y medró cerca de las iglesias, y las festividades de la Nochebuena, le sirvieron de preludio hermosísimo a lo que luégo con grande opulencia se desarrolló en todas partes.

J. A. B.

---

## Advertencia a los Suscriptores

Con el presente número terminan las entregas correspondientes al presente año.

El hecho de que de aquí en adelante cada año comprenderá doce números correspondientes a los diversos meses del año, ha obligado a la Redacción a subir el precio de las suscripciones a $ 1.20 en vez de $ 1.00, que fue el precio del año que terminó con este número.

# CUENTO DE NOCHEBUENA

## I

—Dalleze, amigo mío, hay en vuestros cuadros unos rasgos, unas delicadezas, una originalidad, que me tienen maravillado.

Jorge Dalleze se inclina agradecido y satisfecho (aunque hace estudio de no de jarlo conocer) a este juicio del docto crítico del arte.

Y sin embargo, desde que cruza a través de la brillante muchedumbre durante los días de apertura de la exposición, ha sido saludado con tántas aduladoras palabras, y tántas veces se le ha dicho: «¡Mucho éxito el de su exposición!» «Mis felicitaciones, querido maestro».... que está completamente convencido ya de su éxito.

La víspera por la tarde se abrió para los artistas y los invitados de ese salón, una especie de cenáculo, en donde solamente han tenido derecho de inscribirse los «jóvenes» cuyo contraste con las escuelas de antaño es manifiesto. Esa tarde la exposición está abierta para los profanos, y se ve invadida por una inmensa multitud. A pesar de ser víspera de Nochebuena, (¡mala fecha habían decretado los pesimistas del círculo!) hay allí, mezclados con los pintores, con los cronistas de fiestas mundanas, con los críticos del arte, un grupo de hermosas damas, envueltas en sus capas que dejan caer con elegancia sobre el pálido satín de sus corpiños y el rizado de sus encajes.

Charlando, murmurando, a veces observando las obras, objeto de su visita, que juzgan con una absoluta desenvoltura, van escoltadas por hombres no menos elegantes que ellas, exponentes de una cultura artística más o menos vaga, que les da libertad para demostrar sus propias preferencias.

Jorge Dalleze, quien atribuye esas preferencias especialmente a su obra, se siente invadido por una simpatía muy particular que no siente por los juicios de las gentes de mundo a quienes acoge de ordinario con una desdeñosa cortesía. Se deja presentar, se oye llamar con el nombre de «querido maestro» por las jóvenes de labios enrojecidos con carmín; se extremece de placer como quien recibe el elogio de un conocedor o de un compañero de oficio.

Es un ferviente artista enamorado de su obra, que sabe que es buena. Por encima de la numerosa y perfumada muchedumbre, dirige sus paternales miradas hacia el grupo de sus cuadros que hacen resaltar los grisosos marcos sobre el discreto rojo de las tintas. Todos son muy admirados en sus diversos estilos, puesto que la naturaleza lo ha dotado de un raro talento que le permite evocar con igual éxito la luz y la gracia de los esbeltos cuerpos de las ninfas, el enigma de las extrañas cabezas simbólicas cuya mirada inquieta parece misteriosa, o la impertinente coquetería de la silueta de una parisiense. Pero más admirada que ninguna otra es aquella que en el catálogo se designa con el nombre de *Maternidad*, una hermosa figura de mujer, tan joven que se creería una virgen sonriente, a no ser por el gesto de ternura y protección con que estrecha a un pequeñito contra su pecho y lo acaricia con sus finas manos.

Jorge Delleze es tanto más sensible a este éxito, cuanto el original de *Maternidad* es precisamente copia de la mujer que le dieron por esposa la Iglesia y la Ley. Un día, estando ella inclinada sobre su hijito, dormido en sus rodillas, sorprendió él las hermosas líneas de ese rostro, cuya mirada jugaba por entre las espesas pestañas, con los labios entreabiertos, murmurando una canción... y su lápiz conservó esta visión encantadora.

—Ah! aquí está nuestro maestro!... Amigo mío, son admirables tus cuadros! dijo alguien.

A algunos pasos de él, separados por una hermosa canasta de flores, el escultor Alberto le dirige este cariñoso saludo. Su exclamación ha hecho volver el rostro a una joven a quien parece acompañar y a quien Dalleze acaba de sorpren

der detenida delante de su obra, contemplándola con pasión.

Sin ese motivo, su mirada de artista hubiera ido a buscar un extraño rostro moreno, cuyo ligero tinte sonrosado contrasta con el rojo de los labios y con la oscura línea de las pestañas sobre unos ojos claros, con las hondas negras de los cabellos que rozan la frente y se enlazan luégo para formar un abultado nudo sobre la nuca.

Sus ojos, semejantes a dos ópalos, se posan un momento sobre Jorge con una mirada que lo hace extremecer... Murmura algunas sílabas al oído del escultor... En seguida, dirigiéndose éste hacia su amigo, le dice alegremente:

—Dalleze, dichoso mortal, la condesa Tcherkoff desea que le seas presentado, pues tu exposición la ha seducido!

Jorge Dalleze se acerca muy satisfecho con su camarada a la joven, que conversa ahora en medio de un grupo. Es esbelta, graciosa y está lujosamente vestida; lleva sobre la blusa de *guipiur* antiguo un collar de gruesas perlas que juega bajo las plumas de su piel.

Ha visto acercarse a Dalleze y se separa del grupo que la rodea. Sus ondulados labios tienen una acariciadora sonrisa, mientras escucha la presentación del escultor.

—Talvez soy un poco indiscreta, señor, pero no sé renunciar a lo que me agrada!... y me agradaría conocerle porque su exposición me ha fascinado!

Su voz es suave con un tono severo de contralto y un ligero acento extranjero. Espontáneamente Jorge piensa, al mirarla, en las sirenas legendarias.

—Quisiera pedirle mi retrato... prosigue. ¿Tendría ahora tiempo para mí?

Dalleze habla sinceramente al afirmarle el placer que experimenta en tener por modelo a la condesa Tcherkoff.

—¿Verdaderamente?... Pues bien... Voy a cogerle en seguida la palabra. Esta noche daré la fiesta de Nochebuena... Ruegue a su amigo Alberto que le conduzca a la calle Murillo. Allá hablaremos de lo que pueda usted hacer. Acepta sin ceremonias, ¿no es así?

—Acepto infinitamente agradecido, señora.

Aunque algo desconcertado por lo extraño del caso en que se ve, no le desagrada, pues encuentra, como hombre y coma artista, prodigiosamente interesante a la desconocida. Ella, sin más frases, halagándolo de nuevo con su indefinida mirada, le estrecha la mano cuyo calor siente bajo la perfumada piel de su guante. Luégo prosigue su caprichosa visita por el salón.

—¿Quién es ella?... pregunta a Alberto que se ha quedado un poco atrás.

El escultor se alza de hombros.

—Me preguntas demasiado! Conténtate, como yo, con saber que parece viuda, que es rusa, muy rica y que las veladas en su casa son muy.... delicadas para todos los gustos. Se toca música excelente!... ¿Quiéres venir a buscarme a las once? Te introduciré a la calle de Murillo a donde estás invitado... Si haces su retrato no te aburrirás de seguro!... Es una figura encantadora... La verás esta noche!...

—Entendido, hasta la noche!..

Y Dalleze, distraído esta vez de la pintura, sueña con curiosidad en lo desconocido de la recepción a la cual acaba de ser invitado. Unicamente, como una ligera y desagradable sombra flota en su mente la idea de que talvez su joven esposa esperaría que, como todos los años, pasarían juntos la Nochebuena.

Desecha este pensamiento como importuno y murmura para sí:

—Después de todo, no hemos proyectado nada! Y comprenderá que es necesario, por interés para mi carrera, que yo vaya a casa de la condesa de Tcherkoff!

Al aceptar, ciertamente, no tuvo más perspectiva que su carrera y las obligaciones que ella le impone.

II

Sin embargo, la víspera, Julia Dalleze que ha gozado intensamente con el éxito de su esposo, respetando las antiguas costumbres, había ido azotada por la brisa

glacial, a buscar los regalos de Noche Buena, que ansiaba poner en las botas del marido y del niño. Para este último el asunto era sencillo; a los tres años no se tiene consciencia del valor de los juguetes; se da más importancia a la cantidad. Y Julia, entrando gozosa a un bazar, había llenado una canasta de soldaditos, escopetas, bolas, etc., en medio de numerosas madres humildes que buscaban en sus bolsas el tesoro de algunos centavos para llenar ellas también los zapatitos de sus hijos.

Hecha su elección, Julia estrecha entre su manguito el regalo de la Nochebuena para el marido: un precioso alfiler de corbata cuya originalidad le había oído admirar. Todas sus economías personales las gastó en esto.

Desde su regreso a París, en el otoño, se ha abstenido de toda fantasía pensando en el regalo de Nochebuena. Estrictamente había conseguido lo indispensable para sí por complecer a su marido, pues él se obstinaba en que siempre estuviera vestida con la elegancia de una parisiense. Este capricho fue para ella desconcertante al principio de su matrimonio, pues huérfana desde niña, creció en un convento, salió luégo a una vetusta casita de provincia, al lado de una señorita, su próxima pariente, e ignoraba por tanto, los usos y costumbres mundanos. Felizmente aquella pariente era la amiga íntima de la señora Dalleze, madre de Jorge, y de este modo pudieron arreglar un matrimonio que les colmaba a ambos de amor y alegría.

Jorge, hecho un parisiense, apasionado por la pintura y fatigado de los placeres de una vida de soltero suficientemente acomodado, supo llevar la vida alegremente. En otro tiempo conoció a Julia, con quien jugaba en los lejanos días de la infancia, y ahora la volvía a ver al regresar de París a pasar algunos días en su terruño; observaba cómo la niña se convertía en mujer, de finos cabellos de oro, de límpidos ojos, de labios tiernos y sonrientes.

Hacía cuatro años justamente que le había pedido fuese suya en un día de Nochebuena como el que se acercaba....

Por la calle Julia evocaba estos hechos con agradecida alegría con los más insignificantes detalles de aquella maravillosa noche! Con la tía Carlota había asistido aquel día a la Misa de media noche. Cuando terminó el oficio, al levantar de pronto la cabeza después de fervientes oraciones, muchas... muchas de las cuales habían sido por él, le había visto recostado contra una columna contemplándola. En el umbral se le había acercado y dejando atrás a la tía Carlota, la había acompañado por las dormidas calles, cuyos tejados, cubiertos de espesa nieve, relucían bajo el plateado disco que cortaba el sombrío tinte del cielo.

—¿No me esperaba esta noche? le había dicho. ¿Y no adivina porqué he venido?

—No....

Y, sin embargo.... qué alegría tan intensa y grave brillaba para ella en aquella Nochebuena, mientras lo escuchaba. En el reluciente piso se proyectaban las sombras muy cerca una de otra.

—He venido, Julia, prosiguió, porque no podía esperar más para escuchar de sus labios....

Aquella Nochebuena! Por muchos años que viva, jamás podrá recordarla sin estremecerse de placer!... ¡Y qué dichosa fiesta fue la de su matrimonio en la Nochebuena del año siguiente!... la primera Nochebuena de casados... Todo esto era inolvidable para ella.

—Esta noche, dice para sí, vamos a celebrar todos estos aniversarios y además el éxito de Jorge en el salón... Qué antojo tengo de hacer muchas cosas para poderle ofrecer lo que más le gusta.

Y compra, compra todo lo que pueda agradar a Jorge. Los paquetes se amontonan en sus manos, que ya no pueden buscar el calor del manguito. No importa!... Alentada por el luminoso ensueño interior que evoca su pasado, no siente el frío glacial del crepúsculo, ni nota la oscuridad del cielo.... Su corazón está de fiesta!



**LA HUIDA A EGIPTO**

(Por Domingo Moreno Otero)

### III

Cuando llega, se dirige directamente a la *nursery*, entreabre la puerta de una pieza clara en cuyos muebles ríen las macetas de flores de las cretonas que los cubren. La inglesa teje a la luz de la lámpara. El pequeñito juega en medio de sus juguetes regados por el suelo.

—¿El niño ha estado formal, Mary?

—Muy formal, señora.

Julia alza en sus brazos al niño que corre hacia ella.

—Entonces el Niño Dios bajará esta noche por la chimenea y hallarás mañana muchos juguetes entre tus botitas!...

El niño tiene un concepto más que vago del Cristo, pero la perspectiva de los juguetes, sonroja sus aterciopeladas mejillas. Ha saltado al canto de la madre y con sus menudos labios la acaricia con besos el rostro, el cuello, los cabellos de Julia; la estruja alegremente sin que ella proteste. Sin embargo, de súbito interroga:

—Mary, ¿sabe usted si el señor está en casa?

Sí, señora, el señor está aquí.

—Entonces anda a jugar con Mary... que voy a buscar a tu padre. Se levanta a pesar de las desesperadas protestas del pequeño, interrumpido en sus efusiones.

—Seamos formales, sino no llegarán esta noche los juguetes a tus botitas.

Una vez más la palabra «juguete» tiene un poder mágico. El niño se deja coger de Mary mientras su madre se dirige al estudio, cuyas lámparas ve brillar. Levanta la cortina de tapicería antigua que cierra la entrada y grita alegremente:

—Y bien querido, ¿me traes para mi Nochebuena una buena cosecha de cumplimientos?

Con su enamorada mujer, no necesita bajar modestamente del pedestal en que lo ha colocado el favor público. Con un amable ademán de embajador, la atrae hacia el diván en que fuma, presentándose de nuevo a su imaginación una graciosa silueta, un rostro moreno y pálido cuyos enrojecidos labios murmuran palabras lisonjeras.

—Puedes estar satisfecha, querida! Te doy el regalo que pides.

—Sí?... Oh! tanto mejor!... Cuéntame... ¿A quién encontraste allá?

Pregunta y escucha con interés, puesto el corazón en sus límpidas pupilas que fija sobre él, de quien está orgullosa, tan orgullosa que se cree insignificante cerca de él y goza en considerarse como su cosa. El lo adivina y juzga natural que ella piense de ese modo. La ama con un egoismo sereno e inocente y sabe estar seguro de su amor.

Sin embargo, guiado por un secreto instinto de prudencia, no aborda el relato. Ha resuelto advertírselo a Julia más tarde, pues desde que la ha vuelto a ver presiente que no aceptará tan fácilmente como él, la invitación que les separará en la Nochebuena por vez primera desde su matrimonio.

En su interior, mientras ella a su turno relata lo que hizo en la tarde, él piensa....

—Después de todo, se trata de mi carrera... Lo comprenderá... Ella que toma tan a pechos mi éxito!... Estará satisfecha de verme hacer ese interesantísimo retrato!... Pero para que no se angustie, no le daré la noticia sino después de la comida, puesto que no debo ir a buscar a Alberto hasta las once!

—Querida, dijo en voz alta, ¿sabes que ya anunciaron la comida? Si fueras a quitarte tu sombrero...

—En seguida, y ya vuelvo.

Si le pidiese que fuera a lanzarse en el agua helada por él en esta noche de diciembre, iría sin dudarlo con la misma naturalidad.

La comida se terminó sin contratiempo. Jorge demostró tanto más buen humor cuanto que no tenía su conciencia muy tranquila. Pero poco a poco, seducido por su propia amabilidad, se abisma en una dulce felicidad gustando de las viandas servidas que son excelentes; observa, distraído, las alineadas vasijas de plata colocadas sobre los estantes en medio de algunas curiosidades de porcelana

antigua. Una temperatura agradable reina en el cuarto.

—Jorge, dice ella sonriente, si devoras de ese modo, no podrás hacer los honores a la cena que te tengo preparada!

Siente él la sensación de un hombre que recibe una afrenta.

—Cómo, piensas cenar? Eso no sería razonable, querida! Debes estar muy fatigada. Ayer no más trasnochamos!

Oh! hasta media noche!... contesta ella burlona, no será ciertamente muy terrible! Míra, para mí la Nochebuena no sería «mi» Nochebuena, «nuestra» Noche Buena, si no tuviéramos la cena... Mientras llega la hora, si quieres, prepararemos el árbol que compré para el niño y arreglaremos los juguetes entre sus botitas. El ha colocado en todas las piezas!

Jorge comprende que va a dar un paso muy delicado. Había presentido que sería difícil hacer aceptar su salida. Y sin embargo no quiere renunciar a ella por un sinnúmero de razones que no quiere pensar.

Además, cómo diablos imaginarme dice que desearía cenar después de cuatro años de casados! y en el mezquino fondo de su corazón se siente descontento de ella. Pero en voz alta, fingiendo buen humor, responde:

—Eso es, preparemos los regalos para el niño... solamente que... querida mía... triste casualidad... no podremos cenar!

Ella lo mira sobresaltada, sin poder continuar pelando una naranja que tenía entre las manos.

—Por qué!.... Oh! por qué?

—Porque yo me había imaginado....tontamente, lo confieso.... que nuestras salidas de toda esta semana te habían causado un gran deseo de reposo! Y....

Se detuvo. Nunca creyó que fuese tan difícil anunciar una cosa tan sencilla! Sigue pelando su pera con cuidado fingiendo encontrar un gusano en ella.

—Y.... repite ella palideciendo.

—Y acepté que Alberto me llevase esta noche a pasar un rato en casa de una gran señora rusa, la condesa de Tcherkoff, gran admiradora de mi exposición, quien desea que le haga su retrato....

Julia no contesta en seguida pues presiente que su voz temblaría. El estruja su pera con repetidos golpecitos secos.

—Y ese retrato no te lo hubiera podido pedir en otro día, a otra hora?

—Evidentemente sí, responde con impaciencia. Qué pregunta!.... pero esta noche tiene una recepción....

—Entonces no tendrá libertad para hablar contigo!

—Es probable que lo juzgue de otro modo puesto que ella misma me ha suplicado que asista.... Y como se trataba demi porvenir, pensando que ese retrato traería consigo otros entre la colonia rusa acepté la invitación.

Julia respira lenta, profundamente, como quien acaba de recibir un violento choque.

—¿Y es correcta esa condesa?

Jorge se representa de nuevo la visión del pálido rostro con sus oscuras ondas sobre el verde claro de los ojos.... Y sin comprometerse, responde:

—Tiene un tipo extraño.... extranjero....

Ah! y es joven?

—No es una vieja, pero es mayor que tú!

—Oh! hay un gran margen entre una vieja y yo!

La sombra de una sonrisa irónica asoma a sus labios. Habla un poco bajo, ahogada su voz por las lágrimas que contiene trabajosamente.

—Sea, puesto que crees que es tu deber ir a casa de la condesa de Tcherkoff esta noche.... Será la primera vez desde hace cuatro años que no estaremos juntos para celebrar la fiesta de la Nochebuena!

—Pero querida, no puedes suponer que toda nuestra vida estaremos así junto el uno al otro esperando la Nochebuena!

—No me supongo nada Jorge. No me extraña tampoco que desees, como muchos hombres, pasar una Nochebuena divertida.... mucho más que lo que lo sería conmigo sola!.... pero no creía que ese deseo te llegara tan pronto!

Salió porque sintió crecer en ella un lo-

co deseo de llorar como lo hace el niño en los momentos de angustia. Por su mente pasa el irónico recuerdo de su alegría, algunas horas antes, cuando compraba la Nochebuena de su marido y le escogía sus viandas preferidas para la cena.... Cómo se desvaneció de pronto aquella alegría!....

—No tienes razón, querida mía, dice Jorge con aire descontento. Por qué buscar semejantes explicaciones para un hecho tan natural! Sabes que siempre he gozado tanto como tu de nuestra Nochebuena!.... pero esta vez no se trata de lo que me sea más agradable.... está en juego mi carrera.... por ese motivo, con razón, me he abstenido de mis propios sentimientos. Y en vez de dirigirme reproches....

—No creo haberte dirigido uno solo, Jorge.

—Tus ojos están llenos de lágrimas!.... En vez de hacerme reproches debías felicitarme porque mi trabajo es apreciado. Pero las mujeres son egoístas.... piensan solamente en sentimentalismos y no en el interés de sus maridos.... lo que sería además, su deber natural!....

Jorge lanza su zaheta con la convicción de quien conoce su injusticia. Y para evitar discusiones comprometedoras, arroja su servilleta levantándose de la mesa, y se retira al estudio, su pieza favorita.

Ella lo sigue sin decir palabra y, como todas las noches, le lleva el café y los cigarros, teniendo cuidado de atender a todos sus caprichos. Pero no se oye su risa alegre como el canto de un pájaro. Su tierno rostro tiene una expresión casi grave, los párpados velan obstinadamente su mirada.

El está confundido, nervioso, turbado. Le censura que calle con ese reproche mudo y tierno que adivina. Le irrita que ella, siempre dócil, no se alegre de lo que a él le agrada....

Desconcertado de verla tan cambiada, exclama:

—¿Por qué esa cara, Julia?.... me miras como si yo fuese culpable!.... confiésalo.... y sin embargo deberías por fin comprender que se trata de un asunto serio, de mi porvenir....

—Ya me lo habías dicho.



El río Atrato.



El Popocatepel en Méjico, visto desde un avión.

—No de una locura de la que pudieras temer...

—Sí, comprendo.... Oh! comprendo muy bien que te ves obligado a salir esta noche por deber profesional....

—Entonces?

—Entonces voy a prepararte tus vestidos para que puedas arreglarte cuando lo desees....

Jorge se queda tan desorientado con esta contestación, que la deja salir sin ensayar convencerla de nuevo de las razones que él tiene, pasea de un lado a otro del estudio, con el cigarro en los labios, lanzando hacia la tapicería rabiosas bocanadas de humo, maldiciendo el sentimentalismo de las mujeres.

Está irritado por el papel que ella le hace representar; papel de sacrificador de una víctima; y por el sentimiento confuso que bulle en su imaginación del deber de permanecer cerca de ella que le ama con ardiente amor.

—Ardiente, sí.... pero tiránico!.... Es necesario que se habitúe a verme ir solo a donde mi arte lo exija.

Mientras así reflexiona, los minutos pasan; lo nota porque su cigarro ha terminado.

—Cuanto tarda en volver Julia!.... sin embargo, el Niño duerme.... no puede estar a su lado!....

Se engañaba. Como en un refugio, ella ha ido a la alcoba en donde palpita la luz de la lamparilla. Se arrodilla cerca del lecho, y sin mover sus labios, fija su mirada en el ligero cuerpecito de su hijo, sobre su blonda cabecita cuyos ojos permanecen cerrados, murmura ahogada por los sollozos:

—Oh! pequeñito mío, si supieras cuanta tristeza tengo!....

Cuando vuelve al estudio, ha velado sus sonrosadas mejillas con los polvos que deben ocultar el ardor de sus lágrimas. El lo adivina pero no quiere traicionarse y se finge abstraído en la lectura de una revista. La deja a un lado cuando ella se sienta con su tejido a la luz de la lámpara y con tono vivo, exclama:

—Y esos famosos juguetes del Niño que debíamos arreglar juntos?

—Aún no he deshecho los paquetes.

—Pero qué esperas para hacerlo, Julia?

—Lo haré cuando hayas partido. Eso me distraerá.

—Querida, será necesario que te acuestes, es menester dormir.... insinúa gravemente.

—No estoy fatigada! Tan poco lo estoy, que te rogaré cuando salgas, que me acompañes hasta la Iglesia para oír la misa de media noche.... así sentiré menos que estoy sola!

—Qué idea tan singular! cómo entrarías?

— Podría esperar a que volvieras por mí a tu regreso.

—No sé a qué hora volveré! responde burlonamente. Puede suceder que me detenga más de lo que pienso y corres el peligro de quedarte abandonada en esa Iglesia!.... Renuncia a esa salida intempestiva! Y antes de vestirme, lo que no me agrada con este frío de Siberia....

—De Rusia, diremos...

—¿De Rusia?.. ¡Ah, perfectamente!.. ¡Muéstrame tus compras para el niño!

Ella consiente con su acostumbrada docilidad pero sin que brille una sonrisa en sus labios.

—Como quieras.

En seguida va en busca de los paquetes; los deshace sobre la mesa en donde se esparcen los juguetes que arregla con temblorosas manos. Se había prometido un placer tan grande arreglando todo esto ayudada por él... pero este placer no fue más que una ilusión convertida ya en cenizas... Por su pensamiento pasa la idea de una Julia feliz, confiada, cuyo corazón rebosaba de ternura y alegría, hace algunas horas, evocando la noche del aniversario que iban a celebrar juntos... Y esta Julia se había engañado ; estará sola... la dejará para ir en busca de una gran señora a quien dirigirá palabras seductoras... Juntos, pasarán una alegre Nochebuena, al rededor de una suntuosa mesa, llena de luces y de flores, en compañía de otras mujeres que atraerán su mirada de pintor...

¡No pensará entonces en su humilde Julia, triste y sola en su casa, como una cenicienta!..

Repasa todas estas lúgubres visiones mientras hace con él, como se lo ha pedido, los múltiples paquetitos que ella irá a dispersar en seguida por todas las chimeneas. Su marido afectando gran libertad de espíritu, conversa con ella de asuntos indiferentes esperando de este modo atraer la sonrisa sobre sus labios. Ella le responde maquinalmente desdeñando proferir una queja, hacer un cargo; acongojada de verse tan mal comprendida; por sentirse contrariada por una voluntad que su pena no era capaz de desarmar. Pena que por otra parte se reprocha pues debiera alegrarse de lo que es agradable a su marido...

¡Oh, si al menos hubiese tenido un consuelo, una palabra para ofrecerle que renunciaría a esta velada, con qué gusto le hubiera dado toda su libertad!.. Pero no ha hecho ni dicho nada semejante... lejos de eso... confusamente, tal vez por la primera vez en su corta vida de casados, tiene la intuición de lo que es el egoísmo de un hombre sin piedad cuando busca su propia satisfacción, y su alma generosa permanece abatida.

— ¡Ya son las diez! No tengo sino el tiempo preciso para vestirme. ¡Mi Julia, te encargo el cuidado de llenar las botitas del Niño!

Lo que en su alma hay de bueno, le aconseja aún quedarse. El no es malo, está solamente corrompido por el culto de que ella lo rodea y demasiado convencido de su amor... Pero su pena le llega al corazón... Después de todo, le hubiera sido fácil hacerse conducir otro día por Alberto a casa de la condesa de Tcharkoff... Vacila... Si en ese momento ella dijese la palabra precisa, no saldría... Pero ella permanece arrodillada delante de la chimenea ocupada en instalar un cochecito entre una media roja... Claman en él todas las malas razones que tiene pa-

ra ir a esa reunión. Bruscamente sale del estudio.

Cuando vuelve, está vestido de etiqueta, luciendo una flor en el pecho... Se acerca a ella que finge leer en un libro de oraciones. Se inclina y pasa su mano por sobre sus dorados cabellos:

—Hasta mañana, querida mía... Creeme, acuéstate pronto... eso te será muy conveniente... Yo voy a hacer mi visita prometida, «necesaria», dice apoyando la palabra.

—... Y vuelvo en seguida. Mañana, para reparar nuestra velada, cenaremos juntos.... Así nuestro aniversario no habrá sido retardado sino un día.... ¿Quedas así satisfecha, señora?

—Haremos lo que te parezca, Jorge.

Con voz temblorosa articula estas palabras, pues ahogan su garganta los sollozos que ella se obstina en dominar por un instinto de dignidad.

—¡Es cosa convenida, querida! ¡Hasta mañana, hasta luégo!..

—¡Hasta mañana!.. ¡diviértete mucho!..

—No voy por divertirme; voy por necesidad!

Silenciosa, los párpados bajos, levanta la cabeza y con un movimiento rápido le tiende los labios.... El los cierra con un beso no menos rápido, resuelto a no dejarse enternecer, y repite:

—¡Hasta luégo, Julia!

Le ve salir, con su arrogante porte de hombre joven, confiado en su valer.... Hasta el último momento ha esperado que no la dejará así sin una palabra de verdadera ternura... Sin embargo se marcha....

Rígida, las manos juntas, escucha el ruido de los pasos que se desvanecen. ¡Luégo la puerta se cierra!..... Se marchó pues. Pero.... si ella hubiera debido detenerlo, impedirle ir a esa reunión peligrosa, tal vez... suplicarle que no la dejase... ¿Cómo pudo tener ese estúpido orgullo de callarse?

Corre hacia la ventana, apoya su frente contra los helados vidrios tratando de ver hacia afuera... La noche está iluminada por la luna (como en otro tiempo) tapizada de estrellas; la calle está desierta.....

Una aterradora impresión de soledad la invade. Se siente como una barca perdida en medio de la inmensa ola de la vida... Y delante de esta ventana, estalla en desesperados sollozos, murmurando como una queja:



Jesús con Marta y María.

—¡Ay, cómo me hace sufrir!.. ¡Cómo me hace sufrir!..

¿Cuánto hará que está sufriendo de esta suerte?

Apenas si algunos minutos cuando oye dulcemente, cerca de ella, una voz que murmura:



Otro aspecto del río Atrato.

—Julia, mi Julia.... no hay que llorar así.... perdóname...

Se vuelve, desconcertada con la impresión de quien sueña; lo ve a él, a su marido, que la contempla con aquellos ojos de los mejores tiempos de su naciente amor.

—Tú... pero... pero, ¿no te habías ido?..

—Sí, me fui... solamente que...

La atrae entre sus brazos y estrechándola contra su corazón, oye los palpitantes latidos del suyo:

—Solamente que no había llegado al fin de la escalera cuando ya sentí que te necesitaba a «ti», mi Julia, a ti sola para... la cena de Nochebuena... Mi Julia, he sido estúpido y cruel, olvida esto.

Y ella, con acariciadora malicia, le besa en tanto que él seca con sus labios los húmedos ojos de Julia.

ENRIQUE ARDEL

---

**Defunciones.**—La Congregación tuvo en el mes pasado que lamentar la muerte de damas muy ilustres. El día 5 el doctor Eduardo León Ortiz, Subdirector de la Congregación perdió a su señora madre doña Mercedes León de Ortiz; justo es que, al mismo tiempo que damos nuestro pésame al sacerdote que con celo infatigable nos acompaña, recordemos las virtudes hermoseadas por la más exquisita modestia, de que dio pruebas en vida la ilustre socia cuya desaparición lamentamos.

El 20 del mes próximo pasado murió en Bogotá la señora doña Ana Gómez de Vargas; la Congregación tiene que manifestar de modo particular su duelo por la muerte de esta socia que lleva el luto y la tristeza a hogares de quienes esta Congregación ha recibido señaladas muestras de afecto. Por eso presentamos de modo particular nuestro pésame al señor don Guillermo Vargas Nariño, y a las señoras doña Julia Brigard de Gómez y doña Eugenia Nariño de Vargas.

Al mismo tiempo enviamos nuestro pésame a las familias de las socias Dolores Groot de Rico, Rosa Cómez, Virginia Cortés, María Quintero y Manuela Rebolledo de Pradilla.

# ELEGANCIAS





**Sombrero modelo de M. Monnier.**

**Sombreros modelos de Lucie Hamar.**

El salón de sombreros para señoras de la CASA VIUDA DE RICHARD & PLATA, está dirigido por Madame Jeane Daguet, modista parisiense, extensamente conocida de la sociedad bogotana. Madame Daguet regresó a Bogotá, después de una larga ausencia pasada en París, en donde dirigió el departamento de modas de una gran casa. El distinguido buen gusto de Madame Daguet es muy conocido, a lo que se agrega las nuevas ideas que trae para la creación de sombreros modelos y el inmenso surtido de artículos para señoras que recibe la casa semanalmente, mercancías seleccionadas en París, por Madame Richard.

# INDICE POR MATERIAS

## ARTICULOS RELIGIOSOS



## ARTICULOS CIENTIFICOS



## ARTICULOS LITERARIOS

## HISTORIA



## CUENTOS



## VERSOS



## ARTICULOS VARIOS



FIN

# DEPOSITO DE SUBIA

CARRERA 17,
NUMERO 139.



TELEFONO
NUMERO 26-59.

**Venta de cabón mineral del sur,**
**◆ ◆ de primera calidad. ◆ ◆**

Solicítelo usted por teléfono
y será atendido inmediatamente.

Venta de carbón vegetal y de leña.

